

Enamorándose
De La
Institutriz
ABBY AYLES

Enamorarse de la institutriz

Romance Histórico de la Regencia

Abby Ayles



Starfall Publications

Copyright © 2024 por Abby Ayles

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para solicitar permiso, póngase en contacto con Starfall Publications, info@starfallpublications.com

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos reales.

Contents

1. Prólogo
2. Capítulo 1
3. Capítulo 2
4. Capítulo 3
5. Capítulo 4
6. Capítulo 5
7. Capítulo 6
8. Capítulo 7
9. Capítulo 8
10. Capítulo 9
11. Capítulo 10
12. Capítulo 11
13. Capítulo 12
14. Capítulo 13
15. Capítulo 14
16. Capítulo 15
17. Capítulo 16
18. Capítulo 17

19. Capítulo 18

20. Capítulo 19

21. Capítulo 20

22. Capítulo 21

23. Capítulo 22

24. Capítulo 23

25. Capítulo 24

26. Capítulo 25

27. Capítulo 26

28. Capítulo 27

29. Capítulo 28

30. Capítulo 29

31. Capítulo 30

32. Capítulo 31

33. Capítulo 32

34. Capítulo 33

35. Capítulo 34

36. Capítulo 35

37. Capítulo 36

38. Capítulo 37

39. Capítulo 38

40. Capítulo 39

41. Capítulo 40

42. Epílogo

Bonus Escena

Lea el Siguiende Libro de la Serie!

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

¡Reunámonos!

Free Book

Also by Abby Ayles



Prólogo

Mi querida Louisa:

Temo que mi corazón está roto. Es con las más tristes noticias que me encuentro escribiéndote hoy. Apenas ayer recibí la visita del señor Jenkins, el abogado de mi padre.

Como sabes, mi padre se encontraba en un barco con destino a las Islas Caimán por asuntos de su negocio de importación. Como te había mencionado varias veces en nuestra última reunión, me estaba preocupando cada vez más ya que su embarcación aún no había regresado. Sin noticias negativas, esperaba que solo se hubieran retrasado por vientos desfavorables y aguas en calma.

Desafortunadamente, este no es el caso. Mientras estaba en los trópicos, padre contrajo una fiebre terrible. Sus marineros más experimentados enfermaron.

Para evitar que la enfermedad se propagara, se decidió dejar atrás a los enfermos para que se recuperaran y regresaran a casa en otro barco. Mi padre era una figura demasiado prominente para simplemente dejarlo atrás, y el MHS Poseidon decidió quedarse en las Islas Caimán durante una quincena para permitir que se recuperara.

Me han dicho que la fiebre pasó. Por eso estoy agradecida, pero ¿por qué mi terco padre tuvo que exigirse tanto? No sé cómo sentirme. Sabes lo mucho que me desagradaba que hiciera estos viajes desde un principio.

Habiendo recuperado sus fuerzas, padre zarpó en el Poseidon de regreso a casa, pero su salud empeoró.

El cirujano del barco hizo todo lo posible por ayudarlo, pero al final no fue suficiente. Mi padre falleció hace poco más de un mes en medio del océano Atlántico. No hay nada que yo pudiera haber hecho, y me resiento conmigo misma por ello.

El señor Jenkins, habiendo sido informado anoche mismo tras la llegada del barco, vino

El señor Jenkins, habiendo sido informado anoche mismo tras la llegada del barco, vino a darme la triste noticia esta mañana. Me aseguró que mi padre tuvo el entierro en el mar más suntuoso y honorable que se pudo organizar dadas las circunstancias.

Estoy tan abrumada por la confusión y el dolor que es un milagro que pueda componerme para escribirte esta carta.

Aunque padre siempre estaba muy ocupado con sus negocios y aventuras, era un hombre cariñoso y atento. Siento mi vida mucho más vacía sin la certeza de que, aunque pueda estar lejos, siempre regresará a casa aquí, a la mansión Rosewater.

El señor Jenkins también me ha informado que tendré que ir a sus oficinas mañana para discutir sobre el patrimonio de mi padre y, supongo, en cierta medida, sobre lo que será de mí.

Ni siquiera puedo imaginar ser capaz de someterme a conversaciones sobre estado financiero y mundano cuando mi corazón está tan lleno de confusión.

Es por esta razón que debo ofrecer mis más profundas disculpas para informarte que no podré acompañar a tu excelente madre al té. Por favor, dile a Lady Gilchrist que envió mis más sinceras disculpas.

Espero verte muy pronto, mi querida Louisa, para poder recibir consuelo de las palabras de sabiduría que siempre pareces usar con tanta destreza.

Con humilde corazón,

Isabella

A la noche siguiente, Isabella recibió una carta de respuesta de Lady Lydia en el correo de las cinco en punto.

Mi querida Isabella:

Es con el corazón más pesado que te doy mis más profundas condolencias por tu pérdida.

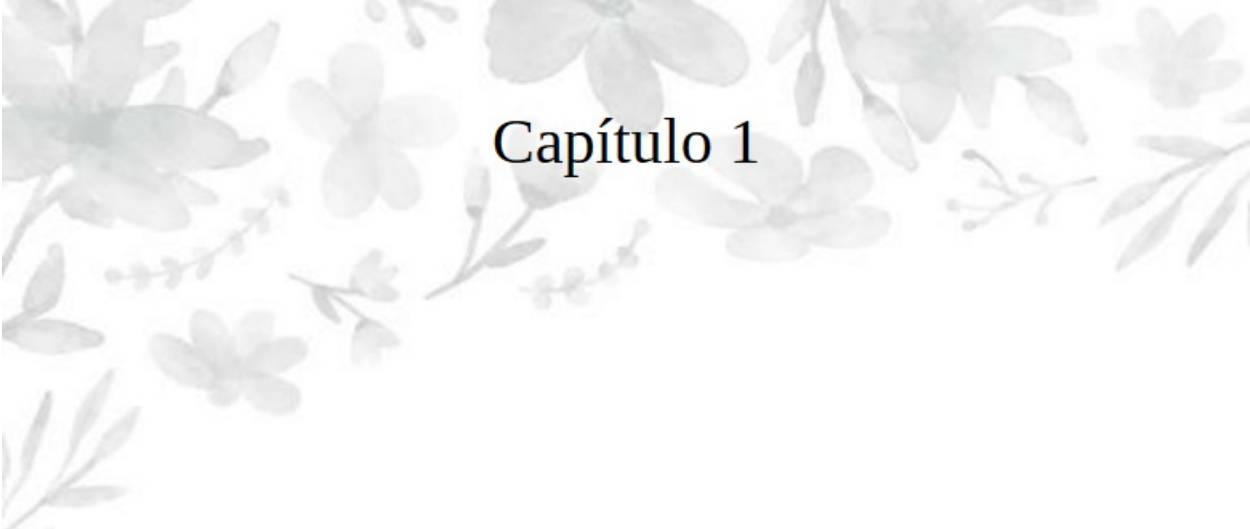
He informado a su Señoría de tu necesidad de ausentarte de su humilde evento mañana por la tarde. Aunque no solo mi madre sino todos los que asistirán te echarán mucho de menos, todos entendemos tu necesidad de tiempo para reflexionar tranquilamente y recomponerte.

Por favor, no temas por tu bienestar. Tu padre era un buen hombre, y estoy segura de que proveerá para ti incluso después del inoportuno evento de su muerte.

Tan pronto como puedas, te invito a mi residencia para que pueda consolar a mi más querida amiga en su momento de necesidad.

Tu humilde amiga,

Louisa

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a daisy and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 1

Los ojos de Isabella vagaban perezosamente mientras estaba sentada en la acogedora sala de estar de Louisa. Era la sala más pequeña de la residencia londinense de su querida amiga, utilizada para recibir a las amistades más íntimas de las damas de la casa.

Isabella luchaba por ordenar sus pensamientos o siquiera saber por dónde empezar después de los acontecimientos que habían ocurrido en los últimos dos días. Hacía todo lo posible por mantener sus temblorosas manos entrelazadas sobre el regazo de su vestido de algodón negro.

Su mano hizo tintinear ligeramente la taza de té cuando la tomó de las amorosas manos de Louisa. Isabella agradecía la privacidad que proporcionaba un entorno tan íntimo. No estaba segura de poder mantener la compostura mientras le relataba a Louisa todo lo que había sucedido.

—Apenas sé por dónde empezar —dijo después de tomar un pequeño sorbo para armarse de valor.

No tenía mucho apetito en ese momento, pero sentía que el té podría ayudarla a aclarar sus ideas. Las últimas noches habían sido inquietas y para nada reconfortantes.

—Empieza por cuando llegaste ayer a las oficinas del señor Jenkins. Estoy segura de que encontraremos la manera de desenredar cualquier lío en el que te encuentres ahora —respondió Louisa con calma.

Era solo dos años mayor que Isabella, pero no había la más mínima comparación en cuanto a belleza física. Mientras Isabella tenía una melena negra, brillante y exuberante, y ojos verde esmeralda, Louisa tenía el cabello castaño ratón, que rara vez se trenzaba como debía, y ojos marrones comunes.

Esto no les impidió forjar un vínculo inseparable cuando eran niñas en la prestigiosa Escuela para Señoritas Excepcionales de la señora Mason.

Louisa siempre había sido una niña callada que a menudo se mantenía reservada. Isabella, por otro lado, era abiertamente agradable y comúnmente se la encontraba en el centro de la conversación, entreteniéndola a las otras damas de la escuela con historias fantásticas escuchadas de las aventuras de su padre.

Al principio, Louisa había escuchado sus relatos en silencio, pero Isabella vio más allá de su tímido exterior. Tal como Isabella había esperado, Louisa era la joven más amable y generosa que jamás había conocido. Su amistad y confianza era algo que atesoraba durante toda su juventud y primera edad adulta.

—Supongo que tienes razón —respondió Isabella con un suspiro para calmarse antes de dejar la taza.

—Llegué a la oficina del señor Jenkins ayer por la mañana. Me sorprendí cuando me hicieron pasar y encontré al señor Smith ya allí.

—¿El señor Smith? ¿El horrible socio de tu padre? —aclaró Louisa, e Isabella asintió en señal de acuerdo.

—Había hecho todo lo posible por evitarlo a toda costa desde aquel terrible incidente hace cuatro años. Me llevé un buen susto, ya que no se me había mencionado que él estaría allí.

Aunque ahora, pensándolo bien, era ciertamente razonable que estuviera presente, ya que íbamos a discutir sobre el patrimonio de mi padre.

—Por supuesto, no se espera que tengas la mente más clara en un momento así —dijo Louisa, intentando borrar cualquier sentimiento de culpa que Isabella pudiera tener sobre su estado de decoro.

—Ese hombre horrible —declaró Isabella, ahora con sus ojos verdes llenos de ira—. Ni siquiera se puso de pie cuando entré, y a decir verdad, no lo vi en absoluto desde su silla en la parte trasera de la oficina hasta que el señor Jenkins se dirigió a él durante la conversación.

Isabella recordó aquella horrible reunión de hacía cuatro años. Apenas tenía diecisiete años en ese momento, habiendo terminado sus estudios y completado su primera temporada en sociedad.

Fue una pequeña cena que su padre organizó en su propia casa de Rosewater. Ella había estado radiante por la emoción de su temporada y la alegría de tener a su padre momentáneamente en casa con ella.

El señor Smith estaba allí, por supuesto, ya que era el amigo más cercano y socio comercial del barón Leinster. Isabella no le había prestado mucha atención, ya que era incluso mayor que su padre y nunca podría imaginar que él tuviera interés en una chica tan joven.

Sin embargo, a medida que avanzaba la velada, el señor Smith encontró la oportunidad de entablar una conversación privada con Isabella. Fue entonces cuando le pidió que lo considerara como pretendiente y aceptara su propuesta de matrimonio.

Isabella estaba tan conmovida por la declaración que todo lo que logró decir fue «pero usted es tan viejo». Probablemente no fue lo más educado que pudo decir, pero con frecuencia, cuando se sorprendía, tendía a decir verdades sin pensar.

Isabella era joven y llena de vitalidad. Había recibido mucha atención en las diversas reuniones sociales de la temporada. No era tan engreída como para pensar que estaba por encima de aquellos fuera de la nobleza. Isabella siempre había asumido que, con el título honorífico de su padre, encontraría un caballero en la sociedad en la que había sido criada para formar parte.

Por supuesto, sentir afecto por su futuro marido era una necesidad para ella, su estatus no lo había sido. Aun así, nunca se habría imaginado casándose con un hombre tan mayor y tosco a una edad tan temprana.

Hizo todo lo posible por recuperar la compostura y agradecer al señor Smith, pero declinó educadamente. Él se enfureció ante su respuesta muy respetable pero negativa e hizo toda una escena al respecto.

Desde ese día, Isabella había hecho todo lo posible por no estar en compañía del señor Smith. No siempre era una tarea fácil cuando él tenía relaciones financieras tan estrechas con su padre.

—El señor Jenkins me informó que mi padre había dejado su negocio de importación y exportación al señor Smith.

—Supongo que eso parece bastante razonable —dijo Louisa—. Después de todo, como socio, sería lo correcto que heredara la totalidad del negocio. Y supongo que a ti te dejarán la casa de Rosewater y una renta, ¿no?

—Eso es lo peor de todo. El señor Jenkins me informó que todas las propiedades de mi padre habían sido puestas específicamente a cargo del señor Smith, al no haber otro miembro masculino de la familia. Luego me informó que mi padre también había acumulado una gran suma de deudas —bajó la voz—, de juego.

—Oh, cielos. ¿Tenías idea de estas deudas?

—Sabía de su afición por las carreras de caballos de caballeros. Sospechaba que la emoción era similar a la de un niño cruzando el mar. Pero no tenía idea de que estuviera en una situación tan precaria.

—¿Qué significa esto? —preguntó Louisa con temor en sus dulces ojos.

—Bueno, el señor Jenkins dijo que había estado reunido con el señor Smith toda la mañana y que había hecho varios arreglos.

Ese momento, cuando finalmente miró por encima del hombro para encontrar al señor Smith sentado detrás de ella, probablemente la perseguiría el resto de sus días.

Él se había puesto de pie entonces y caminado hacia adelante, emergiendo por completo de las sombras matutinas que proporcionaba la oficina sin ventanas.

Estaba mucho más viejo ahora de lo que se esperaría para los cuatro años que habían pasado desde su proposición. Su cabello era largo y desaliñado en los lados y completamente ausente en la parte superior. En lugar de optar por usar una peluca, ataba los mechones desaliñados hacia atrás con una cinta.

Su rostro estaba desgastado y marcado por los años que él mismo había pasado como capitán de un barco mercante antes de hacer negocios con el Barón Leinster.

Aunque su ropa era de estilo caballeresco, estaba gastada y polvorienta. Los bordes de su abrigo estaban manchados de suciedad.

Sin duda, su soltería de toda la vida había llevado al cuidado inferior de su apariencia externa. Sonrió con suficiencia, mostrando su diente ennegrecido, algo que ella recordaba claramente de su primer encuentro con él.

Bastante torpemente, el señor Jenkins había estado jugueteando con algunos papeles en su escritorio. Era un hombre bastante joven para su posición, contratado recientemente por su padre. Sus interacciones con él, aunque pocas, siempre habían sido agradables.

Por lo general, tenía una expresión alegre en los ojos, especialmente desde el nacimiento de su primer hijo.

Isabella no estaba segura de haber visto alguna vez al señor Jenkins tan incómodo, incluso cuando le había informado del fallecimiento de su padre.

—Como beneficiario del patrimonio de su padre, el señor Smith aquí presente ha decidido vender todos los activos para pagar las deudas contraídas, incluyendo la casa Rosewater y todo lo que contiene.

—¡Pero ese es mi hogar! —dijo Isabella con voz elevada—. ¿Dónde voy a vivir?

Isabella no podía soportar apartar los ojos del señor Jenkins para volverse hacia el canalla detrás de ella. Con toda seguridad, él estaba disfrutando de la situación indigente en la que la había puesto.

—He hablado extensamente de esta preocupación con el señor Smith —respondió el señor Jenkins, obviamente comprendiendo su temor—. Él siente, como único propietario, que es, y

estoy de acuerdo, responsable de su seguridad y bienestar.

Isabella se levantó de su asiento, olvidando toda dignidad.

—¡No me casaré con él!

El señor Jenkins la miró disculpándose, ya fuera por la necesidad de matrimonio entre un hombre mayor y una joven de veintiún años o por otras opciones menos favorables, no estaba segura.

—Aunque sugerí tal arreglo, por el bien de su comodidad, se me informó que tales arreglos ya no eran... ya no eran... —dudó tratando de encontrar las palabras—, ya no eran una posibilidad a menos que... —El señor Jenkins dio un suspiro terriblemente doloroso—. Él desea que usted le pida que la acoja.

—Absolutamente no —declaró Isabella, aún de pie, temblando de miedo y vergüenza.

Podía oír el tono de disgusto detrás de ella, pero se negaba a volverse para mirarlo.

—Antes de que hable, señorita Isabella, la animo a considerar su situación. El señor Smith tiene la intención de vender todas las posesiones valiosas. Aun así, apenas cubrirá las deudas de su padre. Sin tal arreglo, no puedo imaginar cómo mantendrá su estilo de vida cómodo.

—Entonces no viviré como lo he hecho hasta ahora. Estoy dispuesta a ser más frugal con mi vida. ¿No se me permite algún tipo de ingreso del negocio de mi padre?

—Discutí tales asuntos con el señor Smith en caso de que usted no quisiera... um... acatar sus requisitos. Él estuvo de acuerdo en que un ingreso anual era solo justo, ya que, después de todo, fue nombrado su protector. La suma que acordó fue... bueno... fueron cincuenta libras al año.

—¿Cincuenta libras al año? —Isabella se volvió ahora para enfrentar al señor Smith.

—Es la mitad de su salario anual, aunque no lo sabrías por la forma en que vivía, y es bastante generoso considerando que probablemente necesitaré buscar otro socio —escupió el señor Smith indignado.

Tenía una expresión bastante arrogante en su rostro mientras se balanceaba sobre sus talones, con las manos placenteramente entrelazadas frente a él. Lo que era tortuoso de decir para el abogado, e increíble de escuchar para Isabella, era bastante disfrutable para este hombre horrible.

La había acorralado positivamente. Con una cantidad tan pequeña, no había forma posible de que Isabella viviera sola. Ni siquiera mantendría un personal doméstico de solo uno o dos sirvientes. Lo había hecho con la intención de forzarla a suplicar ante él por aquello que le había negado todos esos años atrás.

—¡Cielos santo, Izzy! ¿Qué hiciste? —preguntó Louisa mientras escuchaba, horrorizada y cautivada por el relato.

—Bueno, me negué a ceder ante sus exigencias groseras. Le dije que encontraría una manera de arreglármelas con tan bajos ingresos y ahí terminó todo. Moriré de hambre antes de darle a ese hombre el beneficio de verme arrastrándome a sus pies.

—Pero Izzy, sin un hogar ni posesiones propias, ¿cómo lo harás?

—Bueno, después de anunciar que no cedería ante ese miserable canalla, el señor Smith salió furioso de la habitación, cerrando la puerta de un portazo bastante ruidoso tras él. El señor Jenkins, pobre hombre, comenzó a disculparse profusamente, diciendo que si había algo que pudiera hacer para ayudarme, lo haría.

—Bueno, ¿qué se puede hacer, Izzy?

—Pensé en este hecho durante la mayor parte de anoche. He llegado a una conclusión. Necesitaré encontrar algún tipo de empleo.

—¿Ciertamente no? —preguntó Louisa con sorpresa, aunque Isabella ya podía ver las ruedas girando en su cabeza de que esta era la alternativa probable.

—Creo que ambas sabemos que esto es lo que debe ser —dijo Isabella con un tono derrotado—. Es esto o ceder ante el señor Smith. Mi orgullo, aunque sea pecaminoso conservarlo, no me permitirá tal cosa. No me ofenderé en absoluto si ante tal declaración te encuentras incapaz de mantener mi compañía.

—¡De ninguna manera! —exclamó Louisa con firmeza—. Eres mi amiga más querida. Fuiste la única que se preocupó por pasar tiempo conmigo cuando estábamos juntas en la escuela. Nunca te abandonaría, sin importar el costo.

—¿Ni siquiera si soy una simple fregona? —preguntó Isabella, con lágrimas asomándose en sus ojos.

En realidad, había pasado toda la noche no solo pensando en una vida de empleo, sino aterrada por el hecho de que no tenía idea de qué habilidades empleables poseía. Aunque había nacido en el lado inferior de la nobleza, su padre nunca le había escatimado una comodidad, y temía que ni siquiera pudiera vestirse sola, mucho menos asumir tareas.

—No serás tal cosa —dijo Louisa con firmeza. Colocó sus propias manos pequeñas y delicadas en el regazo de Isabella y comenzó a reflexionar—. Ahora entiendo por qué has venido a mí. Sin duda encontraremos algo que sea adecuado para tu posición.

—Pero no tengo una posición; ahora estoy libre de estatus y completamente indigente, sin ninguna habilidad a mano.

—Por supuesto que tienes habilidades —la animó Louisa—. ¡Siempre fuiste una de las mejores estudiantes en nuestra escuela! ¿No lo recuerdas? La señora Mason te hacía ponerte de pie y

recitar tus lecciones de francés ante los posibles estudiantes. ¡Eso es! —exclamó Louisa con la luz de un plan—. Podrías encontrar fácilmente empleo como institutriz.

Isabella meditó un poco sobre esta nueva idea. Indiscutiblemente había amado la escuela y se había adaptado rápidamente. Tenía suficientes conocimientos educativos, así como música y otros diversos talentos refinados. Ciertamente podría enseñar tales cosas a jóvenes lores y damas. Por supuesto, era un claro descenso de ser parte de la nobleza a servir y educar a sus miembros. No era tan bajo como la clase de servicio, pero estaba en un punto intermedio. Entre su empleo y su pequeña asignación, Isabella ciertamente podría arreglárselas por su cuenta.

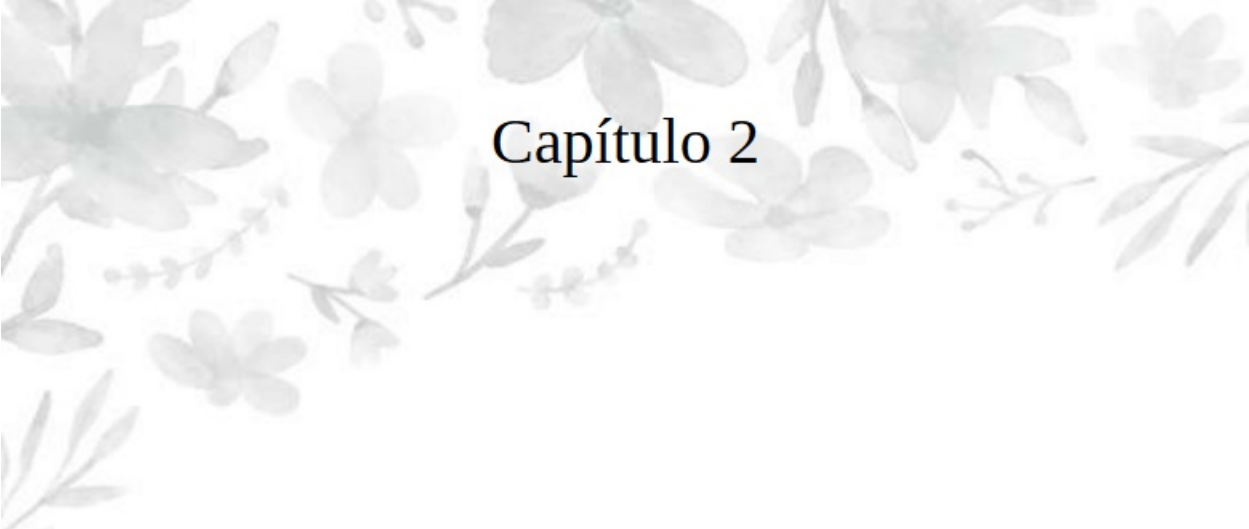
—¿Crees que me contratarían como tal? El señor Jenkins se ofreció a ayudarme a encontrar empleo cuando lo necesitara.

—Por supuesto. Estoy bastante segura de que la señora Mason también estaría encantada de darte una brillante referencia. Probablemente podrías encontrar un hogar aquí en Londres para instruir a los alumnos y aún podríamos ser amigas cercanas.

—Oh, mi querida Louisa, temo que desear tanta buena fortuna en este momento de mi vida es como desear atrapar una estrella. Estaré bastante satisfecha con cualquier posición y tu continua amistad, aunque sea solo por correspondencia.

—Ten fe, Izzy —dijo Louisa, extendiendo la mano sobre la pequeña mesa de té y tomando las manos de Isabella—. Encontraremos una manera de superar este obstáculo juntas. Ciertamente, no es algo de lo que preocuparse ahora. La temporada está casi sobre nosotras. El señor Smith ciertamente no te echará hasta después. Te dará la oportunidad de buscar más seriamente un partido y quizás escapar de toda la necesidad de tal conversación.

—Espero que tengas razón, Louisa —respondió Isabella, devolviéndole un apretón agradecido de mano—. Me asustó su ira ante mi declaración de no atender su petición. Estoy casi segura de que hará todo lo que esté en su poder para obstaculizar mi progreso a cada paso.



Capítulo 2

La semana siguiente, Isabella se dirigió de nuevo a la oficina del señor Jenkins después de recibir una nota informándole que había encontrado una posición adecuada para ella. Louisa la había tranquilizado asegurándole que tendría al menos la temporada para ver si podía encontrar un mejor plan de acción antes de conformarse con ser institutriz.

No iba a ser el caso.

Lamentablemente, no más de una semana después de enterarse de la prematura muerte de su padre, el señor Smith había visitado la casa Rosewater. Allí informó a la señorita Isabella que tendría solo un mes para recoger sus pertenencias y desalojar su hogar.

Luego procedió audazmente a recorrer la casa, con el abogado a cuestas, informándole de las cosas que planeaba vender.

Isabella aún no había informado a los sirvientes de la inminente liquidación de las propiedades de su padre. El señor Smith incluso entró audazmente en la propia habitación de Isabella y hurgó entre sus pertenencias. El señor Smith anunció que se apropiaría de todas sus pertenencias, incluyendo vestidos y joyas.

El abogado, avergonzado, sugirió apresuradamente que tales tácticas no eran necesarias para saldar la cantidad adeudada.

El señor Smith permitió a regañadientes que Isabella conservara su ropa, pero aún exigía que todas las joyas le fueran entregadas para venderlas. Ella no tenía muchas joyas lujosas.

Por lo tanto, no le importaba mucho entregarlas si eso significaba no darle al señor Smith la satisfacción de verla suplicarle matrimonio.

Los objetos más difíciles de los que tuvo que separarse fueron el peine de plata que su padre había dicho que su madre llevó el día de su boda, la pequeña alianza de oro que era el anillo de bodas de su madre, y una cadena de plata con un medallón que contenía un mechón de cabello de

su madre, que siempre llevaba alrededor del cuello. Había sido un regalo de su padre en su decimosexto cumpleaños.

Al no haber conocido nunca a su madre, pues había fallecido en el parto, cualquier historia u objeto que su padre compartía con ella era atesorado.

Después de llevarse todas las pertenencias que valía la pena vender en el acto, incluidos el anillo y el peine, y de informar a Isabella que volverían en un mes, por tercera vez, para tomar posesión de la casa, el señor Smith puso sus malvados ojos en el medallón que llevaba alrededor del cuello.

Isabella lo agarró desafiante con la mano. Esto era algo que Isabella no permitiría que le fuera arrebatado.

¿Realmente el señor Smith se rebajaría a tal nivel de maldad?

Por suerte, el abogado intervino:

—Creo que deberíamos permitir que la señorita Watts se recupere. Estoy seguro de que ha sido un día muy agotador para ella. Siempre podemos volver a recoger otros objetos cuando se venda la propiedad.

El señor Smith accedió a regañadientes y se marchó. No había pasado ni un minuto desde que la puerta principal se cerró tras los dos hombres, cuando Isabella se desplomó en el suelo del pasillo hecha un mar de lágrimas.

Su amable doncella, que también debía estar consternada al saber que se quedaría sin trabajo en un mes, ayudó a Isabella a subir a su habitación para que se acostara.

Era evidente que no tendría tiempo de encontrar una mejor solución a su situación. Al día siguiente, Isabella solicitó a la señora Mason una carta de recomendación y la entregó al señor Jenkins ese mismo día.

Se retorció las manos durante la siguiente semana, esperando noticias del señor Jenkins. No tenía idea si alguien aceptaría a una institutriz de su edad sin referencias laborales previas.

El señor Jenkins le había asegurado que haría todo lo posible para verla bien acomodada. Se había sentido tan bendecida de tener un amigo tan dispuesto a ayudarla en su momento de necesidad.

Llegó el momento en que recibió una carta indicando que el señor Jenkins le había encontrado un puesto de trabajo. Al día siguiente, se dirigió a su oficina con premura.

Isabella temía y ansiaba saber en qué establecimiento estaría empleada por el resto de sus días.

¿Se encontraría enseñando en una institución para señoritas como a la que ella misma había asistido? ¿O algún miembro de su clase social se apiadaría de ella y la contrataría para beneficio

de la educación privada de sus hijos?

Se sentó nerviosamente frente al señor Jenkins.

—Debo confesar que me costó más de lo esperado encontrarle una situación. Verá, la mayoría de las escuelas para señoritas en Londres estaban bien provistas de personal. La señora Mason expresó en su carta que, de tener espacio, la habría contratado con gusto.

Era algo que Isabella había esperado. A menudo había más damas buscando empleo que oportunidades de trabajo adecuadas disponibles.

Una parte de ella quería sentirse ligeramente sorprendida o traicionada de que ninguno de sus conocidos en Londres hubiera intentado contratarla. Sin embargo, ya no era miembro de esa sociedad y no sería vista como alguien a quien tener cerca.

—Lamento decir que la situación que encontré para usted está muy lejos de Londres. Sé que esperaba quedarse en la zona, y hice todo lo posible para lograrlo, pero... —se interrumpió.

—Está bien. Sé que hizo todo lo posible, señor Jenkins, y estoy muy agradecida por todos sus esfuerzos. Estoy segura de que, sin importar la ubicación, encontraré mi situación bastante adecuada.

—Me alegra oír sus valientes palabras. El puesto es para el Duque de Wintercrest. Ha acogido a una pequeña pupila durante el último año, una joven creo, y busca una institutriz para ella. Solicitó específicamente una dama de crianza londinense para prepararla para la sociedad, así como para proporcionarle un sólido conocimiento del idioma francés.

Isabella, por supuesto, conocía al Duque y la Duquesa de Wintercrest, aunque nunca había tenido el honor de conocerlos personalmente. Sabía que eran relativamente mayores y tenían hijos propios, por lo que se preguntó quién podría ser esta joven pupila. Tal vez una pariente que habían acogido voluntariamente.

—Parece que podría ser una posición ideal para mí.

—Justo como pensé cuando me lo contaron. El duque también está dispuesto a pagar un salario mucho más significativo del que se suele dar a una institutriz, cuarenta libras al año. Supuse que estarías dispuesta a aceptar el puesto, ya que lo necesitaban con bastante urgencia. Me tomé la libertad de decirles que aceptarías el puesto. ¿Espero que no te moleste?

—Está bien. Supongo que es más de lo que podría esperar de otra manera y le agradezco todo su arduo trabajo en mi nombre.

—Me alegra oírlo —dijo el señor Jenkins, relajándose con su expresión habitualmente alegre—. Como dije, necesitan una institutriz de inmediato y han organizado el transporte para ti. Viajarás en diligencia pública dentro de dos días. Debo advertirte que empaquetes relativamente

poco, ya que no hay mucho espacio en tales situaciones, y que te vistas cómodamente, de hecho. Pasarás dos noches en el camino durante tu viaje.

—¿Un viaje de tres días? Perdóneme, pero ¿dónde viven exactamente el duque y la duquesa de Wintercrest?

—Ah, sí. Está bastante al norte. A solo un día de viaje al sur de Edimburgo.

—¿Está en Escocia, entonces? —preguntó Isabella, un poco sorprendida. No se había atrevido a esperar quedarse en su amado Londres, pero dejar Inglaterra por completo le parecía aterrador.

—No, no exactamente. Justo antes de llegar. Creo que las vastas tierras de Wintercrest entran en contacto con el país, pero la mansión en sí todavía está en suelo inglés.

—Ya veo —dijo Isabella, tratando de acostumbrarse a su nueva situación en la vida—. Le agradezco nuevamente, señor Jenkins, no solo por su trabajo con mi padre sino por la ayuda que me ha brindado y su continua amistad. Me apresuraré a casa ahora y comenzaré mis preparativos para el viaje.

Isabella hizo precisamente eso. Hizo lo posible por empacar una cantidad mínima de ropa en su baúl y preparó todo lo que quería mantener guardado de forma segura en su interior.

Por suerte, su doncella, Sally, estaba allí para ayudarla con el trabajo. Todo el tiempo se preguntaba cómo se las arreglaría por su cuenta.

Su último paso fue un acto de total desafío. La noche antes de partir, tomó su pequeño kit de costura y cosió su medallón de plata en el dobladillo de su vestido.

Ciertamente no podía ser vista saliendo de la casa llevándolo puesto, pues el señor Smith podría perseguirla, exigiendo la propiedad. Esa no sería forma de comenzar su nueva vida.

Al mismo tiempo, se negaba a dejarlo en la casa que una vez fue su hogar, para que ese hombre miserable lo manejara con tanta brusquedad y lo vendiera como si no fuera más que una baratija sin valor. Esperaba que para cuando el señor Smith se enterara de su engaño, ella estaría lejos y fuera de su alcance.

Si había algo bueno en tener que viajar tan lejos de la ciudad que amaba, era que también estaría lejos del hombre que buscaba destruir su vida a cada paso.

Su viaje de tres días hacia el norte no fue del todo tranquilo. Se sentía muy incómoda al haber sido colocada dentro de un carruaje con otras cinco personas. Apenas había espacio para sentarse, y mucho menos para ajustar la posición.

Sin embargo, tenía que considerarse afortunada. Después de todo, el pasaje lo había pagado su empleador, y le había concedido la amabilidad de un asiento dentro del carruaje. Había dos personas que solo podían permitirse sentarse en el techo del carruaje, expuestas a los elementos.

Muchos de los que estaban en el carruaje eran bastante amigables y entablaban conversaciones triviales. A medida que pasaban los días, cada uno se bajaba en su turno hasta que ella se quedó sola con otro hombre.

Notó bastante rápido que el paisaje fuera de su ventana cambiaba del cálido sol primaveral a nubes oscuras y sombrías, a medida que avanzaba hacia el norte.

La última mañana, justo antes de que se despidiera, Isabella le preguntó al caballero regordete sentado frente a ella si el clima gris era lo normal en el norte.

—Mi querida señorita Watts —dijo con una voz áspera y llena de bigote—, he vivido aquí toda mi vida y solo puedo alardear de haber visto el sol pleno un puñado de veces cada año. Tienes suerte de haber venido primero para la primavera y el verano. Te ayudará a aclimatarte antes de que caiga el duro invierno. Yo, personalmente, elijo quedarme en la ciudad durante los meses sombríos, ahora que puedo permitírmelo, y solo regreso para estas estaciones más cálidas.

Isabella miró por la ventana nuevamente y contempló cómo él podría haber considerado su vista exterior como una estación más cálida. Había decidido usar su sencillo vestido de viaje marrón claro. Era relativamente sin adornos, lo que también significaba que no mostraría arrugas tanto durante sus viajes.

Aunque había hermosas y exuberantes tierras verdes hasta donde alcanzaba la vista, el cielo no había sido más que gris. Un viento duro y amargo golpeaba contra el carruaje y, de vez en cuando, incluso llovizneaba sobre ellos.

Isabella también había aprendido de sus compañeros de viaje que se quedaría justo al este de Northumberland, a lo largo de la costa. Por la descripción de la propiedad, sonaba asombrosa. Isabella supuso que tendría que acostumbrarse no solo al aire fresco costero y al hermoso verdor, sino también a los cielos grises y al clima húmedo.

Finalmente, cuando el crepúsculo comenzaba a asentarse en el tercer día, Isabella vio un largo muro de piedra a lo largo del camino. El conductor le había informado antes que este era el borde de las propiedades de Wintercrest y cuando llegaron a él, golpeó el techo para señalárselo silenciosamente.

Su emoción alcanzó su límite cuando el conductor disminuyó la velocidad hasta detenerse ante las puertas principales. Salió y se tomó un momento para estirar las extremidades. El conductor ya había bajado y estaba sacando su baúl. Al verlo luchar con él, se preguntó si tal vez había empacado más de lo que debería.

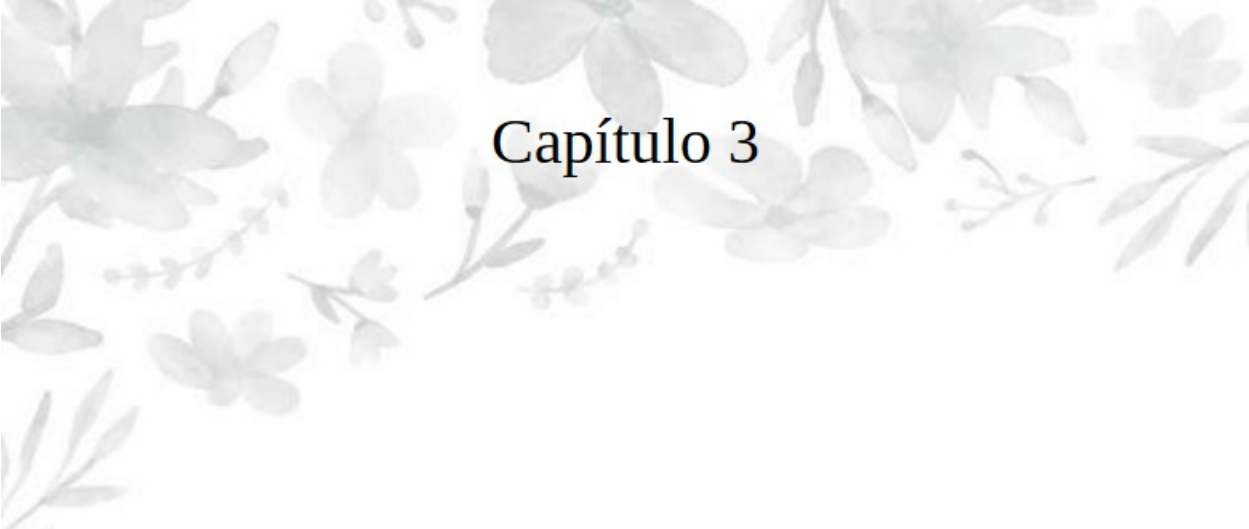
Lo dejó en el suelo junto a ella en la puerta y se sacudió las manos, mirando la extensión de la propiedad. Isabella siguió su mirada y también la admiró.

Al volverse hacia el conductor, se sorprendió al verlo retomar su lugar en la parte superior del carruaje.

—Pero espere —llamó—. Por favor, señor, ¿qué debo hacer ahora?

—No sabría decirle, señorita Watts. Todo lo que debo hacer es dejarla justo aquí.

Con un golpe de las riendas, siguió su camino, dejando a la señorita Isabella Watts completamente sola y confundida en el umbral de la mansión Wintercrest.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The flowers are simple in design, with some having five petals and others being buds. The leaves are elongated and pointed. The entire border is set against a white background.

Capítulo 3

Isabella miró el camino que conducía a la casa señorial. No podía asegurarlo, sin embargo, ya que en la luz menguante no veía nada más que el camino frente a ella. Tiró de su baúl, incapaz de levantarlo de su lugar de reposo en la hierba.

Supuso que la mayoría de las personas que buscaban empleo aquí solo traían la ropa que llevaban puesta y otro atuendo para los domingos. Si los seis vestidos que tontamente había empacado no eran demasiado, entonces los libros de la pequeña biblioteca de su padre seguramente lo eran.

Se había convencido a sí misma de que podría usar estas queridas historias como parte de la educación de su alumno. Por supuesto, el Duque de Wintercrest tenía suficiente biblioteca propia como para que traer sus propios libros fuera un movimiento tonto y egoísta de su parte.

Un viento frío la azotó y ella apretó el simple chal que se había envuelto. Isabella de repente deseó haber pensado en traer un abrigo en su baúl. Ciertamente, sabían que ella llegaría hoy. Esperó unos momentos, considerando que el cochero que debía recibirla solo estaba un poco retrasado.

Después de un período de diez minutos, estaba convencida de que al menos un lacayo vendría eventualmente a buscarla. Finalmente, cuando su capacidad para ver en la luz nublada y tenue era casi imposible, determinó que nadie vendría y comenzó a arrastrar su baúl por el camino.

Si hubiera estado en el estado mental adecuado, podría haber dejado su baúl en la puerta y haber caminado solo para que alguien más capaz lo buscara en otro momento. Sin embargo, no estaba en un buen estado mental. Estaba temblando de frío y no tenía idea de qué esperar o qué se esperaba de ella en su nueva situación en la vida.

Por suerte, la luna estaba llena, y mientras las nubes se apartaban, pudo obtener breves vistas del camino a seguir. Sin embargo, cuando las nubes oscurecían su única iluminación, hizo todo

lo posible por no entrar en pánico, ya que solo podía ver unos pocos metros frente a ella. Con suerte, las luces de la casa comenzarían a mostrarse en una abertura de los árboles del seto que corría a lo largo del camino.

Finalmente, en un atisbo de luz momentánea desde arriba, vio una figura caballerosa caminando hacia ella por el camino. Él se detuvo al ver también su forma.

—Oh, gracias al cielo —exclamó ella, asumiendo que era un sirviente enviado para recibirla—. Temía que me hubieran olvidado por completo. Por favor, ¿sería tan amable de ayudarme con mi equipaje?

Se enderezó de su posición agachada de arrastre. La figura frente a ella, a no más de diez pies de distancia, no parecía moverse. No podía distinguir sus rasgos en una iluminación tan oscura, pero supuso que nadie más que un lacayo estaría fuera a una hora tan tardía.

—Ciertamente —respondió una voz segura y profunda. La figura apresurada la alcanzó y se inclinó para levantar su baúl.

—Dígame, por favor, ¿por qué exactamente está arrastrando un baúl por este camino tan tarde en la noche? —preguntó el hombre mientras comenzaba a caminar fácilmente con el baúl en la mano.

—Oh, perdóneme. Pensé que usted era el lacayo enviado a recogerme. Soy la señorita Isabella Watts. He sido empleada como institutriz de Su Gracia. No pretendo imponerme si su intención no era venir a buscarme —añadió rápidamente.

—Bueno, no creo que pudiera dejarla aquí para que continuara arrastrando un objeto tan grande —dijo, cambiando suavemente el peso en su mano.

—Solo asumí... Desde la distancia parecía ser un lacayo por su estatura, señor —vaciló en su última palabra, señalando que él aún no había dado su propio nombre.

—Perdone, señorita Watts. Soy el Capitán Grant. Acababa de salir a dar un paseo al aire fresco. A veces las cosas pueden volverse bastante sofocantes adentro.

—Capitán. Bueno, no es de extrañar que tenga la estatura de un lacayo —dijo Isabella, dándose cuenta de que podría ser bastante atrevido de su parte.

—Solo quiero decir, mi padre también era marinero. Supongo que encontré afinidad con su aire náutico.

—¿También estaba en la Marina Real? —preguntó el Capitán Grant mientras continuaban su camino. Parecía conocer la dirección de memoria y caminaba a un ritmo constante a través de la oscuridad ahora casi completa.

—No, estaba en un barco mercante cuando era joven, y tuvo su propio conjunto de embarcaciones más adelante en la vida. Tenía bastante gusto por la vida aventurera en el mar —añadió con un poco de nostalgia.

—Dígame, ¿cuál era su nombre? Tal vez lo conocí en mis viajes.

Isabella estaba bastante insegura de qué nombre dar: su nombre de pila o su título. Ciertamente, tener a la hija de un caballero titulado en la casa podría generar cierta animosidad cuando se tratara de encajar con otros sirvientes.

Dado que el Capitán Grant era indudablemente un invitado y no un miembro del personal, Isabella se arriesgó a dar el título apropiado de su padre, como a él le hubiera gustado.

—Mi padre era el Barón Leinster. Desafortunadamente falleció hace unos meses.

—Lamento mucho escuchar eso —el caballero la miró en la poca luz y mantuvo un tono de sincero pesar—. Mis más sentidas condolencias.

Isabella le agradeció por su amabilidad, y caminaron unos minutos más en silencio. Consideró preguntarle sobre su servicio en la Marina Real, esperando hacer una buena transición en la conversación, cuando vio las luces de la mansión más adelante.

Dio un suspiro de alivio agradecido. Había hecho todo lo posible por ocultarlo, pero su delgado vestido de viaje y el chal no habían sido mucho para protegerla del viento que se colaba entre los árboles del seto. Notó inmediatamente que su acompañante se dirigía a la entrada principal de la casa.

—Oh, si me permite, Capitán Grant, me parecería más apropiado encontrar mi camino a la entrada de servicio. Si pudiera simplemente indicarme la dirección correcta, me despediría felizmente de usted con mi total agradecimiento por su servicio.

El Capitán Grant pareció dudar un minuto.

—No podría posiblemente dejarla para que llevara el equipaje usted misma —dijo finalmente—. Estoy seguro de que la casa la recibirá como una invitada bienvenida.

Por mucho que a Isabella le hubiera gustado entrar en la vasta mansión como una invitada, sabía que ese ya no era su estatus en la vida. Era hora de que trazara la línea entre quien había sido y quien era ahora.

—Aprecio su amabilidad, pero estoy bastante segura de que el ama de llaves me esperará.

—Muy bien, entonces —el Capitán Grant pareció resolver su razonamiento—, la escoltaré allí. Tiene suerte de haberse encontrado conmigo, porque conozco bien la entrada de servicio.

—¿La conoce? —preguntó Isabella, sorprendida.

—Sí —respondió con una suave risa—. Viví aquí en mi juventud, y cuando era un niño era bastante desgarbado y siempre quería algo de comer. Generalmente dulces —continuó con ese mismo flujo de narración que Isabella había disfrutado tanto de su padre.

Sonrió y se preguntó si todos los marineros serían expertos narradores. —A menudo me colaba en la cocina por la entrada de servicio para robar un pastelillo bajo las narices de la cocinera. Ella, por supuesto, sabía exactamente lo que estaba haciendo y amablemente hacía la vista gorda.

—Parece una chef muy considerada.

—Lo es, sin mencionar que es la mejor de todo el condado.

—Qué afortunado debe sentirse Su Excelencia de tenerla aquí bajo su techo.

Finalmente habían llegado a la puerta de la entrada lateral y, moviendo el baúl a una mano, el capitán Grant la abrió sin ceremonias y le hizo un gesto para que entrara. Isabella se sobresaltó al entrar en la habitación y encontrar un pasillo bien iluminado con tres largas mesas, todas llenas de sirvientes, sin duda comiendo su cena. Todos la miraron en silencioso asombro hasta que el capitán entró en la habitación detrás de ella. Al instante, todo el salón se puso de pie.

Una mujer mayor con un moño rubio ajustado y llaves tintineando en su cintura se apresuró hacia ellos. Isabella no tenía duda de que era el ama de llaves de la mansión.

—Lord Bellfourn, ¿puedo servirle en algo, señor?

Miraba frenéticamente entre la nueva dama desconocida y el Marqués de Bellfourn, hijo del Duque de Wintercrest.

—Señora Peterson, permítame presentarle a la señorita Watts, nuestra nueva institutriz. Estaba dando un paseo nocturno cuando la encontré en apuros.

Inmediatamente, a petición de la señora Peterson, un mozo se adelantó y se llevó el maletín. Salió de la habitación con él, Isabella esperaba que a su propia habitación. Sin embargo, notó que la señora Peterson no se había dirigido a ella ni la había mirado directamente.

—Le pido disculpas por las molestias, Lord Bellfourn. Se suponía que la institutriz llegaría mucho antes en la noche. El señor Larson y yo estábamos discutiendo hace unos momentos sobre enviar a alguien a preguntar por ella.

A Isabella le irritaba un poco que la trataran como a una niña y la discutieran sin reconocer su presencia.

—Me dejaron en la entrada, señora Peterson, sin nadie que me acompañara a la casa —intervino Isabella, cansada de ser ignorada.

La señora Peterson la miró conmocionada, como si acabara de notarla por primera vez. Finalmente, se volvió hacia el marqués.

—Gracias de nuevo, Lord Bellfourn. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted antes de que regrese arriba?

Isabella pudo ver cómo su semblante decaía al mencionar su lugar apropiado por encima de los cuartos de servicio. La situación ya era bastante confusa por sí sola, pero ¿por qué le había dado un nombre falso? ¿Por qué no le había dicho que era el hijo del Duque de Wintercrest?

Puede que no estuviera completamente versada en toda la nobleza, pero ciertamente había hecho su investigación antes de partir y había aprendido que el Marqués de Bellfourn era el hijo mayor y heredero del Duque de Wintercrest.

Lord Bellfourn se volvió hacia ella y, haciendo una ligera reverencia, comenzó a desearle buenas noches, algo que probablemente no debería haber hecho. Sin embargo, sus ojos se detuvieron en sus pies, tal vez volviendo en sí, pensó ella, y la miró interrogante.

—Señorita Watts, parece que algo sale del dobladillo de su vestido.

Isabella miró hacia abajo con temor para ver la cadena de su medallón sobresaliendo y arrastrándose por el suelo.

—Oh, cielos —dijo Isabella, carmesí de vergüenza.

Empujó su falda con las manos dobladas frente a ella, como si el acto pudiera ocultar el dije que colgaba debajo. Ya era bastante malo que obviamente se hubiera puesto en ridículo, llamando lacayo al marqués, pero ahora tenía la vergüenza adicional de mostrar la joya que había cosido en su vestido para mantenerla a salvo.

Sin duda, en el poco tiempo que habían estado juntos, él había deducido que no solo era ingenua y grosera, sino también muy extraña.

—Es muy querido para mí y temía perderlo durante el viaje —balbuceó, muy avergonzada.

Para su horror, y el horror de todos en la habitación, Lord Bellfourn se agachó y retiró el resto de la cadena de su dobladillo. Se puso de pie y se la tendió para que la tomara. Sin mirarlo a los ojos, por temor a llorar, dejó que la cadena cayera en su mano enguantada.

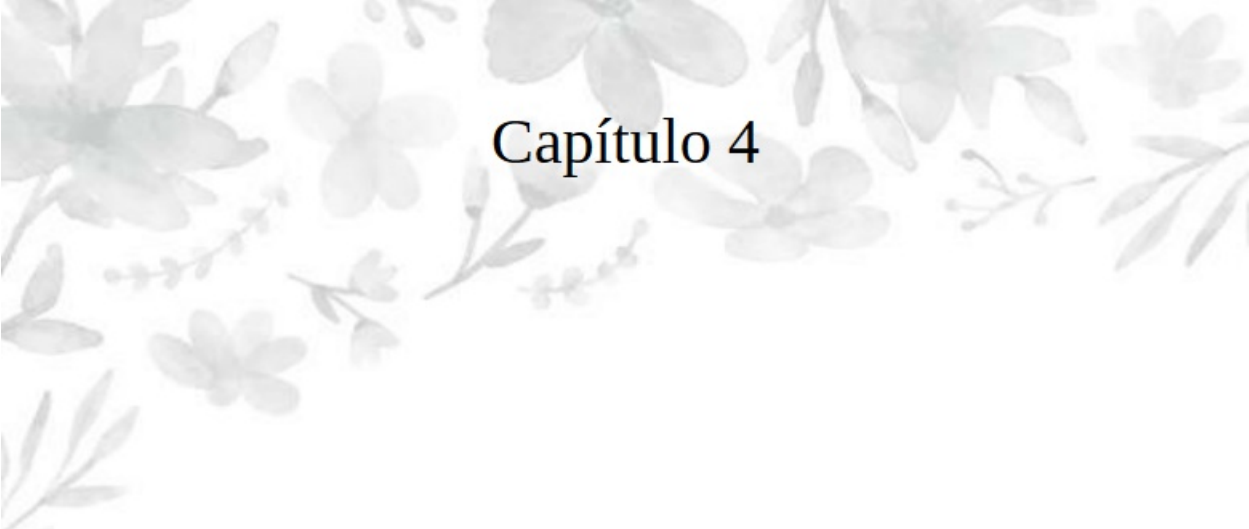
—Gracias, Lord Bellfourn —dijo suavemente, con la reverencia más profunda que pudo hacer.

—Entonces le deseo buenas noches —respondió Lord Bellfourn, sin querer avergonzar más a la joven señorita Watts—. Buenas noches, señora Peterson.

Toda la sala esperó hasta que salió del salón antes de volver a sus asientos y susurrar entre ellos.

Isabella finalmente se encontró con la mirada del ama de llaves, que parecía estar evaluándola, una vez que la sala volvió a los murmullos y el tintineo de los platos. Sin decir una palabra, giró sobre sus talones, deteniéndose solo una vez para indicarle, de manera irritada, que la siguiera.

Completamente puesta en su lugar, Isabella hizo todo lo posible por no mirar las miradas de reojo a su alrededor mientras seguía a la señora Peterson fuera del comedor de los sirvientes.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The flowers are simple in design, with some having five petals and others being buds. The leaves are elongated and pointed. The overall effect is a soft, elegant frame for the chapter title.

Capítulo 4

Isabella escuchaba en silencio durante el apresurado recorrido de la señora Peterson, sintiendo el peso de su medallón en la mano. La señora Peterson insistía en que la visita no debía ser rápida, ya que había llegado mucho más tarde de lo previsto.

No le importaba el hecho de que Isabella hubiera sido abandonada en el camino, sin ayuda para llegar a la mansión.

—Te alojarás en el ala oeste de la mansión, en los aposentos extra para el servicio en el ático. La habitación de tu alumna, la guardería y el aula también se encuentran en ese lado de la mansión. No tienes motivo para aventurarte fuera de esa ala sin permiso, ¿queda claro?

—Sí, por supuesto —respondió Isabella, dejando ahora los niveles inferiores de los aposentos del servicio para subir al piso principal. Sin detenerse en la planta baja, la señora Peterson giró de inmediato y subió el segundo tramo de escaleras, luego un tercero y finalmente un cuarto.

Al llegar al cuarto tramo, el ascenso se volvió empinado y estrecho. El último piso era, sin duda, el espacio del ático utilizado para el personal adicional. El techo apenas tenía la altura suficiente para no rozar el moño alto de la señora Peterson.

Caminó dos puertas más allá e indicó a Isabella que entrara. La habitación era indudablemente más pequeña que la que tenía en casa, pero no era en absoluto desagradable a la vista.

El lacayo había depositado amablemente su baúl al pie de una cama pequeña pero de aspecto cómodo. Estaba cubierta con una colcha sencilla, decorada con flores bordadas.

El lacayo también había tenido la gentileza de encender un fuego en la pequeña chimenea que se encontraba a la derecha de la cama. A la izquierda había una pequeña ventana redonda en el arco puntiagudo de una torre.

Enfrente había una mesita y una silla mullida, pero de aspecto desgastado. Sin duda, la habían subido cuando ya no era apropiada para la casa principal.

Aparte de eso, el único otro mueble era una pequeña mesa para la palangana y la jarra de agua, y un armario pequeño. Aunque ninguno de los muebles hacía juego y las paredes eran solo de cal pura, la habitación estaba caldeada por el fuego y resultaba acogedora.

Isabella agradeció ver el espacio que podría llamar suyo, después del largo viaje en un espacio tan reducido.

La señora Peterson esperó, con los brazos cruzados al frente, mientras Isabella inspeccionaba la habitación. Cuando Isabella se volvió hacia ella, no tuvo un momento para hablar antes de que la señora Peterson comenzara.

—Tu desayuno y la palangana de agua te serán traídos todas las mañanas. Desayunarás aquí, el almuerzo y el té se servirán con la señorita Jacqueline y su niñera, y la cena te será traída aquí, puntualmente a las nueve en punto.

—¿No tomaré mis comidas abajo? —preguntó Isabella, un poco sorprendida de que se esperara que se encerrara en su habitación cada vez que no estuviera con su alumna.

—Por supuesto que no. No eres parte del personal, eres la institutriz. Tus comidas las tomarás aquí, donde es bueno y apropiado.

Era fácil ver que la señora Peterson consideraba muy importante la propiedad.

—Me dijeron que tu padre era el barón Leinster —continuó.

Isabella se sintió ligeramente decepcionada de que su origen ya fuera bien conocido.

—Sí —fue su simple respuesta.

—Bueno, estoy segura de que entiendes que las cosas son diferentes ahora. No eres una invitada de Su Excelencia, sino una trabajadora asalariada. Se espera que hagas tu trabajo lo mejor que puedas. No tendrás doncella. Confío en que esperabas esto y puedes cuidar de ti misma. —Era más una afirmación que una pregunta.

—Por supuesto, nunca hubiera presumido lo contrario.

—Muy bien, entonces. Como dije, el agua caliente y tu bandeja de desayuno te serán traídas por la mañana a las siete y siete y media, respectivamente. Vendré a buscarte a las ocho menos cuarto para que conozcas a la señorita Jacqueline. A las diez, serás presentada a Su Excelencia y las presentaciones al resto de la familia seguirán, según él lo dicte. Él te dirá qué deberes se esperan de ti durante tu estancia.

No era difícil notar que a la señora Peterson no le agradaba que Isabella ya hubiera conocido a Lord Bellfourd antes del momento designado.

—Tienes de las tres en adelante para ti, ya que la niñera asumirá sus funciones entonces. Puedes explorar los terrenos exteriores, siempre y cuando no invadas el espacio de la familia. Se

espera que acompañes a la señorita Jacqueline a la iglesia con la familia todos los domingos por la mañana, y luego eres libre de usar la tarde como desees. Muchos de los sirvientes aprovechan la oportunidad para ir al pueblo, que está a una milla de distancia caminando. Todas las demás expectativas te serán comunicadas por Su Excelencia por la mañana.

—Gracias, señora Peterson —dijo Isabella, sintiéndose ahora muy exhausta por su viaje—. ¿Podría decirme también cómo puedo enviar correo?

Pareció pensarlo por un minuto, sin duda sopesando lo que era apropiado para tal situación. Por supuesto, enviar correo junto con los miembros de la casa no sería aceptable. No estaba muy segura de si dejar las cartas en el salón de los sirvientes, como hacían los demás miembros del personal, era lo más adecuado para ella tampoco. Finalmente, sin embargo, fue lo que decidió.

—Hay una cesta en una mesita junto a la entrada de servicio. Las cartas pueden dejarse allí para ser enviadas.

Se despidió de Isabella con un seco buenas noches y salió de la habitación. Isabella se sentó unos momentos en su cama, asimilándolo todo, antes de finalmente abrir su mano aún enguantada y volver a colocar el medallón alrededor de su cuello.

Sintiéndose de nuevo ella misma con su preciado medallón adornando su cuello, se dispuso a desempacar sus pertenencias. Le costó un poco de esfuerzo meter todos sus vestidos en el pequeño armario y se dio cuenta de nuevo de lo ridícula que debió parecer al marqués, obligándolo a cargar tantas pertenencias.

A falta de un mejor lugar, alineó sus preciadas novelas a lo largo de la pared entre el armario y el cabecero de metal de la cama.

Con la mayoría de sus últimas posesiones en su lugar, Isabella logró desvestirse, solo la tercera vez que lo hacía por sí misma, y se deslizó bajo la suave cubierta de su cama. Agradeció tener una habitación con chimenea.

Contempló ensoñadoramente las ascuas menguantes, preguntándose si esa sería la razón por la que la habían alojado en una habitación tan alejada del resto del personal. ¿Habría sido por la comodidad adicional del fuego? ¿O por el acceso al lado de su pupila sin interferir con los demás en la casa? ¿O simplemente para darle un recordatorio físico de que no era ni una de las damas y señores que vivían en una mansión tan lujosa, ni una de las sirvientas que los atendían?

Su último pensamiento antes de quedarse dormida fue si así se habría sentido su padre cuando estaba en alta mar. A la deriva, con tierra por delante y por detrás, y nada más que un barco solitario para transportarla. ¿Pasaría el resto de sus días perdida en el mar como una isla solitaria, o podría encontrar la manera de llegar a la orilla, sin importar cuál eligiera?

A la mañana siguiente, Isabella se despertó temprano con un cielo gris oscuro saludándola a través de la pequeña ventana circular. Se sorprendió de lo bien que había dormido, sin duda debido al agotamiento del largo viaje. Temía haberse quedado dormida, ya que no estaba acostumbrada a madrugar. Se levantó apresuradamente y se dirigió de puntillas hacia el pequeño reloj que adornaba solitario la repisa de la chimenea.

Removió el fuego, encontrando algunas brasas calientes bajo las cenizas, e hizo lo posible por avivarlo con el combustible proporcionado. Una vez que apareció una pequeña llama, Isabella se dio la vuelta al oír un ligero golpe en su puerta.

La abrió para encontrar a una criada de pie con una jarra de agua humeante y una palangana. Se hizo a un lado para dejar que la chica entrara y las colocara en la pequeña mesilla junto a su cama.

—Gracias, se ve encantador, señorita... —Isabella se interrumpió esperando que la chica se presentara. Era muy joven, no más de dieciséis años.

—Solo Betsy, señorita Watts —dijo con un marcado acento escocés y una reverencia.

—¿Eres escocesa, entonces? —preguntó Isabella.

—Aye, la mayoría del personal de menor rango lo es, señorita Watts.

—Por favor, llámame Isabella —la animó—. ¿Debo bajar la palangana cuando termine?

—Oh, no, señorita... quiero decir, Isabella. Vendré a recogerla cuando traiga su bandeja del desayuno.

—Eres muy amable; estoy segura de que es un trabajo tedioso subir y bajar tantas escaleras.

—Dinna fash. No me importa en absoluto. Es una tarea mucho más agradable que las otras — Betsy se giró para irse después de otra breve reverencia, pero se detuvo un momento—. No quisiera ser una molestia, pero me preguntaba si por casualidad necesita ayuda con sus cosas, para vestirse y peinarse, quiero decir. Estaría encantada de ayudarla.

—Eres muy considerada, Betsy, pero odiaría pedirte más de lo que ya haces o darte tareas adicionales. Puede que requiera algo de práctica, pero creo que pronto aprenderé a hacerlo por mi cuenta.

—Verá, me haría un favor si me lo permitiera —continuó Betsy—. Quiero ser doncella personal algún día en una casa elegante. Quizás incluso en esta. Necesito práctica primero, ¿sabe? Oí que usted se crio como una dama, así que pensé que podría ayudarme. Decirme si estoy haciendo algo mal y cosas así.

—Bueno, supongo que podría usar algo de ayuda para hacer algo sencillo con mi cabello.

—Aye, sería una gran práctica para mí si me lo permite.

—¿La señora Peterson no se enfadará? Tuve la impresión de que no quería que hablara mucho con los demás.

—No es así. Ella es muy exigente en que todos estén en su lugar y nadie intente ser más de lo que es. Hace que sea prácticamente imposible para una muchacha como yo progresar. Pero lo que ella no sepa no le hará daño.

—Bueno, si estás segura de que no nos descubrirán —dudó Isabella—. Supongo que estaría bien. Me encantaría hacer lo que pueda para ayudarte.

Isabella lo decía sinceramente, también. Era la primera amiga que había hecho en la casa y estaba dispuesta a ayudar a Betsy de cualquier manera posible. Le recordaba algo que su padre solía decir: "un pequeño acto de bondad puede abrir la puerta a grandes amistades".

Isabella usó el agua caliente para lavarse y refrescarse antes de vestirse. Encontró un suave vestido de mañana de algodón color verde que combinó con una chaqueta spencer de terciopelo verde oscuro. Aunque el corte del vestido era muy modesto, aún se preocupaba por su aspecto como vestido práctico.

Después de todo, esperaba causar una buena impresión a Su Gracia, tras haber metido claramente la pata con el marqués la noche anterior. Sabiamente, se colocó un fichu en la parte superior de su vestido verde, antes de ponerse la chaqueta spencer.

Aunque había conseguido que el fuego ardiera relativamente bien, temía que nunca se acostumbraría al frío que siempre parecía estar presente en este país del norte. Metiendo un pañuelo crema en su manga larga, terminó justo a tiempo para que Betsy volviera a llamar a la puerta.

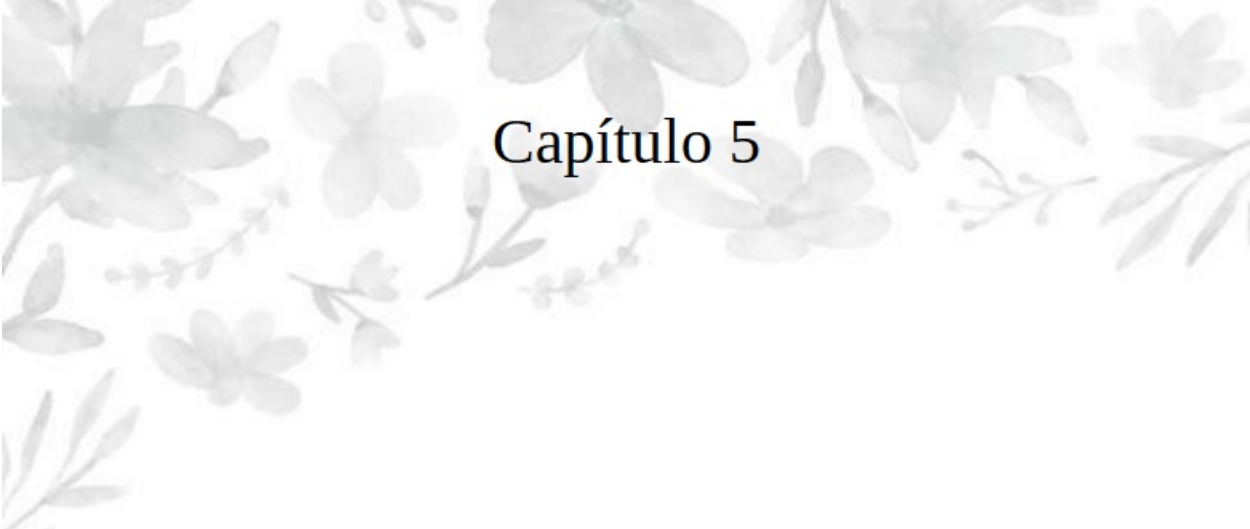
Entró y dejó la bandeja en la pequeña mesa junto a la ventana circular. Antes de comer, Isabella se sentó en la única silla frente a la ventana mientras Betsy le recogía el pelo en un apretado moño. Dejó algunos de los oscuros rizos de Isabella sueltos para enmarcar su rostro. Isabella hizo lo posible por palpar alrededor para asegurarse a Betsy que había hecho un trabajo fantástico, ya que no había espejo en la habitación.

Pareciendo feliz de haber obtenido algo de práctica, Betsy le agradeció de nuevo, luego tomó la palangana y dejó a Isabella para que desayunara sola.

Acababa de terminar su tostada y reconfortante taza de té cuando volvieron a llamar a su puerta. Esta vez era la señora Peterson, y fue muy puntual. Sin tan siquiera dar los buenos días, giró sobre sus talones, esperando que Isabella la siguiera.

Isabella supuso que esta era una costumbre común de la señora Peterson. No solo sentía que todos tenían su lugar, sino que también consideraba una pérdida de tiempo el uso de palabras que

no necesitaban ser pronunciadas. Rápídamente caminó para alcanzar a la señora Peterson por segunda vez en dos días para comenzar su nuevo comienzo como institutriz.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a daisy and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 5

Isabella bajó por la estrecha escalera y llegó al segundo piso de la casa principal. Siguió a la señora Peterson por el pasillo cubierto con alfombras turcas, escuchando el suave roce de sus pies en el suelo y el susurro de las faldas.

Le sorprendió que, para ser una casa tan grande, llena no solo de la familia sino también de al menos cien sirvientes en el piso de abajo, y sin todas las mesas ocupadas, estuviera tan silenciosa.

¿Dónde estaba todo el mundo? Había esperado ver doncellas yendo y viniendo y oír el tintineo de los cubiertos del desayuno a lo lejos, pero mientras caminaba reinaba un silencio absoluto. *Tal vez era simplemente que el ala oeste de la mansión estaba alejada del resto de la casa*, pensó.

El ala tenía básicamente forma rectangular con un pasillo que bordeaba el rectángulo. A lo largo de las paredes del pasillo, brotaban numerosas puertas.

El centro, sin embargo, estaba abierto, con cuatro enormes candelabros colgando del techo. Isabella se detuvo un momento para mirar por la barandilla durante su recorrido y vio el salón de baile más magnífico que jamás había contemplado. Ocupaba toda la planta baja.

Los candelabros, así como al menos una docena de candelabros de pie esparcidos por el suelo, estaban cubiertos con sábanas, al igual que una sección en el rincón más alejado que sin duda se utilizaba para una orquesta en vivo. Imaginó que la realeza bien podría bailar en ese salón en ocasiones.

Mientras caminaba, se dio cuenta de que sus aposentos estaban en el extremo más occidental e izquierdo de la mansión, con su pequeña ventana mirando hacia el lado izquierdo de la propiedad.

Se había confundido tanto al recorrer los pasillos de la planta baja que no se había dado cuenta hacia dónde estaba orientada. Recordó haber visto el frente de la mansión en la oscuridad y se

imaginó mentalmente las tres secciones. Su lado izquierdo albergaba el gran salón y una cantidad significativa de lo que suponía eran habitaciones de invitados en la parte superior.

La sección central era, sin duda, la parte principal de la casa con estudios, bibliotecas, salones y salas de estar. Lo más probable es que, en una casa de este tamaño, también contara con un salón más pequeño para eventos más íntimos y los diversos comedores.

Por último, se imaginó el ala este de la mansión. Se preguntó si compartía un gran salón similar y habitaciones que albergaban a la familia o si era completamente diferente de la belleza por la que estaba caminando.

Finalmente, recorrieron desde el pie de las escaleras del ático a lo largo del pasillo recto hasta el otro extremo del ala. Aquí había un pequeño nicho semicircular que conducía a dos habitaciones a cada lado del final del rectángulo y una gran escalera que bajaba al piso inferior de la parte central. Era un vestíbulo sensacional, con cuadrados pintados en el techo, otro gran candelabro y suelos de mármol. Isabella se detuvo un momento para contemplar toda esa grandeza.

Vio las grandes puertas dobles que conducían desde el exterior al vestíbulo, así como una exquisita escalera a juego frente a ella. Observó a una única doncella limpiando el polvo de uno de los jarrones que adornaban la gran sala junto con varias estatuas de mármol. Para Isabella era inimaginable que alguien viviera en esta casa. Parecía una residencia real, más magnífica que cualquier otra que hubiera visto jamás.

—Señorita Watts, si me hace el favor —dijo la señora Peterson con impaciencia. Señaló una tercera puerta desde el pequeño nicho semicircular.

Sin duda, estas habitaciones, las más cercanas a la casa principal, estaban destinadas a los niños. Estaban lo suficientemente lejos como para no molestar a los lores y las damas que honraban la casa, pero lo bastante cerca como para acudir cuando se les necesitara. Isabella sonrió al pensar en cuántos pequeños ojos habrían espiado por encima de la barandilla del pasillo los lujosos bailes que se celebraban abajo.

La señora Peterson abrió la puerta sin llamar, e Isabella la siguió. Se encontró en una gran habitación con una pequeña biblioteca a cada lado de una chimenea crepitante. Había cómodos sillones cerca del fuego, sin duda para leer.

Había una larga pared que daba al exterior, a la parte trasera de la finca. Lujosas cortinas de terciopelo verde colgaban entre las ventanas que mostraban vastos jardines cuidados e incluso un gran estanque. Junto a las ventanas había una pequeña mesa con cuatro sillas, probablemente

para almorzar. Y en el extremo derecho de la habitación había una mesa de tamaño infantil donde una tímida niña estaba sentada en silencio con las manos cruzadas encima.

Junto a la niña se encontraba una mujer que acababa de pasar la mediana edad. Llevaba el vestido color crema y el delantal de una niñera, así como una cofia con grandes volantes que enmarcaban su rostro de aspecto amable. Hizo un gesto a su protegida para que se pusiera de pie cuando entraron las mujeres y la niña obedeció.

—Señora Murray —comenzó la señora Peterson—, me complace presentarle a la señorita Watts, nuestra nueva institutriz. Ella la relevará de sus funciones durante el día.

—Ah, no son muchas funciones con este angelito —dijo la señora Murray con un marcado acento escocés.

La niña sonrió a su niñera con afecto. Era evidente que no entendía mucho de lo que decía. Era una niña pequeña y parecía menuda para su edad. Muy delgada y fina. Tenía el cabello rubio dorado con rizos y aún conservaba el rostro redondo de una niña pequeña. Miró tímidamente a la recién llegada.

—Señorita Jacqueline De'belmount —dijo la señora Peterson un poco más alto que antes—, esta es su institutriz, la señorita Watts.

La señora Peterson, siempre la dama apropiada, hizo la presentación formal a la niña. Isabella se rio un poco para sus adentros. La niña hablaba un idioma diferente; no tenía problemas de audición. Isabella se paró frente a la niña y luego se arrodilló para quedar a la altura de Jacqueline.

—Enchantée. Je m'appelle Mademoiselle Watts.

El pequeño rostro de Jacqueline se iluminó.

—Parlez-vous français?

—Oui —respondió Isabella con una pequeña sonrisa.

Esta pobre niña probablemente se había sentido muy sola y aislada en esta casa. Sin duda, era muy querida por su niñera, pero Isabella no podía imaginar dejar el hogar de uno y estar rodeada de una nueva cultura e idioma.

La señora Peterson se aclaró la garganta.

—Aunque todos los miembros de la familia de Su Gracia hablan francés con fluidez, el duque preferiría que la niña aprendiera inglés.

—Por supuesto —dijo Isabella, poniéndose de pie.

La niña deslizó su mano en la de Isabella e Isabella le sonrió, dándole un suave apretón.

—Si me lo permite, me gustaría reunirme con mi alumna y ver qué ha aprendido ya.

—Por supuesto —dijo la señora Peterson, ya inclinándose hacia la salida de la habitación. Seguramente tenía asuntos mucho más urgentes en ese momento—. Volveré para acompañarla ante Su Gracia.

Isabella asintió en señal de comprensión y esperó a que la señora Peterson saliera. Se volvió hacia la señora Murray, que aún no se había ido.

—Señora Murray, si tiene un momento antes de irse, ¿podría compartir conmigo cómo usted y la señorita Jacqueline han estado pasando el día?

—No me molesta en absoluto. La señorita Jacqueline es una niña muy dulce. Lamentablemente, no sabe decir mucho. Le encanta jugar con sus muñecas. Salimos a pasear después del almuerzo para tomar aire fresco. Supongo que Su Gracia deseará que continúe pasando tiempo en la naturaleza.

—Eso estaría bien. Nos daría algo de tiempo para explorar las ciencias naturales. Entiendo que la señora Peterson quiere que Jacqueline se centre en aprender inglés, pero espero que me permita hablar sobre lo que ya sabe de su educación previa. Para ello, tendríamos que hablar en francés.

—Och, no te preocupes por eso. La señora Peterson es muy estricta con las reglas. Lo que ella no sepa no le hará daño. Me sentaré justo aquí —dijo mientras tomaba asiento en una silla junto al fuego—. He estado tejiendo unos mitones de invierno para la pequeña. Podré oír cuando la señora Peterson suba por el pasillo y te avisaré.

—Gracias, señora Murray —Isabella miró la pequeña mano que aún sostenía la suya—. ¿Buscamos algunas muñecas para jugar? —preguntó en francés.

Los ojos de Jacqueline se iluminaron. Tirando de la mano de Isabella, la llevó más allá de la mesa y a través de una puerta que conducía a una habitación infantil. Recogió algunas muñecas y las trajo frente al fuego, a los pies de su niñera, algo que aparentemente había hecho con regularidad.

Isabella la siguió y tomó su lugar junto a la niña en el suelo. Mientras jugaban, hablaron sobre dónde creció Jacqueline y qué le gustaba hacer.

Tenía solo cinco años cuando su madre le dijo que dejaría Francia y pasaría tiempo con sus abuelos. Hablaba con cariño de su madre, pero por lo que decía, su madre parecía ser de cierta profesión.

—¿Abuelos? —preguntó Isabella.

—Oh, sí, Jacqueline es la hija del difunto Marqués de Bellfourn —dijo la señora Murray sin levantar la vista de su labor—. Lord James, que en paz descansa, era un hombre honorable. Lo

conozco desde que era un jovencito de doce años. Podía ser un poco impulsivo, pero no más que otros de su crianza. Hace dos años regresó de una expedición de caza que había tomado un giro por el mal tiempo. Nunca se recuperó de ello —terminó suavemente.

—¿Papá? —preguntó Jacqueline suavemente a la señora Murray, entendiendo solo unas pocas palabras de lo que su niñera había dicho. Ella asintió a la niña.

—Tu papá era un hombre muy bueno, niña; no se podía encontrar un corazón más amable. Verá —dijo volviéndose hacia Isabella—, aproximadamente un año después de su fallecimiento, Su Gracia recibió una carta de una Madame De'belmount de París. Afirmaba que Lord James había engendrado una hija con ella y le había estado dando una pensión. Pidió que se siguiera manteniendo a la niña, ya que ella luchaba por hacerlo sola. Su Gracia aceptó con la condición de que la trajeran aquí y la criaran como una verdadera dama.

—Qué bondad considerando su... su... —Isabella no quería decirlo con la niña presente, entendiera las palabras o no.

—Sospecho que después del dolor de la pérdida; verá, Su Gracia estaba muy unido a su hijo mayor, esperaba tener la oportunidad de recuperar un poco de él.

—Y ciertamente se siente bendecido de tenerla aquí —dijo Isabella, mirando a Jacqueline que cantaba suavemente una nana francesa a su muñeca.

—Muchos de nosotros lo estamos —dijo la señora Murray sin más explicación.

Esto dejó a Isabella preguntándose quién no estaría feliz de tener a una niña tan educada en la casa. Supuso que su ascendencia podría causar cierta incomodidad. Nunca sería considerada una dama de la nobleza, pero creciendo en la casa del duque y recibiendo una educación excepcional, algún día sería una excelente dama.

Isabella pasó el resto de la mañana jugando con la niña, haciéndole preguntas aquí y allá para ver qué nivel de instrucción tenía hasta ahora. No esperaba mucho a la tierna edad de seis años, pero se sorprendió de que la madre de la niña hubiera pasado cada noche leyéndole libros muy hermosos.

Sintió una punzada de tristeza por esta niña que también había perdido a su madre, aunque solo fuera por la separación de la tierra. No podía imaginar tener recuerdos tan felices con su propia madre y luego verse obligada a dejarla.

—¿Has escrito a tu madre desde que llegaste aquí? —le preguntó Isabella en francés perfecto.

—Sí, la tía Abigail es amable conmigo. Escribe cartas por mí y me lee lo que mi madre me envía.

Isabella se alegró de oír que podía mantener correspondencia con su madre, al menos.

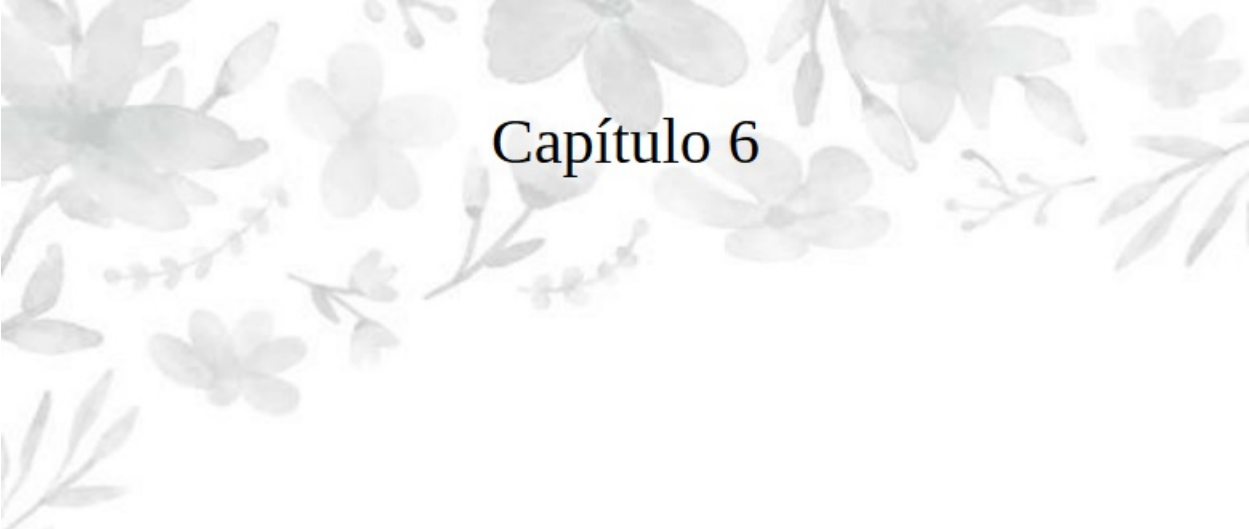
—Pronto, puedo mostrarte cómo escribir tus propias cartas y palabras y entonces podrás escribir a tu madre, tú sola.

Por supuesto, Isabella sabía que escribir cartas fluidas, incluso en francés, estaba lejos para una niña de seis años, pero al menos era el comienzo de un objetivo que podían establecer para su educación.

—Señorita Watts, creo que oigo pasos. Sospecho que es la señora Peterson que viene por usted. Es media mañana, y estoy segura de que Su Gracia está listo para recibirla ahora.

Isabella se puso de pie y se aseguró de que su falda estuviera en orden. Jacqueline vino a abrazarla por la cintura antes de que se fuera. Ya, en solo unas pocas horas, esta niña se había encariñado con ella.

Isabella estaba saliendo por la puerta justo cuando la señora Peterson llegaba a lo alto de las escaleras, para su sorpresa. Sin embargo, sin muchas palabras, simplemente se dio la vuelta, esperando que Isabella la siguiera. Isabella sacudió la cabeza con una suave risa. No estaba segura de si alguna vez entendería la complejidad de la señora Peterson.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The flowers are simple in design, with some having five petals and others being buds. The leaves are elongated and pointed. The overall effect is a soft, elegant frame for the chapter title.

Capítulo 6

Bajaron las escaleras y recorrieron el pasillo de mármol hasta la parte trasera del área central de la casa. Isabella hizo todo lo posible por no parecer tan impresionada por la extravagancia de todo lo que la rodeaba. Algunas grandes puertas de roble estaban cerradas, otras abiertas, mostrando un comedor, una vasta biblioteca y una sala de estar matutina. Isabella no pudo evitar preguntarse qué habría detrás de las otras puertas. Si tan solo pudiera explorar los serpenteantes pasillos.

Se detuvieron frente a una puerta cerrada, justo a la derecha de la biblioteca. La señora Peterson llamó y, cuando les dieron permiso para entrar, abrió ambas puertas. Era un despacho enorme con su propia gran chimenea ardiendo cálidamente a lo largo de la pared más larga. Junto al hogar había una puerta que Isabella estaba segura de que conectaba con la biblioteca. Por qué Su Excelencia necesitaría acceso a esa biblioteca cuando tenía tres paredes cubiertas de libros aquí en esta habitación, Isabella no lo sabía.

La habitación en sí estaba cubierta con un papel tapiz azul marino oscuro con adornos dorados. A lo largo de las paredes, donde no se encontraban libros, había varios cuadros de los anteriores propietarios de este despacho.

Isabella se preguntó por qué todas las habitaciones que había visto hasta ahora en la casa principal estaban decoradas de una manera tan oscura. Seguramente, con el clima sombrío de afuera, los colores brillantes y vibrantes ayudarían a calentar la gran propiedad.

Tuvo que recordarse, de nuevo, que ya no era una dama y que no necesitaba perder el tiempo preguntándose sobre cosas en las que no tenía por qué pensar. Su único propósito ahora era la educación, y eso era lo que debía ocupar sus pensamientos.

Se paró frente al escritorio y esperó a que el anciano, encorvado en su trabajo, las notara. Cuando dejó su escritura y la miró, siguió el ejemplo de la señora Peterson e hizo una cortés

reverencia.

—Su Excelencia, le presento a la nueva institutriz, la señorita Isabella Watts.

Isabella hizo todo lo posible por ignorar al caballero que estaba directamente detrás del duque, y que aparentemente había estado discutiendo cualquier trabajo que Su Excelencia estuviera haciendo antes de que las mujeres entraran. Una rápida mirada al Marqués de Bellfourn mostró una amplia y brillante sonrisa mientras la miraba.

Era exasperante para Isabella. Este hombre la había hecho quedar en ridículo la noche anterior frente a todo el personal de servicio, y aquí estaba, sonriendo con suficiencia al respecto. Probablemente incluso había compartido su historia con su padre. La ridícula institutriz que había tratado al hijo de su empleador como a un lacayo.

El Duque se quitó las gafas de alambre que llevaba puestas e inspeccionó a Isabella de arriba abajo.

—Me informaron que tenía una educación extensa. ¿Que sería bastante capaz de enseñar a una alumna, aunque no tenga referencias ni experiencia?

Isabella captó una mirada inquisitiva de Lord Bellfourn. Debía no haber sido informado de que ella carecía de experiencia. El Duque parecía estar avanzado en años y en salud, y Lord Bellfourn estaba, por supuesto, aquí para ayudarlo en preparación para su propio turno como administrador de la propiedad. ¿Se quedaría sin trabajo cuando esto ocurriera?

—¿Sin experiencia? ¿Estás seguro de que esto es lo mejor que podemos hacer por la pequeña Jackie? —preguntó Lord Bellfourn a su padre, justo en frente de ella.

—Estudié en la Escuela para Señoritas Excepcionales de la señora Mason. Disfruté mis estudios y los he mantenido en práctica a lo largo de los años —afirmó Isabella, levantando la barbilla un poco.

—La niña tiene suerte de tener una institutriz en absoluto. Hice lo que tú y Abigail me pidieron y contraté a una dama de Londres. No dudo que sus calificaciones serán adecuadas para la situación de la niña. Además, sabes bien que no me gusta que la llames por ese nombre.

A Isabella no le gustaba estar ahí parada y que hablaran de ella en su presencia por segunda vez en dos días. Tampoco se le escapó que Lord Bellfourn había sido quien se preocupó por Jacqueline y el duque mismo se había negado incluso a pronunciar su nombre.

Se preguntó si esto era a lo que la señora Murray había aludido. Ciertamente, había sido el duque quien había permitido que la niña viniera a su casa. ¿Estaba descontento con su presencia ahora que estaba aquí? Sin embargo, Isabella no podía imaginar cómo una criatura tan dulce podría molestarlo.

Quizás el recuerdo del hijo perdido, aunque deseado al principio, se había convertido en un constante recordatorio doloroso. Isabella entendía bien el sentimiento de pérdida y las complicadas emociones que provocaba.

Volviéndose hacia Isabella, dijo:

—Estoy seguro de que estará bien capacitada, señorita Watts. Sin embargo, tengo algunas condiciones antes de que proceda en cuanto a cómo quiero que sea educada.

—Por supuesto, Su Excelencia. Estaré encantada de cumplir cualquier requisito que considere apropiado.

—Bien. En primer lugar, quiero que empiece a aprender inglés de inmediato. ¿Tengo entendido que habla francés con fluidez?

—Sí, Su Excelencia.

—Por favor, use sus talentos para que haga la transición al idioma de su nuevo hogar. No quiero más fomento de su lengua materna ahora que usted está aquí para enseñarle correctamente de otra manera.

Isabella pudo ver que ese último comentario iba dirigido al Marqués y no a ella misma.

—Por supuesto, padre —dijo Lord Bellfourd con ligera irritación.

—Quizás —intervino Isabella, viendo que este era un tema en desacuerdo entre su actual empleador y el potencial futuro—, podría ser beneficioso para ella mantener su lengua materna. Por supuesto, haré lo que usted desee, Su Excelencia, y comenzaré inmediatamente a desarrollar su inglés, pero también podríamos tener un breve momento cada día para que tenga una lección de francés. Tener un segundo idioma es una herramienta importante para cualquier joven dama, y podría brindarle consuelo poder escribir a su madre de esa manera.

Isabella oyó a la señora Peterson aclararse la garganta detrás de ella, obviamente no contenta de que Isabella hubiera sugerido algo que acababa de ser contradicho por el duque.

—Creo que sería un buen compromiso, Padre —intervino Lord Bellfourd.

—Bueno —titubeó un poco el duque—, supongo que estará bien si solo lo habla durante lecciones específicas para el idioma.

—Por supuesto, Su Excelencia.

—Ahora, otros requisitos para la niña. Debe pasar una parte de su día al aire libre para lecciones y ejercicio, y dos veces por semana me la presentará para que pueda evaluar su progreso.

—Por supuesto, Su Excelencia —repitió Isabella.

Pudo ver que el duque se estaba poniendo las gafas de nuevo y supuso que eso significaba que era el final de la discusión.

—Ya tengo una vasta biblioteca de recursos para la niña en el aula, pero si necesitas algo más, puedes usar la biblioteca que está por allá —dijo señalando la puerta con un gesto—. Tú misma puedes tomar prestado cualquier libro que desees de la colección, siempre y cuando firmes el registro de sirvientes que se encuentra dentro.

—Es usted muy amable, Excelencia.

—Sospecho que tienes material de lectura suficiente para tus necesidades por el momento, a juzgar por el peso de tu maleta —intervino Lord Bellfourd con una sonrisa cómplice.

Isabella bajó la mirada al suelo mientras se sonrojaba. Oyó un resoplido indignado detrás de ella.

—¿De qué estás hablando, Christian? —dijo el Duque, bajando sus anteojos para mirar a su hijo.

—Nada, padre —respondió con una sonrisa jovial.

Isabella estaba irritablemente avergonzada pero también aliviada de que Lord Bellfourd hubiera decidido no compartir los eventos de la noche anterior con el duque.

—Señora Peterson, estoy seguro de que está muy ocupada con los asuntos de la casa. Estaré encantado de acompañar a la señorita Watts de vuelta al aula, ya que aún no he visto a mi sobrina hoy.

La señora Peterson dudó. Por supuesto, no discutiría la petición de marcharse, pero también cuestionaba permitir que tal cosa sucediera. Sin ninguna objeción aparente del duque, que había vuelto a su trabajo, hizo una última reverencia y se marchó.

Lord Bellfourd dio una palmada en el hombro a su padre y el duque lo despidió con un gesto sin levantar la vista de su trabajo. Cruzando la habitación, Lord Bellfourd indicó a Isabella que se adelantara. Ella esperó hasta que estuvieron fuera del despacho y bien pasada la puerta antes de hablar.

—Creo que nunca tuve la oportunidad de disculparme por mi error anoche —dijo finalmente, sin mirarlo.

—No hay nada por lo que disculparse. Me alegro de haber estado allí para ayudar. No puedo imaginar arrastrar una carga tan pesada todo el camino desde la carretera principal.

Isabella lo miró para ver si se estaba burlando de ella de nuevo. Se tomó un momento para estudiarlo. Era mucho más alto que la mayoría de los hombres que conocía y de hombros anchos.

Tenía un cabello rubio fresa espeso que estaba atado con una simple cinta. Sus ojos, que la miraban con un brillo burlón, eran del azul más transparente. Le recordaban mucho a la niña con la que acababa de pasar la mañana, aunque todo lo demás en sus rasgos era muy diferente.

En cierto modo, se parecía a una versión mucho más joven del duque, con una mandíbula cuadrada y una nariz larga y puntiaguda. Decidió que no podía tener más de veintiséis años. Había notado que, no solo el Duque compartía el pelo rojo fresa, aunque el del duque era en su mayoría gris, sino que muchos de los retratos en la pared del despacho también lo tenían.

—Me alegro de ver que tu amuleto hizo el viaje a salvo —añadió con una sonrisa traviesa y señaló con los ojos el medallón alrededor de su cuello.

Isabella rápidamente cubrió el medallón con su mano, ocultándolo de él. Oyó el retumbar de una risita dentro de su pecho y ya no pudo soportar la vergüenza.

—He cambiado de opinión; no me disculpo por el error. De hecho, se podría decir que la situación fue toda obra tuya, ya que me diste un nombre falso.

Lord Bellfourd se detuvo al pie de las escaleras que conducían al ala oeste y soltó una carcajada ante su momento de rabia. Era un sonido fantástico y profundo, algo que podía decir que su Señoría usaba a menudo.

—Mi querida señorita Watts —dijo finalmente, recuperando la compostura—, lamento mucho haberla molestado. Perdóneme, mi hermana me dice que tiendo a ser un bromista. No quise decir nada con eso. Aunque, debo informarle que no le mentí. Mi nombre es Capitán Christian Grant, anteriormente de la Marina Real. Hace poco más de un año que soy algo más que esto.

Isabella pensó en esto. Tenía sentido, por supuesto. Era el segundo hijo de un duque, así que un empleo en la Marina Real era sin duda apropiado. Tras la muerte prematura de su hermano, probablemente lo llamaron a casa para ocupar su lugar.

—Oh, bueno... —tartamudeó Isabella, sintiendo que su actitud descarada podría haberla metido en problemas de nuevo.

—No se preocupe, señorita Watts. ¿Cómo podría haberlo sabido? —dijo tranquilizadamente—. Quizás, sin embargo, podría satisfacer mi curiosidad y decirme exactamente qué tenía en ese baúl suyo y por qué ese simple medallón es tan importante para usted.

—Bueno, tenías razón en la primera parte. Traje conmigo algunos de mis libros favoritos, sin darme cuenta de que se me permitiría tomar prestados otros. Y el medallón... —dijo acariciando la plata que aún sostenía en su mano mientras subían las escaleras—, era de mi madre. Mi padre me lo dio para mi decimosexto cumpleaños con el mechón de pelo que ella le dio la primera vez que se hizo a la mar.

—Ahora puedo ver por qué podría ser tan apreciado.

—Sí. Ella falleció en el parto, así que me da una especie de cercanía con ella.

—Parece que su vida ha estado llena de dificultades —respondió él.

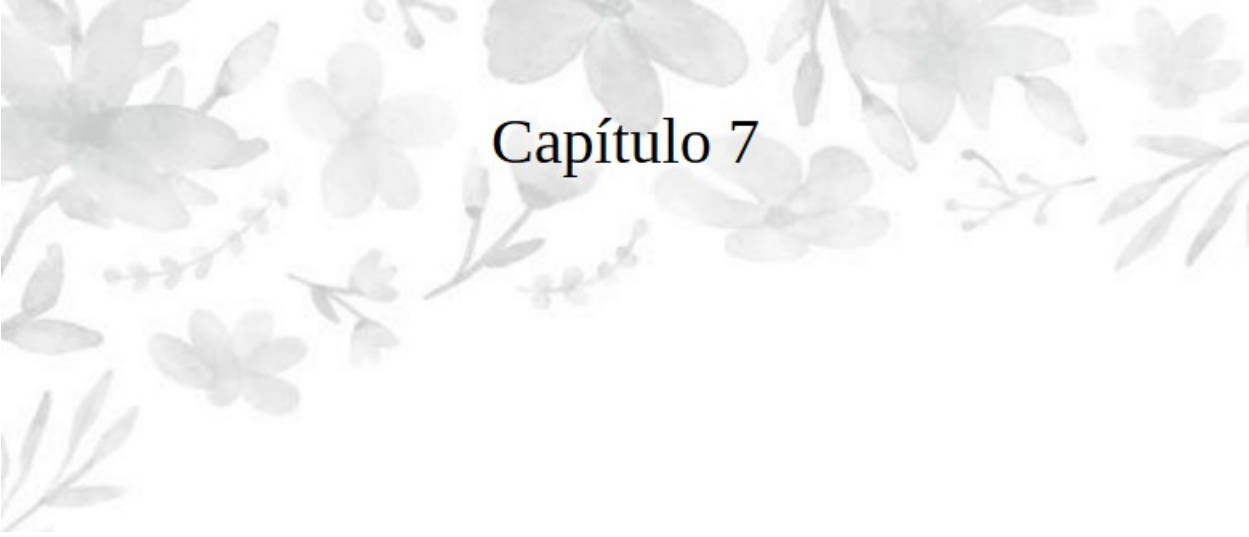
—No más que otros —dijo Isabella arrugando la nariz pensativa—. Imagino que muchos tienen mucho más dolor que yo. La vida parece ser igualmente injusta con todos de una manera u otra.

—Bien dicho —estuvo de acuerdo.

Habían subido las escaleras, y sin ceremonias, Lord Bellfourd entró en el aula.

—¡Tío Christian! —chilló Jacqueline con deleite mientras se levantaba de un salto y lo rodeaba con sus brazos.

Comenzó a derramar los eventos de la mañana en rápido francés a su querido tío. Para Isabella era evidente que era amado por esta pequeña niña. Aunque sus bromas la habían molestado un poco, no pudo evitar disfrutar de su compañía mientras lo veía interactuar con su pequeña sobrina, más como un niño que como el futuro Duque de Wintercrest.



Capítulo 7

Mi querida Louisa:

Espero que esta carta te encuentre bien. He echado de menos tu agradable compañía desde que dejé Londres.

Me he instalado en mi nuevo puesto aquí en Wintercrest Manor. Nunca había visto algo tan espectacular como esta casa. Los jardines también son vastos e intrigantes. La casa es tan grande que llevo aquí casi una semana y solo he visto a una parte de los sirvientes y la mitad de la residencia. Me cuesta imaginar a un niño creciendo en una casa tan grande e imponente.

Mi alumna es una niña preciosa. Te conté en mi última carta sobre su educación y lo que resultó en su residencia aquí. Es una niña tan amable y dulce. Pasamos cada tarde paseando por los terrenos, por petición del duque de Wintercrest. Este es un momentopreciado tanto para Jacqueline como para mí.

Ahora me queda claro que se crió en el centro de París y nunca pasó mucho tiempo ni siquiera en los parques. Cada nuevo jardín lateral que tomamos o camino de madera por el que paseamos es una gloriosa aventura para ella. Yo también he llegado a amar nuestros paseos vespertinos. Aunque el aire casi siempre está frío, incluso cuando se acerca la primavera, he disfrutado enormemente de la belleza abierta que me ha brindado este campo.

Te conté antes sobre mi desastroso primer encuentro con lord Bellfourn. Había esperado, después de ese primer día, no verlo mucho en absoluto. Sin duda, está muy ocupado ayudando a su padre con la finca y aprendiendo todo lo que conlleva. Para mi sorpresa, encuentra un momento casi todos los días para pasar con la pequeña Jacqueline. A menudo, se sienta y escucha mientras ella le cuenta las aventuras que ha tenido o las

mentado, se sienta y escucha mientras ella le cuenta las aventuras que ha tenido o las historias que ha aprendido ese día.

Un día, de hecho, insistió en que la señora Murray y yo preparáramos y enviáramos a Jacqueline y su té de la tarde a una de las salas de estar. La trató como a una verdadera dama que venía a tomar el té de la tarde con él. Jacqueline apenas podía contenerse cuando volvió con nosotras. Realmente se sintió como una princesa ese día.

A pesar de sus bromas iniciales, he descubierto que lord Bellfourd es un hombre amable que adora mimar a su pequeña sobrina. No puedo evitar tener en alta estima a alguien que puede ser tan increíble con una niña pequeña, que ya ha superado tanto en su corta edad.

He sabido por la señora Murray hoy que la miembro más joven de la familia, lady Abigail, regresará a casa hoy de una visita a sus parientes. Tendré la oportunidad de conocerla tanto a ella como a su madre esta noche, ya que se me ha informado que presentaré a Jacqueline para su primera inspección ante el duque después de su cena.

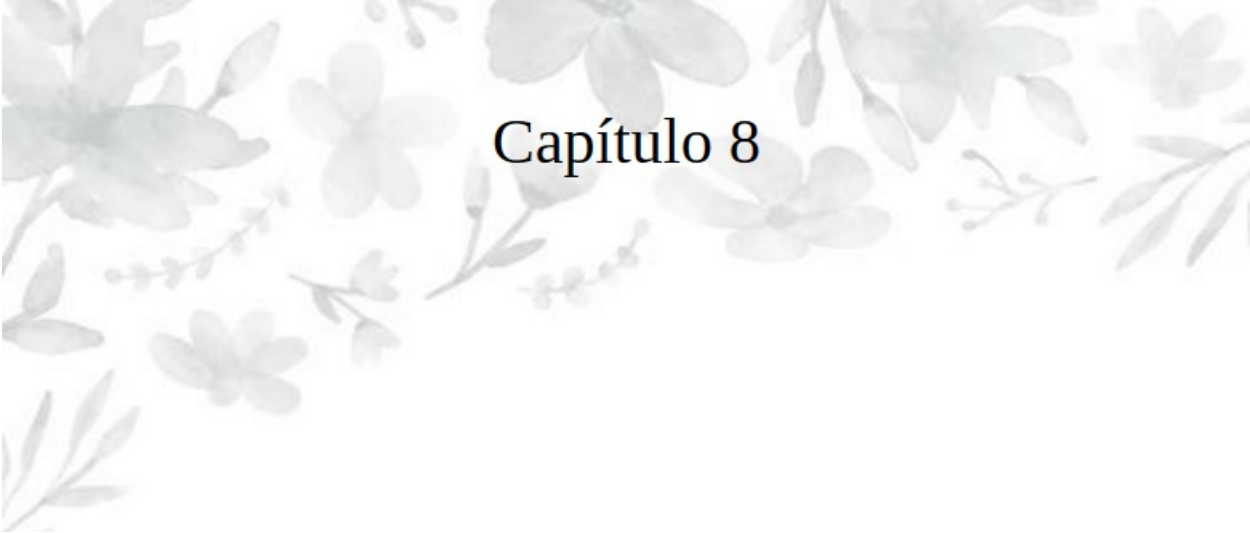
No estoy segura de qué me preocupa más, si conocer a tan distinguidas damas de una casa tan lujosa, o presentar a Jacqueline ante su abuelo. Hemos dedicado la mayor parte de la lección de hoy a practicar sus presentaciones en inglés perfecto, y también le hemos enseñado a contar del uno al diez. Siento que esto es una gran hazaña para una niña tan pequeña que, hasta la semana pasada, no sabía casi nada de inglés.

Está claro que las atenciones exageradas de su tío también le impidieron aprender el nuevo idioma, ya que solo le ha hablado en francés, por lo que he visto. Esto es a pesar del evidente disgusto del duque. Confieso que me alegra que la transición de esta niña durante el año haya sido menos traumática con las palabras familiares de su tierra natal.

Espero que estés bien y recibiendo mis cartas. Soy muy consciente de que esta es la segunda que he enviado en una semana. Estoy tan acostumbrada a hablar contigo todos los días, incluso a pasarnos notas cuando no nos vemos. Supongo que tendré que acostumbrarme al largo viaje que cada carta debe hacer para llegar a ti, querida. Es una excelente oportunidad para que ejercite la paciencia, algo en lo que, por supuesto, sabes que no soy del todo buena.

Tu amiga,

Isabella



Capítulo 8

Isabella caminaba de un lado a otro en su habitación, deteniéndose ocasionalmente para volver a comprobar el reloj. Debía recoger a Jacqueline y llevarla abajo con el duque y el resto de la familia exactamente a las ocho en punto para ser inspeccionada. Como era la primera vez que hacía esto, no tenía idea de qué esperar.

Por supuesto, sabía que la señora Murray, quien tenía que hacerse cargo de la niña esa tarde como siempre lo hacía, se aseguraría de que Jacqueline luciera lo mejor posible.

Lo que le asustaba aún más era la perspectiva de conocer a la duquesa por primera vez esta noche. Ciertamente, el duque había sido quien la contrató, pero si no encontraba el favor en los ojos de la duquesa, seguramente el empleo sería terminado. ¿Qué haría Isabella entonces?

Ciertamente nunca volvería con el señor Smith para suplicar su misericordia. Tocó el medallón alrededor de su cuello. ¿Cómo habría reaccionado él al encontrarlo desaparecido? Esperaba que lo hubiera dejado en paz. Después de todo, no valía mucho realmente, pero al mismo tiempo, sabía que no se trataba del dinero o la deuda de su padre. Todo lo que el señor Smith quería era hacer miserable la vida de Isabella como castigo por haberlo rechazado todos esos años atrás.

El reloj dio los cuartos, e Isabella detuvo su paseo. Se alisó las faldas una última vez. Se había devanado los sesos pensando cómo vestirse. ¿Debería usar el único vestido de terciopelo verde que le quedaba, o continuar con su vestido de algodón más sencillo y simple que había usado durante el día?

No tenía idea de qué sería más apropiado en esta situación. Finalmente se decidió por el vestido de cena. Al menos era de color oscuro, un verde bosque tan profundo que, a la luz de las velas por la noche, podría tomar un tono casi negro. Parecía lo más adecuado para una institutriz.

Isabella recorrió el largo pasillo hacia la guardería de su alumna donde debía recogerla de la señora Murray. Entró en la habitación con un suave golpe para encontrar a Jacqueline sentada en

el suelo jugando con muñecas con otra joven dama. La señora Murray estaba sentada en la mecedora del rincón, tejiendo otro par de guantes. La dama se puso de pie al entrar Isabella y supo que esta debía ser Lady Abigail.

Era una joven de no más de diecisiete años. Llevaba un hermoso vestido de cena de seda azul suave con perlas blancas decorando el corpiño. Compartía los mismos ojos azul cristalino de su hermano, pero su cabello era de un rojo intenso, casi sorprendente.

—Le ruego me disculpe, Lady Abigail —dijo Isabella con una reverencia—, me pidieron que llevara a Jacqueline ante Su Gracia.

—Vaya, entonces usted debe ser la señorita Watts —dijo Lady Abigail con una dulce sonrisa—. Por un segundo, temí que fuera esa horrible señora Peterson entrando. No le habría gustado verme sentada en el suelo jugando con muñecas. Es bastante estricta, ¿no es así? —preguntó Lady Abigail como si estuviera hablando con una amiga.

Isabella no estaba segura de cómo responder. Naturalmente, no compartiría sus opiniones personales sobre la señora Peterson con una dama de la casa; habría sido demasiado atrevido de su parte.

—La señora Peterson parece muy dedicada a sus deberes. Parece tener un buen manejo de una finca tan grande —fue todo lo que Isabella pudo decir.

—No lleva mucho tiempo con nosotros, ¿sabe? —continuó Lady Abigail, como si estuviera hablando con una confidente cercana—. Solo el último año, justo antes de que llegara nuestra dulce Jackie. Supongo que padre esperaba encontrar a alguien que apretara un poco más las riendas sobre nosotros, los niños.

La señora Murray se aclaró la garganta desde el rincón. Abigail sonrió ante la acción.

—La enfermera Murray, por otro lado, ha estado aquí tanto tiempo que cuidó no solo de mí, sino también de mi hermano Christian. Creo que piensa que soy demasiado chismosa. Es un mal hábito mío, debo admitirlo. Me disculpo, Nursie —dijo Lady Abigail con cariño mientras se giraba.

—No necesita disculparse, Lady Abigail. Quizás sea mejor que se vaya, para no hacer esperar a su padre, ¿eh?

—¿Nursie? —Jacqueline se rió por lo bajo ante el apodo que Lady Abigail le daba a su enfermera.

—Bueno, verás, yo era muy pequeña cuando llegó la señora Murray y era más fácil para mí decir eso —le explicó Lady Abigail a la niña en francés.

Jacqueline se volvió hacia la señora Murray y preguntó lentamente en el mejor inglés que pudo reunir:

—Yo llamarte Nursie, eh... que puis-je vous appeler?

¿Cómo puedo llamarte? El corazón de Isabella se hinchó ante la pregunta, mientras observaba a la señora Murray conectar con la pequeña.

Con lágrimas brillando en sus ojos, la señora Murray extendió sus brazos.

—Sí —susurró—. Puedes llamarme Nursie.

Jacqueline fue hacia ella rápidamente y compartieron un abrazo.

La señora Murray acarició el cuello de Jacqueline y sus ojos se elevaron para encontrarse con los de Isabella.

—Espero que eso sea bastante encantador —dijo la señora Murray después de controlar su emoción—. Ahora, vete, mi pequeña, mientras tus rizos aún están rebotando.

Por supuesto, el cabello rubio perfectamente rizado de Jacqueline siempre estaba en immaculados tirabuzones, pero la señora Murray los esponjó de todos modos antes de devolver a la niña a su tía que esperaba. Jacqueline deslizó una mano en la de Lady Abigail y luego extendió la otra hacia Isabella.

Era una de las cosas que Isabella disfrutaba tanto de Jacqueline. Su espíritu puro e inocente. Por supuesto, Isabella debería seguir detrás de las dos chicas como una simple empleada, pero tanto Lady Abigail como Jacqueline estaban listas. Así que, con una risita propia de una niña, Isabella tomó la mano de Jacqueline. Las tres marcharon alegremente por la amplia escalera que conducía a la casa principal.

No fue hasta que llegaron al pasillo que llevaba a la gran sala de estar que las divertidas risitas se detuvieron. La señora Peterson estaba en ese pasillo. Era como si alguien hubiera abierto una ventana y dejado entrar una ráfaga fría. Lady Abigail tomó la delantera con la pequeña Jacqueline de la mano mientras Isabella se deslizaba hacia atrás, justo detrás de ellas.

De esta manera, entraron en la sala de estar. Isabella encontró al resto de la familia ya sentada. El duque estaba sentado en el gran sillón de respaldo alto más cercano al fuego con una manta sobre su regazo. Isabella se preguntó si su salud no era buena. La duquesa estaba sentada junto a su hijo en una mesa de cartas y se levantó para abrazar a su hija a su entrada. Jacqueline hizo una reverencia muy apropiada a su abuela antes de darle un ligero abrazo.

Lady Abigail compartía muchos de los rasgos faciales afilados de su padre, pero era evidente que su figura menuda y su abundante cabello rojo oscuro eran herencia de su madre. Aunque

parecía al menos diez años más joven que su marido, la duquesa tenía algunas mechas grises entre su rica melena castaño rojiza que caía en pequeños rizos alrededor de una diadema.

Isabella pudo ver que Jacqueline estaba tan nerviosa como ella al estar frente a su abuelo.

Hizo una profunda reverencia y, con voz clara como una campana, dijo:

—Buenas noches, Su Gracia. Se ve usted muy bien.

Isabella se preguntó sobre la frase que había animado a Jacqueline a practicar una y otra vez hasta que fuera perfecta. Al examinarlo más de cerca, no se veía nada bien.

—Y dime qué has aprendido, jovencita —respondió él sin luz en los ojos.

Toda la sala observaba este intercambio con alegría, y sin embargo el duque no parecía tan conmovido como los demás por su rostro angelical.

Jacqueline miró a su institutriz, que estaba justo detrás de ella. Isabella asintió para darle ánimos.

—He aprendido a contar y a recitar el Padrenuestro.

—Bien, entonces oigámoslo —dijo el duque, dejando a un lado el libro que había estado leyendo. Habló con cierto escepticismo, lo que desalentó a la niña.

Isabella dio un paso adelante y, inclinándose, animó a la niña a continuar. A ojos de Isabella, lo hizo maravillosamente. Lady Abigail y Su Gracia incluso aplaudieron cuando Jacqueline terminó el Padrenuestro, aunque había titubeado una vez.

El duque no le dijo nada a la niña.

—Parece que está progresando bien, señorita Watts —fue todo lo que dijo antes de volver a su lectura.

—Gracias, Su Gracia —respondió ella, tomando la mano de la niña y preparándose para marcharse.

—Jacqueline, ¿por qué no vienes aquí y le muestras a tu madre cómo dibujaste esa bonita flor el otro día? —dijo Lord Bellfourd desde su mesa de cartas.

—Oh, sí. Me encantaría ver un dibujo —anunció la duquesa de Wintercrest, dejando a un lado su partida de cartas.

Un sirviente trajo un pequeño escritorio con utensilios y Jacqueline fue a sentarse junto a su abuela. Isabella no estaba segura de qué hacer. Le habían dicho que se encargara de la niña durante la noche, pero no sabía si debía quedarse o disculparse. Cuando Jacqueline se había acercado a la duquesa, la habían invitado a sentarse. Había tomado una silla de madera contra la pared, para no entrometerse en la intimidad de la familia.

Después de unos minutos, Lady Abigail se había unido a su madre, hermano y sobrina en la mesa de cartas e intentaba enseñarle a la pequeña Jacqueline un juego de cartas sencillo.

—Señorita Watts, ¿toca usted el piano? —preguntó la duquesa de Wintercrest.

—Sí, Su Gracia.

—¿Tocaría para nosotros ahora? —preguntó dulcemente, señalando un pianoforte justo al lado de Isabella—. Mi hija no se aficionó a las lecciones, y echo tanto de menos el sonido de la música por la noche.

—Por supuesto, Su Gracia —dijo Isabella, tomando asiento al piano.

Ya había partituras colocadas. Otro sirviente apareció sin decir palabra y colocó un pequeño candelabro en el pianoforte para darle la mejor luz.

—Gracias —le dijo al hombre que aún no conocía.

Él asintió y volvió a la esquina de la habitación donde esperaba de pie. La música era bastante sencilla, e Isabella la reconoció como una sonata de Pleyel que había aprendido en su juventud.

Tocó suavemente de fondo para entretener a la duquesa, pero sin distraerlos de su velada juntos. Se perdió tanto en la concentración sobre las notas, que ni siquiera se dio cuenta cuando Lord Bellfourn se acercó a su lado.

Llegó a una parte de la página que no podía ver bien debido a que la página anterior la cubría parcialmente. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, una mano se adelantó y arregló la página ofensora.

—Supongo que ha venido a burlarse de mí un poco más —dijo Isabella sin dejar de tocar.

Se había acostumbrado por completo a sus bromas durante la semana, en sus diversas visitas con su sobrina, y se había sentido bastante cómoda a su alrededor.

—No haría tal cosa —dijo Lord Bellfourn, fingiendo asombro—. He venido a admirar tu maravillosa interpretación. ¿Quizás le enseñes a Jackie a tocar también?

—No estoy segura de si es lo suficientemente mayor en este momento, pero ciertamente estaría encantada de enseñarle en el futuro.

—Supongo que tienes razón, aunque es una lástima.

—¿Una lástima? ¿Por qué, Lord Bellfourn?

—Bueno, esperaba que pudieras enseñarle y tener una canción lista para cuando regrese en otoño.

—¿Regresar? ¿A dónde vas, Christian? —intervino Lady Abigail, al escuchar la conversación.

—A la ciudad para la temporada, por supuesto —respondió Lady Wintercrest—. Tu padre no está lo suficientemente bien para ir este año al parlamento. Christian se encargará de lo

necesario.

—¿No puedo ir yo también, entonces? Sé que acordamos que no iría este año ya que estarás aquí con padre, pero si Christian va...

Isabella siguió tocando, pero se compadeció de Lady Abigail. En efecto, cualquier chica de su edad estaría deseando salir del campo para disfrutar de la sociedad de la temporada.

—No me siento cómodo permitiéndote ir sin una carabina —intervino el duque sin apartar la vista de su libro.

Fue la última palabra sobre el asunto. Lady Wintercrest tomó la mano de su hija para consolarla e intentó animarla con pensamientos sobre el verano en el campo.

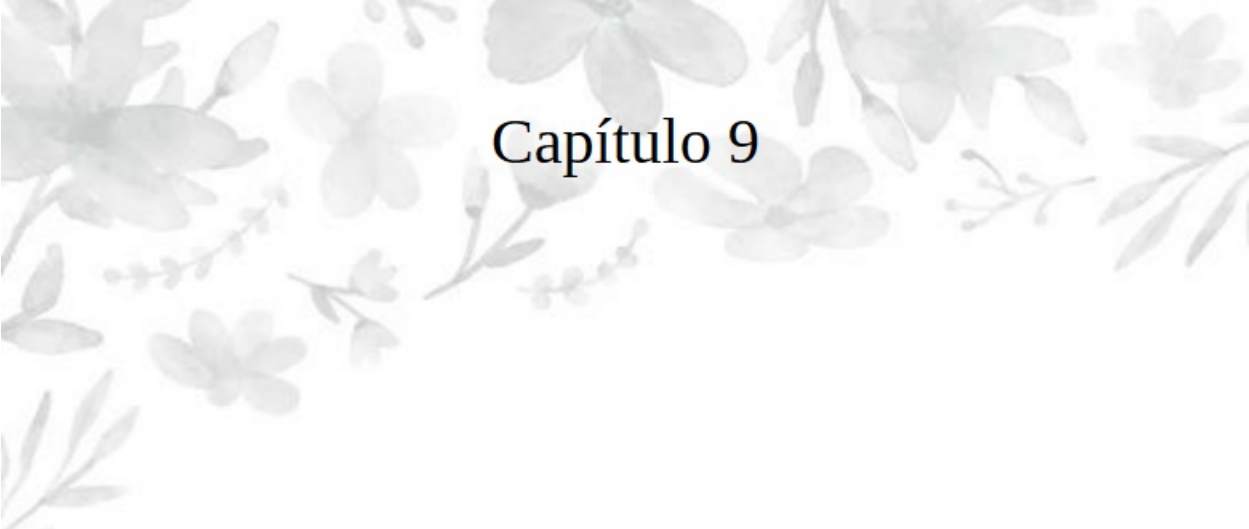
Isabella se sorprendió de lo decepcionada que se sintió al saber que Lord Bellfourn se iría durante la temporada. Se preguntó si quizás era solo envidia porque él iba a disfrutar de la sociedad que ella había tenido una vez. Sin embargo, sentía que era algo más que eso. Echaría de menos su compañía y las sonrisas que provocaba no solo a su sobrina, sino también a la señora Murray y a ella misma, en sus visitas.

—Haré lo posible por encontrar algo sencillo para que la señorita Jacqueline aprenda para celebrar su regreso —dijo mientras terminaba su pieza.

Levantó la mirada hacia Lord Bellfourn para ver sus brillantes ojos azules sonriéndole.

—Lo agradecería muchísimo. Sé que a Jackie también le encantaría —dijo con una gratitud que hizo que el corazón de Isabella se hinchara.

Estaba bastante segura de que lo había pedido únicamente porque sabía que hacer algo así para el regreso de su tío haría que Jacqueline se sintiera muy digna. Le daría un lugar como parte de la familia.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other small blossoms, scattered across the top edge.

Capítulo 9

El domingo por la mañana, Isabella se preparó para acompañar a la pequeña Jackie, como ella también había empezado a llamarla, a la iglesia con su familia. La finca tenía su propia capilla privada para que asistieran las familias y los sirvientes.

Isabella ya la había encontrado una vez, escondida en un bosquecillo cuando paseaba con Jackie. Parecía espectacularmente antigua y hermosa al mismo tiempo. Habían deambulado por el pequeño cementerio familiar junto a ella e incluso encontraron allí enterrado a Lord James. Al día siguiente recogieron algunas flores silvestres para colocarlas en la tumba.

Aunque Jackie nunca había conocido a su padre, Isabella pensó que podría ser importante que viniera a visitar la tumba de vez en cuando.

Isabella también estaba emocionada porque, por primera vez desde que había llegado hacía una semana, las nubes finalmente se habían despejado y un sol glorioso brillaba sobre la hermosa y verde tierra de Dios. Estaba segura de que, aunque solo era una caminata de media milla hasta el patio de la iglesia, la familia iría en carruaje. Decidió que Jackie y ella caminarían y absorberían algo del glorioso sol.

Por esta razón, había optado por usar un vestido ligero de algodón para caminar en lugar de los vestidos más delicados que podría haber usado para ir a la iglesia en Rosewater. Se puso un sombrero de verano de ala ancha y su único par de botines de cuero resistentes. Añadiendo un chal ligero, se sintió lista para el enérgico paseo hasta la iglesia.

Fue a recoger a su pequeña alumna de la señora Murray y la encontró igual de adecuadamente vestida. Llevaba un fino vestido de algodón color crema con patrones de campanillas en forma de rayas. Hacía maravillas para resaltar la claridad de los ojos azules de la niña.

Ella también llevaba botines de cuero resistentes en lugar de zapatillas de seda e incluso tenía una sombrilla a juego para ella y su pequeña muñeca, que se sentaba junto a la ventana en la

mesa de té para esperar su regreso.

Tomando la mano de la niña, Isabella agradeció a la señora Murray por todos sus esfuerzos y saltó por las escaleras y salió hacia la iglesia.

Llegaron al patio de la iglesia justo cuando un elegante Barouche llegaba rodando por el camino principal. Brillaba bajo la luz del sol con un escudo de armas de Wintercrest pintado en el costado. Dos caballos color crema trotaban al frente. Dentro, la duquesa, el duque y sus dos hijos resplandecían con sus mejores galas.

Isabella escuchó a Jackie dar un audible sonido de asombro cuando el carruaje dio la vuelta y se detuvo frente a la capilla.

—¿No se ve Su Gracia como una reina? —susurró Jackie a su institutriz.

—Bueno, si eso es cierto, entonces tendré que empezar a llamarte Princesa Jackie —respondió Isabella.

La niña se rió ante la idea de ser una princesa y comenzó a bailar y girar su pequeña sombrilla alrededor del patio.

Isabella, sin embargo, observó cómo Lord Bellfourn salía primero del carruaje y luego ayudaba a su hermana y a su madre por turno. Después de que estuvieran a salvo fuera del transporte, agarró un bastón situado para su padre y se aseguró de que él también saliera sin problemas. Estudió a Lord Bellfourn por un momento.

Hoy más que nunca parecía el verdadero Marqués de Bellfourn. Llevaba botas altas de color marrón oscuro, pantalones color canela, un chaleco azul marino oscuro y un frac negro largo. Se veía apuesto con su sombrero de copa de seda; su cabello recogido con una simple cinta azul marino. Realmente le quitó el aliento a Isabella verlo. Tuvo que decirse a sí misma que apartara la mirada.

Esperó hasta que su madre estuviera adecuadamente colocada en el brazo derecho de su padre antes de tomar el brazo de Lady Abigail y escoltarla adentro. Tanto Lady Abigail como él eran un gran contraste con la dama y el lord del salón la noche anterior.

Incluso Su Gracia estaba mucho más serena y mantenía un aire a su alrededor. El domingo era un asunto importante, supuso Isabella, donde su estatus como cabeza de la casa se ponía propiamente en su lugar ante todo el personal.

El duque, en la mente de Isabella, parecía ser el que ponía la propiedad primero, y los demás solo lo hacían por su deseo directo. El domingo, aparentemente, era un día en que no se podían hacer excepciones, a los ojos del duque.

De hecho, durante el paseo, Jackie había informado a Isabella que esta sería su primera vez asistiendo a los servicios con la familia. Sin una institutriz que la acompañara, se le había indicado que se quedara en casa con su niñera. Todavía era un misterio para Isabella que el duque, que evidentemente había traído a la niña para ayudarlo a sobrellevar la pérdida de su hijo, pudiera luego apartarla y ostracizarla del resto de la familia.

El servicio de la iglesia fue bastante bien. El sermón fue encantador y, aunque Jackie podía entender poco de lo que se decía, se mantuvo quieta en su lugar en el banco detrás del duque, la duquesa y la familia.

Una vez que terminó el servicio, los sirvientes que habían seguido a la familia ahora comenzaban a hacer su salida. El duque se acercó al pastor para discutir el servicio de ese día mientras el resto de la familia esperaba. Todo era tan propio, que Isabella tuvo que frotarse mentalmente los ojos para distinguir al señor ante ella, del caballero que le daba paseos a caballito a la pequeña Jackie en su sala de estudios.

Isabella dudó, sin estar segura si debía esperar para presentar a la niña al duque nuevamente. Decidiendo no hacerlo, tomó la mano de Jackie otra vez y procedió a caminar de regreso a la mansión.

Apenas había salido del patio de la iglesia cuando escuchó el sonido de pies caminando rápidamente para alcanzarla. Se giró para ver a Lord Bellfourn acercándose, con el sombrero ya quitado y bajo un brazo.

Ella hizo una reverencia respetuosamente hacia él.

—Lord Bellfourn.

—Señorita Watts —dijo él acercándose—. No podía soportar ir en carruaje, ni siquiera en uno abierto, en un día tan excepcional. ¿Estaría bien si acompaño a la pequeña Jackie en su caminata de regreso a casa?

—¡Sí! Por favor, señorita Watts, ¿puede? —preguntó Jackie, balanceando su pequeño brazo en el de Isabella.

—Por supuesto —dijo Isabella, soltando a la niña y permitiéndole abrazar a su tío.

Isabella los observó caminar unos pasos adelante antes de que Lord Bellfourn se detuviera y se volviera hacia ella.

—¿Sin duda nos acompañará también, señorita Watts?

Lord Bellfourn ya había paseado dos veces por los jardines con la pequeña Jackie e Isabella durante las tardes de la semana pasada, pero siempre con la presencia de la señora Murray.

Isabella no estaba segura de si sería apropiado pasear a solas con él ahora.

—Oui! Sí, por favor, señorita Watts. El tío Christian nos contará l'histoire de pirates mientras marchons.

—¿Piratas? —preguntó Isabella, ahora demasiado intrigada como para preocuparse por el decoro. Se acercó para reunirse con ellos.

Sin pensarlo mucho, Lord Bellfourn ofreció su brazo libre para que Isabella lo tomara, y ella deslizó su mano en el hueco. Se sentía bien ser tratada como una dama de nuevo. Aunque solo había pasado una semana, parecía que hacía mucho tiempo que no formaba parte del mundo en el que se había criado.

—Supongo que puedo contaros una historia de alta mar —comenzó Lord Bellfourn mientras caminaban—, pero solo si prometéis que no os asustaréis.

—Oui, je promets.

—Bien —dijo Lord Bellfourn con un asentimiento, y luego comenzó a buscar en su mente una buena historia para compartir—. Os contaré cómo llegué a ser capitán de mi propio barco.

Habló con un pequeño guiño en los ojos mientras relataba su atrevida historia de la vida en un barco. Las dificultades, la inmensa soledad y cómo evitar que los hombres se amotinaran contra su capitán.

Finalmente, les hizo un gesto para que se acercaran a un pequeño grupo de árboles fuera del sendero, que se abría a un hermoso estanque. Isabella estaba tan absorta en sus relatos que ni siquiera se había dado cuenta de la desviación del camino de regreso a casa.

Sin una manta, Isabella y Jackie se sentaron al sol junto a un gran roble en el que Lord Bellfourn se apoyó mientras continuaba tejiendo su historia.

—Pero el barco que capitaneaste, tío Christian. Háblame de eso —le animó Jackie.

—Bueno, veréis, acababa de ser nombrado comandante y navegaba en el Queen Elizabeth. Era el buque de guerra más rápido construido hasta entonces por la Marina Real. Navegábamos en aguas peligrosas entre la costa de España y Francia. Napoleón acababa de iniciar su reinado y la tensión era alta. Tras solo unas semanas de travesía, avistamos otro barco británico, un mercante. Iba bajo en el agua por la carga, y fácilmente aceleramos para encontrarnos con él. Solo cuando llegamos a su costado, vimos que era la bandera francesa la que ondeaba en su mástil. Había sido tomado por villanos piratas y la tripulación británica, bueno, los que quedaban, habían sido arrestados y obligados a trabajar en las velas del barco encadenados.

Los ojos de Jackie ahora eran tan grandes como tazas de té y Lord Bellfourn sonrió complacido. Era, sin duda, un fantástico narrador.

—Por supuesto, abrimos fuego contra él, decididos a verlo hundido o de vuelta en manos británicas. La batalla fue feroz. El sonido del fuego de cañón era ensordecedor, pero no había forma de que un barco tan pesado escapara. Finalmente, lo abordamos, yo incluido. Con pistola y espada en mano, finalmente tomamos el control del barco.

Hizo una pausa para lograr un efecto dramático. No pasó desapercibido para su audiencia.

—Nos enteramos de que el barco había zarpado de un puerto español con destino a Inglaterra. Estaba lleno de arroz y especias de la India. Con los piratas franceses bajo control, recuperamos el barco. Desafortunadamente, el capitán y el primer oficial habían sido de los primeros ejecutados por los piratas. El barco no tenía a nadie que pudiera guiar a los pocos marineros que quedaban de vuelta a casa.

El oficial al mando, el capitán Johnson, me ordenó a mí y a algunos hombres de mi elección que nos quedáramos en el barco mercante y nos aseguráramos de que navegara con seguridad hasta casa. Él navegaría por delante, con la velocidad del Queen Elizabeth, para preparar nuestra llegada. Veréis, el barco mercante estaba gravemente dañado por la lucha, y se necesitaría asistencia a su llegada al puerto. Era mi primer mando como capitán de un navío y no podía estar más emocionado por ello.

Vimos al Queenie navegar por delante y nos preparamos nosotros mismos, haciendo las reparaciones necesarias. Una cosa que era particularmente preocupante era un agujero en el lado de babor justo en la línea de flotación. El agua se había estado filtrando. Primero, tapamos el agujero lo mejor posible, improvisando un parche con una de las velas más pequeñas. Luego empezamos a bombear el agua hacia fuera.

Todo parecía ir bien y nos pusimos en marcha. Sin embargo, a media noche, empezamos a oír un curioso crujido desde la cubierta inferior. Ahora bien, todos los barcos crujen y cada uno hace su propia sinfonía única, así que no le prestamos atención. Sin embargo, por la mañana, notamos que las tablas de la cubierta se movían. Se habían separado e hinchado, alejándose unas de otras, y comenzaron a balancearse con el movimiento del barco.

Al principio, pensé que la vela no había aguantado al tapar el agujero y fui a inspeccionarlo por el costado del navío. Para mi sorpresa, no pude ver ninguna parte de la vela a la luz del amanecer. Nos habíamos hundido tanto que estaba completamente bajo el agua. Envié a mis hombres a inspeccionar la carga y ver si se había inundado de nuevo. Si fuera necesario, bombearíamos agua día y noche para mantenerlo a flote.

Aunque algo de agua se filtraba por la presión de la lona, no era ni de lejos suficiente para inundar y hacer que el barco pesara tanto. Entonces bajé yo mismo a inspeccionar cuál podría ser

la causa. Me di cuenta entonces de que los sacos de arroz estaban pegados a esa pared en particular del barco. ¿Sabéis qué le pasa al arroz cuando toca el agua?

Jackie negó con la cabeza emocionada.

—Pues absorbe esa agua y se expande, haciéndose más grande, muy parecido a como el pan absorbe la leche. Aunque habíamos tapado el agujero lo suficientemente bien, todos los sacos de arroz se habían inundado de agua y ahora se estaban hinchando y expandiendo; literalmente haciendo que el barco pesara más y empujando las paredes del casco.

Llamé a todos mis hombres y comencé a hacer que sacaran los sacos de arroz de las paredes, los subieran a cubierta y los arrojaran por la borda. Era mejor deshacerse de la carga que perder todo el barco, ¿entendéis? Trabajamos durante horas, cargando sacos de veinticinco kilos sobre nuestros hombros y arrojándolos por la borda del barco.

Después de un día entero haciendo esto, parecía que no avanzábamos nada. El barco seguía hinchándose bajo el peso de todo el arroz que se expandía abajo. El navío ya se había hundido tanto en el agua que casi se podía tocar desde la cubierta.

Fue entonces cuando descubrimos algo mucho más siniestro. Bajo uno de los sacos de arroz, a lo largo del cargamento, había un segundo agujero que había estado derramando agua sobre los sacos de arroz. Sin embargo, estaba tan bajo que toda el agua era absorbida antes de que siquiera pudiera salir más allá de las pilas de grano.

En ese momento, determiné que no había esperanza de salvar el barco. Teníamos que abandonarlo en medio del mar con pocas posibilidades de ser rescatados. Acomodé a mis hombres, los marineros mercantes y los piratas franceses prisioneros en tres botes salvavidas. Había sido capitán durante solo veinticuatro horas antes de tener que ceder mi puesto a las profundidades del mar.

—¿Qué te pasó? —preguntó Isabella, olvidándose de sí misma. Estaba tan cautivada por el relato que había olvidado que él estaba contando la historia para beneficio de Jackie, no para ella. Se sonrojó—. Lo siento.

—No, no lo sientas —dijo Lord Bellfourn con una suave sonrisa. Se volvió hacia Jackie para terminar la historia, pero ahora miraba a la señorita Watts de vez en cuando—. Estuvimos en nuestros botes salvavidas durante tres días. Los atamos juntos para evitar perdernos. Yo había tomado el bote con los prisioneros para evitar que se amotinaran. En la noche del tercer día, se desató una gran tormenta y nos zarandéo como un corcho en una botella durante toda la noche. Por la mañana, seguíamos juntos pero no teníamos idea de dónde estábamos. ¿Nos habían empujado de vuelta hacia Francia? ¿Habíamos sido arrastrados hacia el sur, cerca de la punta de

España? ¿O quizás el mismo Poseidón nos había enviado esta tormenta para apresurarnos a volver a casa?

—¿Cuál fue, tío?

—Francia, lamentablemente —dijo, provocando nuestras audibles exclamaciones de asombro—. Acabábamos de avistar la costa, quizás a unos treinta kilómetros de distancia, cuando un barco francés se acercó desde un puerto, sin duda espiándonos.

Temiendo ser capturados nosotros mismos, hice lo único que se me ocurrió: corté la cuerda de mi bote con los prisioneros, salté a un bote con mis propios hombres y remamos por nuestras vidas en dirección opuesta. Ciertamente, nuestra única esperanza era que los franceses recogieran a sus propios hombres y nos dejaran en paz.

No estábamos del todo seguros de que tendríamos tanta suerte cuando, desde el oeste, apareció la mismísima Queenie, de vuelta para otra ronda de patrulla. Esperaban que ya estuviéramos en puerto con el barco mercante, y se sorprendieron al encontrarnos flotando tan cerca de Francia en nada más que pequeños botes de remos. Nos recogieron y nuevamente estuvimos a salvo en el vientre de la reina Isabel.

—¿Así que por un día fuiste capitán de un barco? —dijo Isabella con asombro.

—Bueno, técnicamente cuatro, porque también capitaneé los botes salvavidas —dijo con un brillo en los ojos.

Ambas chicas rieron ante esto.

—El oficial al mando de la Queenie apreció tanto el cuidado que tuve con los hombres en el barco, que me recomendó para capitán en nuestra próxima escala. Un año después, se hizo oficial.

—Me lo puedo imaginar. Mantener la cabeza fría en medio de una tragedia tras otra —dijo Isabella con admiración.

—¿Encontraste alguna sirena? —preguntó Jackie, en una línea de pensamiento completamente diferente.

—Montones —dijo Lord Bellfourn, poniéndose de pie y ayudando a la pequeña Jackie a levantarse del césped—. Solo que había que mantenerse alejado de ellas. Te hipnotizaban con su canto hasta que encallabas tu barco en rocas invisibles.

—Las sirenas no hacen eso —dijo Jackie muy segura de sí misma.

—Oh, perdóname. Tienes razón. Eran sirenas marinas —dijo, ofreciendo una mano a la señorita Watts también.

—Sirenas marinas, dices —replicó Isabella con escepticismo, tomando su mano.

—Sí, siempre parezco encontrarme embelesado por hermosas mujeres criadas bajo la influencia de los mares.

Isabella se sonrojó intensamente mientras él la atravesaba con la mirada.

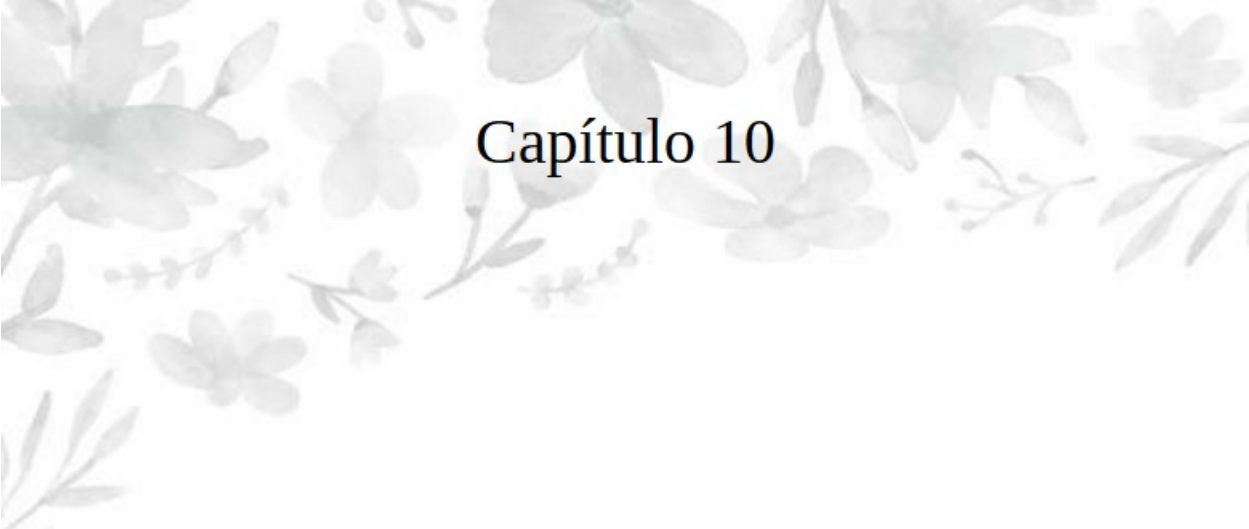
Finalmente, se volvió hacia la pequeña Jackie y susurró:

—Las de ojos verdes son, con diferencia, las más difíciles de ignorar.

Ella se rio.

—Tío Christian, creo que te lo estás inventando. No existen tales cosas como las sirenas marinas.

—Oh, sí que existen. Debes pedirle a tu institutriz que te cuente todo sobre ellas la próxima semana —dijo con una sonrisa maliciosa en dirección a Isabella.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other spring flora, set against a white background.

Capítulo 10

Isabella no tenía idea de lo que Lord Bellfourn había querido decir aquel cálido domingo junto al estanque. Ciertamente, era del tipo bromista, pero sus palabras rozaban claramente la coquetería.

Antes de que realmente tuviera tiempo de abordar el asunto, o incluso de pensarlo mucho, Lord Bellfourn se marchó a Londres. Al final, supuso que era lo mejor.

Lord Bellfourn era encantadoramente apuesto con su cabello rubio como el sol y su alta estatura. No imaginaba que pasaría la temporada sin encontrar al menos una dama que estuviera más que dispuesta a unirse al futuro Duque de Wintercrest.

Isabella se dijo a sí misma que una vez que eso sucediera, Lord Bellfourn dirigiría sus atenciones burlescas a otra parte, y ella no tendría que reflexionar sobre las confusas emociones que sentía cuando él estaba cerca.

—Ven, Jackie. Hoy, para nuestra caminata por la naturaleza, recogeremos flores silvestres en tres colores de tu elección. Las prensaremos en un patrón para tu lección de aritmética de hoy.

—Oui, señorita Watts —dijo la pequeña Jacqueline mientras recogía la cesta de mimbre que se habían acostumbrado a llevar en sus paseos.

Ahora que Isabella llevaba poco más de tres semanas enseñando a su alumna, Jacqueline entendía perfectamente el inglés y se esforzaba por hablar únicamente ese idioma. Isabella estaba orgullosa de lo lejos que había llegado y lo rápido que lo había hecho.

Con la primavera ahora en pleno apogeo a su alrededor, Isabella decidió extender sus paseos por la naturaleza mucho más de lo que el frío clima había permitido antes.

A menudo, Isabella llevaba un libro consigo, y se encontraban sentadas junto al mismo estanque donde Lord Bellfourn las había llevado antes de su partida. Solían pasar una o dos horas leyendo y haciendo coronas de flores de trébol.

Sin embargo, hoy viajarían en dirección opuesta al estanque, hacia un pequeño prado que Isabella había descubierto en una de sus exploraciones de la propiedad.

Ahora se encontraba completamente cómoda con la vida en el campo, más de lo que jamás había imaginado posible. Aunque no estaba segura de que alguna vez se aclimatara al clima frío que parecía persistir a medida que avanzaba la primavera, Isabella estaba dispuesta a ignorarlo debido al hermoso paisaje que nunca parecía tener fin.

—¡Tía Abigail! —exclamó Jacqueline al salir del aula.

Isabella hizo una respetuosa reverencia a la dama mientras ella también salía del aula.

—¿Qué vais a hacer hoy, mi dulce Jackie? —preguntó Lady Abigail a su sobrina.

—Vamos a recoger algunas flores. La señorita Watts me va a enseñar a prensarlas.

—Qué encantador —dijo Lady Abigail.

Evidentemente había venido al ala oeste de la finca para ver a la niña.

—¿Le gustaría acompañarnos, Lady Abigail? —preguntó Isabella.

—Me encantaría, si no os importa, por supuesto.

—En absoluto. Tanto Jackie como yo disfrutaríamos de la compañía adicional. La señora Murray tiene un poco de tos y se quedará en casa hoy.

—Oh, qué terrible —respondió Lady Abigail, mirando hacia las habitaciones de atrás—. Espero que no esté muy enferma.

—En absoluto —dijo Isabella tranquilizadamente—. Me aseguró que era solo una pequeña tos y que estaría como nueva en un día o dos.

—Oh, qué bien —dijo Lady Abigail con un suspiro de alivio. Era evidente que apreciaba profundamente a su antigua niñera—. Si me esperáis un momento, me cambiaré a unos zapatos más apropiados —señaló las zapatillas de seda bajo el dobladillo de su vestido de algodón.

Diez minutos después, Lady Abigail se reunió con sus dos compañeras en el vestíbulo, adecuadamente calzada para la aventura. Tenía un rosado resplandor de emoción en las mejillas.

Había sido tan decepcionante para Lady Abigail que su hermano se hubiera ido a Londres sin ella, que durante los primeros días después de su partida, no pudo hacer nada más que sentarse y sentirse melancólica. Isabella se alegró de ver la mirada aguda de vuelta en sus ojos azules mientras salían.

Durante gran parte del trayecto, las dos damas caminaron una al lado de la otra en silencio por el suave camino de tierra mientras Jackie saltaba delante. Una vez que estuvieron completamente fuera de la vista de la mansión, Lady Abigail se echó hacia atrás el sombrero de verano con un suspiro de alivio.

Su vibrante cabello rojo parecía casi marrón en las grises sombras del cielo sombrío. Isabella se la imaginó como una gran belleza en un salón de baile de Londres, su cabello verdaderamente brillante reflejando rayos rojos a la luz de las velas.

—¿Asistió a muchos eventos en Londres, señorita Watts? —preguntó de repente Lady Abigail, como si leyera los pensamientos de Isabella.

—No diría que una cantidad excesiva, pero tal vez tres o cuatro a la semana durante el apogeo de la temporada.

Isabella podía notar que Lady Abigail estaba nuevamente pensando en todo lo que sentía que se estaba perdiendo.

—Pero seguramente usted ha ido en años anteriores, ¿no? Y aún tiene muchos años por delante para ir.

—Pude viajar con mi madre el año pasado para la temporada. Solo tenía quince años en ese momento y mi madre no me dejó asistir a muchos eventos debido a mi edad.

—Estoy segura de que las cosas serán mejores para usted el próximo año.

—Sí, supongo que sí —dijo Lady Abigail con tristeza.

—Debe tener algunos amigos a los que pueda escribir para pasar el tiempo. Por supuesto, siempre es bienvenida a unirse a nosotras también —añadió Isabella.

—Tengo una prima con la que me escribo. Es unos años mayor que yo. Probablemente de su edad. Es de la familia de la hermana de mi madre.

—¿Era a quien estabais visitando antes de que nos conociéramos?

—Sí. Es muy cercana y querida para mí. Está en Londres para la temporada y prometió escribirme todos los detalles. Temo que eso solo empeorará aún más mi estado de ánimo.

El camino se abrió a un claro y el tema se dejó de lado. Isabella extendió una manta para sentarse que había llevado en su propia cesta mientras Jacqueline danzaba por el prado como un cervatillo.

—No olvides encontrar tres colores diferentes —le gritó Isabella a su alumna—. Usaremos las flores para nuestra lección de matemáticas hoy —le explicó Isabella a Lady Abigail.

—Oh, qué inteligente incorporar algunas lecciones en las excursiones.

—Sé que no es el método de educación más popular. Yo misma fui educada como la mayoría de los niños, con memorización y recitación. Sin embargo, tuve una profesora en particular, la señora Wentworth. Ella siempre parecía encontrar una manera de relacionar nuestros estudios con el mundo que nos rodeaba o incluso con los cuentos que nos contaba. Descubrí que, de esta manera, era capaz de recordar mejor mis lecciones.

—Ciertamente me habría encantado tener una profesora así —coincidió Lady Abigail—. Mi institutriz era de Londres, como usted. Sin embargo, ella era muy sombría y hablaba de manera tan aburrida que me costaba no quedarme dormida. —Lady Abigail soltó una risita al recordar a su institutriz.

—Una vez, justo antes de que Christian se fuera para su comisión de oficial, encontró un pequeño ratón marrón que había atrapado un gato del granero. ¡Lo metió en el orinal de la institutriz! Gritó de una manera terrible, despertando a toda la guardería en el proceso. Creo que nunca la había oído hablar por encima de un suave susurro hasta ese momento.

—¿De verdad? —dijo Isabella sorprendida al escuchar que Lord Bellfourd haría algo así—. ¿Y escuchaste su grito desde el otro lado del ala oeste?

—¿Qué quiere decir? La habitación de la institutriz estaba justo al lado del aula. ¿No es ahí donde se está alojando usted?

—Oh —dijo Isabella, sin darse cuenta de que la habían tratado de manera diferente a las institutrices del pasado—. Em, no. Estoy justo arriba en la torre más alejada.

—¿Hasta allá? Vaya, eso está terriblemente lejos del resto de la casa.

—La verdad es que disfruto la habitación. Es un poco de caminata, pero considero que es un buen ejercicio. La ventana tiene una hermosa vista del lateral de la propiedad también.

—Hablaré con la señora Peterson sobre eso, de todos modos. Es una tontería hacerla quedarse tan lejos. Me parece que es una mujer completamente ridícula.

Lady Abigail hablaba mientras se enroscaba un mechón de su cabello castaño rojizo que colgaba a un lado de su hermoso trenzado.

—¿Sabe? —continuó Lady Abigail en su cómodo tono conversacional—. Justo la semana pasada, la oí regañando a mi doncella.

—Nancy solo estaba tratando de ayudar cuando la pobre camarera derramó una caja de carbón. ¡La señora Peterson primero le gritó a la camarera por ser tan torpe y luego a Nancy por ayudarla! No sabía que yo estaba justo en la habitación de al lado, en el baño, cuando lo hizo. No soporto la forma en que habla al resto del personal, siempre diciéndoles que se mantengan en su lugar.

—A veces es dura en su manera de ser, pero ¿no debería ser el trabajo del ama de llaves mantener el orden, especialmente en una propiedad tan grande?

—Lo entiendo. Por supuesto que sí —coincidió Lady Abigail—. Las cosas simplemente no solían ser tan estrictas. Padre siempre ha sido muy correcto y formal, y James era muy parecido a

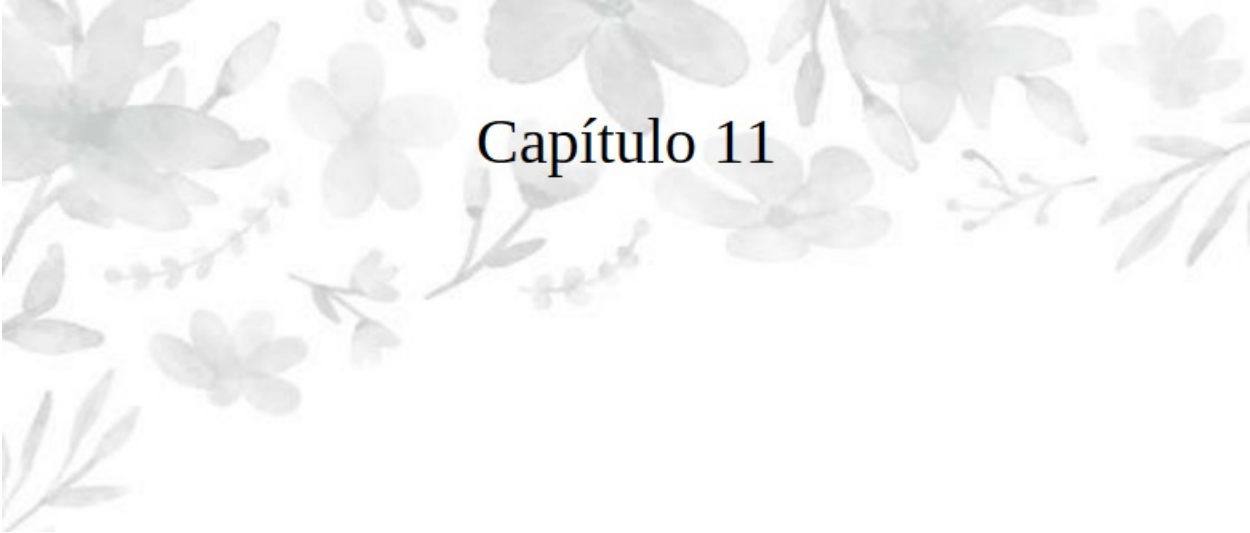
él, pero Padre realmente nos dejaba a Christian y a mí a nuestro aire. Las cosas eran mucho más cómodas y, honestamente, más felices aquí.

—Recuerdo —continuó Lady Abigail después de un momento—, un verano, Madre nos había acompañado a dar un paseo después de la escuela. Éramos solo la institutriz, la niñera, madre y yo. Estábamos cerca del camino principal y encontramos a algunas de las criadas de la cocina luchando por llevar canastas a casa. Iba a haber una gran cena esa noche y el carro en el que iban se había averiado. Estaban esforzándose por llevar los productos de vuelta a la mansión a tiempo para la comida. Mi madre —continuó Lady Abigail con una sonrisa—, simplemente agarró una canasta y me hizo señas para que hiciera lo mismo. Siempre decía que todos somos creación de Dios y, como tal, deberíamos tratarnos unos a otros con el mismo amor y respeto que Él nos otorgaría a nosotros mismos.

—Qué pensamiento tan hermoso —animó Isabella.

Se sentaron y observaron a Jacqueline durante unos minutos e Isabella reflexionó sobre la historia que acababan de contarle. No era una crianza típica para la hija de un duque. Por lo general, con un estatus tan alto venía una distinción autoproclamada entre ellos y cualquiera que fuera inferior.

De las pocas semanas que Isabella ya había pasado en Wintercrest Manor, podía ver que tal separación no había sido el caso aquí. Lady Wintercrest parecía, no solo cálida y cariñosa con sus propios hijos, algo que no solía ser un rasgo de una dama elegante, sino que, por lo que Lady Abigail acababa de exponer, compartía esa gracia y amabilidad con todos los que la rodeaban.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a daisy and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 11

A medida que pasaban las semanas, Lady Abigail a menudo visitaba a Jacqueline durante las clases. También empezó a invitar a Isabella a tomar el té en su sala de estar privada a última hora de la tarde.

Isabella no podía negarse a tal invitación. Sabía que se hacía puramente por soledad y no podía culpar a Lady Abigail por ello. A menudo, Su Gracia se les unía por la tarde.

La señora Peterson dejaba muy claro, con sus miradas y bufidos, que no aprobaba la presencia de Isabella en la parte central de la casa, y mucho menos en las tardes sociales con las damas de la casa.

Sin embargo, nada podía decirse directamente en contra, ya que Su Gracia estaba presente en estos encuentros sociales. La señora Peterson, tan recatada y formal, aunque no estuviera de acuerdo, nunca soñaría con ir en contra de la duquesa.

Isabella estaba disfrutando de la compañía y la amistad que venían con la presencia de Lady Abigail en casa. Las primeras semanas de Isabella habían sido tan aisladas de cualquier otra persona, que temía morir de soledad.

Por supuesto, tenía sus mañanas y tardes con Jacqueline y a menudo podía charlar con la señora Murray durante el almuerzo, pero echaba de menos el compañerismo y las reuniones sociales por las que había vivido en Londres.

Isabella también disfrutaba de este tiempo porque, mientras las damas se sentaban en el pequeño salón, trabajaban en algunos bordados. Era uno de los pasatiempos favoritos de Isabella desde que era niña.

Isabella aprovechó la oportunidad para ir caminando al pueblo, después de unas semanas, y compró algunos suministros para bordar. No tardó mucho en decidir qué hacer primero.

Había cosido un pequeño vestido para la muñeca favorita de Jacqueline y estaba progresando en añadir encaje y pequeñas rosetas azules para decorar la prenda.

La hora del té con Lady Abigail era el momento perfecto para trabajar en el vestido mientras lo mantenía en secreto para Jacqueline.

El séptimo cumpleaños de Jacqueline estaba a solo cuatro semanas, a mediados de junio, e Isabella quería dárselo como regalo.

—¿Le molestaría mucho si intento algo un poco más elegante con su cabello hoy, señorita Watts? —preguntó Betsy a Isabella una mañana mientras cepillaba los largos mechones negros.

—No quiero hacerte llegar tarde —respondió Isabella con preocupación.

—No tardará nada. Nancy me mostró ayer cómo hacer una bonita trenza. Esperaba poder probarla. Tiene que llevar a la señorita Jacqueline con Su Gracia esta noche. Podría ser agradable verse un poco más elegante.

—De acuerdo, si estás segura de que no te meterás en problemas por el tiempo extra.

Isabella disfrutaba de las mañanas que pasaba con Betsy, quien a menudo hablaba sobre los otros sirvientes y las cosas que sucedían en el piso de abajo. Sin duda, se encontraba en un espacio intermedio, pasando sus mañanas con Betsy discutiendo los problemas de los sirvientes y sus noches con las damas de la casa, hablando sobre asuntos del pueblo.

Después de que Betsy terminara, Isabella hizo lo posible por sentir alrededor, aún sin forma de ver.

—Oh, aquí tiene, señorita Watts. Traje esto de mi propia habitación —dijo Betsy, entregándole a Isabella un pequeño trozo redondo de espejo.

Era la primera vez que Isabella veía su reflejo desde que se mudó a Wintercrest. Examinó los rizos oscuros que estaban pulcramente recogidos con pequeños bucles cayendo sobre su hombro izquierdo. Era tan hermoso como lo que podría hacer cualquier doncella.

Isabella también aprovechó un momento rápido para echar un vistazo a su rostro. Aunque nunca había pasado mucho tiempo bajo el sol en Londres sin un sombrero, ahora estaba decididamente más pálida. Sus ojos verdes incluso parecían un poco más grises de lo habitual.

Isabella reprimió sus sentimientos de desaparecer por completo en esta pequeña habitación, tan alejada del resto del mundo. No servía de nada pensar en cosas que la harían infeliz. Le devolvió el espejo a Betsy.

—Creo que este es el mejor trabajo que he visto jamás. Parezco lista para ver a la Reina en persona —elogió Isabella.

—Gracias —dijo Betsy tímidamente, pero con un poco de orgullo por su trabajo.

—Sospecho que serás doncella personal en poco tiempo. Bueno, eso si el apuesto señor Johnson del que tanto me hablas no te roba primero.

Betsy se sonrojó. Isabella no había conocido al señor Johnson. Era el hijo de un granjero arrendatario cerca del pueblo. Betsy lo había conocido una vez en el mercado semanal. Desde entonces, él la esperaba junto al camino cada semana. Caminaba con ella hasta el mercado y de regreso, deteniéndose en la granja de su padre.

Betsy lo describía como muy apuesto, y estaba convencida de que pronto empezaría a cortejarla en serio. A Isabella le encantaba oír a Betsy hablar de él. Era esa emocionante charla de alguien encontrando el amor.

—¿Cómo fueron los estudios de Jacqueline hoy? —preguntó Lady Wintercrest en el pequeño salón mientras bordaba.

—Lo hizo muy bien —respondió Isabella—. Practicamos sumas hoy. Las está aprendiendo muy rápido. Creo que tendrá una gran facilidad para los números, Su Gracia.

—Creo que también escuché su pequeño piano el otro día. ¿Le estás enseñando a tocar?

—Sí. Lord Bellfourd solicitó que le tocara una canción a su regreso.

—¿Y eso va bien? —preguntó.

—Tanto como se puede esperar de una niña de tan corta edad —respondió Isabella—. Nuestro objetivo es aprender una canción antes del regreso de Lord Bellfourd. Espero que no sea una aspiración demasiado alta.

—Como dijiste, sin embargo, es muy joven —intervino Lady Abigail—. Christian tendrá que conformarse con lo que consiga.

—Quizás podrías hacer que toque para nosotros esta noche —invitó Lady Wintercrest—. No espero que sea maravilloso, pero podría ser agradable que el duque vea que está adquiriendo ese logro.

—Estaré encantada de que comparta todo lo que ha aprendido hasta ahora.

A Isabella le gustaba el hecho de que no era la única que intentaba desesperadamente animar al duque a aceptar a Jacqueline en su corazón.

—Supongo que la campana para vestirse va a sonar pronto —dijo Lady Abigail, inclinándose para mirar el reloj en la repisa sobre la pequeña chimenea.

A Lady Abigail no le gustaba sentarse a hacer labores de costura. De hecho, cada día que Isabella se sentaba a tomar el té con ella, descubría que Lady Abigail pasaba de leer un libro a trabajar en un bordado, luego a hacer encaje y de vuelta a leer un libro.

Isabella estuvo de acuerdo en que la hora se estaba haciendo tarde y era momento de que las damas se vistieran para la cena. Comenzó a guardar su bordado en el pequeño bolso que había traído consigo.

—¿Por qué no te unes a nosotras esta noche, Isabella? —soltó Lady Abigail sin pensar. A Isabella le agradaba que Lady Abigail hubiera aceptado su sugerencia de llamarla por su nombre de pila.

—Abigail —arrulló su madre en un tono de advertencia, pero suave—, aunque sé que ambas disfrutaríamos de la compañía de la señorita Watts en la cena, no creo que tu padre lo aprobara.

—Es tan tonto cómo se está comportando Padre últimamente. Antes nunca le importaban estas cosas. ¿Sabes que tiene a Isabella en el extremo del ala oeste, arriba en el ático? Es un recorrido ridículo para ella.

—De verdad que no me molesta en absoluto —intervino Isabella antes de que Lady Wintercrest pudiera pensar que era una ingrata.

—Lamento esta situación, de todos modos —respondió Lady Wintercrest. Sus suaves ojos marrones se llenaron de sinceridad—. Como dijo Abigail, las cosas no siempre fueron así. Desde la situación con James y... —Lady Wintercrest hizo una pausa, decidiendo no hablar de asuntos familiares—. Bueno, mi esposo siente que dejó que nuestros hijos menores fueran demasiado laxos con el decoro.

Se volvió hacia Lady Abigail:

—No es que no le importara, es que simplemente no veía el daño. Las cosas son diferentes ahora. Debemos respetar sus deseos.

—Por supuesto, Excelencia —dijo Isabella para reconfortar la mirada preocupada en el rostro de Lady Wintercrest—. Nunca habría asumido lo contrario.

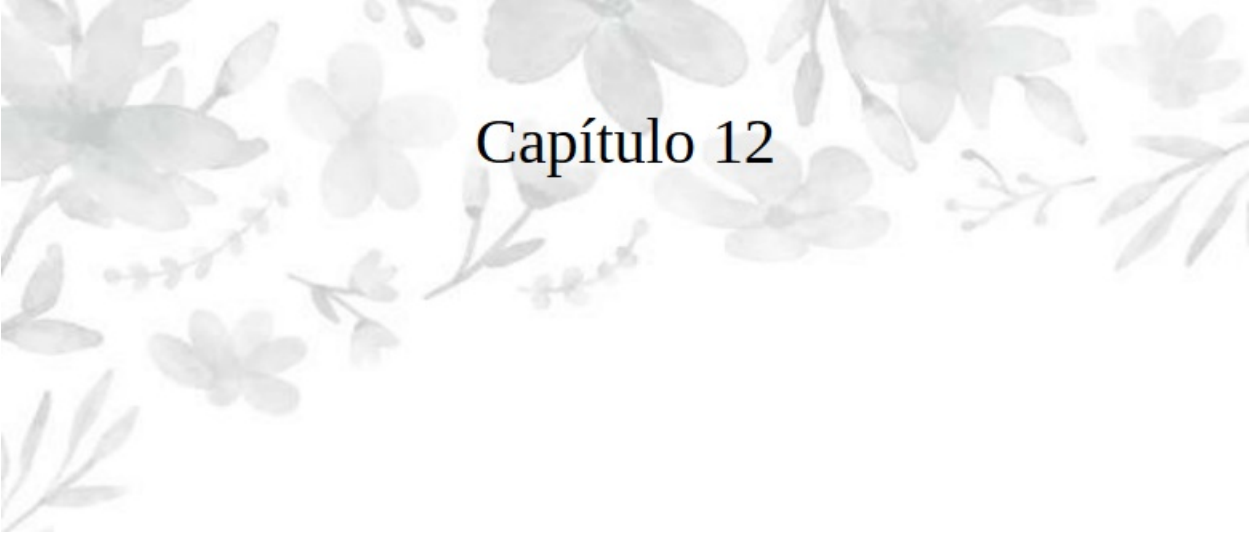
—Lo sé, querida —dijo Lady Wintercrest, estirándose sobre la mesa de té y dando unas palmaditas cariñosas en la mano de Isabella.

Isabella cenó sola en su habitación antes de llevar a Jacqueline con su abuelo. Se preguntaba a qué se refería Lady Wintercrest con «daño». Había empezado a hablar de Lord James y luego se detuvo. ¿Acaso fue después de descubrir que había engendrado un hijo con una plebeya que el duque había insistido en crear una separación más profunda entre su familia y los demás?

La señora Peterson había sido contratada después de la llegada de Jacqueline. Aparte del propio duque, ella parecía ser la única que hacía cumplir las diferencias de clase. De hecho, ni Lady Abigail ni Lord Bellfourn parecían considerarlo algo habitual. Isabella imaginó que era un cambio drástico que su padre de repente les impusiera exigencias que nunca antes había hecho.

Su corazón se hundió aún más al pensar en el duque. Si Jacqueline era «el daño» del que hablaba la duquesa, no era de extrañar que Su Gracia mantuviera distancia con la niña. La había llamado aquí para encontrar un cierre y, en cambio, la veía como una mancha en la memoria de su hijo.

Isabella decidió, en ese momento, que haría todo lo que estuviera en su poder para ayudar al duque a encontrar un lugar en su corazón para la pequeña. Le demostraría que esta niña era capaz de mucho más de lo que él pensaba. Isabella le probaría que Jacqueline podía ser criada como una joven dama apropiada y, al hacerlo, con suerte, encontraría un lugar como parte de la familia del Duque de Wintercrest.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, set against a white background.

Capítulo 12

—Tengo noticias divertidas para ti —dijo Lady Abigail mientras se acercaba a Isabella.

Faltaban solo dos días para el cumpleaños de Jacqueline e Isabella estaba haciendo todo lo posible por terminar los puños de encaje del pequeño vestido.

Isabella había encontrado un asiento en el jardín para hacer su trabajo ese día, ya que era uno de esos raros días soleados. Incluso se atrevió a quitarse el sombrero, como Lady Abigail solía hacer cuando estaba al aire libre.

Lady Abigail se sentó junto a Isabella en el banco de piedra con algunas cartas ondeando en su mano.

—Tengo una carta de Christian —continuó Lady Abigail.

Durante los últimos meses que habían pasado bajo el mismo techo, Lady Abigail e Isabella se habían hecho buenas amigas. Siempre que estuvieran fuera de la vista del duque, podían charlar y visitarse como Isabella solía hacer con Louisa.

—Mmm —respondió Isabella, concentrándose en una puntada particularmente difícil.

—Dice que la noche en que escribió esta carta —volvió a la primera página para mirar la fecha —, hace cuatro días, asistió a un lujoso baile organizado por el Conde de Cunningham.

Isabella conocía bien ese nombre. Había ido a la escuela con Lady Lydia Prescott, hija del Conde de Cunningham. Isabella no solía tener problemas para llevarse bien con la gente, pero Lady Lydia era particularmente antipática con ella.

Según podía adivinar, Lady Lydia había sido la favorita de la señora Mason hasta que llegó Isabella. Nunca le gustó cuando Isabella era presentada ante posibles padres para recitar su francés. Isabella no guardaba rencor hacia Lady Lydia, pero se aseguraba de evitarla para no desarrollar ninguno.

—Mientras estaba allí, conoció a tu querida amiga, Lady Louisa.

Esto captó la atención de Isabella. Dejó su bordado y se volvió hacia Lady Abigail.

—Verás, le hablé de ella. Bueno, lo que tú me contaste de ella, en realidad.

Isabella sonrió. Lady Abigail siempre estaba dispuesta a compartir cualquier historia, por trivial que fuera.

—Dijo que bailó con ella dos veces y que la encontró una compañera de baile muy agradable. Cantó maravillas de ella y también de su hermano mayor, el vizconde Dunthorpe —añadió Lady Abigail, volviendo a mirar su carta—. Supongo que también debes haber conocido al vizconde, ¿no?

—¿Quién? Ah, Colton. Sí —dijo Isabella, sin reconocer su título formal al principio—. Es apenas un año mayor que Louisa. Estoy segura de que tu hermano y Colton se llevaron muy bien. Colton es todo un bromista —dijo con un tono juguetón.

Aunque Colton era un buen hermano y muy cercano a su hermana, le gustaba gastarles bromas cuando eran niños, durante las vacaciones que Isabella pasaba con Louisa en los descansos escolares.

—¿Echas de menos Londres, entonces? —preguntó Lady Abigail suavemente, poniendo su mano sobre la de Isabella.

Sabía que Lady Abigail se refería más a las personas que había dejado atrás que al lugar en sí.

—Echo de menos a Louisa, a toda su familia en realidad. Siempre fueron muy amables conmigo. A menudo, mi padre estaba en viajes prolongados y Lady Gilchrist era lo suficientemente amable como para invitarme a las cenas familiares.

—Debe haber sido muy solitario tener a tu padre siempre lejos.

—No realmente —respondió Isabella. En realidad, nunca conoció otra forma de vida, así que no podía entristecerse por ello—. Estuve en la escuela de la señora Mason desde los once hasta los diecisiete años. Tenía muchas compañeras allí y suficiente trabajo para mantenerme ocupada.

—¿Y después, cuando terminaste tus estudios?

—Tenía a Louisa. Nos conocimos en la escuela, ¿sabes? Y, como te dije, su familia a menudo me invitaba a unirme a ellos para cenas y fiestas.

—Me encantan las historias que le cuentas a Jackie sobre tu padre. Debe haber sido maravilloso cuando volvía a casa y te contaba esas increíbles aventuras. Me recuerdan tanto a Christian —dijo Lady Abigail con melancolía.

—Debes ser muy cercana a Lord Bellfourd para extrañarlo tanto.

—Lo éramos, al crecer, a pesar de nuestra diferencia de edad. Christian, madre y yo éramos como tres gotas de agua. No conocía realmente bien a James; era casi quince años mayor que yo.

Ya era adulto y se había ido cuando yo era lo suficientemente mayor para recordar mucho.

—¿Se había ido?

—Oh, ya sabes, se quedaba en la casa de Londres o se iba a Francia. Tenía un espíritu muy aventurero en ese sentido. No como Christian aventurero. Era más como si quisiera probar todo lo que la vida tenía para ofrecer.

—Recuerdo cuando Christian se fue a la marina —continuó Lady Abigail—, estaba tan triste y sola. Sé que no fue por la mejor razón, pero me alegré cuando pudo volver a casa. Siempre me escribía cartas sobre su tiempo en el mar, pero sospecho que me ocultaba muchas de las duras realidades de esa vida. Me preocupaba mucho por él.

—He oído a Lord Bellfourn contar una o dos historias a Jackie sobre su tiempo en la marina —dijo Isabella—. ¿Crees que lo echa mucho de menos?

—No estoy segura de si es tanto echar de menos estar en la marina, aunque ciertamente lo disfrutaba, sino más bien la libertad que se le permitía.

—¿Qué quieres decir? Yo pensaría que cualquier forma de ejército sería muy estricta.

—Eso es cierto. Christian me escribió un par de veces al principio que lo tratarían severamente si sus botones no estaban bien pulidos y cosas así —dijo Lady Abigail con una risita—. Era más la libertad de no tener la atención constante de padre.

—A veces pienso que por eso James se mantenía alejado tanto tiempo. Padre es una persona difícil de complacer realmente. Puso mucha presión sobre James, como hijo mayor. Christian y yo éramos libres de hacer lo que quisiéramos. Padre nunca se molestó con ninguno de nosotros.

—He notado que Su Gracia puede ser un poco severo con su familia —dijo Isabella, con toda la delicadeza posible.

Estaba pensando en Jackie y preguntándose si esa preciosa niña alguna vez cumpliría con los estándares de su abuelo.

—Es tan estirado —dejó escapar Lady Abigail con un resoplido—. Cuando éramos pequeños, madre siempre era una buena barrera entre él y nosotros. Se ha vuelto mucho peor ahora.

—No le importa mucho Jackie —dijo Isabella con cautela.

Lady Abigail hizo un pequeño gesto de derrota. —No le gusta la «impropiedad de su existencia» —dijo, profundizando su voz para sonar como su padre—. Creo que teme llegar a conocerla. Entonces, la amaría como el resto de nosotros. Eso probaría que sus tontos estándares están equivocados.

—Estoy segura de que fue difícil para Su Gracia, para todos ustedes, perder a un miembro de su familia tan repentinamente. Quizás solo necesite tiempo para llorar, a su manera, y luego

entrará en razón —dijo Isabella, esperando que fuera cierto, de lo contrario todo su trabajo para encariñar a la niña con él habría sido en vano.

—Creo que el duelo de mi padre por James terminó el día que recibió la carta. Estaba tan molesto porque James había hecho algo tan vergonzoso. Siempre presionó tanto a James para que hiciera lo correcto, para que viviera la vida escrutada de un duque, incluso siendo un niño. Padre se sintió traicionado cuando se enteró de Jackie.

—Seguramente no debería culpar a Jackie por eso —respondió Isabella, haciendo su mejor esfuerzo por entender al Duque de Wintercrest.

—No podría estar más de acuerdo contigo. Lamentablemente, ella es quien queda para cargar con ese peso, y así debe ser, a los ojos de mi padre.

—Estoy segura de que debe haber una manera de ablandar su corazón —dijo Isabella, revelando sus deseos en nombre de su alumna.

—Te deseo la mejor de las suertes en ese aspecto —replicó Lady Abigail, no muy segura de que tal hazaña fuera posible alguna vez.

Isabella volvió a entrar en la mansión por la entrada de servicio justo antes del atardecer. Planeaba quedarse en su habitación y terminar lo último de la costura antes de que le subieran la cena.

Isabella se sorprendió al ver pequeños grupos de sirvientes hablando entre sí en el comedor. Encontró a Betsy entre la multitud y se acercó a ella.

—Oh, señorita Watts, no va a creer lo que acaba de pasar —dijo Betsy, apenas por encima de un susurro—. Es algo terrible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Isabella mientras entraba en el pequeño círculo de doncellas que hablaban.

Conocía a la mayoría de ellas, o al menos las había saludado al pasar.

—Su Gracia iba bajando las escaleras cuando tuvo un mareo y sufrió una terrible caída.

—¿Está bien? —preguntó Isabella con genuina preocupación.

—El mozo de cámara de Su Gracia no estaba muy lejos —terminó la historia otra doncella—, y vino corriendo a ayudar. Está recostado en el gran salón cerca del fuego. Han mandado llamar al médico.

—Bueno, ha estado muy enfermo —añadió otra doncella, que Isabella creía que se llamaba Sally—. No puedo imaginar que esto ayude a Su Gracia a mejorar.

—Usted lo vio anoche, ¿no es así, señorita Watts? —preguntó Betsy.

Todos los ojos se posaron en ella.

—Sí, llevé a Jacqueline al salón. Ha estado luchando contra una tos estas últimas semanas, como dijiste, Sally, pero anoche se veía realmente muy saludable. Espero que este nuevo incidente no lo haga retroceder.

—No entiendo exactamente por qué tantos de ustedes están aquí chismorreando —resonó una voz fuerte en el comedor.

Inmediatamente, los pequeños grupos de sirvientes se dieron la vuelta y volvieron rápidamente al trabajo. Isabella no necesitó girarse para saber que la voz provenía de la señora Peterson. Lamentablemente, Isabella cometió el error de volverse y mirarla de todos modos. La señora Peterson entrecerró los ojos al ver a Isabella, notando que ella era parte de los chismosos.

—Estoy muy decepcionada de verla aquí, señorita Watts. Alguien con su educación debería haber tenido el sentido común de no participar en charlas ociosas.

—No era una charla ociosa. Acabo de entrar cuando el sol se puso demasiado tenue para ver. Le pregunté a Betsy qué pasaba y ella me informó cortésmente. Solo estábamos comentando lo preocupadas que estamos por el duque —replicó Isabella con la barbilla en alto.

—Llámelo como quiera —habló la señora Peterson con un tono exasperado—. Le pediré que se retire a su habitación ahora para su cena. Quizás también un poco de crema en sus mejillas —añadió solo para avergonzar a Isabella frente a los otros sirvientes—. Parece que ha tomado bastante sol hoy.

Sin decir una palabra más, giró sobre sus talones y salió de la habitación. Isabella instintivamente se llevó las manos a las mejillas. Se sentían un poco calientes, pero para nada quemadas como el ama de llaves había insinuado.

—No te preocupes —dijo Betsy, desestimando a la desagradable mujer con un gesto—, te ves bien. Solo un poco sonrosada, eso es todo. Me atrevo a decir que es bueno tomar un poco de sol cuando se puede en estas partes.

—Solo me quité el sombrero por un rato —dijo Isabella, y de repente se dio cuenta de que lo había dejado afuera en el banco de piedra—. Oh, creo que lo olvidé.

—Bueno, ve a buscarlo entonces —dijo Betsy mientras Isabella dudaba en volver a salir por la entrada de servicio—. Yo soy quien llevará tu bandeja de la cena esta noche; me aseguraré de esperar hasta que regreses.

—Gracias, Betsy —dijo Isabella, tomando su mano en señal de gratitud antes de darse la vuelta para salir del área común.

Isabella no había salido después del anochecer desde la primera noche que llegó a la Mansión Wintercrest. Conocía bien el camino al pequeño jardín y al banco, pero las cosas parecían un

poco más ominosas ahora con la espesa oscuridad cubriendo los terrenos.

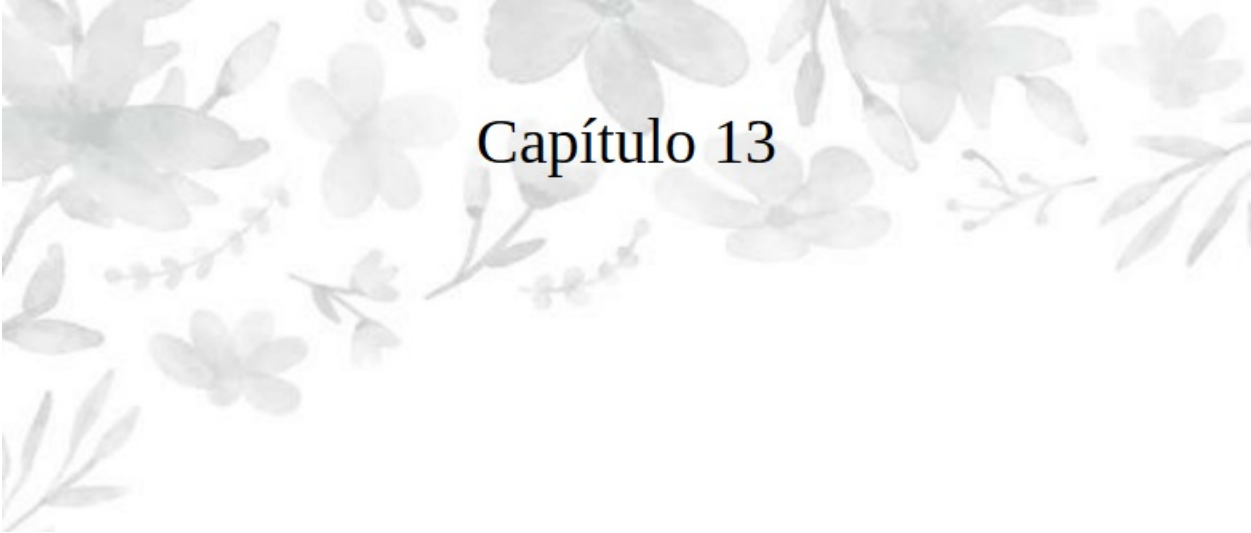
Isabella caminaba rápidamente, solo escuchando el sonido de su propia falda de muselina rozando contra sus piernas. Iba prácticamente corriendo, tan perturbada por la oscuridad.

Isabella dobló la esquina pronunciada que conducía al pequeño rincón del jardín y se detuvo en seco. De pie junto a su banco estaba la figura de un hombre muy grande. No podía ver nada de él más que el contorno de su cuerpo. En su mano estaba su sombrero.

Dudó por un momento. Solo tenía dos sombreros, el que estaba en manos del extraño y otro más bonito para usar los domingos. ¿Estaba dispuesta a revelar su presencia a este extraño en un rincón oscuro de la propiedad por un simple tocado?

Darse la vuelta y marcharse tan silenciosamente como fuera posible parecía una mejor opción. Esperaba que no fuera más que un jardinero y que pudiera volver por la mañana a recuperar el artículo, pero no quería arriesgarse a que fuera otra cosa.

Antes de que pudiera dar más de dos pasos hacia atrás para retirarse, la figura se giró y la encaró.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a large hydrangea flower on the left and several smaller blossoms and leaves scattered across the top.

Capítulo 13

—Por favor, perdóneme, pero creo que eso es mío —dijo Isabella suavemente, tratando de ocultar el temblor de miedo en su voz.

—¿Es usted, señorita Watts? —respondió la voz de un caballero.

Isabella se relajó al darse cuenta de que la voz pertenecía a Lord Bellfourn.

—Lord Bellfourn —dijo, dando un paso adelante para recuperar el sombrero de su mano extendida—, me ha dado un susto tremendo.

—¿Le teme a la oscuridad, señorita Watts?

Isabella solo podía distinguir su silueta en esta tenue luz. Sin embargo, no necesitaba ver para imaginar la sonrisa burlona que jugaba en sus labios.

—No es así —dijo Isabella, fingiendo ofensa—. Sin embargo, no puedo decir que no me sobresalté al encontrarme con un extraño en la oscuridad.

—Bueno, le sugiero que no camine por los jardines de noche —replicó Lord Bellfourn.

—Podría decir lo mismo de usted —Isabella hizo una pausa y luego cambió a un tono serio—. No sabía que se esperaba su regreso de Londres tan pronto.

—No se esperaba. De hecho, nadie sabe que he llegado. Vine para sorprender a Jackie por su cumpleaños.

—Qué amable de su parte. ¡Oh, a Jackie le encantará! —dijo Isabella con alegría.

—¿Te sentarías conmigo un momento? —preguntó Lord Bellfourn, tomando asiento en el banco de piedra—. Sé que el sol se ha puesto, pero no creo que haga demasiado frío. Yo mismo no estoy listo para entrar todavía. Agradecería la compañía.

Isabella se envolvió con su fino chal un poco más apretado. Aunque hacía mucho más frío de lo que estaba acostumbrada en verano, no hacía particularmente fresco. No había ni un soplo de

aire esta noche, y con el cielo despejado de nubes, la tremenda extensión oscura sobre sus cabezas estaba salpicada de estrellas brillantes.

También dudó por otra razón más obvia. No era exactamente apropiado que una dama soltera estuviera en compañía de un caballero sin supervisión. Peor aún, aquí sola en un rincón oscuro del jardín.

Entonces recordó que ya no era una dama. A nadie le importaría tomar este encuentro puramente inocente por algo más que lo que era. El Marqués ciertamente sabía lo que era apropiado y parecía no importarle nunca. Ahora ella adoptaría su postura sobre el asunto, libre de cualquier temor a las repercusiones.

Sin decir una palabra, Isabella se sentó junto a Lord Bellfourn. Durante uno o dos minutos, se sentaron en silencio, apreciando la belleza del cielo nocturno despejado.

—¿Volverás a Londres, entonces, una vez que pase el cumpleaños de Jackie? —preguntó finalmente Isabella.

—No —respondió Lord Bellfourn con decisión. Soltó una pequeña risa y tiró del dobladillo de su chaqueta de viaje—. Vine por Jackie, pero eso fue solo una excusa para irme.

—No entiendo a qué te refieres.

—No podía soportarlo —soltó Lord Bellfourn—. Las cenas, los bailes, la gente. Todo es tan... tan... —Luchó por encontrar las palabras adecuadas—. Tan como mi padre —se decidió por fin.

—¿No te gusta la sociedad de la temporada?

—No puedo soportarla —dijo, mirándola—. Nunca me molestó mucho antes, ya que no me importaba demasiado. De hecho —añadió con un tono caprichoso—, solía burlarme de mi hermano cada vez que me reprendía por actuar mal. Él decía "tus acciones reflejan el nombre de nuestra familia". Sin duda, lo sacó de nuestro padre.

—Ahora, parece que estoy ocupando su lugar y resulta que tenía razón. A nadie le importaba lo que hacía o a qué evento iba cuando era solo Lord Christian o incluso el Capitán Grant. Ahora, parece que cada movimiento que hago es sopesado y juzgado.

Dejó escapar una larga ráfaga de aire como si se estuviera desinflando. Isabella comprendía perfectamente la presión de la que hablaba. Solo podía imaginar que era mucho más difícil para un hombre de su rango. No pudo evitar sonreír un poco, sabiendo que muy probablemente se hacía aún peor por ser un oficial naval soltero y recién regresado con un ducado en línea.

—Considérate afortunada de haber escapado —añadió con un tono juguetón renovado.

—No iría tan lejos —dijo Isabella, volviéndose para mirarlo.

Incluso a la tenue luz de las estrellas, su cabello rojo tenía un brillo dorado. Isabella pudo ver sus cejas fruncidas ante su respuesta.

—Era mi hogar, todo lo que conocía —respondió a su pregunta no formulada—. Me encantaba Londres y la sociedad que lo acompañaba. Por un tiempo, deseé no haberme ido nunca. Ciertamente, había aspectos menos favorables, pero eso se puede decir de cualquier situación en la vida.

—Bueno, no puedo imaginar que haya algo menos que favorable que decir sobre tu nuevo hogar —se rió Lord Bellfourn, relajándose de su frustración anterior.

—Bueno, tengo que decir que mi alumna es mucho mejor de lo que podría haber pedido y el personal de la casa ha sido muy amable y cálido...

—¿Pero? —animó Lord Bellfourn.

—Pero el clima es espantoso —soltó Isabella con un soplo de su propia derrota—. No importa lo cálido que sea mi fuego, lo grueso que sea mi chal, nunca me acostumbraré a esta región lúgubre y húmeda.

Lord Bellfourn se rió con ganas ante su declaración.

—No es gracioso —se burló Isabella—. Sospecho que seré un carámbano helado para cuando llegue el invierno.

—Oh, eso sería un predicamento terrible, ¿no? —dijo Lord Bellfourn, controlando su alegría—. Me alegra saber que te llevas bien con el personal de la casa, sin embargo. Pensé en ti de vez en cuando mientras estaba fuera —confesó.

—¿De verdad? —respondió Isabella con pura sorpresa.

Sí, habían dado paseos juntos con Jacqueline y pasado algunas noches juntos cuando Isabella llevaba a la niña con su abuelo, pero nunca había esperado estar en la mente de Lord Bellfourn en absoluto. Especialmente no mientras estaba lejos de la mansión y con tantas otras cosas para ocupar sus pensamientos.

—Bueno, a veces no se podía evitar —explicó Lord Bellfourn—. Conocí a tu amiga Lady Louisa.

—Sí, tu hermana acaba de recibir tu carta hoy y me lo contó.

—Cantaba tus alabanzas regularmente y a menudo me decía lo triste que era su vida ahora que te habías ido.

—La echo tanto de menos —dijo Isabella, incapaz de ocultar su tristeza por ese hecho.

—¿Por qué no la invitas aquí para una visita, entonces?

—Oh, ¡no podría! No, eso no estaría bien en absoluto —se aseguró Isabella, por mucho que deseara lo contrario—. Tendré que conformarme con nuestras cartas y saber que sigue siendo mi amiga a pesar de las circunstancias.

—Exactamente por eso me fui. No soporto que esos supuestos caballeros y damas finos rompan amistades cuando alguien más necesita de ellas. No puedo tolerar ese tipo de lógica. Si no es demasiado atrevido, ¿puedo preguntar qué te trajo a Wintercrest? Entiendo que tu padre falleció, pero, si no es demasiado personal, ¿por qué elegiste ser institutriz?

Isabella respiró hondo. Aunque la mayoría de la casa sabía que se había criado como una dama y que desde entonces había caído en estatus, aún no le había contado a nadie toda la historia, excepto a Louisa, por supuesto.

—Cuando mi padre falleció, no tenía un heredero varón. Sus propiedades y negocios pasaron a manos de su socio, el señor Smith —Isabella hizo todo lo posible por no escupir la última palabra con veneno.

—¿Y este señor Smith no pudo procurar que estuvieras cómoda? —preguntó Lord Bellfourn.

—El señor Smith tenía sentimientos negativos hacia mí. Me propuso matrimonio cuando tenía apenas diecisiete años. Lo rechacé tan educadamente como pude, pero parece que nunca me perdonó por herir su orgullo.

—¿Así que te maltrató como represalia? —preguntó Lord Bellfourn, horrorizado—. ¿Cómo pudo tolerarse algo así?

—Bueno, se llevó las propiedades y pertenencias de mi padre con el pretexto de pagar deudas que mi padre había contraído. Pero, en mi opinión, lo hizo solo para ser cruel.

La mano de Isabella fue inconscientemente al medallón alrededor de su cuello. Todavía tenía momentos de temor de que el señor Smith pudiera aparecer en la mansión Wintercrest, exigiéndole el collar.

—Por egoísta que suene, debo confesar que me alegro del trato deplorable del señor Smith.

Isabella se volvió para mirarlo sorprendida.

—Te trajo aquí. Estoy eternamente agradecido por la luz que has sacado en Jackie y la amistad que has mostrado a mi hermana y a mí mientras estuve fuera.

—Bueno —dijo Isabella, agradecida de que la oscuridad ocultara su sonrojo—, admitiré que venir a la mansión Wintercrest fue una tierna misericordia que se me concedió en una situación terrible.

—Supongo que es mejor que entremos ahora —dijo Lord Bellfourn con reluctancia.

Isabella de repente recordó los acontecimientos en el comedor de los sirvientes. Se levantó abruptamente.

—Oh, Dios mío, Lord Bellfourn, debería habérselo dicho de inmediato. Su padre sufrió una caída en las escaleras hoy y se mandó llamar al médico.

Lord Bellfourn también se puso de pie. —¿Está bien?

—No estoy del todo segura. Yo misma me enteré del accidente hace poco y luego salí a buscar mi cofia cuando me di cuenta de que la había dejado fuera.

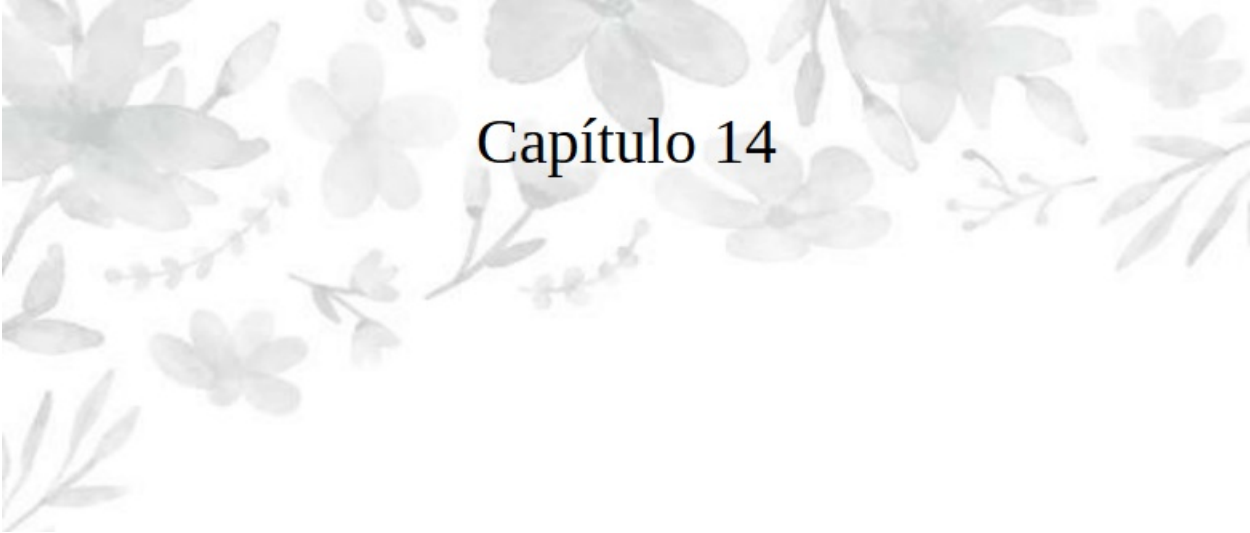
—Bueno, entonces vamos a ver juntos —dijo ofreciendo el brazo para que Isabella lo tomara.

Isabella no pensó que realmente quisiera decir que ella debía ir con él a ver, sino que simplemente estaba siendo un caballero y la acompañaba de vuelta a la casa. Tomó su brazo, agradecida por la ayuda firme mientras se orientaba de regreso.

Una cosa que había aprendido sobre Lord Bellfourn en el poco tiempo que lo conocía era que tenía muy buen equilibrio. Caminaba con confianza e incluso le señaló una raíz sobresaliente lista para hacerla tropezar mucho antes de que ella misma pudiera verla.

Llegaron al frente de la casa e Isabella se dispuso a agradecer a Lord Bellfourn y regresar a su habitación. Esperaba que Betsy simplemente hubiera dejado su cena, sin esperar el regreso de Isabella. Le preocupaba haber metido a Betsy en más problemas con el ama de llaves, aunque parecía que nada de lo que Isabella pudiera hacer estaba bien a los ojos de la señora Peterson y se preguntaba si esa cortesía se daba a todo el servicio y no solo a ella misma.

Justo antes de separarse, un carruaje se detuvo en el camino de grava y se acercó a la puerta principal. Quizás olvidando que Isabella aún estaba en su brazo, Lord Bellfourn caminó rápidamente para recibir al recién llegado.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a hydrangea and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 14

Isabella hizo todo lo posible por seguir el ritmo del marqués mientras este se apresuraba hacia el doctor que salía del carruaje. Podía oír el rápido frufrú de sus enaguas y rezó para no tropezar con ellas.

—Dr. Thornton —dijo Lord Bellfourn al llegar junto al anciano. Instintivamente, se estiró hacia el interior del vehículo, sabiendo que habría un bastón allí, y se lo entregó al caballero.

El Dr. Thornton miró a Lord Bellfourn con los ojos entrecerrados detrás de sus gafas. Era bastante más bajo que el marqués, lo que se hacía aún más evidente por su postura encorvada mientras se apoyaba en su bastón.

Isabella no pudo evitar preguntarse si el Dr. Thornton no necesitaría un médico él mismo. Era de edad avanzada, con un rostro severamente arrugado y una larga nariz ganchuda. Sus patillas, que le crecían largas a los lados de la cara, eran blancas como la nieve y se erizaban de forma salvaje.

Resopló un poco mientras inspeccionaba a la pareja que había venido a recibirlo. Finalmente, extendió su mano y estrechó la de Lord Bellfourn.

—¿Cómo está usted, joven Lord Christian? —preguntó con voz entrecortada.

—Estoy bastante bien. Permítame presentarle también a la honorable señorita Isabella Watts.

Isabella se volvió y abrió la boca hacia Lord Bellfourn. Quería corregirlo, pero decidió que no sería educado hacerlo.

Él la miró y pareció decirle con los ojos que no consideraba un error su forma de dirigirse a ella.

—Es un placer conocerla, señorita —dijo el Dr. Thornton mientras comenzaba a caminar lentamente hacia la casa—. ¿Cómo se encuentra Su Excelencia? —añadió, cambiando de tema.

—No estoy seguro. Acabo de llegar yo mismo y la señorita Watts me informó del accidente. Estoy seguro de que se recuperará bien, ¿no es así? —preguntó Lord Bellfourd con evidente preocupación en su voz.

Aunque el duque no solía ver las cosas de la misma manera que sus hijos, aún existía un afecto considerable por su padre.

—No puedo decirlo hasta que vea a Su Excelencia. Ya no es ningún jovencito —el Dr. Thornton se rió de su propia broma, luego se cubrió la boca con un pañuelo cuando se convirtió en tos—. Una gran caída puede ser dura para los huesos más viejos —añadió más seriamente después de recuperar el aliento.

—Sabe —dijo el Dr. Thornton en dirección a Isabella mientras se dirigían lentamente hacia la mansión y recorrían el largo vestíbulo—, yo estaba aquí el día que nació Lord Christian. Lo he atendido en muchos resfriados e incluso en un brazo roto, si mal no recuerdo —añadió, haciendo memoria.

—Sí —dijo Lord Bellfourd confirmando su relato—. Me caí de un manzano —le explicó a Isabella.

Ella lo miró con una sonrisa. Le gustaba ver el brillo en sus ojos azules mientras hablaba. Se dio cuenta de cuánto había echado de menos mirarlo hacia arriba, ver la luz en su sonrisa juguetona y escuchar su voz suave, desde que se había marchado.

—Sí, era usted todo un pequeño diablillo, si mal no recuerdo —dijo el Dr. Thornton con la familiaridad de un médico de familia—. Su hermana, o incluso su hermano, que en paz descansen, nunca causaron tantos problemas, si no me equivoco.

—Supongo que por eso me adapté tan bien al mar —respondió Lord Bellfourd.

—Sí, sospecho que el peligro y la aventura de una carrera naval le sentaban bien —coincidió el Dr. Thornton.

Isabella no pudo evitar escuchar la tristeza en las palabras de Lord Bellfourd. Entre eso y lo que le había confiado esa noche, sospechaba que echaba mucho de menos su antigua vida. Quizás por eso sentía tanta afinidad con ella. Ambos vivían una vida contraria a la que deseaban, haciendo en cambio lo que habían elegido para ellos.

Llegaron a la puerta del salón. Isabella dudó y dejó que su brazo se deslizara. Antes de que saliera completamente del brazo de Lord Bellfourd, él se estiró y le dio una palmadita en la mano con la suya, manteniéndola en su lugar.

Isabella lo miró con ojos interrogantes.

—Me gustaría que se quedara, si no le importa. Sé que sería un gran consuelo para Abigail. Me ha escrito que usted es una amiga muy querida para ella. Estoy seguro de que podría necesitar algo de apoyo.

—Por supuesto —dijo Isabella, relajando de nuevo su mano en su brazo.

—Gracias —dijo él suavemente, sonriéndole.

Isabella no pudo evitar el rubor que le subió a las mejillas. Lord Bellfourn era encantador, incluso en un momento tan triste. Isabella no pudo evitar sentir que su corazón se aceleraba cuando la miraba con tanta sinceridad.

—¡Christian! —exclamó Abigail, levantándose de su sitio en el sofá y acercándose a él.

Lord Bellfourn abrazó cálidamente a su hermana e Isabella se mantuvo respetuosamente a un lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Bueno, había planeado sorprender a Jackie por su cumpleaños. La señorita Watts me descubrió mientras me escabullía por los jardines. Creo que le di un buen susto —dijo, guiñando un ojo en dirección a Isabella.

Lady Wintercrest se acercó y abrazó a su hijo.

—La Providencia, sin duda, te ha enviado por aquí.

—La señorita Watts me contó del accidente de Padre. ¿Está bien? —preguntó Lord Bellfourn, buscándolo con la mirada por la habitación.

—Es difícil decirlo con certeza —dijo Lady Wintercrest con un brillo en los ojos—. Estaba tan incómodo sentado en la silla aquí, pero temía que pudiera lastimarse más si subía a su habitación. El señor Larson hizo que bajaran su cama al estudio y, hace unos momentos, lo ayudó a acostarse.

Lord Bellfourn tomó las manos de su madre para tranquilizarla.

—Estará bien. Llevaré al Dr. Thornton a verlo ahora. Usted y Abigail esperen aquí.

Lord Bellfourn se fue con el doctor para atender a su padre. Lady Wintercrest se secó los ojos con un pañuelo blanco de encaje.

—Gracias, Isabella —dijo Lady Abigail, tomándole la mano—, por informar a mi hermano —Bajó la voz—. No sé si Madre habría soportado bien llevar al doctor para que lo examinara.

—Por supuesto —Isabella apretó la mano de Abigail para tranquilizarla—. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar, por favor, házmelo saber, y estaré encantada de hacerlo.

—Tal vez, si no te importa, ¿podrías sentarte con nosotras hasta que Christian y el Dr. Thornton regresen?

—Claro que sí —dijo Isabella sentándose con Lady Abigail en el sofá.

Pasaron unos minutos, las tres damas sentadas y esperando, antes de que se abriera la puerta. Sus tres cabezas se giraron rápidamente para ver quién era. Era solo una criada que traía una tetera. La dejó sobre la mesita y salió en silencio.

—Lady Wintercrest, ¿puedo servirle el té? —preguntó Isabella.

—Sí, por favor. Gracias, señorita Watts. Me temo que mis manos tiemblan demasiado ahora para hacerlo yo misma. Estaba tan pálido y con tanto dolor —añadió, apenas en un susurro.

Isabella se conmovió por Lady Wintercrest. Aunque había una gran diferencia de edad, y probablemente su unión fuera un arreglo, la duquesa se preocupaba genuinamente por el bienestar de su esposo.

Isabella sirvió el té y lo ofreció a las dos damas.

Al terminar, dijo:

—Si lo desea, Su Gracia, podría tocar un poco el pianoforte para usted. Quizás ayude a calmar sus nervios.

—Gracias, señorita Watts, lo apreciaría mucho.

Isabella se dirigió al pianoforte. Había practicado bastante durante los últimos meses. A menudo, después de que Jacqueline mostrara sus habilidades a su abuelo, se quedaba a visitar a las damas e Isabella tocaba suavemente el piano.

Hojeó las partituras hasta encontrar una pieza relajante de Handel. Sintió cómo la tensión de la habitación se suavizaba mientras avanzaba por la música. Estaba agradecida de poder ser de ayuda mientras esperaban noticias.

Finalmente, después de poco más de una hora, Lord Bellfourd volvió a entrar en la habitación. Venía solo. Lady Wintercrest se puso de pie al verlo entrar e Isabella dejó de tocar.

Él se acercó y se sentó en la silla vacía junto a la chimenea. Se le notaba visiblemente agotado por el viaje, seguido de una larga noche atendiendo a su padre.

Tomó la mano de su madre y dijo:

—El Dr. Thornton cree que puede haberse fracturado la cadera. También notó que el costado de padre estaba muy sensible y su respiración un poco forzada. Podría ser solo una contusión sumada a su reciente enfermedad.

—Pero podría ser algo peor —dijo Lady Abigail, interpretando lo que Lord Bellfourd insinuaba pero no decía.

Lord Bellfourd asintió solemnemente.

—Es posible que también se haya fracturado una costilla.

La duquesa se llevó el pañuelo a la boca para ahogar un gemido de dolor.

—El Dr. Thornton lo ha vendado firmemente, ha inmovilizado la cadera fracturada lo mejor que ha podido, le ha dado algo para el dolor y le ha indicado reposo estricto durante al menos las próximas seis u ocho semanas. Con suerte, solo está magullado y sanará rápidamente. Si está fracturada, podría haber perforado el pulmón, lo que explicaría la dificultad para respirar.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó su madre.

—Lo mejor es dejarlo descansar lo más cómodamente posible. Ya he dispuesto una habitación para el doctor esta noche. No me pareció correcto que viajara a casa tan tarde.

Isabella miró el reloj de la repisa. No se había dado cuenta de cuánto tiempo había pasado, pero se acercaba a las once.

—El Dr. Thornton revisará a padre nuevamente antes de marcharse por la mañana y volverá tan a menudo como sea necesario. Lo mejor que podemos hacer es rezar para que se recupere rápidamente —añadió Lord Bellfourn dirigiéndose tanto a su madre como a su hermana.

Lady Wintercrest asintió solemnemente y acarició la mejilla de su hijo de manera maternal.

Al ponerse de pie, dijo:

—Creo que iré a dar las buenas noches a vuestro padre y me acostaré yo también. Deberías hacer lo mismo, Christian; te ves terriblemente cansado.

—Te acompañaré, madre —dijo Abigail, levantándose para unirse a su madre.

—Gracias, señorita Watts —dijo Lady Wintercrest antes de salir de la habitación—. Su música era justo lo que necesitaba para sobrellevar la noche.

—De nada —respondió Isabella con una reverencia—. Si hay algo más que pueda hacer, Su Gracia, estaré encantada de ayudar.

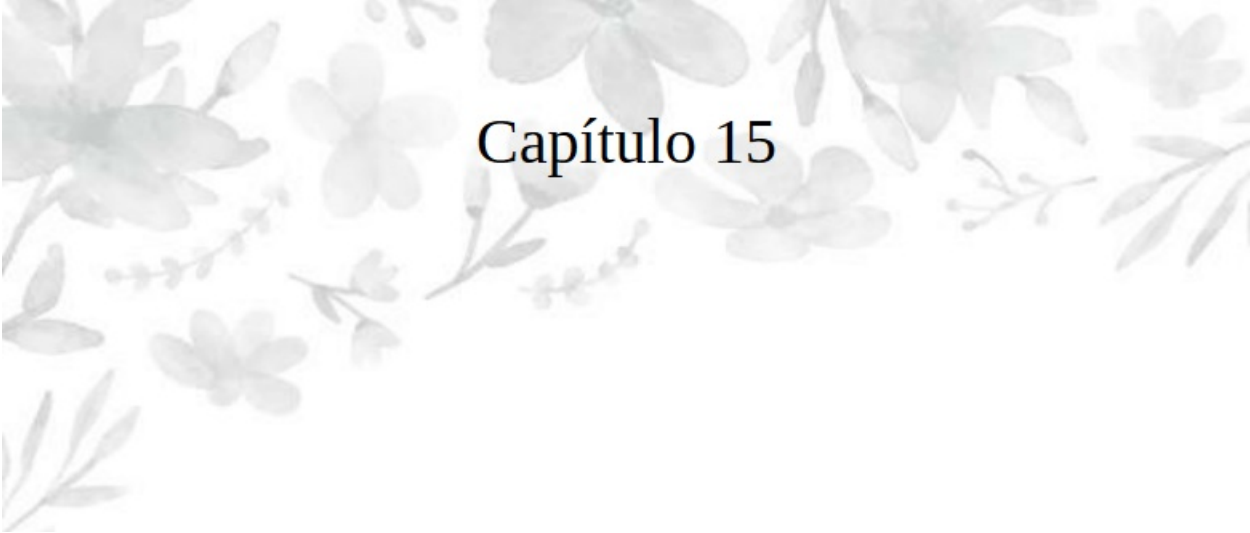
Lady Wintercrest asintió y esbozó una débil sonrisa antes de salir de la habitación.

Isabella se dispuso a marcharse también. Se volvió hacia Lord Bellfourn para darle las buenas noches. En lugar de quedarse junto al fuego, él se levantó y se acercó a ella.

—La acompañaré a su habitación, entonces —dijo, ofreciéndole nuevamente su brazo para que lo tomara.

—No es necesario —dijo Isabella.

—Insisto. Me siento mal por haberla retenido aquí hasta tan tarde. Lo mínimo que puedo hacer es acompañarla hasta su puerta. Nunca se sabe dónde pueden estar acechando figuras oscuras y extrañas —bromeó.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, set against a white background.

Capítulo 15

Lord Bellfourn cogió el candelabro que estaba situado sobre el piano y guió a Isabella fuera del salón. Caminaron en silencio por el vestíbulo y subieron las enormes escaleras. Tras recorrer la mitad del pasillo, Lord Bellfourn empezó a mirar alrededor, confundido.

—¿Llegaremos pronto a su alojamiento o deberíamos acampar por la noche? —dijo en tono jocoso.

—Si me deja allí al pie de las escaleras, estoy segura de que puedo hacer el resto del camino por mi cuenta.

—¿Escaleras? —preguntó sorprendido—. ¿Por qué demonios la han puesto tan lejos del resto de la casa?

—No me importa y disfruto del paseo —repitió Isabella—. Solo me siento mal por la pobre Betsy, que debe recorrer tanto camino cada día para traerme el desayuno y la cena. Le dije a la señora Peterson que estaría encantada de comer en el comedor de servicio para ahorrar molestias, pero no quiso ni oír hablar de ello.

—Ciertamente parece bastante tedioso e innecesario que una doncella tenga que hacer el trayecto varias veces al día. Sin embargo, entiendo el punto de vista de la señora Peterson. Así que, a partir de ahora, deberá tomar el desayuno y la cena con nosotros.

—No podría. Su padre no lo permitiría. Sería demasiado inapropiado.

—Si aún no lo ha notado, no me importan mucho las tontas reglas sociales, especialmente las que obligan a una dama a comer sola todos los días. En cuanto a mi padre, no está en condiciones de tener una opinión, y yo me encargaré gustosamente de esta obligación en particular por él.

—Bueno, si cree que no causará daño —vaciló Isabella en su determinación—, le estoy muy agradecida por su amabilidad, Lord Bellfourn. —Realmente esperaba ahorrarle a Betsy ese

desagradable viaje varias veces al día.

—Bien, y tal vez, ya que ahora cuenta con mi confianza, podría considerar llamarme simplemente Christian y permitirme llamarla Isabella, como he notado que hace mi hermana.

—¡De ninguna manera! —exclamó Isabella, deteniéndose al pie de las escaleras del ático—. Estaré encantada de dejar que me llame como desee, pero me niego rotundamente a hacer lo mismo. Le guste o no, ahora tiene un título y la responsabilidad que conlleva —dijo Isabella en tono instructivo.

—Es ridículo. Todos somos seres humanos, caminando por el mismo sendero que lleva al mismo final.

—Puede que sea así, pero es quien usted es —insistió Isabella.

Lord Bellfourn pareció sopesar esto en su mente. Era algo con lo que seguiría luchando, pensó Isabella, hasta que aceptara su nueva posición en la vida.

—Tomaré en cuenta sus palabras, pero aun así le animo a lo contrario, aunque solo sea en privado.

—¿Cuándo sería eso? —preguntó Isabella con una risa. La idea del Marqués de Bellfourn en un entorno privado con la institutriz era absurda.

Lord Bellfourn hizo un gesto de levantar su candelabro en la oscuridad para buscar a otros. Le sonrió, con un brillo juguetón en los ojos. No hacían falta palabras; ella había captado su significado.

Hizo una reverencia caballerosa a Isabella. —Buenas noches, Isabella —dijo, manteniendo ese brillo, con los rayos dorados de la luz reflejándose en su cabello fuertemente recogido.

—Buenas noches, Lord Bellfourn —Isabella le hizo una reverencia similar, pero se aseguró de pronunciar su nombre lentamente.

Él sacó una vela de su lugar en el candelabro y se la entregó a Isabella.

—Para el camino de subida —dijo, antes de girarse y regresar por el largo pasillo hacia el lado opuesto de la mansión.

A la mañana siguiente, cuando Isabella se despertó y se vistió, se preguntó si debería bajar al comedor. Su respuesta llegó cuando Betsy apareció con la palangana de agua caliente.

—Lord Bellfourn le dio esto a su mozo esta mañana para que me lo pasara —dijo, entregándole una pequeña nota.

Señorita Watts:

Espero que encuentre el valor para unirse a Su Excelencia, Lady Abigail y a mí en el comedor esta mañana.

*Atentamente,
Lord Bellfourn.*

—¿Qué dice? —preguntó Betsy mientras practicaba otro peinado en Isabella.

—Dice que he sido invitada a desayunar con la familia. No sé si debería ir —añadió rápidamente.

—Por supuesto que tiene que ir. Le haré un peinado muy bonito hoy, y entrará como una verdadera dama.

—Pero ese es el problema... no lo soy.

—Sí que lo es —la animó Betsy.

—Ya no. Y temo que hacer estas cosas solo hará las cosas más difíciles a largo plazo. Jacqueline no necesitará una institutriz para siempre. Cuando llegue el momento de irme, no quiero tener expectativas poco realistas sobre mi vida.

—Entiendo su punto. Mejor escriba una nota de vuelta. Dígale a Su Señoría que, aunque es increíblemente amable con usted y es buena amiga de Lady Abigail, simplemente no podría soportar sentarse a comer en su compañía y preferiría comer aquí arriba sola.

Isabella arrugó la nariz hacia Betsy, oyendo sus palabras cargadas de sarcasmo.

Betsy puso su mano en el hombro de Isabella y habló con una sabiduría más allá de sus años: —No hay nada malo en aceptar una buena amistad que se ofrece. La vida puede dar vueltas y ser muy dura a veces. Tome lo bueno cuando llegue.

Isabella tomó la mano de Betsy y la apretó suavemente. Con un brillo en los ojos, le agradeció a Betsy sus palabras de aliento.

Isabella dudó ante las puertas del comedor. Levantó la mano para llamar, luego la bajó de nuevo.

—¿Necesita algo, señorita Watts? —dijo la señora Peterson, apareciendo de la nada.

—No, yo... —titubeó Isabella.

—Señorita Watts, me alegro de que haya recibido mi nota —llamó una voz detrás de ella.

Isabella se giró para ver a Lord Bellfourn paseando por el pasillo. Parecía mucho más descansado que la noche anterior.

Abrió la puerta del comedor y le hizo un gesto a Isabella para que pasara delante de él. Ella dudó por un momento, dividida entre el gesto amistoso frente a ella y las dagas venenosas detrás.

Finalmente, le deseó los buenos días a Lord Bellfouurd y entró. Lo oyó dar un alegre saludo a la señora Peterson antes de entrar él mismo.

Lord Bellfouurd tenía una expresión muy presuntuosa en el rostro mientras besaba a su madre en la mejilla antes de ayudar a Isabella a sentarse.

—Madre, espero que no te importe. He invitado a la señorita Watts a desayunar con nosotros.

—No me importa en absoluto —dijo Lady Wintercrest con una sonrisa educada en dirección a Isabella—. Te ves muy bonita hoy —añadió para rematar.

—Gracias, Su Gracia. ¿Puedo preguntar cómo se encuentra Su Gracia esta mañana?

—Lo vi justo antes de venir a desayunar —respondió Lady Wintercrest—. El médico lo visitó temprano esta mañana antes de partir. Estaba de mal humor por la hora temprana. Por supuesto, el doctor tiene otros pacientes que atender y no pudo quedarse mucho tiempo. Tomé su disposición gruñona como una buena señal de que se sentía mejor —añadió con esperanza en sus ojos.

—Eso es maravilloso de oír —dijo Lady Abigail mientras ella también entraba en la habitación. Dio los buenos días a todos en la mesa y tomó asiento.

—Cuéntanos, Christian —dijo Lady Wintercrest, a mitad de la comida—, ¿cómo fue tu tiempo en Londres?

—Estuvo bien —dijo Lord Bellfouurd, haciendo lo posible por ocultar su disgusto por la temporada.

—Justo antes de partir —continuó—, fui a un baile organizado por el Conde y la Condesa de Cunningham.

—¡Oh, sí, Lady Mary Cunningham! ¿Cómo está mi querida amiga? —preguntó Lady Wintercrest de manera conversacional.

Isabella hizo todo lo posible por no mostrar ningún reconocimiento del nombre.

—Solo hablé con ella un breve momento. Estaba muy triste de que no pudieras ir a Londres. Sugirió venir a visitarte al final de la temporada.

—Eso sería maravilloso —dijo Lady Wintercrest juntando las manos.

—Bueno —añadió Lord Bellfouurd con cautela—, creo que podría tener algo que ver con que su hija Lady Lydia Prescott la acompañe en la visita.

—Es cierto. La hija de Mary es solo tres o cuatro años menor que tú. Sería una idea maravillosa que ambas nos visitaran.

—¿Maravilloso para quién? —preguntó Lady Abigail con una risita—. No puedo creer, querido hermano, que estuvieras en la ciudad apenas media temporada, y ya te has convertido en el pretendiente de alguien.

Isabella mantuvo los ojos fijos en su plato de desayuno y mordisqueó su tostada. No sabía por qué, pero unos celos furiosos corrían por sus venas ante la mera idea de que Lord Bellfourn cortejara a Lady Lydia. Probablemente era porque tenía en tan alta estima a Lord Bellfourn.

—No soy el pretendiente de nadie. Este es exactamente mi punto —dijo volviéndose hacia su madre de nuevo—, no quisiera fomentar una opinión equivocada.

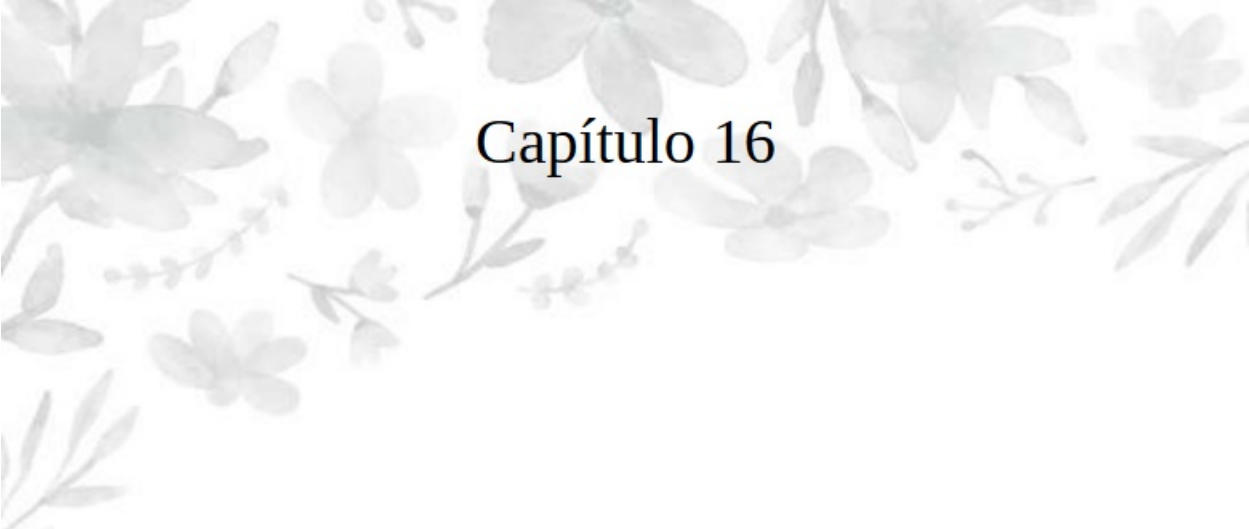
—Oh, tonterías —Lady Wintercrest lo descartó con un nuevo brillo de emoción en sus ojos—. Es una amiga, visitando con su hija. Sería ridículo rumorear lo contrario.

—¿Qué hay de la condición de Padre? No estará completamente recuperado a tiempo. Podría no ser prudente tener invitados.

—Me dijiste que el médico dijo de seis a ocho semanas antes de que estuviera completamente recuperado. Ella no estaría aquí hasta mucho después de eso. Incluso si Su Gracia no está bien, entenderá mi necesidad de una visita con una querida vieja amiga mía.

Lord Bellfourn parecía inseguro de los motivos de su madre. Lo más probable es que la duquesa estuviera planeando pasar el resto del verano conspirando con su amiga para hacer de casamentera.

—Escribiré a Lady Cunningham esta tarde y le informaré que es más que bienvenida a venir a quedarse con nosotros.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other small blossoms, set against a white background.

Capítulo 16

La noche del cumpleaños de Jacqueline fue una maravillosa celebración. Afortunadamente, tanto Isabella como la señora Murray se unieron a la familia y a la cumpleañera para disfrutar de una hermosa cena de celebración.

El duque aún se encontraba indispuesto y con mucho dolor. Por lo tanto, no pudo unirse a los festejos.

Después de la cena, todo el grupo se retiró al salón para los regalos y, lo más importante, la actuación de Jacqueline al pianoforte para la familia.

—¡Un vestido nuevo para mi muñeca! —exclamó Jacqueline mientras sacaba el modesto regalo de Isabella—. Merci, Mademoiselle Watts —dijo, abrazando a su institutriz.

—Ha quedado precioso —comentó Lady Wintercrest—, realmente tienes un don para el bordado.

—Gracias, Su Excelencia —respondió Isabella tímidamente.

Pasar los últimos dos días compartiendo las comidas con la familia había creado una atmósfera más cómoda para Isabella en la casa.

—Bueno, ¿vas a tocar para mí ahora, Jackie? —preguntó Lord Bellfourd mientras hacía cosquillas a su sobrina.

Jacqueline soltó una risita y luego se levantó para tomar la mano de su institutriz. Caminaron juntas y se sentaron al piano, como lo habían hecho tantas veces en la sala de estudio durante los últimos meses.

Isabella comenzó tocando un dulce fondo melódico. Esperando el momento adecuado para entrar, Jacqueline pulsó las teclas memorizadas en el orden correcto para interpretar la melodía de Estrellita, ¿dónde estás?

Una vez terminada la canción, la sala estalló en aplausos. Jacqueline se levantó e hizo una reverencia tal como Isabella le había enseñado.

Isabella notó que la señora Murray, en un rincón, se secaba una lágrima furtiva.

—Oh, Nursie —dijo Lady Abigail con afecto—. ¿Te estás poniendo sentimental?

—Ah, no. Es solo que es maravilloso tener una niña tan dispuesta a tomar lecciones de música. Mucho más agradable que, digamos, limpiar mermelada del pianoforte —añadió en tono de broma.

—Fue solo una vez —replicó Lady Abigail—. No creo que mi institutriz fuera ni de lejos tan maravillosa como Isabella. Estoy segura de que habría sido competente en ello si hubiera tenido una tutora tan magnífica.

La noche terminó con un plato de petit fours y té antes de que todos se retiraran a sus respectivas habitaciones. Isabella sostenía felizmente la mano de Jacqueline mientras esta subía saltando las enormes escaleras hacia su habitación, con la señora Murray al otro lado.

Durante los últimos meses, Isabella había visto cómo Jacqueline florecía de una niña callada a una pequeña alegre. Isabella esperaba que su presencia hubiera ayudado a Jackie a sentirse más cómoda haciendo de Wintercrest Manor su hogar.

Después de dejar a la niña en la cama con su niñera, Isabella se retiró a su propia habitación. Había recibido una carta de Louisa esa misma mañana y estaba emocionada por sentarse a leerla antes de acostarse.

Mi querida Izzy:

Espero que mi carta te encuentre bien.

La temporada está en pleno apogeo ahora, y apenas puedo encontrar tiempo para tener una noche tranquila en casa. Normalmente, este sería un momento emocionante.

Me temo que sin ti aquí, percibo las cosas bastante aburridas. A menudo temo nuestros diversos compromisos de cenas y bailes, sabiendo que no te tendré allí para hacerlo todo más agradable.

Tuve un encuentro casual agradable que pensé en compartir contigo. Fue en un evento organizado por el Conde de Cunningham. Estoy segura de que sabes por qué temía especialmente este compromiso.

Madre insistió en que Colton y yo asistiéramos. Así que, con gran renuencia, fui. Fue allí donde ocurrieron dos maravillosas casualidades.

La primera, me presentaron al Marqués de Bellfourn. Fue lo suficientemente amable como para reconocer mi nombre al conocerme, y preguntó si yo era la amiga de la que le

hablaste a su hermana. Una vez que confirmé que era correcto, pasé gran parte de la noche conversando con el caballero.

Fue un momento agradable, pasado recordando algunos de mis recuerdos más preciados contigo. Lord Bellfourn incluso bailó conmigo, ¡dos veces! Creo que, en gran parte, fue para mantenerse ocupado.

Estoy segura de que solo puedes imaginar la escena que siguió al heredero de un ducado sin compromisos actuales.

Debo admitir que una de las partes interesadas no era otra que Lady Lydia. Esto me lleva a mi segunda ocurrencia. Mientras Lord Bellfourn aún hablaba con mi hermano, Lady Lydia vino a unirse al pequeño grupo que habíamos formado.

Estoy segura de que no tengo que recordarte lo horrible que fue conmigo de niña en la escuela de la señora Mason. Todavía no creo que pueda perdonarla por mojar mi cabello en tinta durante nuestras lecciones. La vida era sin duda horrorosa con Lady Lydia antes de que te unieras a nuestra escuela.

Bueno, Colton era muy consciente de quién era Lady Lydia y cómo me había atormentado de niña, y cuando vino a unirse a nuestro grupo, se esforzó por no incluirla en la conversación.

Al parecer, esto no la disuadió, ya que parecía tener alguna conexión con la familia de Lord Bellfourn.

Lord Bellfourn y Colton estaban discutiendo sobre el tiempo del Marqués como capitán en la Marina Real. Estoy segura de que puedes adivinar que Colton estaba fascinado por sus historias, deseando que él también pudiera tener un poco de aventura. Lady Lydia aprovechó la oportunidad para comentarle a Lord Bellfourn sobre su "valentía, cuando seguramente otros hombres se acobardarían en situaciones tan peligrosas".

Ahora, sabes que no soy de las que suelen hablar y decir lo que piensan, como tú lo haces con tanta valentía con frecuencia, pero Colton, por otro lado, nunca rehuye una situación.

Mi querido hermano miró a Lady Lydia directamente a los ojos y dijo: "Me atrevo a decir que una señal de verdadero carácter y valentía es cuando uno se enfrenta a sus perseguidores y se niega a dejar que sus burlas lo desanimen y lo alejen de la batalla".

Por supuesto, Lord Bellfourn no entendió completamente su significado, pero tanto Lady Lydia como yo sí lo hicimos. Ella se levantó bastante avergonzada y se excusó de nuestra compañía.

Sé que mi hermano puede ser un bromista muy molesto a veces, pero creo que nunca he estado más oraullosa de llamarlo mi hermano que en ese momento.

...siento más orgullosa de llamarte mi hermano que en ese momento.

Espero que, de alguna manera, haya hecho reflexionar a Lady Lydia sobre la forma cruel en que me trató, no solo a mí, sino a tantos otros cuando éramos niños. Me temo, sin embargo, que una dama de su personalidad siempre sentirá la necesidad de menospreciar a los demás para sentirse mejor consigo misma.

Espero que todavía te estés adaptando bien a tu nuevo hogar. Debes escribirme pronto y contarme todo sobre la reacción de tu alumna a su regalo de cumpleaños. Siempre fuiste excelente en el bordado y estoy segura de que fue un hermoso tesoro digno de admirar.

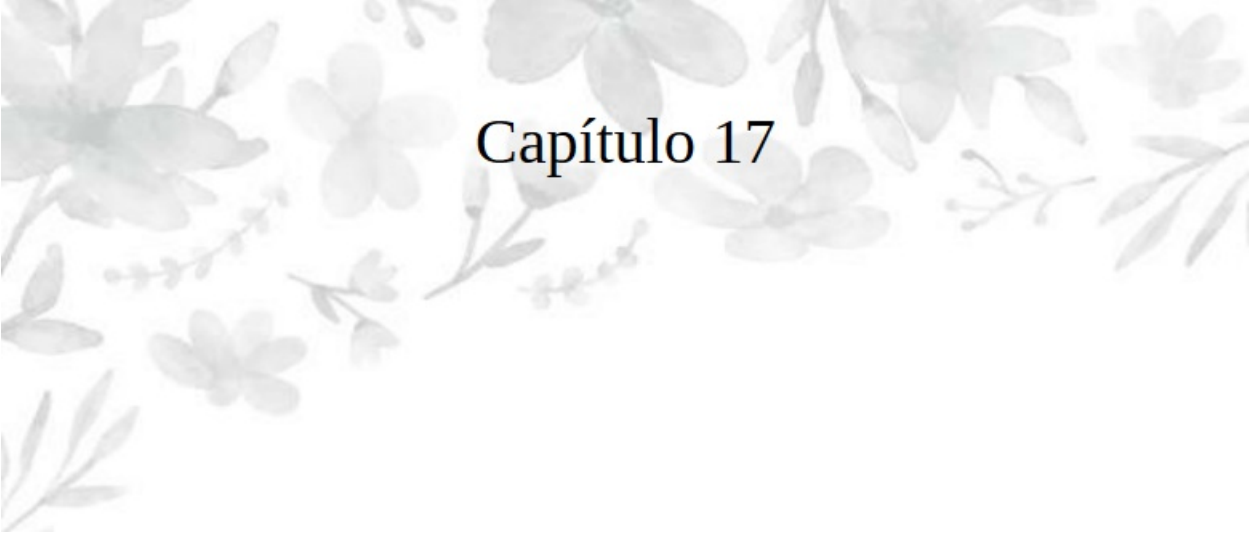
Espero que algún día nuestros caminos se crucen de nuevo, pero hasta entonces, seguirás siendo mi más querida amiga a distancia.

Louisa

Isabella sonrió al leer las palabras de su amiga por segunda vez. Extrañaba terriblemente a Louisa. No fue hasta que vio la mancha de tinta en la tercera lectura que se dio cuenta de que estaba llorando.

Si lo pensaba detenidamente, no había mucho que pudiera decir con certeza que extrañara de su vida en Londres. Louisa era una de las pocas personas a las que su corazón anhelaba ver de nuevo.

Isabella se quedó dormida esa noche con un solo pensamiento en su cabeza. Quizás, algún día, se reuniría con su más sincera y fiel amiga.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray floral pattern with various leaves and flowers on a white background.

Capítulo 17

Querida Louisa:

Los últimos meses han pasado en un frenesí de actividad. Con la llegada del otoño, he comenzado a sentir lo que es el auténtico clima frío del norte.

Paso gran parte del día ocupada con Jackie y sus estudios. Jackie es increíblemente inteligente y ya ha aprendido a leer el Padre Nuestro y varios otros pasajes de la Biblia por su cuenta. También hemos trabajado para mejorar la caligrafía de Jacqueline tanto en inglés como en francés para que pueda empezar a escribirle a su madre por sí misma.

Con el regreso de Lord Bellfourn para el resto del verano, hemos tenido muchas tardes gloriosas al aire libre, explorando la vasta finca que Wintercrest tiene para ofrecer en su compañía.

Para el séptimo cumpleaños de Jackie, el Marqués le obsequió un poni muy fino. Debido a esto, al menos dos o tres días a la semana, Jackie y yo pasamos las tardes montando.

Me ofrecí a quedarme atrás mientras Lord Bellfourn llevaba a su sobrina en estos viajes ecuestres, pero él insistió en que los acompañara. Debo admitir que no me había dado cuenta de cuánto había extrañado montar. Me recuerda tanto a nuestros muchos paseos a caballo por los parques en el calor del verano londinense.

Aunque el Duque de Wintercrest se ha recuperado de su caída, lamentablemente aún no goza de la mejor salud. Permanece en su estudio, en cama, la mayor parte del día. Todavía lucha por respirar y dice que siente un dolor terrible en el costado cuando se pone de pie. El médico ha venido muchas veces a atender a su paciente, pero temo que no hay mucho más que se pueda hacer por el duque.

Debido a su condición, se niega a ver a Jackie en absoluto. En su lugar, me paro frente a él dos veces por semana y le explico todo lo que Jackie ha aprendido hasta ahora. Hago

el dos veces por semana y te explico todo lo que Jackie ha aprendido hasta ahora. Hago todo lo posible por mostrarla bajo la luz más gloriosa, con la esperanza de que el duque la mire con favor, pero hasta ahora, ha sido en vano.

Con el duque aún tan enfermo, Lord Bellfourn ha asumido las responsabilidades de la casa. Puedo ver que es un gran peso sobre sus hombros y uno que aún lucha por aceptar. Hago todo lo posible por mostrarle, cada día, que las mejoras que ha hecho en la finca y en la casa hacen que Wintercrest sea aún más agradable para vivir.

Uno de esos cambios fue el traslado de mis aposentos desde el ático a la habitación contigua al aula y los apartamentos que usa Jackie. Disfrutaba de mi pequeña habitación en el ático y la ventana de ojo de buey, pero no puedo quejarme, ya que es una distancia mucho más corta para llegar a mi alumna.

También me alegra descubrir que las comodidades en mi nueva habitación están mucho mejor amuebladas para el puesto de institutriz. Tengo una pequeña estantería, que uso con gusto para las novelas que traje conmigo. También tengo una hermosa chimenea con un cómodo sillón al lado, donde puedo leer y bordar por las noches. También hay un pequeño escritorio que ahora uso mientras escribo mis cartas para ti.

También me alegra decir que la proximidad ha sido una carga menor para Betsy, quien tenía la terrible tarea de caminar hasta el otro extremo de la casa para traerme suministros cada mañana.

Betsy se ha convertido en una amiga tan amable para mí. Cada mañana, cuando deja mi palangana de agua caliente, también se toma un momento para practicar sus habilidades trenzando el cabello. Espera ser doncella algún día, y me atrevo a decir que lo será, con un toque tan gentil y un talento fantástico.

Aunque estos últimos meses han estado llenos de alegría, algo me está pesando en el fondo de mi mente.

Como te conté en mi última carta, Lord Bellfourn me ha invitado a desayunar con la familia y a cenas familiares ocasionales.

Fue en esto que me enteré de lo cercana que es la relación del Conde y Lady Cunningham con mi compañía actual. De hecho, Lady Wintercrest es tan querida amiga de Lady Cunningham que recientemente la ha invitado, así como a Lady Lydia, a venir a quedarse en la mansión después de su tiempo en la ciudad.

Estoy segura de que puedes adivinar la razón principal de tal estímulo para traer a Lady Lydia aquí. No solo estoy temiendo la llegada de la dama, sino la posibilidad de que Lord Bellfourn se comprometa con ella.

Lord Bellfourn es un caballero tan cálido y amable, ni siquiera puedo imaginar que se interese por una mujer con la nariz tan en alto.

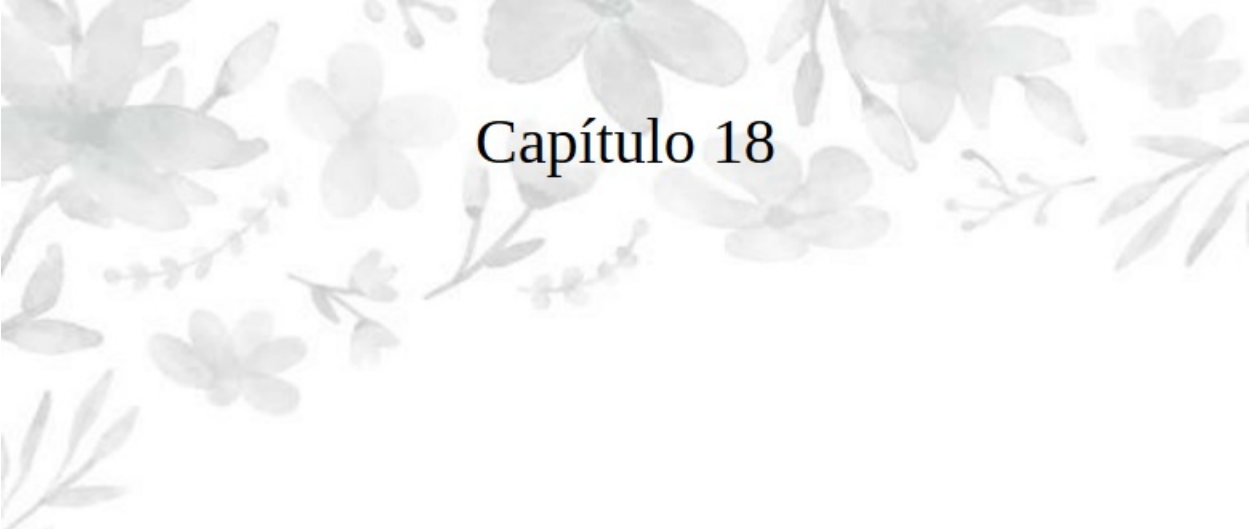
Sé que mis sentimientos hacia Lady Lydia han sido empañados por experiencias pasadas. Me digo todos los días, a medida que nos acercamos a su llegada, que no debo juzgar a la dama por nuestra infancia, pero no puedo evitar hacerlo.

Realmente espero que sea una mujer cambiada y una compañía mucho más agradable. Sin embargo, encuentro consuelo en el hecho de que si no lo es, a menudo podré retirarme a mi propia privacidad y no tener que pasar mucho tiempo socializando con ella.

Supongo que ese es uno de los muchos excelentes beneficios que tengo en mi nueva posición.

Afectuosos saludos,

Izzy

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including some five-petaled flowers and sprigs of leaves, set against a white background.

Capítulo 18

Después de dejar su carta para ser enviada, Isabella se dirigió arriba para dar sus lecciones matutinas a Jacqueline. Estaba muy emocionada por los planes que tenía para la educación de Jackie.

Pasarían la mañana leyendo *Sobre la llegada del otoño* y otros poemas de Amelia Opie, una de las favoritas de Isabella. Luego, Isabella planeaba llevar a Jackie después del almuerzo a una tarde de exploración del follaje cambiante del otoño.

Además de recoger hojas coloridas y flores de tonos cálidos para decorar el aula, Isabella esperaba también atrapar algunas orugas. Estaba emocionada por hacer un proyecto con ellas durante los meses de invierno y la primavera siguiente.

Isabella recordaba haber hecho un proyecto similar cuando era niña. Cada semana cuidaba y observaba atentamente cómo engordaba la oruga hasta que se retiraba a su mágico capullo. Isabella recordaba el encanto de ver al insecto salir de su hogar la primavera siguiente, convertido en una hermosa nueva criatura.

Isabella estaba emocionada por compartir una experiencia tan memorable con su alumna. No solo era una lección informativa de ciencias naturales, sino también una fácil comparación con el proceso de uno mismo desarrollándose en una hermosa y elegante joven dama.

Después de una acogedora mañana leyendo junto al fuego y un almuerzo ligero, Isabella siguió a la emocionada Jackie mientras se dirigían más allá de los jardines centrales de la finca. Isabella iba armada con una gran cesta, preparada para recoger tesoros, y un frasco para las orugas.

Isabella se ajustó más al pecho el grueso chal de lana que la señora Murray le había tejido. Estaba muy agradecida por las tendencias maternas de la señora Murray y confiaba en que habría muerto congelada sin ellas este invierno.

El cielo estaba cambiando de su habitual gris cotidiano a un tono verde mucho más siniestro. Debido a esto, Isabella decidió que no deberían alejarse demasiado de la seguridad de la mansión en caso de lluvia.

Caminaron alegremente por los senderos de madera que se extendían desde los jardines cuidados con paso feliz. De vez en cuando, Jackie se detenía para señalar una hoja de tono naranja que había caído al suelo o una flor silvestre que aún florecía en la temporada tardía. Todas fueron recogidas y guardadas cuidadosamente en la cesta de Isabella.

Finalmente llegaron al pequeño prado que tanto le gustaba a Jackie. Era amplio y abierto con árboles de hoja caduca enmarcando su contorno. Justo antes de entrar en el campo, Isabella percibió un movimiento y detuvo a Jackie para que no avanzara más.

—Mira —susurró Isabella, agachándose al nivel de Jackie.

Jackie enfocó sus ojos en el prado frente a ella. Entonces jadeó de alegría al ver dos orejas blancas asomando entre la hierba alta.

—Señorita Watts, ¿es un conejo blanco?

Ambas chicas se agacharon silenciosamente al borde del prado mientras observaban la parte superior del conejo blanco saltar de un lugar a otro. De vez en cuando, se detenía y se levantaba sobre sus patas traseras para olfatear el aire en busca de peligro.

—Debe serlo —dijo Isabella muy suavemente—. Mira cómo salta.

—¿Crees que puedo seguirlo?

—Maravillosa idea. Aunque, debes dejarme ir contigo —dijo Isabella, dejando su cesta a un lado.

—Debemos movernos lenta y silenciosamente. Si lo asustamos, correrá apresuradamente y podría perder el camino a su casa.

Jackie asintió en señal de comprensión. Se movieron muy lenta y cautelosamente mientras seguían al conejito blanco como la nieve hasta su hogar.

Isabella no prestó mucha atención a lo profundo que las dos se habían adentrado en el bosque, ni recordó su propia advertencia de vigilar el cielo en busca de lluvia.

Finalmente, el conejo se detuvo justo antes de una madriguera en la raíz de un árbol. Isabella y Jackie se escondieron detrás de un gran pino y observaron. El conejo se puso de pie, olfateando el aire una última vez para comprobar si había peligro antes de meterse rápidamente en su casa.

—Vamos nosotras también —dijo Jackie con inocencia.

Antes de que Isabella pudiera responder, una enorme gota de agua se abrió paso entre los árboles y aterrizó justo encima del sombrero de Isabella. Miró hacia arriba, recordando el cielo

oscurecido. Otra gota gorda de agua cayó justo en su frente entre los rizos oscuros que enmarcaban su rostro.

—Oh, cielos, no estaba prestando atención. Jackie, debemos apresurarnos a casa antes de que nos empapemos.

—Aún no hemos recogido nuestras orugas —dijo Jackie al cielo.

A Isabella le pareció que Jacqueline le estaba diciendo al cielo que retuviera su aguacero otoñal. Desafortunadamente, no escuchó.

Isabella y Jackie corrieron de árbol en árbol buscando algo de refugio del torrencial aguacero. Para cuando regresaron al prado, ambas estaban empapadas hasta los huesos.

Isabella envolvió su propio chal de lana alrededor del abrigo de Jacqueline esperando mantener el frío y la humedad lejos de ella tanto como fuera posible. Corriendo tan rápido como podía con sus enaguas empapadas, Isabella recogió la cesta de tesoros y el frasco vacío y se dirigió, con Jackie de la mano, de vuelta a la mansión.

Para cuando llegaron a la entrada de servicio en el lateral de la casa, Isabella apenas podía ver frente a ella, tan gruesas eran las cortinas de lluvia que caían.

Apresuró a Jackie al interior para protegerla en la casa. Encontró a la señora Murray esperándolas en el comedor.

—Oh, estaba terriblemente preocupada por ustedes dos, pequeñas —dijo acercándose a ellas y quitándole a Jacqueline el empapado chal, sombrero y chaqueta.

—La lluvia llegó tan repentinamente —dijo Isabella con los dientes castañeteando.

—Bueno, será mejor que llevemos a la pequeña arriba. Haré que le preparen un buen baño caliente.

Isabella asintió en acuerdo, pero antes de que pudiera hacer un movimiento, la señora Peterson entró en la habitación.

—Señorita Watts, me gustaría hablar con usted, si me lo permite —dijo secamente.

—¿No puede esperar hasta que hayan tenido la oportunidad de ponerse ropa seca y limpia? —replicó la señora Murray, sin temer al ama de llaves como todos los demás sirvientes.

—No pasa nada —aseguró Isabella a la enfermera—. Será solo un momento y me reuniré con vosotras arriba.

Sin decir una palabra más, la señora Peterson giró sobre sus talones como era su costumbre, esperando que Isabella la siguiera. Esta hizo lo que se esperaba de ella y acompañó al ama de llaves a su pequeño despacho.

Isabella permaneció de pie un momento frente al austero escritorio de madera en la pequeña oficina. No se oía más que el tintineo de las llaves de la señora Peterson y el goteo de las faldas de Isabella.

Originalmente, la señora Peterson había sido tan poco amable e insensible con Isabella como lo era con el resto del servicio. Eso había cambiado últimamente. Desde el cambio de sus aposentos y las invitaciones diarias a cenar con la familia, la señora Peterson había desarrollado una particular aversión hacia Isabella.

Ahora se entrometía continuamente, no solo en cada movimiento que hacía Isabella, sino también en la educación de Jacqueline. Isabella era una afrenta al decoro que la señora Peterson se había propuesto mantener en la casa de los Wintercrest.

—No me gusta discutir asuntos con Su Gracia sobre la dirección de su personal a menos que sea absolutamente necesario —comenzó la señora Peterson, clavando sus fríos ojos marrones en Isabella—. Siento que no tengo otra opción después de lo ocurrido hoy.

—¿No tiene otra opción sobre qué? —preguntó Isabella, confundida.

—Usted sacó a la joven señorita Jacqueline con un tiempo abominable, la trajo de vuelta helada hasta los huesos y posiblemente haya hecho que se resfríe de muerte. No puedo quedarme de brazos cruzados cuando se toman tales libertades frívolas con la salud de una niña.

—Habla usted como si la hubiera sacado a propósito bajo la lluvia —replicó Isabella, sorprendida por lo que estaba escuchando—. Salimos todas las tardes, tal como Su Gracia nos ha indicado que hagamos. Naturalmente, tenía la intención de que el paseo de hoy fuera corto, pero desafortunadamente nos pilló la lluvia. La traje a casa tan rápido como fue posible.

—No me interesan sus excusas —desestimó la señora Peterson—. Estoy a cargo de que esta casa funcione sin problemas y no puedo hacerlo si estoy constantemente vigilándola a usted y las decisiones que toma. Lamento decir que voy a recomendar a Su Gracia que la despidan.

—¿Despedirme? —balbuceó Isabella, conmovida por las acusaciones y amenazas que le lanzaban.

Isabella sabía perfectamente que esta acción no tenía nada que ver con su capacidad para enseñar o incluso cuidar de Jacqueline. Tenía todo que ver con su amistad con Lord Bellfourn y Lady Abigail. La señora Peterson estaba buscando cualquier excusa para deshacerse de ella y encontrar lo que ella consideraba un reemplazo más adecuado.

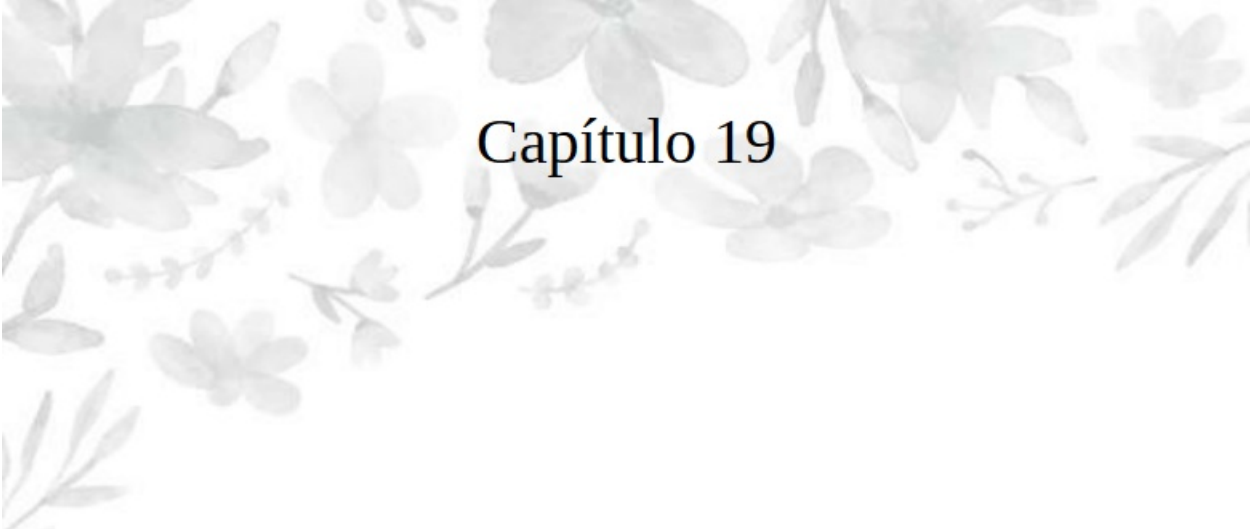
—¿De verdad iría usted al Duque de Wintercrest, estando aún muy frágil, para agobiarlo con un suceso tan trivial? No fue más que un accidente. Nunca tuve la intención de mantener a Jacqueline fuera con mal tiempo. El propio duque fue quien me indicó que llevara a Jacqueline a

pasear diariamente. No puedo imaginar que me despida porque un solo evento haya tenido un mal desenlace.

La señora Peterson pareció reflexionar sobre esto. ¿Realmente valía la pena molestar a Su Gracia, cuando ya estaba tan débil de cuerpo, con la preocupante obligación de reemplazar a una institutriz?

—Supongo que tiene razón —dijo la señora Peterson, poniéndose de pie y colocando las manos frente a ella—. Lo consultaré con Lord Bellfourd en su lugar. Por favor, quédese en su habitación el resto de la tarde hasta que la mande llamar.

La señora Peterson hizo un gesto con la mano a modo de despedir a Isabella de la habitación. Isabella se quedó atónita, algo que admitiría que casi nunca le sucedía. Abrió y cerró la boca varias veces antes de girar sobre sus talones y salir furiosa de la habitación.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a rose and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 19

Isabella permaneció cerca del fuego en su habitación aquella noche. Se había puesto su bata, dejando que sus medias y camisola se secaran con el calor del fuego. Isabella estaba preocupada por Jaqueline, ya que no se le había permitido ver a la niña antes de ser confinada en su habitación por la noche.

Si tan solo Isabella no hubiera señalado ese pequeño conejo, la señora Peterson no habría tenido motivo para animar al marqués a terminar su servicio en Wintercrest. Se retorció las manos una vez más.

¿Qué iba a hacer? Aunque Lord Bellfourn no sentía especial simpatía por la señora Peterson, seguramente tomaría su palabra de que Isabella había sido irresponsable en el cuidado de su sobrina. Lord Bellfourn adoraba a su sobrina y haría cualquier cosa si pensaba que era por su salud y bienestar.

¿La echarían a la calle esa misma noche? ¿Al menos le darían tiempo para conseguir empleo en otro lugar? Incluso si lo hicieran, ¿cómo iba a encontrar otra colocación? Dudaba que le dieran una recomendación. Parecía imposible que pudiera conseguir otro puesto en tales condiciones.

Hubo un suave golpe en la puerta de Isabella y ella corrió rápidamente a abrirla. Desafortunadamente, solo era Sally con su bandeja de cena.

—Gracias, Sally —dijo Isabella mientras colocaba la bandeja en la pequeña mesa junto a la ventana, muy parecida a la de su antigua habitación.

—Supongo que todos abajo saben sobre... —dijo Isabella, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Deseaba que fuera Betsy quien hubiera traído su bandeja. Con Betsy, podría ser más abierta. Incluso preguntarle qué se suponía que debía hacer una persona en tal situación. Solo había

conseguido el empleo a través de su abogado familiar. ¿Cómo iba a buscar una nueva situación sin su ayuda?

—Sí, señorita. Lamento decir que las noticias viajan muy rápido abajo —dijo Sally con pura sinceridad.

—¿Crees que la señora Peterson realmente lo hará? Es decir, ¿recomendará a Lord Bellfourn que me despidan?

Los ojos de Sally se clavaron en el suelo y esa fue respuesta suficiente. Quizás el hecho ya estaba consumado, y la señora Peterson simplemente se satisfacía haciendo esperar a Isabella en la incertidumbre.

Con los ojos brillantes, Sally se excusó y salió de la habitación, incapaz de responder.

Isabella se sentó en su silla y miró la comida frente a ella. Apenas pudo tocar sus patatas hervidas mientras escuchaba los segundos pasar.

Finalmente, llegó a la conclusión de lo que debía hacerse. Usaría los pocos fondos que tenía a su disposición y regresaría a Londres. Allí haría lo impensable y se pondría a merced del señor Smith.

Fue abrumada por una ola de tristeza y miedo. Su corazón dolía al pensar en dejar lo que se había convertido en su hogar y temblaba ante la idea del señor Smith.

No veía otra salida. Las lágrimas se deslizaron silenciosamente por sus mejillas mientras miraba por la ventana y se aferraba a su medallón. ¿Sería aún más cruel con ella por haberse llevado la baratija? Quizás incluso la haría encarcelar.

Un golpe en la puerta la despertó nuevamente de sus temores. Rápidamente se secó los ojos antes de abrir.

La señora Peterson estaba de pie solemnemente frente a ella. Isabella abrió completamente la puerta para dejar entrar al ama de llaves. Sin embargo, la señora Peterson no se movió de su sitio.

—Lord Bellfourn la verá en la biblioteca —fue todo lo que dijo antes de darse la vuelta y caminar por el pasillo.

Fue una declaración tan corta y grosera que Isabella no supo qué pensar. Había asumido que la señora Peterson entraría con aire de suficiencia y le diría que hiciera las maletas. Aparentemente, correspondía al propio Lord Bellfourn verla para despedirla adecuadamente.

Isabella se puso rápidamente su camisola aún húmeda y las medias de algodón. Decidió ponerse su mejor vestido de noche de terciopelo color ámbar. Si iba a ser despedida, lo haría de la manera más elegante posible.

Hizo lo mejor que pudo para arreglar los rizos negros empapados que caían planos sobre su rostro y frotar la hinchazón de las lágrimas de sus ojos verdes. Tomando un profundo respiro, levantó la cabeza en alto, cuadró los hombros y salió de la habitación.

Isabella se paró frente a la puerta de la biblioteca. Tomó un respiro para calmarse antes de llamar.

—Adelante —llamó Lord Bellfourn desde dentro.

Isabella entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Encontró a Lord Bellfourn sentado detrás del escritorio que antes estaba en el estudio de al lado. La biblioteca se había convertido en un estudio temporal para Lord Bellfourn ya que su padre aún se estaba recuperando y no podía dejar la oficina.

Él estaba mirando algunos papeles en su escritorio. Isabella no podía soportar encontrarse con su mirada y en su lugar miró sus manos entrelazadas frente a ella, mientras permanecía de pie ante el marqués.

Dejó que sus ojos recorrieran la habitación solo una vez. Se sorprendió de estar a solas con el marqués. Casi había esperado ver a la señora Peterson de pie detrás de él a su derecha con una gran y gorda sonrisa de suficiencia en su largo rostro.

Había pasado muchas veces a solas con el duque discutiendo el progreso educativo de su alumna y nunca lo había pensado dos veces. Estar sola en esta habitación iluminada por velas con el marqués la hacía sentir un poco menos como una empleada hablando con su empleador.

Estaba casi segura de que a pesar de cualquier broma que pudiera haber hecho en el pasado, en ese momento, Isabella ya no era una amiga sino una empleada. No solo eso, sino una sirvienta que no había cumplido sus deberes según el estándar requerido.

—Isabella, ¿qué sucede? —dijo Lord Bellfourn, mirando su semblante abatido.

Se levantó de su asiento y se acercó a su lado. La culminación del miedo y la culpa desbordaron dentro de ella e Isabella comenzó a llorar suavemente.

Él la condujo gentilmente a un par de sillas frente al fuego. Arrodillándose frente a ella, le dio un suave pañuelo blanco. —Por favor, dime qué te tiene tan alterada, para que pueda arreglarlo —dijo, mirándola con preocupación.

Isabella encontró su suave mirada azul con sus propios ojos verdes temerosos. —Lo siento mucho, Lord Bellfourn. No pretendía causar ningún daño a Jackie. Simplemente perdimos la noción del tiempo. Entiendo si va a despedirme, pero por favor, permítame al menos ver a Jackie una última vez, para despedirme.

—¿Despedirte? ¿Por qué demonios haría tal cosa? Jackie ha aprendido tanto; te quiere muchísimo.

—La señora Peterson me informó que recomendaría que usted terminara mi empleo.

—Puede recomendar lo que quiera —dijo Lord Bellfourn con una sonrisa—. Ella no es la señora de esta casa. —Extendió su mano y tocó su barbilla brevemente. Isabella levantó la mirada para encontrarse con la suya—. Tu partida de esta casa nunca será por mi voluntad. Te lo prometo —dijo lleno de emoción.

Dejó caer su mano antes de sonreírle suavemente. Se levantó y caminó hacia un pequeño gabinete con algunas licoreras de cristal encima.

—Toma, bebe un poco de jerez —dijo, entregándole una pequeña copa—. Te calmará los nervios.

Isabella la aceptó agradecida y bebió lentamente mientras Lord Bellfourn tomaba asiento en la silla contigua.

—Si me permite preguntar, Lord Bellfourn, ¿por qué me ha hecho venir, si no era para despedirme?

—Después de que la señora Peterson me informara de que tú y Jackie habíais quedado atrapadas en este terrible temporal, fui a la habitación de Jackie para ver cómo estaba. La señora Murray me dijo que le había dado un baño caliente y que se había quedado dormida a mitad de la cena. Estaba agotada, pero te aseguro que se encuentra muy bien —añadió para calmar la preocupación que se reflejaba en el rostro de Isabella por la niña.

—Le pregunté a la señora Murray si tú también estabas bien. Como no habías vuelto a la habitación después de entrar empapada, no estaba del todo segura. Simplemente le pedí a la señora Peterson que te trajera para que pudiera preguntarte yo mismo sobre tu estado.

—Quería ir a ver a Jackie —explicó Isabella—, pero la señora Peterson me confinó en mi habitación.

Las cejas color óxido de Lord Bellfourn se fruncieron con frustración y golpeó su taza sobre la mesa que tenía al lado.

—¡Eso es absurdo! Nunca debes ser confinada en ningún lugar ni se te debe impedir ver a Jackie. Hablaré con la señora Peterson de inmediato.

—Por favor, no lo haga, Lord Bellfourn. Me temo que ya le caigo bastante mal. No quiero empeorar las cosas.

—No quiero que te sientas incómoda aquí, Isabella, así que si no quieres que hable con ella, no lo haré. Pero te pido que si hay más problemas, vengas directamente a mí. ¿Me lo prometes? —

preguntó con tono preocupado.

Isabella dudó. Pasar por encima de la autoridad del ama de llaves no podía ser lo correcto.

—No eres solo la institutriz aquí —añadió él, leyendo los pensamientos de Isabella—. Eres una querida amiga de mi hermana y has sido un gran apoyo para mí durante la enfermedad de mi padre. Toda la familia te considera una verdadera amiga y una gran bendición. Quiero que te sientas cómoda para venir a mí con cualquier problema que surja.

Isabella luchó por mantener sus emociones bajo control. Venir a Wintercrest Manor había sido una bendición más significativa para ella de lo que jamás podría ser para ellos.

—Te lo prometo, Christian —dijo Isabella suavemente.

Al escuchar su nombre escapar suavemente de los labios de Isabella, los ojos de Lord Bellfourn se iluminaron de placer. —Maravilloso —dijo, mostrándole su hermosa sonrisa.

Hizo una pausa por un momento, luego la miró con sus ojos felinos. —¿Te importaría terriblemente... —comenzó. Se frotó la barbilla, pareciendo pensar cómo formular su pregunta—. Verás, mi madre y Abigail ya se han retirado por la noche, pero yo todavía tengo mucho trabajo por delante. Si no fuera demasiada molestia, ¿te quedarías aquí conmigo un rato y me harías compañía?

Isabella se sonrojó ante su pregunta. Su estómago se llenó de mariposas ante la perspectiva de quedarse allí, como una amiga íntima, mientras él continuaba con su trabajo.

—Por supuesto, si estás demasiado cansada, lo entiendo —añadió, al ver que ella no respondía de inmediato.

—No. Quiero decir, sí —Soltó una suave risa ante su tonto nerviosismo—. Lo que quiero decir, Lord...

Lord Bellfourn alzó una ceja.

—Quiero decir, Christian, es que estaré encantada de hacerte compañía. Tengo un bordado en el salón en el que puedo trabajar.

Le gustaba la sensación de pronunciar su nombre casi tanto como ver la alegría que le producía a él.

—Entonces mandaré a alguien a buscarlo —respondió con una sonrisa satisfecha jugando en su mandíbula cuadrada.

Isabella se sentó en silencio en la silla junto al fuego. La mayor parte del tiempo trabajaron en silencio. El único sonido en la habitación era el crepitar del fuego y el rasgueo de la pluma de Lord Bellfourn. De vez en cuando, Lord Bellfourn se levantaba de su escritorio y colocaba otro leño en el fuego.

Era un silencio cómodo entre ellos mientras cada uno se ocupaba de su trabajo en compañía del otro. Ocasionalmente, cuando Lord Bellfourd iba a avivar el fuego, se tomaban un momento o dos para hablar.

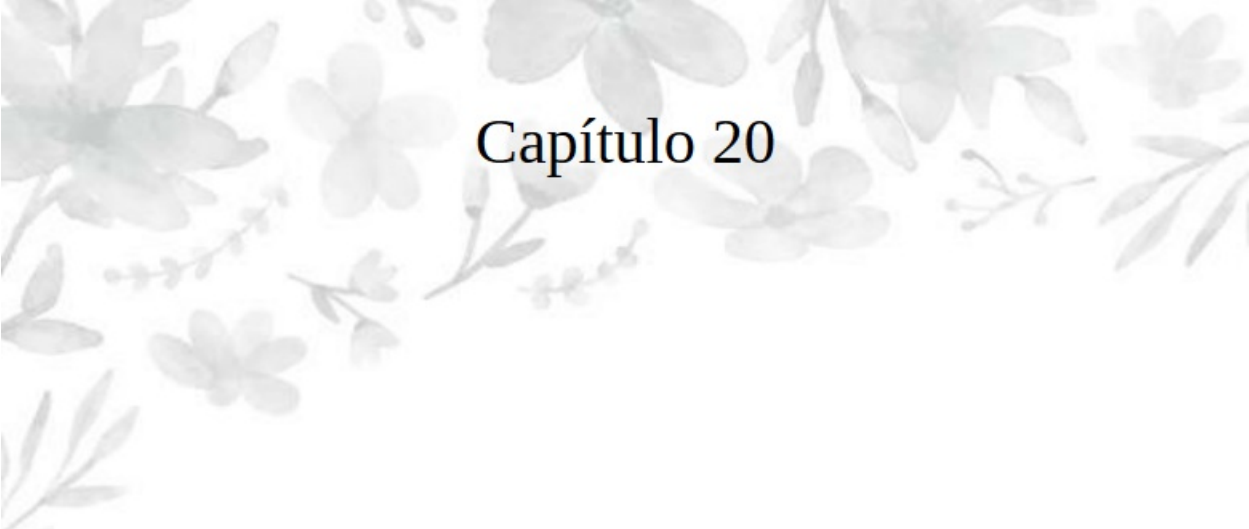
Pronto, se hizo tarde. Isabella no se había dado cuenta de lo agotadora que había sido realmente su estresante noche hasta que se acomodó junto al cálido resplandor del fuego. Sin darse cuenta, se quedó dormida en el sillón de la biblioteca a altas horas de la noche.

Lord Bellfourd vio que estaba dormida y, no queriendo despertarla, tomó la chaqueta que llevaba puesta y la cubrió suavemente. La miró mientras dormía con el resplandor del fuego bailando ligeramente sobre sus suaves pestañas oscuras. Nunca había sentido un dolor tan intenso en toda su vida como en aquel momento en que vio las mejillas de Isabella empapadas de lágrimas. Tampoco había sentido tanto placer como en el momento en que escuchó su nombre escapar de los labios de Isabella.

Volvió a su escritorio para terminar silenciosamente su trabajo mientras contemplaba sus sentimientos hacia la joven sentada a su lado. Sin duda, el último año había sido una gran dificultad para ella y se encontraba en un estado delicado. Parecía tan sincera en su amistad con su familia y, más especialmente, con su sobrina, pero se preguntaba qué sentía realmente por él.

Sacudió la cabeza con una risa silenciosa. No podía desarrollar sentimientos por la institutriz. Tal cosa sería simplemente demasiado para su padre.

No estaba particularmente de acuerdo con las normas del Duque de Wintercrest, ni habían estado nunca exactamente en buenos términos, pero no podía permitirse tener pensamientos que pudieran molestar a su padre y, por tanto, empeorar su frágil salud.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 20

Isabella despertó por la mañana con el cuello dolorido y confundida sobre dónde se encontraba. Sintió un ligero temblor y se dio cuenta de que no estaba sola. Se incorporó rápidamente, desconcertada por la chaqueta que la cubría.

—Lord Bellfourn —balbuceó mirando a la alta figura que se cernía sobre ella—. Lo siento mucho, ¿me quedé dormida? Espera, ¿ya es de mañana? —Miró alrededor de la habitación, notando que estaba mucho más iluminada.

—Sí —dijo Lord Bellfourn con una risita—. Lamento decir que te mantuve despierta hasta muy tarde anoche. Te quedaste dormida y no tuve corazón para despertarte.

—Entonces, ¿nos quedamos aquí toda la noche? —preguntó Isabella, oscilando entre la confusión y el horror.

—No. Yo pasé una noche muy reparadora en mi propia cama. Tú, sin embargo, sí dormiste aquí toda la noche. Aún es temprano. Pensé que debería venir a despertarte antes de que los sirvientes te encontraran. Supuse que ya había suficientes habladurías sobre ti anoche.

—Sí —dijo Isabella, poniéndose de pie.

Hizo todo lo posible por alisar las arrugas de su delicado vestido de terciopelo y comprobar que su cabello no fuera un desastre terrible.

—Lo siento. Debo tener un aspecto espantoso —dijo Isabella.

—En absoluto —dijo Lord Bellfourn con una suave sonrisa.

Esto hizo que Isabella se sonrojara. Le devolvió su abrigo de la noche anterior sin volver a mirarlo. Él no lo necesitaba. Ya se había cambiado a una vibrante chaqueta matutina verde y un chaleco azul claro que resaltaba el color de sus ojos.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo dando un paso atrás de Isabella—. ¿Te veré en el desayuno? —afirmó y preguntó a la vez.

—Sí, por supuesto, Lord... quiero decir, Christian —se corrigió, para su satisfacción.

Isabella subió apresuradamente las escaleras del ala oeste y entró en su habitación. Encontró una palangana con agua caliente esperándola. Rezó para que hubiera sido Betsy quien la dejó allí.

Betsy no mencionaría la cama sin usar de Isabella sin preguntarle primero. Sin embargo, si hubiera sido cualquiera de las otras criadas, probablemente ya estaría circulando chismes en el comedor.

Después de cambiarse a un vestido de algodón fresco en un suave tono rosa con un lazo azul en la cintura, hizo lo mejor que pudo para arreglarse el cabello antes de salir de la habitación nuevamente.

Isabella se detuvo a ver a Jackie, que estaba tomando su desayuno con la señora Murray.

—¡Oh, señorita Watts, ¿no fue emocionante lo de ayer? —dijo Jackie al ver a su profesora.

—Emocionante no es la palabra que yo usaría —respondió Isabella.

—¿Podemos conseguir nuestras orugas hoy, ya que no pudimos conseguir una ayer? —preguntó Jackie con su dulce manera.

—¿Te sientes lo suficientemente bien como para aventurarte afuera otra vez? —Isabella examinó a su alumna. Llevaba un vestido de algodón azul marino con una chaqueta spencer a juego, todo decorado con pequeños lazos de terciopelo azul alrededor del borde. La señora Murray había peinado los rizos dorados de Jackie en un estilo suelto y largo adornado con dos lazos de cinta azul a juego.

A Isabella no le parecía que estuviera enferma o pálida, pero no iba a correr riesgos.

—Me encuentro muy bien, gracias —respondió Jackie educadamente, como si recitara de memoria.

—Bueno, si me prometes que te sientes bien y que no hay absolutamente ninguna posibilidad de lluvia, entonces no veo razón por la que no podamos ir a recolectar algunos especímenes —dijo Isabella con un tono ligeramente juguetón.

Después de prometer que volvería después del desayuno, Isabella se dirigió a la sala de la mañana. Sin embargo, fue detenida en el pasillo por la señora Peterson.

Estaba allí, como si hubiera estado esperando este momento.

—Es solo cuestión de tiempo antes de que Su Gracia se recupere —declaró simplemente.

Isabella era plenamente consciente de su significado. Tan pronto como el Duque de Wintercrest estuviera lo suficientemente bien para moverse, las responsabilidades de la finca

volverían a él. Todo lo que la señora Peterson necesitaría sería una razón más para despedir a Isabella, y el duque sería mucho más fácil de convencer que Lord Bellfourn.

—Rezo todos los días para que Su Gracia se recupere rápidamente —respondió Isabella, indiferente a las amenazas de la mujer.

Isabella se aferró al consuelo de las palabras de Lord Bellfourn de la noche anterior. Él nunca permitiría que la expulsaran de la finca. Seguramente, su palabra tendría más influencia con su padre que la del ama de llaves.

Isabella no esperó una respuesta de la señora Peterson, sino que pasó junto a ella sin una segunda mirada. Su corazón latía aceleradamente y luchaba por no apretar los puños. Era horrible que esa mujer la acosara de esa manera.

Aunque Isabella rezaba todos los días por el regreso a la salud del duque, no podía evitar pensar en el día en que Lord Bellfourn estaría exclusivamente a cargo. Ese día, estaba segura de que la señora Peterson se encontraría sin empleo. Isabella esperaba seguir allí para ver ese día llegar a buen término.

—Buenos días, Su Gracia, Lady Abigail —dijo Isabella al entrar en el comedor.

Dejó que todo el encuentro con la señora Peterson se borrara de su memoria.

—Sarah, mi doncella, me contó esta mañana que Jacqueline y tú os visteis atrapadas en el aguacero ayer por la tarde —dijo Lady Wintercrest en conversación—. Espero que no os hayáis mojado demasiado. Es una época terrible del año para exponerse a enfermedades.

—Nos vimos atrapadas, bastante inesperadamente. Me alegra decir que visité a Jackie esta misma mañana y estaba de buen ánimo y salud.

—Sí, supongo que lo encontró como una aventura divertida —agregó Lady Abigail.

—En efecto, así fue —coincidió Isabella.

—Las tormentas pueden ser difíciles de detectar en estas partes —continuó Lady Wintercrest—. Yo misma me vi atrapada en algunas cuando llegué por primera vez a Wintercrest. A veces, un buen remojón es beneficioso para la piel —añadió con una sonrisa alentadora.

Lord Bellfourn entró en la habitación y, saludando a todos los presentes con un buenos días, tomó su lugar en la mesa.

—Christian, me alegro tanto de que estés aquí. Estaba preocupada de que no te veríamos esta mañana después de haber pasado una noche tan larga en la biblioteca.

Por un instante, Lord Bellfourn dirigió sus ojos cristalinos hacia Isabella, pero ella no le devolvió la mirada. Quedó satisfecho con el ligero rubor rosado que apareció en sus mejillas ante la mención de la noche tardía.

—Sí, tenía mucho trabajo que terminar, madre.

—Bueno, espero que lo peor ya haya pasado. Acabo de recibir noticias muy emocionantes en el correo de la mañana. Parece que Lady Cunningham, junto con su hija Lady Lydia, han aceptado mi invitación. Se unirán a nosotros aquí a más tardar a finales de esta semana.

—Eso es maravilloso para ti, madre. Me alegra saber que tendrás tiempo para visitar a una amiga tan querida.

—Bueno, no son solo buenas noticias para mí, sino también para ti —alentó Lady Wintercrest.

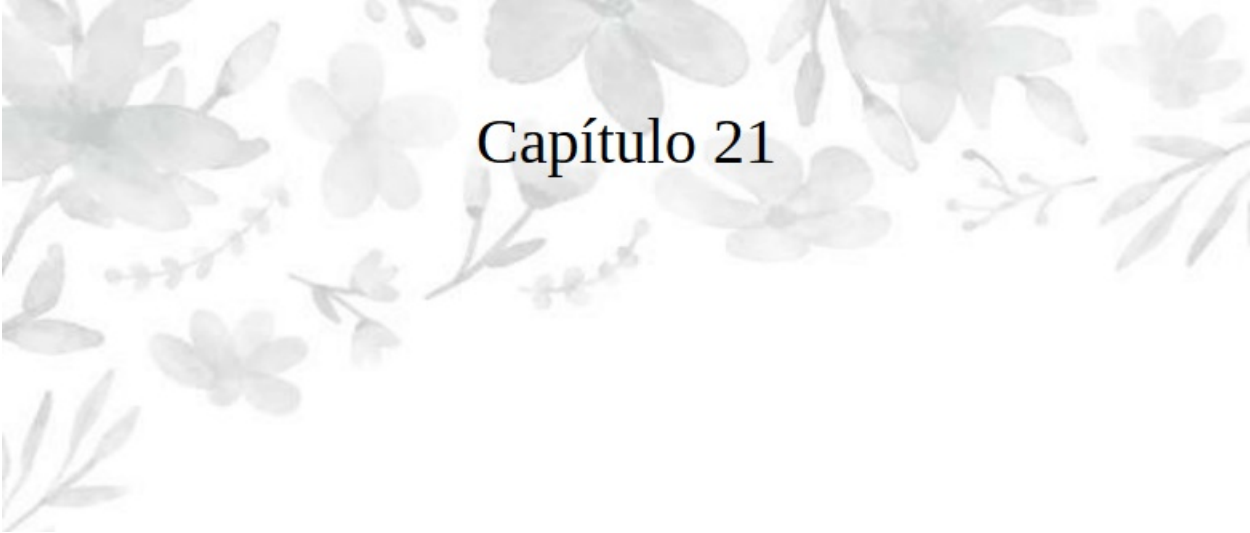
—Oh sí, querido hermano —rió Lady Abigail, en tono de broma—. Esta es tu oportunidad de asegurar un enlace muy deseable.

Lord Bellfourn le dirigió a su hermana una mirada significativa que mostraba que no le gustaba su broma.

—No creo que Lady Lydia encuentre Wintercrest de su agrado —dijo, obviamente refiriéndose a sí mismo y no a la finca.

—Bueno, por supuesto que sí. ¿Por qué no habría de hacerlo? Wintercrest es un lugar maravilloso que cualquier joven dama se sentiría honrada de llamar hogar —respondió la Duquesa, entendiendo claramente el mensaje subliminal que su hijo estaba transmitiendo—. Dicho esto, espero que estés en tu mejor comportamiento —añadió Su Gracia como una idea tardía.

—Por supuesto, madre. Le había dicho al cocinero que asara un animal entero frente a la casa, como hacen los nativos en las Indias Occidentales, pero ya que debo estar en mi mejor comportamiento, cancelaré la comida —replicó Lord Bellfourn en tono de broma.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other small blossoms, set against a white background.

Capítulo 21

Aunque la mañana estaba tan gris como el día anterior, por la tarde hubo breves pausas en las finas nubes, permitiendo momentos de sol. Isabella determinó que el clima era lo suficientemente seguro para salir y recoger su proyecto de ciencias.

Por segunda vez en dos días, caminaron por el sendero de madera hacia su prado favorito. Solo que esta vez, ambas chicas prometieron no ir a perseguir ningún conejo blanco.

Isabella trajo consigo una vieja colcha y la extendió sobre la hierba larga y suave, cargada con el final del verano. Se sentó contenta mientras Jackie recorría el prado recogiendo tesoros otoñales para añadir a la cesta de Isabella.

—He encontrado uno —llamó Jackie a Isabella.

Isabella se levantó de su lugar con el frasco en la mano y se dirigió hacia Jackie.

—Oh, mira ese —exclamó Isabella, inclinándose para ver mejor la oruga verde y regordeta que masticaba felizmente en un arbusto de mora de los pantanos.

—¿Crees que me hilará un poco de seda? —preguntó Jackie a su maestra.

—Me temo que no —dijo Isabella preparando su frasco para su nuevo inquilino.

—Pero está tan gorda, debe tener extra para hilarme —dijo Jackie con tono triste.

—Lamento decirte que no es el tamaño de la oruga lo que determina si hila seda, sino la variedad. Solo los gusanos de seda hilan capullos de seda.

—¿Podemos atrapar uno de esos también, entonces? —preguntó con inocencia.

—Desafortunadamente, no viven libremente en esta parte del mundo. Sin embargo, si quieres, te contaré una historia que me contó mi padre. Es sobre la vez que navegó en un barco lleno de gusanos de seda cuando era un muchacho.

Después de meter a su nuevo amigo regordete en su hogar, Jackie siguió a su maestra hasta la manta para escuchar el relato.

—¿Recuerdas que te conté cómo los gusanos de seda escaparon de China? —dijo Isabella en un tono dramático.

Jackie asintió con la cabeza emocionada.

—Dos monjes fueron a China y los escondieron en su bastón para llevarlos de vuelta a su hogar.

—¿Recuerdas dónde estaba su hogar?

—El Imperio Bizantino —respondió con inteligencia.

—Muy bien, Jackie —la elogió Isabella.

—Bueno, por supuesto, eso fue hace cientos de años. Así que, para cuando mi padre era un muchacho, el gusano de seda había viajado hasta Francia, e incluso a algunos productores aquí en Inglaterra.

—Este fue el motivo del viaje de mi padre. Fue asignado a un pequeño barco mercante que debía navegar a la India para adquirir los mejores gusanos de seda posibles para un aspirante a noble.

—Dijo que cuando llegaron a la India, vio colores que sus ojos nunca habían contemplado. Las mujeres estaban envueltas en sedas de verde brillante y naranja, con pulseras de oro que tintineaban al caminar. Olió especias que nunca antes habían llegado a su nariz. Estaba muy reacio a irse cuando llegó el momento de zarpar de nuevo. Tenía solo quince años, estaba cautivado por la belleza de la tierra exótica y no sentía ningún vínculo para regresar a su tierra natal.

—¿Y su familia? —preguntó Jackie.

—Bueno, los padres de mi padre murieron cuando él era un niño muy pequeño. Fue criado por un hermano mayor. Tuvo que conseguir un trabajo y mantenerse a sí mismo a una edad muy temprana, por eso se hizo a la mar.

—Así que, muy a regañadientes, tuvo que volver a su barco porque había contratado con el capitán quedarse a bordo cuatro años más.

—Pero mientras caminaba por las cubiertas inferiores del barco, se asombró al ver lo que tenía ante sí.

—¿Había pequeños gusanos arrastrándose por todas partes? —preguntó Jackie con una risita.

—Él esperaba algo así, pero no fue así. Verás, me dijo que los gusanos de seda eran criaturas muy particulares y les gustaban las cosas de cierta manera. La única forma de moverlos era mientras aún estaban en sus huevos.

—Así que cuando bajó a la cubierta de almacenamiento del barco, esperando ver gusanos arrastrándose —dijo haciéndole cosquillas a Jackie con un trozo de hierba larga—, en su lugar vio cajas y cajas forradas con pequeños estantes con pequeños huevos blancos acurrucados en pequeñas filas rectas.

—Junto con los gusanos había grandes arbustos de morera. Verás, los gusanos de seda no solo son muy particulares sobre la temperatura en la que viven, sino que solo tienen gusto por un tipo de planta.

—Son cositas terriblemente exigentes —proclamó Jackie, arrugando su naricita de botón—. Justo como el abuelo.

—Oh, sé que tu abuelo puede ser muy severo a veces —dijo Isabella, consolando a la niña—, pero hace lo que, en su mente, es lo mejor.

—Además —dijo Isabella, como una idea aparte—, piensa en Su Excelencia como los gusanos de seda. Sí, son criaturas muy particulares pero, debido a ello, resulta algo hermoso. Su familia es el hermoso resultado del trabajo de vida de tu abuelo. Tú eres parte de esa familia —alentó Isabella—. Eres la gran belleza que surgió de la vida de esfuerzo de un gusano de seda particular.

Jacqueline pareció reflexionar sobre la historia de su institutriz.

—La niñera dijo que tu padre era el Barón Leinister. ¿Cómo podría ser si era un pobre marinero?

—Heredó el título de su hermano mayor, que murió muy joven. Él lo había recibido, a su vez, de un tío que no tenía hijos propios. Mi padre ya era un hombre mucho mayor en ese momento y ya había iniciado su propio negocio de barcos mercantes.

Jacqueline pareció meditar esto en su mente. Isabella estaba segura de que la nobleza era un concepto difícil de entender para una niña pequeña, pero necesario para su circunstancia, no obstante.

—¿Eso te convierte en una dama, entonces? —preguntó finalmente, pensativa.

—No —dijo Isabella con una suave risa—. Sin embargo, me proporcionó una educación exquisita, por la cual estoy muy agradecida. Sin ella, no creo que me hubieran permitido ser tu instructora. Eso habría sido un terrible giro de los acontecimientos.

—Me alegro de tenerte también —dijo Jackie, rodeando la cintura de Isabella con sus cortos brazos.

Isabella sostuvo felizmente la mano de su pequeña alumna mientras regresaban saltando a la casa. Caminaron por el sendero de grava que conducía a la entrada principal y al acceso más cómodo que llevaba de vuelta al aula.

Al entrar en la casa, Isabella se sorprendió al ver que no estaban solas en el vestíbulo. Frente a ella se encontraban la recién llegada Lady Cunningham y su hija, Lydia.

—Disculpen —dijo Isabella, interrumpiendo el saludo.

—Oh, por favor, pase, señorita Watts —llamó alegremente Su Excelencia—. Por favor, presente a mi nieta a mi querida amiga.

Isabella acompañó a Jacqueline hasta la nueva invitada y ella hizo una reverencia educadamente.

—Lady Cunningham, permítame presentarle a la señorita Jacqueline De'belmount y a su institutriz, la honorable señorita Watts —anunció cortésmente Lord Bellfourn.

—Y esta es Lady Lydia Prescott.

—Ya nos conocíamos —Lady Lydia no devolvió las reverencias de las chicas.

Lord Bellfourn miró a Isabella con una ceja interrogante.

—Sí, es cierto —respondió Isabella a su pregunta no formulada—. Lady Lydia y yo asistimos a la misma escuela en nuestra juventud.

—¿De verdad? —dijo Lady Cunningham—. Qué maravillosa coincidencia. ¿Y usted es la institutriz de la niña?

—Sí, Lady Cunningham.

—Bueno, es usted muy afortunada de tenerla, entonces —dijo Lady Cunningham volviéndose hacia Su Excelencia—. La Escuela para Señoritas Excepcionales de la señora Mason es la mejor de todo Londres.

—¡Oh, cielos! —exclamó de repente Lady Lydia, dando un paso atrás—. ¡Creo que algo en su cesta acaba de moverse!

Jacqueline metió la mano en la cesta y sacó el frasco. Sosteniéndolo en alto para que todos lo vieran, declaró alegremente:

—Se llama Henry. Salimos a dar nuestro paseo de la tarde y recogimos algunas hermosas hojas de otoño para decorar el aula y a Henry, para un estudio de la naturaleza.

—Mi querida señorita Watts —dijo Lady Lydia con un tono condescendiente—, ¿no aprendió que la naturaleza es para estar al aire libre? Me temo que pronto estaremos todos llenos de insectos, a juzgar por el aspecto de esa cesta —añadió dirigiéndose al resto del grupo con una risa.

—Estoy bastante segura de que la educación sobre el mundo natural es importante para todos los niños —replicó Lady Abigail, evidentemente disgustada por lo que había dicho Lady Lydia—. ¿Qué mejor manera que traerla dentro, lejos del frío, y estudiarla?

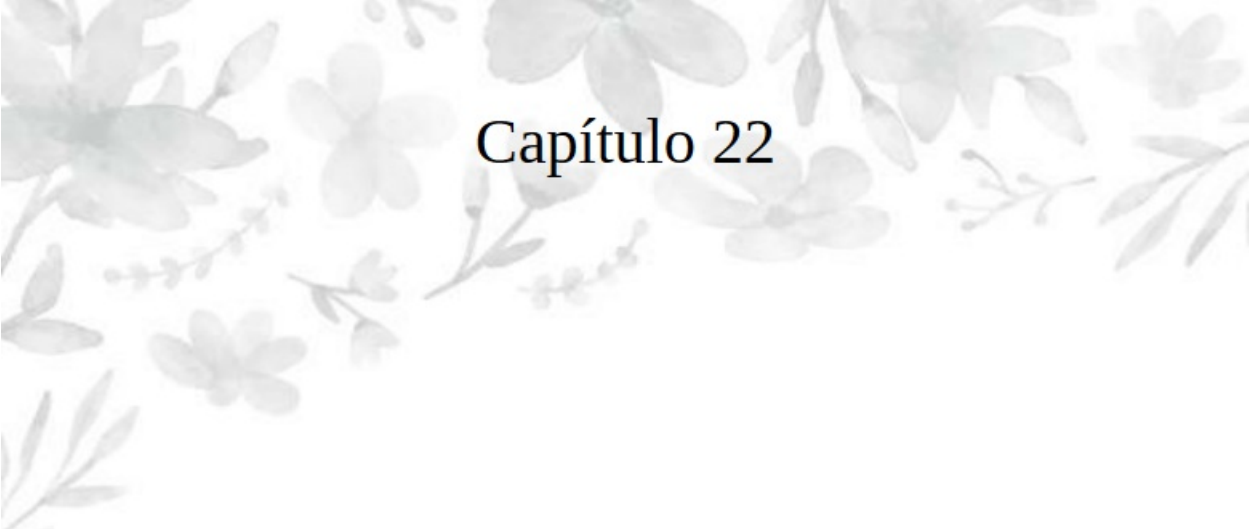
—Debo decir —añadió Su Excelencia, intentando suavizar la conversación—, que la pequeña Jacqueline ha florecido con la ayuda de su institutriz. Hemos sido muy afortunadas de tenerla con nosotras.

—De hecho, señorita Watts —continuó, ocurriéndosele una idea—, ¿podría traer a Jacqueline al salón después de la cena? Me encantaría que Lady Cunningham viera sus logros en el piano.

—Estaré encantada, Su Excelencia.

Mientras Isabella hacía una reverencia y se giraba para llevar a Jackie arriba, aún podía oír la voz de Lady Lydia mientras caminaban hacia el salón.

—Ciertamente me alegro de no ser institutriz. No podría imaginarme pasar mis días fuera, escarbando en la tierra, todo en nombre de la educación. Qué vida tan engorrosa debe ser.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a large five-petaled flower and several smaller blossoms and sprigs of foliage.

Capítulo 22

Isabella se preparó para la velada lo mejor que pudo. En lugar de cambiarse a uno de sus vestidos de noche, optó por llevar una sencilla falda marrón con una blusa blanca abotonada y una chaqueta spencer marrón a juego.

Solo podía suponer que, si hubiera bajado con su atuendo de noche habitual, como harían todas las demás mujeres, Lady Lydia la reprendería por pretender estar por encima de su posición.

En realidad, sabía que Lydia se esforzaría por hacerle la vida imposible sin importar qué curso de acción tomara.

Isabella estaba profundamente preocupada por la presencia de Lydia. Por supuesto, Lady Abigail había acertado al bromear que la visita era con fines de casamentera. Si Lady Wintercrest hubiera elegido a cualquier otra persona en el mundo excepto a Lady Lydia, Isabella lo habría aceptado con una sonrisa.

Incluso con su creciente apego a Lord Bellfourd, habría estado dispuesta a reprimir sus sentimientos si supiera que él sería feliz con una dama apropiada. Lady Lydia, por otro lado, no era más que una mocosa pomposa que pasó su infancia atormentando a Isabella, y a muchos otros, en cada oportunidad que tenía.

Isabella tomó un respiro para calmarse, alisando su falda una última vez, antes de salir de su habitación para recoger a su pupila. Se sorprendió al encontrar a la señora Peterson presente en la habitación.

—¿Señora Peterson? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarla? Estaba a punto de llevar a la señorita Jacqueline con la familia.

—Soy muy consciente de su propósito aquí esta noche —dijo la señora Peterson con brusquedad. Había sido especialmente cortante con Isabella desde que intentó que la despidieran—. Estoy aquí para escoltarlas a ambas al salón.

—Somos perfectamente capaces de encontrarlo por nuestra cuenta —replicó Isabella, haciendo un gesto a Jackie para que se acercara a su lado—. Le agradezco su amable oferta, pero nos las arreglamos muy bien solas.

Jackie le dio un rápido abrazo a su niñera. La señora Murray estaba sentada en su silla habitual junto a la pequeña estufa de la guardería, tejiendo.

—Soy muy consciente de su familiaridad con el salón —dijo la señora Peterson con un evidente tono de desaprobación—. Sin embargo, es apropiado que yo las acompañe y me asegure de que Su Gracia esté lista para recibir las con la presentación de un lacayo antes de que irruman.

Isabella hizo todo lo posible por no sacarle la lengua a esta horrible mujer. Lamentablemente, la cortesía pudo más y se limitó a asentir en señal de aceptación.

Bajaron la escalera en silencio, con la pequeña mano de Jackie dentro de la de Isabella.

—¿Por qué esta horrible señora viene con nosotras? —preguntó Jacqueline en un susurro, en francés.

—No es educado llamar horrible a alguien —dijo Isabella por la comisura de su pequeña boca.

—Ella no puede entenderme —replicó Jackie con pura inocencia. Sus grandes ojos azules miraban a Isabella, incapaz de comprender por qué había un cambio en su rutina habitual.

—No importa si la persona en cuestión puede entender, sigue sin ser educado —respondió Isabella con una suave sonrisa a su alumna.

—¿Entonces Grandpère está mejor? —continuó Jackie.

Isabella pudo ver que, bajo los rizos dorados, la mente de Jackie trabajaba para crear una respuesta a su propia pregunta.

—Lamento decir que aún no se ha recuperado. Si recuerdas, Su Gracia recibió invitados hoy. Sospecho que debemos estar en nuestro mejor comportamiento debido a este hecho, incluso el ama de llaves.

—Señorita Watts —dijo la señora Peterson en un tono irritado mientras se detenían frente a las puertas del salón—. Le recuerdo que no debe animar a la niña a hablar en francés.

—Por supuesto, señora Peterson —dijo Isabella, haciendo su mejor esfuerzo por no rechinar los dientes.

—Por favor, esperen aquí mientras me aseguro de que estén disponibles para su intrusión. ¡En silencio, por favor! —añadió antes de entrar ella misma en la habitación.

¿Intrusión? Isabella estaba haciendo todo lo posible por controlar su temperamento y las palabras que parecían salir volando de su boca en tales situaciones.

—Villana —dijo Jackie en voz baja cuando la señora Peterson se había ido.

—Oui —estuvo de acuerdo Isabella.

Ambas chicas no pudieron evitar soltar una risita. Fue en ese momento, cuando tanto la tierna Jackie como su institutriz estaban así ocupadas con las manos sobre la boca para detener su risa de chicas, que Lord Bellfourn se acercó por detrás.

—¿Y en qué travesuras podrían estar metidas ustedes dos esta noche? —preguntó mientras se acercaba, con las manos en los bolsillos de su chaqueta de noche.

Isabella se giró, enrojando de vergüenza. Sus mejillas sonrojadas pronto se calmaron cuando se encontró con la mirada de deleite juguetón en los ojos azules del Marqués.

—Le dije a la señorita Watts que...

Isabella hizo callar a la niña antes de que pudiera continuar. Se agachó al nivel de Jackie y explicó:

—Algunas cosas deben quedar solo entre nosotras, las chicas.

Lord Bellfourn arqueó una ceja rojiza cuestionando la acción de Isabella.

—¿Está animando a mi sobrina a guardarme secretos? —preguntó en un tono burlón.

—Absolutamente —replicó Isabella con su propio brillo juguetón en sus ojos verdes—. Todas las chicas deben tener algunos secretos. A menudo es así como forjamos nuestras amistades duraderas.

—Bueno, supongo que no puedo negárselo —dijo él en acuerdo.

Dio un paso más cerca, inclinando la cabeza, como solía hacer cuando se acercaba a alguien mucho más bajo que él.

—Sin embargo, debo pedirle que comparta un pequeño secreto conmigo —dijo en un tono confiado—. ¿Por qué están de pie fuera del salón?

—Uno podría preguntarle lo mismo a usted —dijo Isabella, levantando ligeramente su pequeña barbilla.

—Bueno, no tenía intenciones de merodear en el pasillo. Vengo del lado de mi padre y me dirijo a escuchar la maravillosa interpretación de mi pequeña Jackie —Pellizcó juguetonamente la mejilla de Jackie.

—¿Cómo está Su Gracia? —preguntó Isabella con genuina preocupación en su voz. No lo había visto en las últimas semanas, tan enferma estaba su constitución.

—Me temo que no está mejor y parece que solo empeora. El médico pasó ayer y teme que el daño hecho a sus pulmones, ya sea por la enfermedad o la caída, sea irreversible.

—Rezo por él todas las noches —dijo Isabella, levantando instintivamente la mano y apoyándola en su brazo en señal de consuelo—. Sé que Jackie también lo hace, con la señora Murray. Todos rezamos para que recupere la salud.

Lord Bellfourn sacó la mano de su bolsillo y tomó la de Isabella con un apretón de agradecimiento.

—Lo agradezco mucho, Isabella.

Isabella dudó en retirar su mano del contacto con la de él. Aunque sus manos eran más ásperas que las de un caballero típico, sin duda debido a su vida en el mar, era cálida y reconfortante.

Lord Bellfourn sonrió suavemente, apenas un movimiento en la comisura de su boca en realidad, antes de abrirla para hablar. Sin embargo, antes de que las palabras escaparan, las puertas del salón se abrieron de golpe.

Para sorpresa de todos los ojos en el salón, allí estaban Isabella y Lord Bellfourn tomados de la mano, con la niña querubín sonriéndoles a ambos.

En lugar de soltarse rápidamente como Isabella quería hacer, Lord Bellfourn en cambio colocó la mano de Isabella en el hueco de su otro brazo. Se inclinó y ofreció su mano, ahora libre, para escoltar también a Jackie.

Jackie soltó una risita, saltó al lado de su tío y se irguió mientras caminaba como una verdadera dama.

—Estaba viniendo del lado de mi padre cuando me encontré con estas dos encantadoras damas —dijo Lord Bellfourn con suavidad.

Ciertamente tenía el encanto para manejar cualquier situación potencialmente embarazosa, pensó Isabella.

—Ven aquí, Jacqueline —llamó Lady Wintercrest, notando la entrada de su nieta.

Había estado en una profunda conversación con Lady Cunningham, y ellas dos eran quizás las únicas que no habían visto la sorprendente proximidad del Marqués y la institutriz.

—Oui, Madame —dijo Jackie soltando su agarre del brazo de su tío y saltando hacia el lado de su abuela.

Isabella no pudo evitar sonreír mientras observaba los hermosos rizos dorados de Jackie rebotar contra el resplandor del fuego mientras obedecía felizmente.

—Justo le estaba diciendo a Lady Cunningham que cantas tan hermosamente. ¿Cantarías esa canción de cuna que tu madre solía cantarte?

—Sí, Grandmère —dijo Jackie obedientemente.

—Oh, qué espléndido —dijo Lady Cunningham, aplaudiendo suavemente con sus manos enguantadas—. Ya puedo decir por tu voz que debes ser una cantante excepcional.

—Ahora, párate allí, para que todos podamos escucharte —dijo Su Gracia, señalando el centro de la habitación. Su rostro brillaba de orgullo.

—Lord Bellfourn, por favor, venga a sentarse —arrulló Lady Lydia—. Odiaría que estuviera tan lejos y no pudiera escuchar este pequeño deleite.

Lord Bellfourn comenzó a moverse más cerca en la habitación, con Isabella en su brazo, cuando ella deslizó su mano fuera. Él le devolvió una mirada interrogante.

—Me gustaría volver a mi asiento aquí, si me lo permite, Lord Bellfourn —dijo Isabella cortésmente.

—Vamos —llamó Lady Lydia—. No querrá perderselo.

Lord Bellfourn hizo un suave asentimiento con la cabeza a Isabella en señal de despedida antes de ir a pararse junto a su madre sentada.

Isabella disfrutó del sonido de la suave interpretación de Jackie de "Au Clair de la Lune". Realmente tenía una hermosa voz para cantar. Así que, en el rincón oscuro y alejado del salón, Isabella se sentó con los ojos cerrados mientras absorbía las encantadoras palabras.

Los abrió, sorprendida de encontrar al Marqués observándola. No apartó la mirada cuando sus ojos se encontraron. Se erguía alto sobre su madre, con una mano apoyada en el respaldo alto de la silla, observando a Isabella con mucha atención.

Isabella se sonrojó y apartó la mirada, agradecida por la sombra de su posición sentada. Lord Bellfourn también soltó su mirada y se volvió para mirar a Jackie justo cuando ella terminaba.

Todos en la habitación aplaudieron con mucho entusiasmo. Lady Abigail invitó a Jackie a sentarse a su lado una vez que la canción terminó y la sala volvió a las conversaciones tranquilas.

—Lord Bellfourn —arrulló Lady Lydia una vez más—. Por favor, dígame cómo está Su Gracia. Mi madre y yo hemos estado tan preocupadas por su salud.

—Me temo que muy mal, Lady Lydia.

Lady Wintercrest alcanzó instintivamente la mano de su hijo. Ya habían perdido a James, la idea de perder al duque en una sucesión tan rápida parecía más de lo que cualquier familia podría soportar.

—Qué desafortunado —dijo Lady Lydia con lo que parecía muy poca sinceridad en opinión de Isabella.

—Tal vez un paseo en carruaje por la finca podría ayudarlo. He oído con frecuencia que el aire fresco puede hacer maravillas para la curación —continuó.

—Lamentablemente, no creo que mi padre pueda abandonar su habitación actual, mucho menos hacer un viaje al exterior.

—Qué lástima. Esperaba dar un paseo y ver los espléndidos terrenos. Mi madre habló tanto de ellos en nuestro viaje hasta aquí, de la última vez que visitó.

Isabella hizo todo lo posible por no arrugar abiertamente la nariz ante lo que estaba escuchando. Lady Lydia estaba inconfundiblemente utilizando la mala salud del duque para asegurarse un paseo íntimo con Lord Bellfourd.

Lord Bellfourd dudó un momento. De hecho, en ese momento, había algo apropiado que decir. De hecho, era lo que Lady Lydia esperaba.

—Tengo una idea maravillosa —intervino Lady Wintercrest antes de que algo pudiera decidirse en la mente de Lord Bellfourd—. Christian, ¿por qué no le muestras los alrededores a Lady Lydia mañana por la tarde?

—Por supuesto, madre —dijo Lord Bellfourd para apaciguar esa esperanza anhelante que colgaba en los suaves ojos de su madre.

La noche continuó más o menos igual. Isabella se sentó en su rincón, Jackie jugó juegos con su tía, y la duquesa y su amiga permanecieron en profunda conversación. Esto dejó al Marqués para conversar con Lady Lydia.

Lo hizo cortésmente y con toda la gracia de un futuro duque. Isabella no pudo evitar ver la caída de su ceño o notar la ausencia del brillo, tan a menudo presente en sus ojos azules.

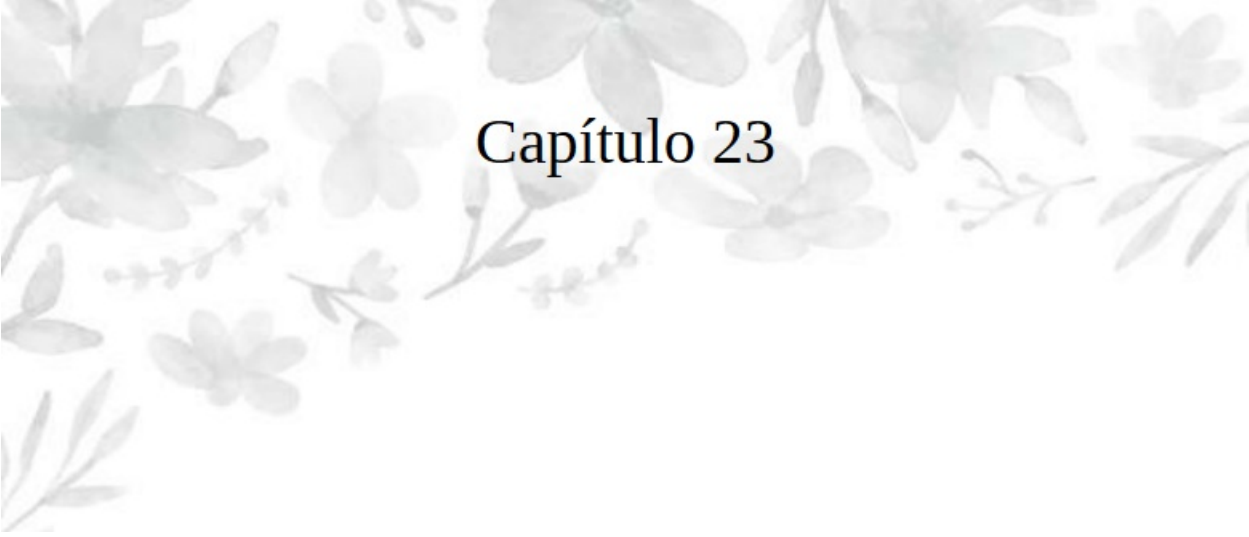
Después de que Jackie diera su tercer bostezo, Isabella se alegró de insistir en que era hora de llevar a su estudiante a la cama. Jackie aceptó felizmente, totalmente agotada por el largo día.

Mientras Isabella yacía en su propia cama esa noche, reflexionó sobre muchas cosas. El cambio significativo en la casa con la llegada de los invitados estaba, por supuesto, en primer plano en su mente. También era evidente la sensación de hormigueo que aún sentía en las yemas de los dedos por el agarre de Lord Bellfourd.

Isabella se preguntó si solo había imaginado que él estaba desinteresado en Lady Lydia porque ella detestaba tanto a la dama. ¿Se había inventado los modales reacios de su discurso y la postura aburrida de sus hombros?

Tampoco pudo evitar preguntarse si ocurrirían más repercusiones con la señora Peterson después de los eventos de esa noche con Lord Bellfourd. Se dijo a sí misma, una vez más, que no se preocupara y que la seguridad de su trabajo estaba en manos del Marqués, y no del ama de llaves.

Fue con estos pensamientos inquietantes que finalmente se quedó dormida.



Capítulo 23

Querida Louisa:

Lamento informarte que mi feliz vida aquí en Wintercrest ha cambiado drásticamente en los últimos días.

Como podrías haber esperado que sucediera, Lady Lydia vino a visitar la casa del duque junto con su madre. Aunque encuentro a su madre una dama muy amable y encantadora, es con una triste disposición que debo confirmar tus anteriores impresiones sobre Lady Lydia.

Para empeorar las cosas, está claro que ella está aquí con un solo propósito en mente. Esto es, ganarse el afecto de Lord Bellfourd.

Lady Wintercrest y Lady Cunningham están más que ansiosas por intentar hacer de casamenteras, como supongo que haría cualquier madre.

Pensé que quizás mi desagrado hacia Lady Lydia podría estar, al principio, nublando mi juicio sobre la dama y que tal vez veía cosas que realmente no estaban ahí.

Sin embargo, me aseguré de que este no era el caso cuando, justo ayer, Lady Abigail vino a acompañarme al jardín al atardecer.

Me contó que mientras Lord Bellfourd llevaba a Lady Lydia a dar un paseo en su calesa, casualmente nos vieron a la pequeña Jackie y a mí saliendo del pequeño cementerio familiar fuera de la capilla de la finca.

Verás, llevo a Jackie allí al menos una vez por semana en nuestros paseos vespertinos para dejar algunas flores en la tumba de su padre.

Según Lady Abigail, Lady Lydia le preguntó a Lord Bellfourd si estaba al tanto de que yo llevaba a la niña al cementerio privado de la familia.

Cuando él dijo que no lo sabía, ella siguió hablando durante varios minutos sobre mi comportamiento presuntuoso al hacer lo que quiero con la niña sin el permiso de la

comportamiento presuntuoso al hacer lo que quiero con la niña sin el permiso de la familia.

Lady Abigail entonces me confirmó que ella también encontraba a Lady Lydia completamente ridícula.

Me siento terrible por Lady Abigail. Seguramente, si el Marqués termina comprometido con Lady Lydia, yo no estaría lejos de quedarme sin empleo, pero Lady Abigail estará en una situación considerablemente peor que yo.

Teme mucho que si Lord Bellfourn decide casarse con Lady Lydia, habrá perdido a un segundo hermano. Entre esto y la salud de su padre que empeora cada vez más, temo que no podría soportarlo.

Hice lo mejor que pude para asegurarle que era demasiado pronto incluso para considerar tales nociones. Dicho esto, sin embargo, no puedo evitar compartir sus aprensiones sobre hacia dónde se dirige este camino actualmente.

Puede que ni siquiera termine siendo la elección del Marqués. Con su padre gravemente enfermo y el ducado en juego, siento que Lord Bellfourn está siendo presionado para tomar una esposa y asegurar la línea de sucesión.

Lady Lydia, aunque ambas sabemos que tiene muchos defectos de carácter, es la hija de un conde y una pareja muy probable para Lord Bellfourn.

Ambas sabemos que los arreglos en tales situaciones no tienen que ver con los sentimientos del corazón.

He llegado a apreciar a toda la familia Wintercrest, más de lo que jamás pensé posible. Por esta razón, se me rompe el corazón al pensar que Lady Lydia muy probablemente sea la nueva señora de la mansión.

Espero, por el bien de Jackie y Lady Abigail, y no por el mío propio, que este no sea el caso.

Tu amiga siempre,

Isabella

Isabella terminó su carta y, cogiendo su sombrero y cofia, se preparó para llevarla ella misma al pueblo.

Era una cálida tarde de sábado e Isabella disfrutaba bastante la idea de caminar hasta el pueblo, algo que solo había hecho unas pocas veces desde que llegó a Wintercrest.

—¿Adónde vas? —una voz llamó a Isabella cuando entró en el comedor de los sirvientes.

Isabella la reconoció al instante como la de Betsy. Isabella se giró para encontrar a su amiga sentada sola en una mesa terminando un almuerzo muy tardío.

—Voy al pueblo a dejar una carta para enviar por correo. ¿Puedo traerte algo mientras estoy allí? —preguntó Isabella a su amiga.

—Bueno, en realidad, si no te importa terriblemente. Tengo una cosa o dos que esperaba conseguir pero he estado evitando ir yo misma, últimamente.

—¿Ah, sí? —dijo Isabella sentándose junto a su amiga con preocupación—. ¿Ha pasado algo malo con tu señor Johnson?

—Solo que no es *mi* señor Johnson.

—Oh, Betsy, lo siento mucho. Sé que realmente te estabas encariñando con él.

Isabella extendió la mano y tomó la de Betsy con compasión.

—Ah, no hay nada de qué preocuparse, supongo —hizo lo mejor para apartar el dolor.

—Si no te importa terriblemente, por favor cuéntame qué pasó. Tal vez podría ayudar de alguna manera.

—No creo que se pueda hacer mucho al respecto. Un día iba caminando al mercado, y el señor Johnson no estaba esperando como de costumbre. No le di mucha importancia hasta que lo vi en el mercado caminando junto a Sally.

—¡Oh, ese sinvergüenza! —dijo Isabella con veneno.

—Ay, bueno, es lo que es —se resignó Betsy—. No he podido obligarme a ir al mercado desde ese día, sin embargo.

—Y no tendrás que hacerlo nunca más, si no quieres. Estaré encantada de conseguir cualquier cosa que puedas necesitar —dijo Isabella con el corazón de una verdadera amiga cuidando de la desconsolada.

Isabella caminó hacia el pueblo con su carta en una cesta que también incluía una breve lista de Betsy. Lo único que absolutamente necesitaba conseguir era algo de tela. Su prima cumplía dieciséis años en unas semanas, y esperaba hacerle un hermoso vestido como regalo.

Isabella solo se detuvo una vez en el camino, mientras se dirigía al pueblo, para mirar a lo largo de la cerca de una casa que pensó podría pertenecer al señor Johnson. Pero sin nadie, salvo algunas gallinas, afuera y alrededor, no pudo determinar mucho.

Se detuvo primero para enviar su carta y se sorprendió al descubrir que tenía un mensaje de vuelta. Era del señor Jenkins, el abogado de su difunto padre, y probablemente el único que conocía su empleo además de Louisa.

Isabella guardó la carta con cuidado en su cesta y se dirigió a la pequeña tienda mercantil. El vestido que Betsy planeaba hacer para su prima era de algodón color crema con un diseño fluido para lo que ella explicó que era una tradición escocesa en la víspera de Todos los Santos.

Dijo que, aunque ella y su familia eran buenos cristianos, como muchos de los ricos en su herencia escocesa en estas partes, participaban en la tradición druida de Samhain esa noche.

Se construiría una gran hoguera, los niños pequeños se disfrazarían de fantasmas y gente pequeña, para mezclarse con los que se decía que estaban libres por una noche. Las doncellas del pueblo se vestirían de blanco y bailarían alrededor del fuego.

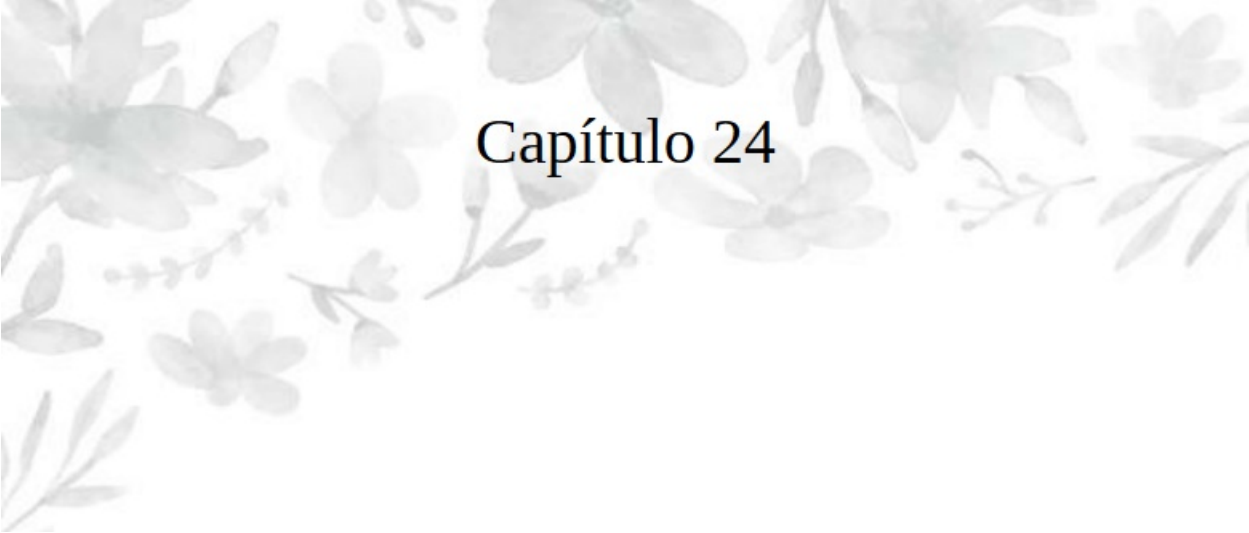
Aunque a Isabella le parecía un poco salvaje y extraño, en realidad, no parecía diferir mucho de su contraparte de la celebración del Primero de Mayo. Pensando en Betsy allí con su prima, mientras bailaban y ahuyentaban a los malos espíritus conmemorando la memoria de sus antepasados fallecidos con los vestidos blancos puros, Isabella decidió que intentaría regalarle uno a Betsy también.

Isabella, después de todo, había hecho el vestido para la muñeca de la pequeña Jackie. Aunque nunca había hecho más que remendar y adornar prendas en el pasado, Isabella pensó que no podía ser tan difícil hacer uno. Probablemente solo un vestido de muñeca pero más grande.

Eligió la tela de algodón sencilla que Betsy había pedido, luego, usando su propio salario del empleo, Isabella compró una tela de algodón color crema y un encaje a juego. Isabella estaba decidida a asegurarse de que Betsy fuera la doncella más hermosa en Samhain. Entonces el señor Johnson lamentaría su decisión de mostrar su afecto en otra parte.

Isabella estaba tan emocionada con su plan y sorpresa para Betsy, que apenas se dio cuenta de mucho mientras regresaba a casa. Fue por esto que se llevó un gran susto cuando un caballo pareció aparecer de la nada justo detrás de ella.

Isabella se volvió, asustada, y cayó a un lado del camino, con la cesta y todo siguiéndola hasta el suelo. Inmediatamente, el carruaje con el emblema de Wintercrest en el costado se detuvo.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 24

—Isabella, ¿estás bien? —la voz de Lady Abigail llamó desde el carruaje abierto.

Antes de que Isabella pudiera orientarse, Lord Bellfourn saltó del coche y corrió a su lado antes de que el cochero se detuviera por completo.

—Le ruego me perdone, mi lord, no la vi cuando doblamos la curva —dijo el cochero, muy arrepentido.

—Por favor, no se preocupe, Samuel —dijo Isabella, enderezando su cesta y asegurándose de que todo estuviera a salvo—. Estaba perdida en mis propios pensamientos. Debería haber estado atenta y haberme apartado al lado del camino cuando se acercaban.

—Aun así —dijo Samuel, bajando del carruaje—, le suplico su perdón, señorita Watts.

—Y lo acepto de todo corazón —respondió Isabella.

Intentó ponerse de pie por sí misma, pero Lord Bellfourn estaba a su lado y se inclinó para levantarla él mismo. Una vez que estuvo de pie, la inspeccionó.

—¿Estás segura de que estás bien, Isabella? —preguntó, sus suaves ojos azules escrutando los de ella.

—Sí, estoy perfectamente. No ha pasado nada, mi lord —respondió, alisándose la falda y dando un paso atrás. Era muy consciente de los dos pares de ojos que la observaban desde el carruaje.

Lady Abigail no le suponía ningún problema; Lady Lydia, sentada a su lado, sin embargo, era otra cuestión.

—Tráela al carruaje —llamó Lady Abigail—. Está demasiado conmovida para seguir caminando.

—Oh, no —protestó Isabella—. No podría. No quisiera interrumpir su paseo.

—Casi nunca has sido una interrupción no deseada, y puedo decir con seguridad que ese sigue siendo el caso hoy.

—Pero el dobladillo de mi vestido está todo sucio de caminar; ensuciaré el carruaje.

Lord Bellfourd inclinó la cabeza ligeramente, como era necesario debido a su imponente altura, para ver el dobladillo del vestido de muselina de Isabella. Tenía una pequeña capa de tierra y barro por haber caminado por el camino.

—Los dobladillos embarrados los podemos manejar sin problemas. ¿Siempre que no haya joyas colgando de él? —Extendió su brazo hacia Isabella y se inclinó para recoger su cesta.

—Es usted un terrible bribón por sacar a relucir tal recuerdo —respondió Isabella, tomando su brazo y caminando con él hacia el carruaje.

En su caída, su cofia se había deslizado de su cabeza, al no haberla sujetado con alfileres, y su exuberante cabello negro contrastaba intensamente con la blancura de su piel.

Como Lady Abigail y Lady Lydia estaban sentadas una al lado de la otra, Lord Bellfourd ayudó a Isabella a sentarse en el lado opuesto del carruaje, antes de entregar su cesta para que descansara junto a Samuel en el asiento del cochero. Se sentó junto a ella en el carruaje e Isabella luchó por controlar su respiración debido a su proximidad.

El Barouche se puso en marcha con una orden del cochero. Con un ligero bamboleo, partieron de nuevo a un cómodo trote.

—Debes haber tenido un viaje muy exitoso al pueblo, Isabella. Cómo no te caíste por el peso de tu cesta es un pequeño milagro —bromeó Lord Bellfourd.

—Sospecho que el personal acaba de recibir su paga mensual —intervino Lady Lydia. Sus fríos ojos marrones miraban a Isabella de manera poco amistosa—. Sé que tan pronto como mi personal recibe su paga, van directamente al pueblo y la gastan toda de una vez.

Isabella quería decirle a Lady Lydia que había hecho una suposición horrible. De hecho, había descubierto en su nuevo puesto que gran parte del personal rara vez gastaba siquiera un penique de sus ganancias. La mayor parte iba de vuelta a sus familias o se ahorraba para la posibilidad de una vida más feliz.

—No es todo mío —dijo en cambio, dirigiéndose a Lord Bellfourd—. También recogí algunos artículos para Betsy. Está haciendo un vestido de Samhain para su prima para celebrar su decimosexto cumpleaños.

—¿Samhain? —repitió Lady Lydia conmovida—. ¿Es eso algún ritual pagano? No puedo imaginarme involucrada en lo más mínimo en algo así.

Lady Lydia abrió su abanico de seda y se abanicó, aunque no hacía el menor calor con el carruaje abierto que proporcionaba una suave brisa. Isabella observó cómo Lady Lydia hinchaba sus mejillas indignada.

—En realidad, es bastante divertido —dijo Lady Abigail, estirándose en toda su altura en su asiento.

—¿Abigail? Pequeña traviesa —dijo Lord Bellfourn, estirándose para tirar juguetonamente de un rizo rojo oscuro de Lady Abigail que asomaba por el lado de su cofia—. ¿Has estado en el festival?

—Sí, he estado —respondió, levantando su pequeña barbilla. Tenía un salpicado de pecas en la nariz, sin duda por todas las veces que se quitaba la cofia al aire libre.

Isabella conocía a muchas mujeres que usarían brebajes para eliminar meticulosamente tales marcas, pero en el rostro de Lady Abigail, era bastante apropiado para su espíritu salvaje.

Si Isabella estuviera dispuesta a admitirlo ante sí misma, ella había sido una de esas damas que siempre se protegían con cofias y sombrillas, y usaban agua de limón ante cualquier señal de imperfección.

Ahora le parecía bastante tonto. Incluso a su joven edad de dieciocho años, Lady Abigail parecía ser una hermosa joven, y lo que algunos llamarían imperfecciones eran parte de esa belleza.

—Bueno, entonces debes contarnos todo al respecto —Lord Bellfourn animó a su hermana con una alegre sonrisa en su mandíbula cuadrada.

—Verán —Lady Abigail comenzó a contar su historia emocionada—. Convencí a Nursie para que me contara todo sobre el festival. Por supuesto, no fue tan difícil, ya saben cómo le encanta contar historias.

Lady Abigail se volvió hacia Lady Lydia.

—Nursie era mi niñera, la señora Murray. Actualmente también es la cuidadora de Jackie.

A Lady Lydia no pareció gustarle que le dieran una explicación especial. La hacía parecer una intrusa en una estrecha amistad entre tres personas.

—Después de que me lo contó —continuó Lady Abigail—, simplemente tuve que ir a verlo por mí misma. Para ser honesta, pensé que quizás había exagerado un poco para asustarme. Hablaba de gente pequeña y fantasmas que caminaban por la tierra una noche al año. Decía que se hacía vestir a los niños pequeños como tales, por temor a que la gente pequeña pudiera llevárselos de otra manera.

—Me dijo que los seres pequeños podían distinguir a los niños traviesos de los buenos y les gustaba llevárselos a casa para convertirlos en gente pequeña también. Para estar seguros, todos los padres hacían que sus hijos vistieran ropas del bosque y se ensuciaran la cara. Así, si eran traviesos, la gente pequeña pensaría que ya eran uno de ellos.

—Imagino que a todos los niños les encantaba la oportunidad de corretear sucios por un día —intervino Lord Bellfourd.

—Sin duda. Pero, ¿sabes?, pensé que estaba mintiendo solo para mantenerme en mi mejor comportamiento. Verás —dijo Lady Abigail dirigiéndose a Isabella—, esto fue justo después del incidente de la mermelada en las teclas del piano.

Isabella se cubrió la boca para ahogar una risita. No pudo evitar imaginarse a la Señora Murray, irritada por la pegajosa limpieza, tejiendo un cuento aterrador y animado para poner a su pupila en su lugar.

—Entonces, ¿cómo lograste escapar? —preguntó Lord Bellfourd, cautivado por el relato.

—Bueno, yo tenía doce años en ese momento y tú acabas de partir a la Marina —continuó Lady Abigail—. Me escapé con mi camisón blanco, bata y zapatillas. Me quité los trapos del pelo, pero no sabía cómo recogerlo yo misma, así que lo dejé caer suelto a mi alrededor. Me froté la cara con ceniza de la chimenea, solo por si acaso. Apenas sé cómo logré escabullirme de la casa sin que me notaran, excepto por el hecho de que la mayoría del personal ya debía haber salido para las festividades.

—Oh, Lady Abigail —dijo Lady Lydia con asombro—. Espero que no te hayan visto. No puedo imaginar lo que le haría a la reputación de una dama ser encontrada en bata en medio de un ritual pagano.

—En realidad, me descubrieron —dijo Lady Abigail con un toque de despecho.

Ambas damas jadearon, aunque por razones muy diferentes.

—Corrí todo el camino en la oscuridad hasta las afueras del pueblo. Podía ver el resplandor de la hoguera en el borde trasero de un campo de arrendatarios. A medida que me acercaba, me encontré caminando con muchos otros que se dirigían al mismo lugar. No me pareció que nadie me reconociera por quien era, o al menos eso pensaba en mi mente infantil.

—¿Cómo no iban a hacerlo —afirmó Lord Bellfourd—, con tu fina bata y tu pelo rojo intenso?

—Por supuesto, ahora puedo ver que es cierto. Pero en ese momento, en mi confianza juvenil, me creía una muy buena embaucadora con mi cara manchada.

—Oh, fue tan magnífico —continuó Lady Abigail, absorta en su propio recuerdo—. Había largas mesas decoradas con cornucopias y deliciosos manjares. Había una gran hoguera donde

los niños bailaban y jugaban, e incluso un pequeño grupo de músicos.

—De pie en línea recta, justo al lado del fuego, había una fila de jóvenes doncellas vestidas de blanco con coronas de flores de la cosecha. A su llegada, el jolgorio se detuvo, los niños se apartaron, y las mujeres mismas rodearon el fuego. Los músicos tocaron una suave melodía que fue creciendo en intensidad. Las damas bailaron, un antiguo movimiento de telas blancas fluyendo, al compás de la canción. Oh, fue simplemente mágico —dijo Lady Abigail con un suspiro romántico.

Lady Lydia se quedó sentada, demasiado impactada por el relato para hablar. De vez en cuando, dirigía sus ojos marrones a Lord Bellfourn, segura de que él también debía estar disgustado por esta historia.

—Cuando el baile terminó, encontré a Nursie a mi lado, con las manos cruzadas frente a ella. Sospeché, durante mucho tiempo después, que ella misma podría ser un hada por lo silenciosamente que siempre parecía aparecer.

—Todo lo que dijo fue: "Vamos a casa ahora, niña", y ambas caminamos de vuelta por el camino. Me lavó la cara con agua fría y me metió de nuevo en la cama. Nunca volvimos a hablar de esa noche después de eso —terminó Lady Abigail con un brillo de feliz recuerdo infantil en sus suaves ojos azules.

—Qué infancia tan aventurera debiste tener —dijo Lady Lydia, haciendo todo lo posible por encontrar una manera de elogiar un relato que desaprobaba profundamente.

El pequeño grupo estaba comenzando a entrar en el largo camino que conducía a Wintercrest Manor.

—¿Tienes tela en esa cesta más grande para hacerte tu propio vestido de Samhain? —dijo Lord Bellfourn en tono burlón mientras se giraba para inspeccionar la cesta que estaba junto a Samuel de nuevo.

—Sí, me atrevo a decir que estarías bastante en tu lugar en un evento así —dijo Lady Lydia fríamente.

—No —dijo Isabella, haciendo todo lo posible por ignorar los comentarios de Lady Lydia—. Sin embargo, espero hacer uno para Betsy. Ha sido tan amable conmigo estos últimos meses. Aunque no estoy segura de estar a la altura de la tarea.

—Estoy segura de que lo estarás —elogió Lady Abigail—. El pequeño vestido que hiciste para la muñeca de Jackie era lo suficientemente bonito como para ser usado por la propia reina.

—Bueno, si ese es el caso, practicaré mis modales para cuando Su Alteza Real Betsy reciba su nuevo vestido —bromeó de nuevo Lord Bellfourn, dejando que su conciencia feliz brillara sobre

Isabella.

Llegaron a la casa y Lord Bellfourn salió y se volvió para ayudar a cada dama a bajar.

—Les agradezco el viaje —dijo Isabella, despidiéndose del grupo.

Lord Bellfourn se estiró y agarró la cesta para devolvérsela a su dueña.

—Me atrevo a decir... ¿También veo algunas tartas de melaza asomando? Debes tener un dulce paladar entonces —añadió Lord Bellfourn, devolviendo la cesta.

—Esas, y algunas golosinas de limón, son regalos para la Señora Murray y Jackie.

—Siempre he tenido la impresión de que demasiados dulces para los niños fomentan el mal comportamiento —dijo Lady Lydia, entrometiéndose en la conversación.

—Bueno, si ese es el caso —dijo Lord Bellfourn, volviéndose hacia Lady Lydia, quien prontamente colocó su mano en el poco acogedor brazo del Marqués—, entonces Jackie es la niña más malcriada de todas, ya que a menudo le llevo bombones y bastones de caramelo a escondidas.

Se inclinó el sombrero de piel de castor, que combinaba perfectamente con el marrón oscuro de su levita, antes de despedirse de Isabella.

—Por favor, dale una gota de limón extra de mi parte —añadió con un guiño de despedida.

Lady Abigail se acercó a Isabella. —Si no te importa, ¿quizás podría acompañarte y ayudarte a empezar con tu nuevo vestido?

Era evidente que ya había tenido suficiente de Lady Lydia por hoy.

—Gracias, agradecería la compañía.

Las dos damas partieron juntas hacia la entrada de servicio lateral, cogidas del brazo, mientras Lord Bellfourn acompañaba a Lady Lydia a tomar el té en el salón por la puerta principal.

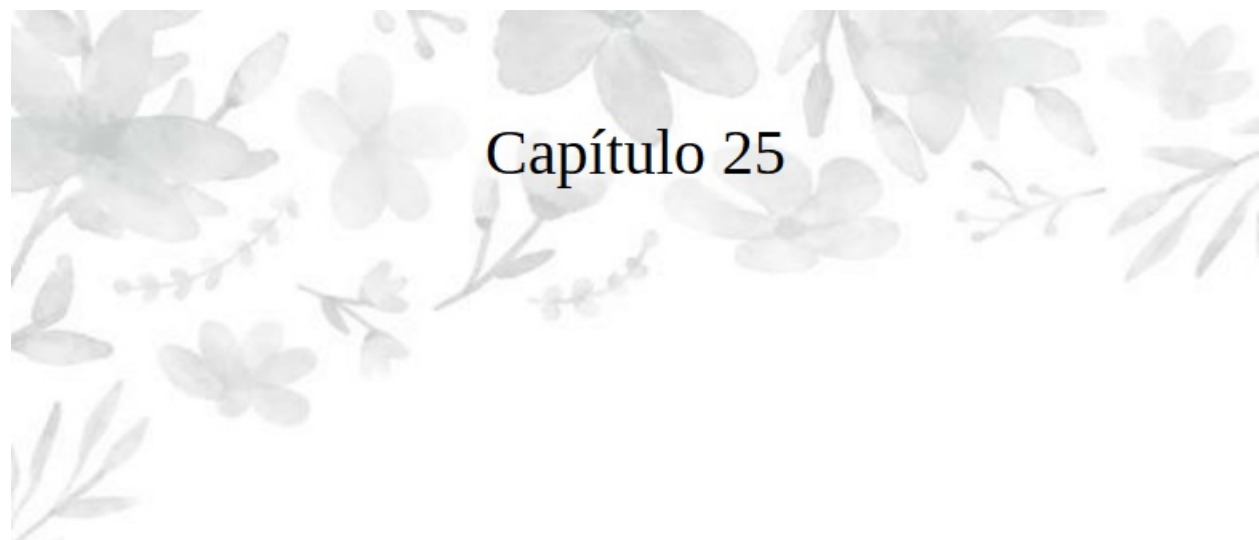
—¿Es prudente dejar que su hermana pase tanto tiempo en compañía de la señorita Watts? —preguntó Lady Lydia a Lord Bellfourn mientras entraban en la mansión.

—No es solo la institutriz; también ha sido una gran amiga para Abigail estos últimos meses cuando no pudo ir a la ciudad para la temporada.

—Sí, pero es una sirvienta. ¿Cómo espera que su hermana encuentre un partido adecuado si se rebaja a tal nivel?

—Puede que sea una empleada de esta mansión —dijo Lord Bellfourn con firmeza definitiva—, pero también es una buena amiga de toda la casa, y espero que lo recuerde en el futuro.

Aunque a Lady Lydia no le gustó en absoluto la respuesta que Lord Bellfourn le dio, sí que le agradaba la idea de un futuro en Wintercrest Manor.



Capítulo 25

Estimada señorita Isabella Watts:

Espero que mi carta la encuentre con buena salud. Le escribo para informarle que he recibido su primer trimestre de ingresos, según el acuerdo establecido con el señor Smith. Se lo enviaré con la mayor brevedad junto con esta carta.

Espero que se haya adaptado bien a su nuevo puesto como institutriz en Wintercrest Manor.

Hay otro asunto que me gustaría señalar. Desde su partida y la posterior liquidación de los bienes de su padre, el señor Smith ha insistido enérgicamente en conocer su paradero.

Debido a su naturaleza brusca, ha venido a verme al menos seis veces desde su partida por este asunto. He optado por mantener en secreto su ubicación. Aunque sea un caballero, me temo que sus intenciones no sean las de un caballero dada su situación.

Aunque no estaba contento de que no le revelara su empleo, pensé que finalmente había decidido abandonar este empeño y seguir con su vida.

Lamentablemente, me equivoqué. El pasado martes, encontré un anuncio en The Morning Chronicle solicitando información sobre su paradero, que incluso insinuaba que se la busca para interrogarla por asuntos de naturaleza criminal.

He adjuntado un recorte de dicho artículo con esta carta. Aunque sigo pensando que no es prudente revelar su ubicación al señor Smith, temo que se deba hacer algo para apaciguar al hombre. Me temo que, de lo contrario, nunca cesará en su persecución, señorita Watts.

Quedo a la espera de su respuesta sobre cómo desea que proceda en este asunto.

Su humilde servidor,

Sr. Jenkins

Isabella miró dentro del gran sobre en el que había llegado la carta. En su interior había una pequeña suma de dinero, que rápidamente escondió dentro de un libro falso en su estantería, y el recorte de periódico.

¡Atención!

Se busca a la señorita Isabella Watts para interrogarla sobre objetos desaparecidos de la posesión del señor Smith de J. Watts Shipping & Trade Co. Si alguien puede proporcionar información sobre el paradero de la mencionada mujer, por favor, póngase en contacto con el señor Smith en su lugar de trabajo para recibir una pequeña compensación.

Isabella agarró su collar horrorizada. Había llegado tan lejos como para llamarla abiertamente ladrona en The Morning Chronicle. Todo esto porque se negó a entregar su propio medallón a sus codiciosas garras.

Su corazón latía con fuerza y sus palmas estaban húmedas al pensarlo. ¿Recibiría alguien en la zona The Morning Chronicle? Era un periódico de Londres, ampliamente distribuido en la ciudad, pero no estaba segura de que su popularidad llegara tan al norte.

La única persona que pensaba que podría recibir algo así era el propio duque, probablemente la última persona en el mundo que Isabella querría que leyera algo semejante.

Se puso aún más nerviosa al recordar todos los desayunos que compartía con la familia. A menudo, el correo y varios periódicos eran entregados a Lord Bellfourn en ese momento para que los revisara.

Miró rápidamente la fecha de la carta. Los periódicos que Lord Bellfourn recibía llegarían con unos días de retraso respecto a lo publicado en Londres debido al viaje. Quizás, si tenía tiempo, podría interceptar el periódico ofensivo antes de que llegara a sus manos.

Habían pasado solo tres días desde que le enviaron la carta. Muy probablemente, tendría que actuar rápidamente si quería evitar que alguien en la casa se topara con el artículo.

Esperaba que si enviaba el dije al señor Smith sin ninguna nota, dejaría todo el asunto en paz. Apreciaba mucho su medallón, pero conservarlo no valía la pena si significaba renunciar a su nuevo hogar.

Tristemente, sabía en su corazón que no era el medallón lo que el señor Smith realmente quería, sino su ruina. Sin importar lo que hiciera para apaciguarlo, él siempre encontraría otra forma de atacarla y deshonrarla aún más.

Se dejó caer en su cama, llena de desesperanza. Recordó las palabras que había escuchado decir al marqués a Lady Lydia esa misma tarde.

Había dicho que ella era amiga de toda la casa. ¿La consideraría como tal si supiera la cosa engañosa que había hecho antes de llegar?

Derrumbándose por completo sobre su colchón, dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. A pesar de saber que entregar el medallón al señor Smith no ayudaría mucho a su situación, sabía que debía hacerlo de todos modos. Aunque sabía que él haría todo lo posible por deshonrarla y menospreciarla a cada paso, no permitiría que su apego a un amuleto abriera el camino para que el señor Smith volviera a entrar en su vida.

Dos días después, cuando Isabella pudo encontrar algo de tiempo libre, volvió caminando hacia el pueblo, esta vez con un semblante mucho más sombrío y un peso notablemente ausente alrededor de su cuello, para entregar un paquete al jefe de correos.

También envió una carta al señor Jenkins, agradeciéndole su continua amistad así como la información relacionada con el señor Smith. Le informó que había hecho todo lo posible para compensar el agravio que el señor Smith creía que ella le había causado. Isabella rezó para que esto fuera finalmente el fin del asunto.

Desafortunadamente, se equivocó tristemente cuando regresó a casa esa noche. Una de las doncellas fue enviada a su habitación con una nota de Lady Lydia. Decía que Lady Lydia solicitaba su presencia para una breve conversación privada y que Isabella debía reunirse con ella en el jardín a la mayor brevedad posible.

Con el otoño empezando a asomar, Isabella tomó su chal más abrigado y salió de inmediato para ver qué podría querer Lady Lydia.

Irónicamente, Isabella encontró a Lady Lydia sentada en el banco de piedra favorito de Isabella con un libro en la mano. Como el atardecer empezaba a caer, no podía imaginar que Lady Lydia estuviera realmente leyendo con la luz que se desvanecía rápidamente.

—Oh, qué bien. Me preocupaba que no hubieras recibido mi carta. Ven y siéntate a mi lado, querida —dijo cerrando su libro y dando palmaditas en la fría piedra junto a ella.

Lady Lydia estaba siendo terriblemente amable e incluso rozaba la alegría. No era un buen comienzo, en opinión de Isabella.

—¿No es curioso que dos chicas del mejor colegio para señoritas de Londres acabemos juntas tan al norte?

—Supongo que sí —dijo Isabella, tratando de medir fríamente hacia dónde se dirigía la conversación.

—Claramente, debes saber cuáles son las intenciones de mi madre y las mías para esta visita. De hecho, me atrevería a decir que Su Gracia misma lo desea así —dijo Lady Lydia con aire orgulloso.

—Así que debe ser bastante obvio que me preocupa el bienestar de Wintercrest, incluyendo con quiénes se relacionan Lord Bellfourd y Lady Abigail.

Isabella tragó saliva. Aún no podía determinar qué juego estaba jugando Lady Lydia.

—Imagina mi sorpresa cuando, esta misma mañana, noté esto en el reverso de *The Morning Chronicle* que Lord Bellfourd tenía en la mano.

Abrió el libro por su página, e Isabella vio que no había estado leyendo la literatura sino una copia del anuncio del señor Smith.

—Quería llevarlo inmediatamente a la atención de Lady Wintercrest, temiendo que un criminal pudiera haberse infiltrado en su casa. Sin embargo, al final, pensé que podría presentarte el caso a ti para ver si se podría llegar a algún tipo de compensación.

Isabella entrecerró sus ojos verdes mirando a la horrible dama. Planeaba usar su nuevo conocimiento como medio de chantaje. Ciertamente no estaba por debajo de los típicos planes que Isabella había visto de ella durante sus años en la Escuela para Señoritas Excepcionales de la señora Mason.

Sabía perfectamente que Lady Lydia usaría cualquier medio necesario para obtener los resultados que deseaba. Ahora mismo, ese deseo se centraba en convertirse en la futura Duquesa de Wintercrest.

—He devuelto el objeto en cuestión justo hoy. No veo cómo puedes usar tales cosas a tu favor.

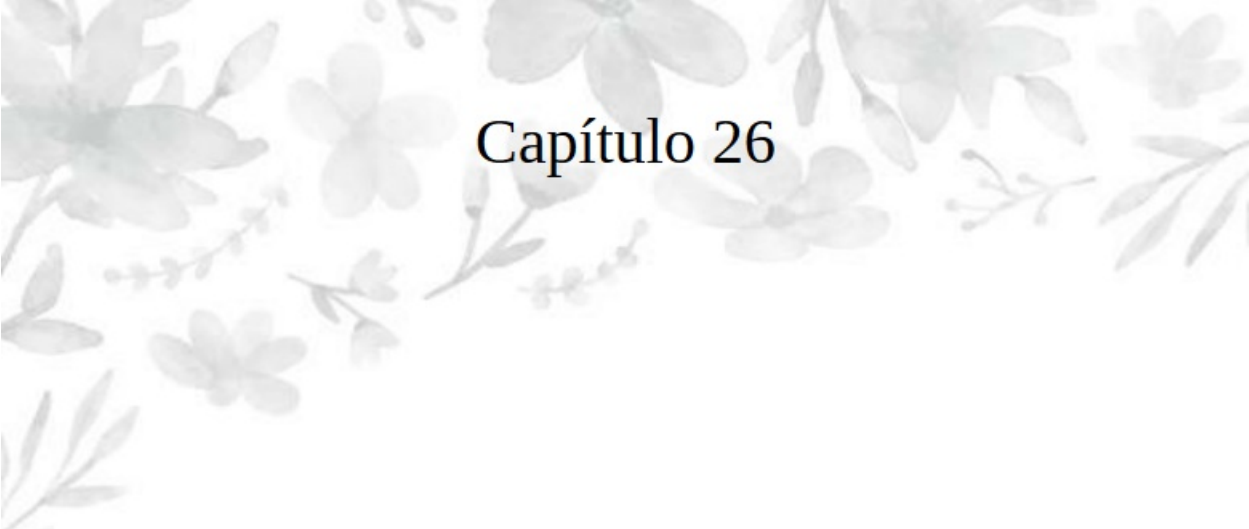
—Oh, al contrario, lo veo muy bien. No importa si intentaste resolver tu acto criminal. Se hizo de todos modos. ¿Puedes decir honestamente que el duque aún te querría en su casa si esto llegara a su atención?

Isabella reflexionó sobre esto. No estaba segura de si el duque vería las cosas como Lady Lydia o no. De cualquier manera, su estado solo había empeorado, según le habían dicho, y ella no soñaría con llevar nada a su atención que pudiera debilitarlo de alguna manera. Por la salud de su empleador, se sometería a la voluntad de Lady Lydia. Puede que no se llevara particularmente bien con el duque, pero era un hombre bueno y honesto que no necesitaba más dificultades en su plato ahora mismo.

—¿Qué quieres de mí, Lydia? —dijo Isabella exasperada.

Lady Lydia formó una sonrisa satisfecha en su rostro ligeramente redondeado. Sabía que tenía a Isabella justo donde la quería. Se atrevía a decir que era un sueño de la infancia finalmente hecho realidad.

—Tengo una breve lista de exigencias, si te gustaría continuar con tu empleo aquí en Wintercrest Manor —dijo Lady Lydia de manera alegremente funesta.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The flowers are simple in design, with some having five petals and others being buds. The leaves are elongated and pointed. The overall effect is a soft, elegant frame for the chapter title.

Capítulo 26

Isabella se dirigió, bastante triste, a su habitación. Según el acuerdo con Lady Lydia, no debía tener ninguna interacción con el resto de la casa. Debía rechazar cualquier invitación de Lord Bellfourn, Lady Abigail o incluso Lady Wintercrest.

Debía hacer que cualquier momento con la familia, como institutriz de Jacqueline, fuera lo más breve posible y luego retirarse rápidamente ambas.

Aparte de sus breves mañanas con Betsy y el almuerzo de la tarde con la señora Murray, su única compañera era Jackie. Por supuesto, no podía compartir su pena con la niña. La pobre Jackie ya había notado suficiente la caída en su semblante y le había preguntado si pasaba algo. Isabella, por supuesto, no involucraría a la niña en tales asuntos.

Pasaba todas sus tardes y noches en su habitación, según las instrucciones de Lady Lydia, para no entrometerse con nadie en el jardín.

Se dispuso a aprovechar el tiempo para trabajar en el vestido de Betsy. Con la ayuda de Lady Abigail aquel primer día, pudo medir y cortar las piezas del tamaño adecuado lo mejor que pudo. Sus noches de soledad le daban amplio tiempo para trabajar en la tediosa costura a mano para crear la prenda.

Isabella echaba de menos la compañía de Lady Abigail y su energía juvenil cuando hablaba. Incluso extrañaba las bromas ocasionales que surgían en las conversaciones con el marqués. Una parte de ella deseaba no haberse hecho tan buena amiga de la familia Wintercrest. Ahora, en ausencia de su compañía, sentía un gran vacío.

No había nada que hacer al respecto. La salud del duque seguía empeorando y Lady Lydia estaba más que feliz de llevar consigo el ofensivo recorte de periódico a donde quiera que fuera.

En cualquier ocasión en que Lady Abigail o Lord Bellfourn intentaran incluir a Isabella, Lady Lydia lo sacaba con sumo cuidado para agitarlo ante los ojos de Isabella.

Entre las malvadas artimañas de Lady Lydia y el constante temor de que el señor Smith pudiera encontrarla, Isabella sentía que se estaba convirtiendo en una sombra de sí misma.

Pronto llegó la víspera de Todos los Santos e Isabella se alegró de haber terminado al menos el vestido de Betsy a tiempo.

Le pidió a Betsy que se reuniera con ella en su habitación justo después de la cena para una sorpresa.

—¡Oh, Dios mío! ¿Esto no puede ser para mí? —exclamó Betsy, retirando el papel marrón con el que Isabella había envuelto la prenda.

—Claro que es para ti, tonta —Isabella sintió que el cálido resplandor de la felicidad le llegaba a las mejillas por primera vez en mucho tiempo.

—Es tan fino. Nunca podría usar algo así —protestó Betsy suavemente, tocando el encaje que cubría el vestido de marfil.

—Por supuesto que lo usarás. Te ayudaré a ponértelo y juntas crearemos el peinado más fino. El señor Johnson lo pensará dos veces antes de ignorarte después de esta noche. Te convertiré en la bella del festival.

Abrazó a Isabella con fuerza. Ambas chicas tenían lágrimas en los ojos.

Una hora más tarde, Betsy estaba vestida y se veía absolutamente deslumbrante. Su suave cabello castaño estaba recogido en un moño elegante decorado con algunas de las cintas blancas de Isabella. Pequeños bucles enmarcaban su rostro y dos grandes caían perfectamente sobre su hombro izquierdo.

Isabella añadió una gruesa cinta de satén blanco alrededor de la cintura alta del vestido de encaje marfil.

—Me veo realmente hermosa —dijo Betsy, de pie frente al espejo redondo en la habitación de Isabella.

—Oh, Isabella, debes venir conmigo —dijo, girándose y tomando a Isabella de la mano—. Iremos juntas y lo pasarás en grande. Olvida tus penas por un rato.

—Ojalá pudiera —dijo Isabella, dejando caer su ceño nuevamente con tristeza—. Ya camino por un sendero peligroso, no podría arriesgarme.

Betsy había sido la única a quien Isabella le había contado la verdad sobre las artimañas de Lady Lydia. Confiaba en Betsy y sabía que no la juzgaría duramente por haber tomado el medallón.

—¿Cómo se enteraría la señora de que fuiste? Ella ciertamente no estará allí, solo nosotros los lugareños. Sí, los otros sirvientes te reconocerán, pero no dirán nada al respecto.

—¿Qué hay de la señora Peterson? Ella también estaría feliz de tener cualquier razón para meterme en problemas.

—¡Bah, la señora Peterson? ¿En Samhain? ¡Esperaría ver al mismísimo Diablo antes que a ella!

—Supongo que sería divertido ir. Debo confesar que siento un poco de curiosidad después del relato de Lady Abigail sobre su aventura. ¿No crees que pasará nada malo si voy?

—Es como te dijo la señora Murray: "Lo que ha de ser, será".

—Lo que esté destinado a suceder, sucederá —repitió Isabella, recordando cuando la señora Murray le había dicho esas palabras.

Aunque estaba segura de que la señora Murray había atribuido su estado de infelicidad a la creciente atención que Lady Lydia recibía del marqués. Aunque era una pequeña parte, no era la raíz de su problema actual.

—Estás destinada a estar aquí. Este es tu hogar ahora, no eres una oportunista por divertirte un poco.

—Está bien, si crees que será seguro —cedió finalmente Isabella.

—¡Muy bien! Vamos a arreglarte también —dijo Betsy, dirigiéndose al armario de vestidos de Isabella.

Treinta minutos después, salían de la habitación y se dirigían a las festividades. Isabella se había puesto un sencillo vestido de mañana color crema con pequeñas enredaderas verdes decorando el frente.

Isabella llevaba una enagua extra gruesa y se llevó un chal de lana verde bosque que la señora Murray había hecho para protegerse del frío invernal.

Isabella no pudo evitar dar saltitos mientras se acercaban al resplandor de un fuego justo pasando un campo recién cortado.

Caminaron alrededor de las pilas de cebada, apiladas como pequeñas chozas puntiagudas mientras se secaban, y hacia donde aumentaban la música y la luz.

Isabella se asombró ante lo que vio. Había estado en algunos bailes públicos y esperaba que fuera muy similar. Tal vez un poco más animado que un evento privado, pero no muy diferente.

Estaba equivocada. La multitud alrededor de las tres hogueras estaba tan llena de charla que era casi difícil escuchar. Los niños corrían, con las caras tiznadas y ropas harapientas. La mayoría de las niñas llevaban el pelo suelto ondeando al viento con guirnaldas de piñas y flores adornándolo.

Distinguió el contorno de un pequeño grupo de músicos justo al lado de la hoguera principal. Era, con diferencia, la más grande y, incluso desde la distancia, podía sentir su calor.

Apenas podía escuchar el sonido de una alegre giga por encima de todo el bullicio. Ya había incluso una o dos parejas bailando junto al fuego.

A Isabella le pareció que la mayoría de los sirvientes y todo el pueblo estaban allí para las festividades de la noche.

Había dos largas mesas rebosantes de manjares y carnes asadas. Grandes cornucopias decoraban el centro, de vez en cuando rebosantes de manzanas e incluso una o dos naranjas. Se preguntó cómo habrían conseguido eso.

—Debo dejarte ahora —le dijo Betsy a su amiga—. Ya casi es hora del baile. ¿Estarás bien?

—Sí, por supuesto. Ve. Estoy deseando verte.

Isabella observó a su amiga abrirse paso entre la multitud hacia un grupo de jóvenes que esperaban al otro lado, todas vestidas de blanco.

Isabella caminó por el borde de la multitud, deteniéndose solo una vez para ayudar a un niño pequeño a robar una tarta de la mesa, para poder seguir teniendo una buena vista de su amiga.

—Supongo que no fui el único en sentir curiosidad por la historia de Abigail —dijo una voz profunda a su lado.

Isabella levantó la mirada, muy sorprendida de ver a Lord Bellfourn allí. Vestía de manera bastante relajada con botas altas, pantalones, su camisa de algodón y una larga chaqueta de montar. Isabella no pudo evitar notar que su corbatín estaba simplemente atado en un nudo napoleónico, algo que sin duda él mismo había hecho al salir de la mansión.

Su sombra era muy angular mientras miraba a Isabella, lo que solo realzaba el brillo travieso que tanto le gustaba lucir en su mandíbula cuadrada cuando se comportaba de manera poco convencional.

—No pensé que... —Isabella dudó, levantándose con pánico. ¿Qué haría Lady Lydia si se enteraba de que Isabella estaba allí, y nada menos que junto al Marqués?—. Esperaba no ser notada esta noche —dijo finalmente.

—Mis labios están sellados, lo juro —dijo Lord Bellfourn, guiñándole un ojo a Isabella—. Aunque difícilmente veo cómo podrías pasar desapercibida. Pude distinguir tu cabello oscuro y tus ojos ámbar a la luz del fuego desde el otro lado de las festividades —bromeó.

—Betsy me invitó a ver el baile. No pude evitar sentirme intrigada.

—La saludé de paso también. Se ve maravillosa con esa prenda que le hiciste. Eres muy talentosa.

—Gracias, Lord Bellfourn, pero no puedo llevarme todo el mérito. La señora Murray tuvo que ayudarme un poco a terminarla.

—Mmm —dijo él, volviéndose ahora hacia Isabella y frunciendo el ceño—, ¿Lord Bellfourd, dices? Debo decirte —dijo con esa sonrisa astuta—, que yo también estoy de incógnito. Por lo tanto, no tienes más remedio que omitir mi título cuando te dirijas a mí.

—Bueno, ya que acordaste guardar mi secreto, supongo que no tendré más remedio que guardar también el tuyo a cambio.

—Eso es muy amable de su parte, mi señora —dijo con una burlona reverencia hacia Isabella. Sin embargo, sus ojos se detuvieron en el escote de su vestido.

—Si no te importa que pregunte, ¿dónde está tu medallón? Parecía tanpreciado para ti y siempre adornaba tu cuello, pero ha estado ausente últimamente.

—Oh, sí. Eso. Bueno... —Isabella balbuceó en busca de una explicación, pero afortunadamente se vio interrumpida por el silencio repentino de la multitud.

Toda la atención y el enfoque se dirigieron a la fila de hermosas doncellas vestidas de blanco mientras rodeaban el círculo central. Era casi hipnótico ver cómo bailaban y se balanceaban con linternas de nabo colgando de una cinta en la mano de cada chica. Era a la vez inquietante y hermoso mientras se mecían y giraban alrededor de la hoguera.

Betsy destacaba, no solo por su exquisito vestido sino por la luz que emanaba mientras se movía alrededor de la hoguera.

Isabella no pudo evitar escanear la multitud en busca del señor Johnson al que nunca había conocido. Esperaba que sus ojos se posaran en un joven abatido por el arrepentimiento y entonces sabría con certeza que este era el hombre que había perdido el mayor premio.

Sin embargo, no tuvo tal suerte. La mayoría de los rostros estaban felices y tan hipnotizados como el suyo. Incluso vio a algunas niñas pequeñas bailando y girando justo fuera del círculo de doncellas. Sus movimientos estaban llenos de la anticipación de algún día ser ellas mismas las doncellas.

Cuando terminó el baile, todos estallaron en vítores. La banda comenzó de nuevo y esta vez, muchas parejas se acercaron a bailar alrededor de las hogueras.

Betsy se acercó saltando a Isabella con una chica un poco más joven a cuestas. El parecido familiar era fácil de ver entre ellas, incluso a la tenue luz del fuego.

—Isabella, debo presentarte a mi pariente, Fiona.

—Es un placer conocer a aquella de quien tanto he oído hablar. Ambas bailaron maravillosamente.

—Gracias —dijeron ambas al unísono.

Fue entonces cuando Betsy notó al Marqués al lado de Isabella.

—Disculpe, mi señor —dijo con una reverencia—. ¿Puedo presentarle a mi prima Fiona?

—Es un placer conocerla, señorita Fiona —dijo Lord Bellfourd con una elegante reverencia—.

Sin embargo, si me disculpan, siento que necesito algunas de esas deliciosas tartas de allí.

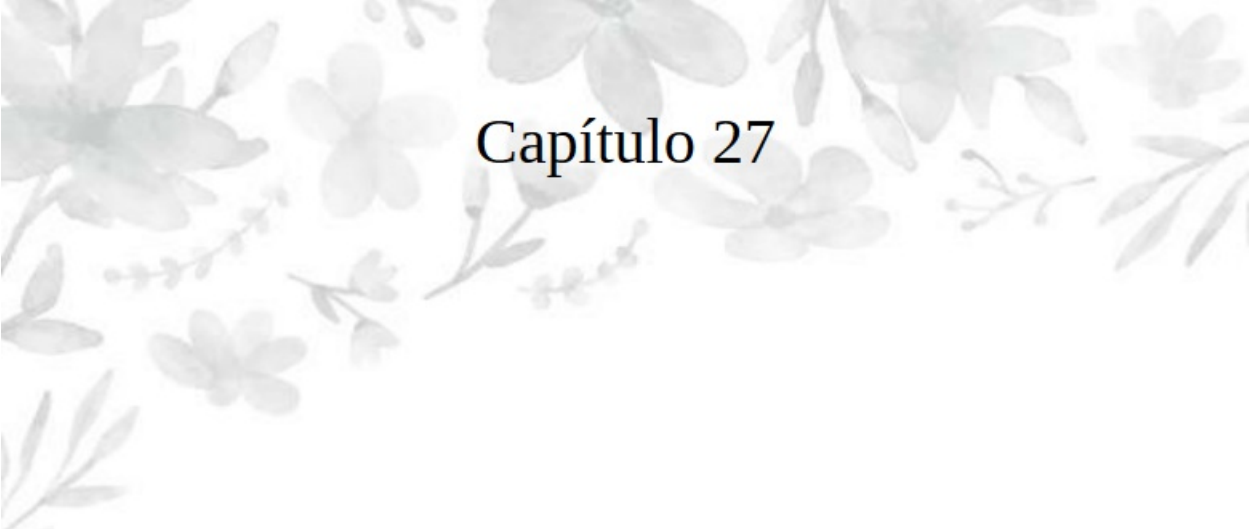
—Pruebe los pasteles de manzana —interrumpió Fiona—. Mi madre hizo esos.

—Entonces me aseguraré de tomar uno y dudo que me decepcione —hizo una reverencia una vez más.

Sin embargo, antes de irse, le ofreció su brazo a Isabella.

—¿Te gustaría acompañarme?

Isabella se sonrojó un poco, escuchando las risitas de las chicas a su lado mientras colocaba su mano en el hueco del brazo de él y lo seguía hasta la mesa de golosinas.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other small blossoms, scattered across the top edge.

Capítulo 27

La velada continuó para Isabella de una manera memorable. Permaneció al lado del marqués durante la mayor parte de la noche e incluso bailó algunas canciones folclóricas que conocía de los bailes públicos.

Aunque los asistentes sabían claramente que era el marqués quien estaba en las festividades, lo trataron como a uno de los suyos. Fue el mayor regalo otorgado al Lord de Bellfourn volver a sentirse como en casa, como en sus tiempos en la marina.

Finalmente, cuando la noche empezó a avanzar, Isabella pensó que era mejor regresar a casa y retirarse a dormir. Después de todo, aún tenía un día completo de lecciones con Jackie al día siguiente.

—Te acompañaré a casa —dijo Lord Bellfourn—. Déjame solo pasar por el granero del señor Johnson para recoger mi caballo.

—¿El señor Johnson? —exclamó Isabella.

—Sí —dijo Lord Bellfourn, un poco confundido por su entusiasmo—. Es el arrendatario que trabaja la tierra en la que estamos.

—Oh, es cierto —Isabella aplaudió alegremente, quizás un poco demasiado después de la dulce sidra fermentada que había bebido antes—. Ese sería el señor Johnson mayor y tiene un hijo de la edad de Betsy.

—Bueno, yo diría que Alden es un poco mayor que Betsy, pero sí.

—Oh, Christian —dijo Isabella tomando sus manos—. Eso es maravilloso.

—Lo es —dijo él con una pequeña risa, disfrutando del comportamiento alegre de Isabella—. ¿Por qué es que le has tomado cariño al muchacho?

—No, no seas tonto —dijo Isabella enganchando su brazo en el de él y animándolo a que la llevara con él al granero—. Betsy ha estado enamorada de él desde hace tiempo. Él también

estaba enamorado de ella, pero por alguna razón, puso sus ojos en otra.

—Quería hacer el vestido para Betsy para que pudiera mostrarle a ese sinvergüenza de Alden Johnson que había cometido un grave error.

Lord Bellfourn tomó posesión de su semental castaño de un muchacho mucho más joven que dormitaba en un suave montón de heno en el granero. Isabella no pudo evitar sonreír mientras veía a Lord Bellfourn colocar una brillante moneda de cobre nueva en su mano.

Caminaron en silencio por la carretera durante un breve tiempo.

—¿Esa es la única razón por la que hiciste que Betsy se viera tan bien esta noche? —preguntó finalmente Lord Bellfourn.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Isabella desde el otro lado del caballo que caminaba entre ellos.

—Solo quiero decir que la vestiste como una dama elegante. Quizás esperabas que el señor Alden hiciera algo más que lamentar su cambio de afecto.

—Si con eso quieres decir que viera el verdadero valor de Betsy y se enamorara perdidamente de ella, supongo que sí. Soy una romántica de corazón, después de todo.

—¿Lo eres? —dijo Lord Bellfourn, pero pareció pensarlo—. Sabes que no importa —dijo finalmente.

—¿Qué no importa?

—Lo que ella viste, cómo se ve. Si realmente la amara, vería más allá de lo físico y amaría a la chica en su interior. Las circunstancias externas importan poco comparadas con la condición del corazón.

Isabella sintió que la conversación se tornaba hacia algo con un significado mucho más profundo.

—Es un pensamiento muy bonito, Christian, pero siempre hay más que considerar que esa simple afirmación.

—¿Y qué sería eso?

—Bueno, los sentimientos de los miembros de la familia, para empezar —soltó Isabella con obviedad.

—Es una tontería si me preguntas, apostar la felicidad de la propia vida en las sensibilidades de los demás. Ciertamente, esa no es forma de vivir.

—¿Estás diciendo que no crees que debemos sentir apego por nuestra familia? ¿Que cada persona, al llegar a la edad adulta, debería apartarse de aquellos que lo amaron y criaron y no preocuparse por cómo sus afectos podrían afectarlos?

—No creo que lo pondría de una manera tan dramática —dijo con una sonrisa satisfecha atrapando a Isabella entre el caballo en la suave noche iluminada por la luna—. Pero no, no creo que una persona deba basar su propia felicidad en lo que otros, incluso su familia, puedan querer de él.

—¿Supones —continuó—, que si tu padre hubiera sabido de la proposición del señor Smith, habría querido que aceptaras tal arreglo?

Isabella lo pensó. En verdad, su padre, aunque amoroso y generoso con cada deseo, rara vez expresaba una opinión sobre el asunto del matrimonio. No estaba segura si su padre habría estado a favor de tales asuntos para beneficiar a su empresa, o en contra, apoyando su rechazo.

—Honestamente, no lo sé.

—De acuerdo, pero digamos, por el bien del argumento, que él quería que te casaras con su socio comercial y, de hecho, lo apoyaba de todo corazón. ¿Te habrías casado con él entonces?

—¡No! —soltó Isabella sin pensar, como solía hacer cuando la superaba la emoción.

—Precisamente. Ciertamente, los pensamientos y opiniones de la familia, e incluso de la sociedad, importan, pero al final, cada uno vive su propia vida. A todos se nos debería permitir elegir con quién pasaremos el resto de nuestras vidas, sin importar su estatus.

Isabella sintió los ojos de Lord Bellfourd sobre ella y no pudo soportar mirarlo, por temor a revelar sus propios sentimientos.

—Bueno, entonces —dijo, aligerando el ambiente—, felicitaré calurosamente a Betsy mañana por haber robado el corazón del Marqués de Bellfourd.

Lord Bellfourd se rió sin restricciones ante las declaraciones de Isabella, para su satisfacción.

Caminaron el resto del trayecto en un silencio satisfecho. Isabella lo acompañó a dejar el caballo en su propio establo, y luego, juntos, entraron en el vestíbulo principal de la mansión. Separándose en las escaleras opuestas, Lord Bellfourd hizo una reverencia cortés y le deseó buenas noches a Isabella.

Isabella apenas pudo dormir a pesar de la hora tardía. Si las festividades no eran suficientes para mantenerla alerta, ciertamente lo eran las crípticas palabras pronunciadas antes de separarse de la compañía de Lord Bellfourd.

Hacía tiempo que se había admitido a sí misma que sentía un apego por el marqués. Nunca en toda su vida esperaría que él hiciera lo mismo. Tal cosa seguramente no podría permitirse.

Repasó los eventos de la noche una y otra vez en su cabeza mientras yacía despierta bajo sus edredones. Constantemente, se cuestionaba si había visto más de lo que había. Pero entonces, las palabras de Lord Bellfourd volvieron a ella:

"A todos se nos debería permitir elegir con quién pasaremos el resto de nuestras vidas, sin importar SU estatus".

¿Se habría referido a Isabella cuando pronunció esa frase? Isabella ciertamente quería permitirse tener esa esperanza, pero también temía permitir que tal emoción creciera dentro de ella.

Permaneció despierta reflexionando sobre estas cosas hasta que pudo ver la tenue luz del amanecer. A pesar de su necesidad de prepararse para las tareas del día, Isabella finalmente se quedó dormida, con pensamientos de Lord Bellfourn en su mente y en su corazón.

—¿Isabella? ¿Isabella? ¿No te encuentras bien? —irrumpió a través de la bruma de lo que parecían solo unos segundos después.

Era Lady Abigail sentada al lado de la cama de Isabella, su juvenil rostro marcado por la preocupación.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —dijo Isabella, sorprendida por lo ronca y seca que sentía su garganta.

—Betsy vino a buscarme. Dijo que llegó esta mañana con el desayuno, pero no estabas despierta. Cuando la señora Murray le informó que no habías salido de tu habitación para atender a Jackie, pensó que debías estar enferma. Vino a verme de inmediato. ¿Estás enferma?

Era evidente que Lady Abigail preguntaba con verdadera preocupación.

—No —dijo Isabella suavemente, aún intentando orientarse sobre la noche anterior y la mañana siguiente.

—Dios mío, ¿qué hora es? —dijo Isabella, incorporándose de golpe en su cama, ahora recobrando el sentido.

Instantáneamente se arrepintió de tal movimiento cuando su cabeza comenzó a dar vueltas dolorosamente.

—Estás enferma —insistió Lady Abigail—. Debería mandar a buscar al médico.

—No, por favor, no lo hagas. Estaré bien en un momento —dijo Isabella, con los ojos cerrados mientras se frotaba las sienes. Estaba deseando que el dolor intenso abandonara su cuerpo—. Debe haber sido esa sidra. Bebí demasiada.

Lady Abigail chilló de alegría y dio un pequeño brinco en la cama. Esto produjo otro gemido de incomodidad de Isabella.

—Oh, lo siento, querida, pero ¿eso significa que fuiste a la víspera de Todos los Santos anoche? —Lady Abigail apenas podía contener su emoción.

—Sí. Después de darle a Betsy su vestido, insistió en que la acompañara.

—Oh, ¿se veía bien con su nuevo vestido? Debes contarme cada momento.

—Por supuesto, pero primero debo atender a Jackie —dijo Isabella, luchando por levantarse de nuevo.

—¡Absolutamente no! —dijo Lady Abigail con una mano firme empujando a Isabella de vuelta—. No estás lo suficientemente bien. La señora Murray cuidará encantada de Jackie por hoy, y Christian y yo nos turnaremos para entretenerla.

Lady Abigail se puso de pie y acomodó las almohadas detrás de Isabella de manera maternal.

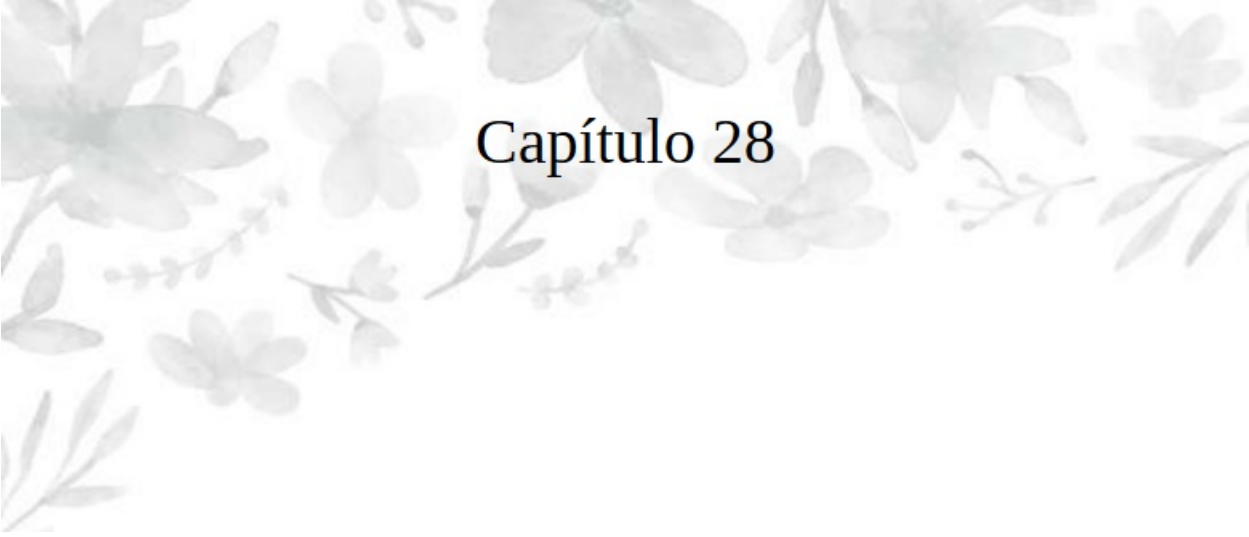
—Quédate aquí y descansa. Haré que Betsy te traiga agua fría y caldo. No muevas ni un músculo de esa cama hasta que tu cabeza esté mucho mejor.

Isabella sonrió débilmente a su querida amiga.

—Y quizás cuando te sientas mejor, me contarás cada momento de tu noche.

—Lo prometo —respondió Isabella felizmente.

Sin embargo, antes de volver a quedarse dormida, se preguntó si debería contarle a Lady Abigail cada momento. Por ejemplo, el hecho de que pasó casi toda la noche con su hermano.



Capítulo 28

Querida Louisa:

Debo decirte, ante todo, que de todas las bebidas de frutas fermentadas, la sidra es mi menos favorita. Bebí algo de ese elixir venenoso mientras me escabullía a un festival local llamado Samhain anoche.

Desde entonces, he estado confinada en mi cama con un dolor de cabeza muy intenso. Recién ahora te escribo porque ya no puedo soportar estar quieta entre las sábanas. Sin embargo, me disculpo si mi escritura no está en su mejor forma en esta carta debido al estado de salud de quien escribe.

No obstante, debo luchar contra esta sensación de malestar y escribirte rápidamente todo lo que pueda recordar antes de que se me olvide. Puedo decir honestamente que la noche de ayer fue una de las mejores de mi vida en varios aspectos.

Para empezar, Samhain es una noche de festividades en la que se dice que todos los espíritus, tanto buenos como malos, caminan por la tierra y los druidas se conectan con los que ya no están para agradecerles por una cosecha abundante. Por supuesto, ahora es más una tradición cultural que de naturaleza religiosa.

Aunque algunos puedan menospreciar tales actividades, creo que tomarse un momento para mostrar gratitud y recordar a los que se han ido es una idea maravillosa.

Normalmente, asistir a tales eventos sería mal visto, aunque debo mencionar que la idea solo se me ocurrió cuando la propia Lady Abigail afirmó haberse escabullido a un evento así en su juventud. Sin embargo, me alegra decir que una de las ventajas de mi ahora reducida posición en la vida es que se me conceden muchas más libertades, sin que se juzguen mis acciones.

Fui con Betsy. Ella, junto con algunas otras doncellas, todas vestidas de blanco, bailaron

Fui con Betsy. Ella, junto con algunas otras doncellas, todas vestidas de blanco, bailaron alrededor del fuego de una manera mágica. Aunque al principio me mostré reacia a ir, Betsy me convenció. Estoy eternamente agradecida por su alentadora amistad.

Para mi gran sorpresa, al llegar a las festividades, descubrí que no era la única cuyo interés había sido despertado por los relatos de Lady Abigail. El propio Marqués de Bellfourn me encontró entre la multitud y se acercó a mí.

Al principio, me sentí muy avergonzada, quizás incluso un poco preocupada. No estaba segura de que el duque y la duquesa se alegrarían de saber que su institutriz participaba en tradiciones paganas. Y ciertamente, si por alguna razón Lady Lydia se enterara, el resto de su tiempo en Wintercrest Manor sería aún más insoportable de lo que ha sido hasta ahora.

Ya te conté sobre la conversación que tuvimos en el jardín y el artículo ofensivo que ella ha decidido usar en mi contra.

A medida que avanzaba la noche, Lord Bellfourn decidió quedarse a mi lado. Fue muy reconfortante volver a disfrutar de su compañía sin la presencia adicional de Lady Lydia.

Después de que las doncellas druidas realizaron su danza, el área se abrió a todas las parejas mientras una animada banda tocaba. Diría que a partir de ese momento fue muy parecido a un salón de baile público.

Lord Bellfourn se unió a la fiesta como si fuera uno de ellos. Dio una vuelta alrededor de las hogueras con Betsy, y luego también con su prima menor, Fiona.

Yo tampoco pude evitar dejarme llevar por las festividades. Primero bailé con Samuel, el cochero, y con el señor Hillary, el jefe de correos. Estoy segura de que esto te sorprenderá mucho, pero incluso el señor Larson, el mayordomo principal, me pidió bailar.

Debo confesar que mi boca seguramente llegó al suelo cuando vino a pedírmelo. Aunque sabía que tenía un ligero acento escocés y, por lo tanto, probablemente venía del norte, como tantos de los sirvientes, nunca lo habría considerado del tipo que frecuenta eventos bulliciosos.

Sin embargo, allí estaba, y en realidad, era un bailarín muy alegre. Bailamos dos jigas juntos antes de que tuviera que parar para recuperar el aliento.

Originalmente me preocupaba que una festividad al aire libre fuera demasiado fría para soportar, pero con todo el movimiento y el calor del fuego, uno ni siquiera podía notar que estábamos afuera.

Mientras me tomaba un momento para recuperar el aliento, bebí la deliciosa pero engañosa sidra y observé a Betsy, a Su Señoría y a otros rostros familiares bailar alrededor.

Cómo desearía poder tomar esa imagen de mi mente y convertirla en un retrato. Estoy segura de que, si se hiciera, el mundo alrededor podría ver la imagen de la alegría y la felicidad encarnadas en una sola.

No puedo evitar sonreír ahora mientras recuerdo y te escribo estas palabras.

La expresión en el rostro de Lord Bellfourn mientras bailaba alrededor del resplandor del fuego era una que nunca antes había visto completamente en él. Sin embargo, era una que veía a menudo en mi padre cuando me hablaba de su próxima aventura. Era pura felicidad, sin restricciones. Pude ver claramente por qué tenía tantas reservas sobre volver a su hogar, después de haber sido libre en el océano.

Quizás sea también la misma razón por la que mi propio padre nunca renunció a la aventura de un viaje. Creaba una luz y una libertad para un hombre que no podía encontrarla de otra manera.

Después de sorprenderme mirándolo, Lord Bellfourn vino prontamente a mi lado e insistió en que bailara con él.

Supongo que lo único mejor que ver un momento digno de un retrato es convertirse en parte de él.

Sin embargo, pronto la noche se hizo tarde, y sentí que necesitaba urgentemente el calor y la calma de mi cama. La noche de alegría había llevado a muchas más copas de sidra, y ya estaba sintiendo sus efectos.

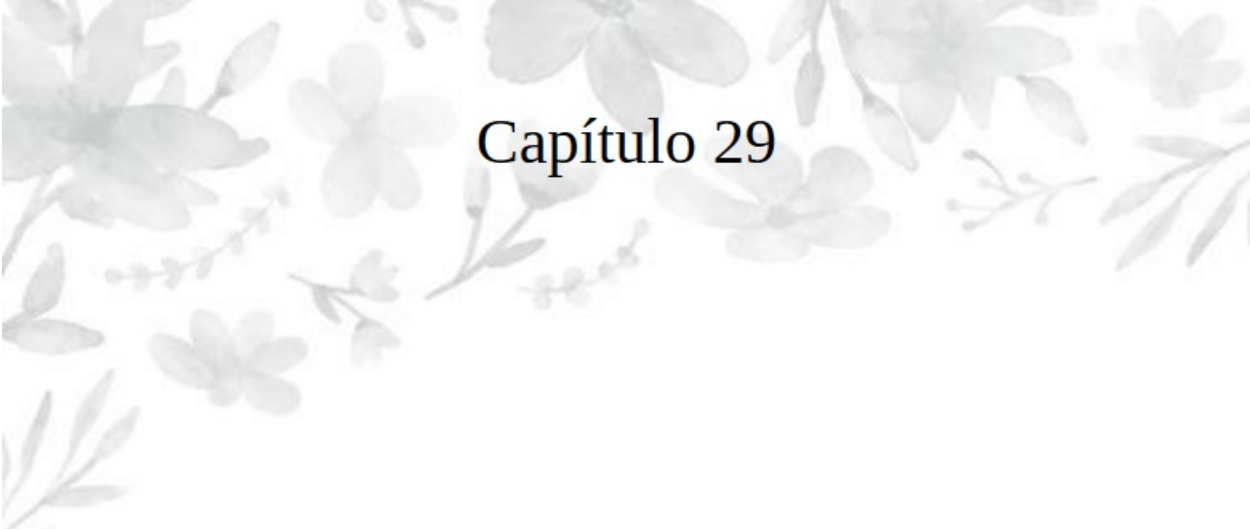
Fue durante ese paseo de regreso a la mansión, con Lord Bellfourn acompañándome, que dijo las cosas más interesantes. No estoy segura de si puedo confiar en mi memoria del evento, pero me pareció que podría haber aludido a compartir algunos de los sentimientos que ya te he compartido, que tengo por él.

Sin embargo, como dije, no puedo estar completamente segura de haberlo escuchado correctamente, o si solo escuché lo que esperaba que dijera.

Todo lo que puedo decir con total certeza es que me he acercado demasiado a Lord Bellfourn, a su familia y a todo Wintercrest. Temo que todos ellos han encontrado un lugar en mi corazón que nunca podrá ser removido o alterado.

Tu más querida amiga,

Isabella

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a daisy and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 29

El malestar de Isabella pasó en el transcurso del día y, esa noche, le contó todo a Lady Abigail en la intimidad de su dormitorio. Bueno, todo excepto aquella frase pronunciada por Lord Bellfourn que no parecía querer abandonar su mente.

La semana siguiente transcurrió de manera similar. La única diferencia era que el artículo con el que Lady Lydia seguía amenazándola ya no tenía ningún peso.

No solo había encontrado más valor en las palabras de Lord Bellfourn, sino que también se alegró al saber que Lady Cunningham terminaría su visita antes de lo previsto. En lugar de quedarse hasta el invierno, planeaba marcharse en las próximas semanas debido a que la salud del Duque no había mejorado.

Con Lady Lydia fuera, Isabella ya no tendría esa nube oscura sobre ella y las cosas podrían volver a ser como antes.

A Isabella le parecía que las cosas empezaban a encajar de la manera más maravillosa.

Sin embargo, esa alegría no era exclusiva de Isabella. Apenas unos días después de Samhain, Betsy entró corriendo en la habitación de Isabella, con la bandeja del desayuno en la mano y la sonrisa más radiante que Isabella jamás había visto.

—Pareces estar de muy buen humor hoy —dijo Isabella a modo de saludo a su amiga.

—Oh, y lo estoy —respondió Betsy dejando la bandeja y sentándose en la cama de Isabella, como solían hacer mientras intercambiaban información.

Isabella se sentó a su lado, emocionada por escuchar qué podría haber iluminado tanto el semblante de Betsy.

—He vuelto a hablar con el señor Johnson —comenzó Betsy.

Isabella gritó de alegría y aplaudió emocionada.

—Oh, tienes que contármelo todo —la animó Isabella—. Me decepcionó tanto no haberlo conocido la otra noche. Lord Bellfourn me dijo después que estábamos en la granja de su padre.

—En muchos aspectos, te debo todo esto —empezó Betsy—. Sabía bien de quién era la granja que iba a ser anfitriona y no tenía planes de asistir. Cuando vi ese hermoso vestido que me hiciste, simplemente tuve que ir.

—Y él te vio, la hermosa dama, y quedó embelesado al instante —animó Isabella con emoción juvenil.

—Supongo que sí. Se me acercó después de la danza druida e intentó hablar conmigo.

—¿Intentó?

—Sí, yo no quería saber nada. Me había ignorado durante todas esas semanas, así que estaba decidida a hacer lo mismo con él.

—Luego, al día siguiente, iba al pueblo a buscar algunas hierbas. No fuiste la única que tomó demasiada sidra —dijo con una débil sonrisa—. Me dio un dolor de barriga terrible y necesitaba un té de menta para calmarme.

—Oh, Betsy, lo siento mucho. Aquí estaba yo acostada en la cama, mientras tú también te sentías mal. Deberías habérmelo dicho y habría encontrado la manera de esconderte entre mis sábanas para que también pudieras descansar.

—No te preocupes —dijo con un gesto de la mano—. No sabías que era tan fuerte y al menos tenías una excusa para estar peor al día siguiente. Yo he estado bebiendo esa cosa desde que era una niña. Sabía lo que me haría beber demasiado, pero lo hice de todos modos.

—Pero nunca adivinarás quién salió corriendo de su granero cuando pasé por su cerca.

—Tendría que decir que un tal Alden Johnson.

—¡Tienes razón! Salió corriendo del granero y me preguntó si podía acompañarme al pueblo. Le dije que era libre de ir al pueblo cuando quisiera, pero que eso no significaba que tuviera que hablar con él. Fue genial —terminó con satisfacción.

—Bueno, me acompañó. No esperó a que se lo permitiera, simplemente lo soltó todo. Dijo que le habían dicho que yo me había encariñado con otro. Dijo que casi le rompió el corazón.

—Y estaba tan desconsolado que empezó a pasar tiempo con Sally —replicó Isabella con escepticismo.

—Bueno, le dije exactamente lo mismo. Al parecer, Sally es su prima —añadió con una risita.

—No —exclamó Isabella.

—Sí. Estaba tan enfadada con los dos que no volví a hablar con Sally desde ese día. Resulta que sus madres son hermanas y ellos dos crecieron siendo buenos amigos. Cuando él estaba

deprimido, ella fue su paño de lágrimas.

—Oh, qué cómico. Suena como sacado de una obra de Shakespeare.

—Bueno, todo es gracias a ti y al hermoso vestido que me hiciste. Sin él, nunca habría ido. Ahora, el señor Johnson dice que no quiere arriesgarse a que me escape de nuevo.

—¡Oh, qué maravilloso! Por supuesto, te echaré terriblemente de menos cuando te vayas, pero estoy tan feliz por ti.

—Supongo que no nos casaremos hasta la próxima primavera, así que no tienes que preocuparte de que me vaya a ir corriendo ahora mismo.

—Una boda en primavera. Será hermoso.

—Pienso llevar el vestido que me diste. No espero nada demasiado elegante, pero espero que sea lo suficientemente bonito.

—Parecerás un ángel entrando en esa iglesia, con flores de primavera alrededor de tu velo. Ese señor Johnson es un hombre afortunado.

Ambas chicas siguieron riendo, olvidándose por completo del desayuno y del día que tenían por delante.

Betsy estaba a punto de salir de la habitación de Isabella, recordando sus obligaciones, cuando la señora Peterson apareció marchando por el pasillo.

—No sé qué creen que están haciendo, pero en esta casa, ¡espero puntualidad sin demoras!

La señora Peterson miró a cada una con fiereza. Su moño estaba tan apretado contra su cabeza que Isabella estaba casi segura de que le daba a todo su rostro el aspecto de cuero estirado.

—Estábamos charlando y perdimos la noción del tiempo, eso es todo —explicó Betsy—. No pretendíamos causar ningún daño.

—Tanto si pretendían causar daño como si no, llegan tarde. Ya deberían estar a la mitad de la limpieza de sus habitaciones. Y usted, señorita Watts —dijo la señora Peterson volviéndose hacia Isabella—. Ya ha retrasado a su alumna un día. ¿Es realmente necesario hacer esperar aún más la educación de la señorita Jacqueline?

—Lo sentimos, señora Peterson. Como dijo Betsy, no hubo ninguna mala intención. Betsy solo tenía buenas noticias que compartir —dijo Isabella, mirando a su amiga con una sonrisa.

—Las buenas noticias se darán en su propio tiempo —espetó bruscamente la señora Peterson antes de darse la vuelta.

Ambas damas se quedaron en el pasillo escuchando el tintineo de las llaves de la señora Peterson mientras se alejaba.

—Vaya, hasta el hierro de su falda parece enojado con nosotras hoy —comentó Isabella.

Esto provocó otro ataque de risitas en las chicas, que rápidamente sofocaron antes de seguir con sus asuntos.

Isabella pasó el resto del día en compañía de su alumna, encerradas en el aula. El clima afuera estaba completamente «dreich», en palabras de la señora Murray.

Isabella podía adivinar que el significado era algo así como gris y lluvioso. No pareció mejorar en todo el día. Entre eso y el viento mucho más frío, Isabella no veía forma de sacar a Jackie al exterior.

Al finalizar el té de la tarde, Jacqueline estaba ansiosa por cualquier cambio de escenario. Era difícil para Isabella llevarla por la casa por temor a interrumpir a los habitantes y sus invitados.

Lady Lydia detestaba a Jacqueline casi tanto como le desagradaba Isabella. Por esa razón, como parte de las condiciones de cumplimiento de Isabella, no debía distraer más a la casa con cosas como frascos de insectos.

Con la parte principal de la mansión inaccesible para ellas, Isabella estaba luchando por encontrar un cambio de escenario para aplacar la inquietud de su pupila.

—Tengo una idea —dijo finalmente Isabella cuando Jackie gimió ante la idea de sacar su pizarra y tiza una vez más para su aritmética.

—Me gustaría llevarte a un lugar donde verás un uso muy práctico para las fracciones que estamos aprendiendo. Sin embargo, tendremos que hacerlo muy silenciosamente. La señora Peterson no estaría nada complacida.

La idea de salir del aula y desafiar a la señora Peterson, todo en un momento, era casi más de lo que la niña podía soportar.

—Muy bien, primero cambiemos tu vestido por uno más viejo. Puede que nos ensuciemos un poco y odiaría arruinar un vestido rosa tan bonito.

Jacqueline se cambió el vestido emocionada, con la ayuda de Isabella, y juntas caminaron silenciosamente por el largo pasillo que conducía al final del ala oeste.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que Isabella había hecho este recorrido, pero lo recordaba bien. Allí, al final, había escaleras que subían y escaleras que bajaban. Conducían hasta el piso de los sirvientes y estaban, esperaba Isabella, lo suficientemente alejadas como para no ser notadas por la señora Peterson.

Caminaron muy lenta y cautelosamente, muy parecido a Peter Rabbit escabulléndose del señor McGregor. A menudo, pisaban una tabla crujiente con sus zapatillas de seda y Jackie tenía que cubrirse la boca para sofocar una risita.

Dos veces se escondieron tras una esquina mientras recorrían los aposentos de los sirvientes para no ser vistas. Finalmente, llegaron al destino planeado por Isabella: la cocina.

La habitación estaba llena de bullicio, con las criadas de cocina corriendo de un lado a otro, revolviendo ollas y amasando masas. Jacqueline se quedó asombrada ante toda la emoción que había justo debajo de sus pies y de la que no había sido consciente.

—¿Y qué podrían estar haciendo ustedes dos aquí? —llamó una voz alegre desde el otro lado de la habitación.

Era la señora Frederickson, la cocinera de la casa. Aunque era alta y desgarbada, también era tan jovial como el mismísimo San Nicolás. Isabella se había sentado con ella en algunas ocasiones en el comedor para tomar un refrigerio nocturno.

La señora Frederickson incluso le había contado maravillosas historias de cuando Lord Bellfourn era solo un muchacho y se colaba en la cocina, tal como él mencionó en su primer encuentro. Se reía con ganas mientras explicaba que Lord Bellfourn se creía un verdadero Robin Hood, correteando por la cocina y robando los dulces. Nunca consideró que todos lo veían y sabían muy bien lo que estaba haciendo.

—Bueno, señora Frederickson —dijo Isabella, cruzando la cocina con Jackie a remolque—. Jackie, aquí presente, está teniendo dificultades para entender las fracciones. Me dijeron que usted estaba haciendo pasteles de Shrewsbury y pensé que tal vez podríamos ayudar.

—¿Cómo me enseñarían las galletas dulces mis fracciones? —preguntó Jacqueline.

—Bueno —dijo la señora Frederickson, llevándose un dedo al costado de su estrecha nariz—, si tienes que preguntar, supongo que sí necesitas una lección de fracciones. Ven conmigo, pequeña —hizo un gesto con la mano para que las dos la siguieran—. Te mostraré todos mis secretos para hacer las mejores Shrewsbury que se derriten en tu boca.

Media hora después, la masa estaba mezclada y tanto Isabella como Jacqueline estaban completamente cubiertas de harina.

—Ahora, ven —continuó la señora Frederickson con su lección, extrañamente sin una miga o pizca de harina en su propio delantal—. Debemos tomar esta masa y hacer veinticuatro galletas pequeñas. Además, todas deben ser del mismo tamaño —advirtió la señora Frederickson.

—Ahora inténtalo tú primero, señorita Jacqueline —la animó.

Durante unos momentos, Jackie sacó trozos de masa, los enrolló en bolas y los alineó. A medida que avanzaba, algunos eran grandes, otros demasiado pequeños. Pronto se quedó sin masa antes de completar la tarea. Suspiró decepcionada.

—Fue un esfuerzo muy noble —la animó la señora Frederickson—. Pero tengo un plan mejor. Junta toda la masa de nuevo en una sola pieza.

Jackie hizo lo que se le pidió.

—Ahora vamos a extenderla en un cuadrado grande —dijo la señora Frederickson, haciendo el trabajo con la habilidad de una profesional.

—Podrías intentarlo a tu manera, cogiendo y adivinando si es suficiente, o podríamos dividir la masa uniformemente.

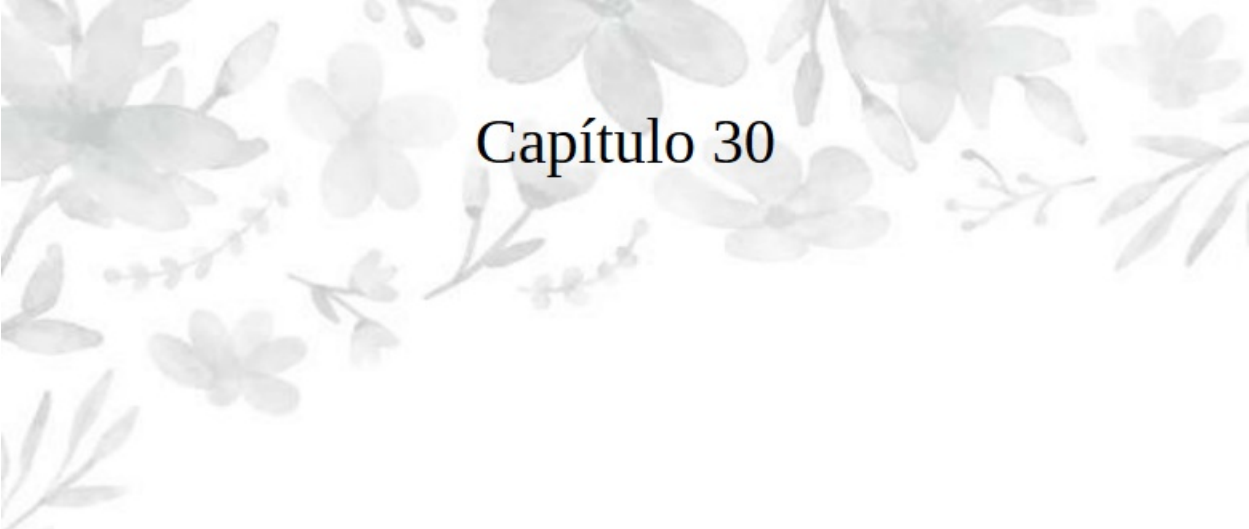
La señora Frederickson regresó con un cuchillo y cortó la masa por la mitad de manera uniforme.

—Ves, de esta manera, cada vez que la cortamos, todas las piezas se hacen igualmente más pequeñas hasta que tenemos el número que queremos.

Más tarde esa noche, justo antes de la cena, Jacqueline presentó un plato de galletas de Shrewsbury perfectamente iguales a la señora Murray para que las probara.

—No sé qué se ve mejor para comer, si las galletas o tú —dijo la señora Murray, quitando un poco de harina de la mejilla de Jackie con su pañuelo.

—¡Las galletas, Nana, debes probar las galletas! —respondió Jackie, rebosante de emoción.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a rose and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 30

Isabella estaba disfrutando enormemente su tiempo con su pupila y no podía ni siquiera imaginar una vida sin ella. Con la llegada del otoño y el cambio al invierno, los días se acortaban y oscurecían. Esto confinaba a la alumna más tiempo en el aula, pero Isabella encontraba cada vez más formas de entusiasmar a la niña. Con esto, también aumentaron las visitas regulares a la señora Frederickson para tomar lecciones en la cocina.

Isabella también se permitió más libertades, llevando a su pupila a la parte principal de la casa para elegir más libros o mostrarle muestras de bordado en el salón. Isabella ya no temía las amenazas de Lady Lydia.

Lady Lydia también debió haber notado el cambio en el comportamiento de Isabella, porque ya no encontraba oportunidades para mostrarle el recorte durante sus pocos encuentros.

En su lugar, Lady Lydia puso todos sus esfuerzos en recibir algo de afecto de Lord Bellfourn antes de su partida. Tocaba el piano, cantaba canciones e incluso comenzó a mimar a Jacqueline, con la esperanza de ganarse el corazón del Marqués.

Jackie no tenía a Lady Lydia en muy alta estima. Hasta este punto de su visita, todo lo que Lady Lydia parecía hacer era quejarse de la presencia de la niña. Ahora que estaba desesperada por asegurar el afecto, había dado un giro completo y trataba a Jacqueline como si fuera una niña preciosa para ella.

Tenía una forma de hablarle a Jackie, con una voz muy aguda y en el tono que uno podría usar para un bebé, que era bastante irritante para los oídos.

Isabella hacía todo lo posible por animar a Jackie a soportarlo con la mayor educación posible. También tuvo que recordarle a Jackie que expresar sus pensamientos en francés, como solía hacer en presencia de la señora Peterson, no sería una buena idea, ya que Lady Lydia dominaba el idioma.

Aunque Isabella había desarrollado instintos maternales hacia Jackie, tenía que admitir que prefería mucho más el nuevo trato de Lady Lydia que el que había mostrado en el pasado.

A pesar de lo que esperaba que Lord Bellfourn hubiera querido decir en su paseo desde el pueblo, Lady Lydia seguía siendo una posibilidad real como su esposa. Si no otra cosa, Isabella se sentía segura al saber que si su matrimonio ocurría, Lydia tendría que ser amable con la niña.

Isabella no podía evitar sentirse satisfecha también por el hecho de que Lady Lydia aparentemente había renunciado a todos los intentos de manchar su reputación.

Sin embargo, la verdadera razón por la que Lady Lydia había suavizado sus amenazas llegó unos días antes de que Lady Cunningham y su hija tuvieran que regresar a su propia finca. Llegó en forma de una carta sin dirección de remitente.

Isabella se quedó perpleja ante la caligrafía, que no reconocía, mientras se dirigía de vuelta a su habitación.

Isabella:

¿Crees que hay algún lugar en el Imperio de Su Majestad donde puedas huir y que yo no te encuentre?

Te he encontrado. Te arrepentirás del día en que me rechazaste.

No estaba firmada, pero no hacía falta. A Isabella se le heló la sangre. El señor Smith sabía dónde estaba. ¿Hasta dónde llegaría para asegurar su destrucción?

Antes de que pudiera sumirse en la tristeza, en su lugar se encendió de rabia. Solo había una razón por la que recibiría una amenaza tan horrible y tendría menos presión de Lady Lydia.

Bajó las escaleras sin pensarlo, con la carta en la mano. Encontró a Su Gracia, Lady Abigail, Lady Cunningham y la horrible Lady Lydia sentadas en el pequeño salón tomando su té de la tarde.

—Perdonen mi intrusión —dijo Isabella, haciendo todo lo posible por ocultar su rabia tras una sonrisa—. Me preguntaba si podría robarle un momento a Lady Lydia.

Todos los ojos la miraron con confusión. No era un secreto para nadie en esa habitación que Lady Lydia detestaba a Isabella. De hecho, había sido muy vocal al respecto durante el transcurso de su visita.

—Tengo una carta —Isabella la levantó para que todas la vieran— de la señora Mason.

Isabella contuvo la respiración, haciendo todo lo posible por contar la mentira.

—Le he estado escribiendo regularmente. Cuando le dije que Lady Lydia estaba aquí, añadió un bonito mensaje para ella al final de la carta.

—Oh, qué considerado por parte de la señora Mason —dijo Lady Cunningham, sin ser consciente del verdadero contenido del pergamino.

Lady Lydia no tuvo más remedio que disculparse y seguir a Isabella a la privacidad del salón matutino.

—Cómo te atreves —comenzó Isabella, sin importarle ya las repercusiones de su comportamiento grosero—. Le escribiste al señor Smith. Le diste la dirección de mi empleo.

Isabella arrojó la amenazante carta sobre la mesa frente a Lady Lydia. Para una situación tan hostil, Lady Lydia se mantuvo perfectamente calmada, con los brazos cruzados sobre su vestido de mañana color menta, una ligera sonrisa en sus finos labios.

—Por supuesto que le escribí —dijo finalmente Lady Lydia—. ¿Realmente creíste que te permitiría trabajar aquí, envenenar a Lord Bellfourn contra mí y quitarme todo lo que merezco por derecho una vez más?

—Ya no somos niñas, Lydia —dijo Isabella exasperada. Se esforzaba por mantener la voz baja—. No te quité nada entonces y no te quitaré nada ahora.

—Me has costado mi puesto —continuó Isabella, deseando que Lady Lydia entendiera la gravedad de su acto—. Sin duda, él le escribirá al duque. Cuando Lord Bellfourn lea esa carta en su lugar...

—Estarás desempleada. Sí, soy muy consciente de lo que hice —respondió fríamente, como si la conversación ahora la aburriera.

—Este es mi sustento. Sin este puesto, o al menos una referencia, no tendré esperanza de conseguir otro. No tengo otros medios para mantenerme.

—Qué desafortunado para ti. Quizás, en lugar de gastar tus ganancias en vestidos frívolos y dulces, deberías haber considerado que llegaría el momento en que todas tus malas acciones te alcanzarían.

—¿Fechorías? No tienes ni idea de lo que ese hombre me pidió —Isabella tomó aire para calmarse—. Admito que estuvo mal tomar el medallón cuando él era dueño de todo lo que tenía mi padre, pero solo era un collar. No tenía ningún valor para él, excepto por el mero hecho de que era importante para mí.

Isabella se llevó la mano al hueco de su clavícula donde antes descansaba el tesoro.

—Como dije, muy desafortunado para ti. Ahora, si me disculpas, volveré con mi agradable compañía. No me siento cómoda viéndome enredada en otra de tus mentiras.

Recogió la breve carta y la examinó. Frunció el ceño antes de dejar caer la carta de vuelta a la mesa. —Señora Mason, por supuesto —Se dio la vuelta y salió de la habitación antes de que se

pudiera pronunciar otra palabra.

Isabella caminó de un lado a otro varias veces, obligándose a calmarse antes de hacer algo completamente radical.

Recordó algo que su padre le había dicho cuando era niña: "Aunque tu cabello sea tan frío como la noche sin luna, tu cabeza puede ser tan caliente como el sol mismo".

Se quedó quieta, cerrando los ojos, y respiró profundamente. Ya no había nada que hacer al respecto. Si el señor Smith decidía escribir a su empleador, sería Lord Bellfourd quien lo recibiría.

Ya le había contado a Lord Bellfourd algunos de los problemas relacionados con ese hombre, así que tenía que confiar en que al menos le daría tiempo para explicarse. Él entendería. Todo saldría bien al final.

Desafortunadamente, las cosas no siempre salen según lo planeado, como fue el caso de Isabella. Antes de que terminara la semana, recibió tres cartas más amenazantes del señor Smith. Cada una se volvía más iracunda y grosera que la anterior.

La tierra se congeló mucho antes de lo esperado, y Lady Cunningham se vio obligada a extender su estancia varias semanas más allá de su partida prevista debido a lo peligroso de los caminos. Isabella tendría que permanecer en presencia de Lady Lydia por un período más largo. Peor aún, Isabella temía que con el temprano cambio de otoño a invierno, se vería obligada a soportar toda la temporada festiva en presencia de Lady Lydia.

Mientras Isabella temía cada carta que ahora le entregaban y colocaban en la cesta del comedor de los sirvientes, Lady Lydia esperaba con gran ansiedad que llegara una carta dirigida al duque.

Ahora estaba segura de que había asegurado todo lo que le correspondía por derecho. No permitiría que Isabella la opacara de nuevo.

Querida Isabella:

Debo admitir que estoy muy preocupada por ti después de tu última carta. Por supuesto, ambas conocíamos el engaño que se escondía en Lady Lydia, pero este es un proceder de lo más impropio, incluso para ella.

En cuanto a las cartas del señor Smith de las que me has hablado, estoy muy preocupada por tu seguridad. Parece que realmente podría querer hacerte daño.

Sé que debes considerar que la protección de la distancia está a tu favor, pero ¿y si no lo está? Ciertamente, el señor Smith tiene los medios para viajar. ¿Qué pasaría si viniera a Wintercrest?

Sé que te preocupa que Lord Bellfourn pueda pensar menos de tu carácter si discutes todo el asunto con él, pero como tu amiga, debo animarte a que lo hagas, a pesar de tus temores.

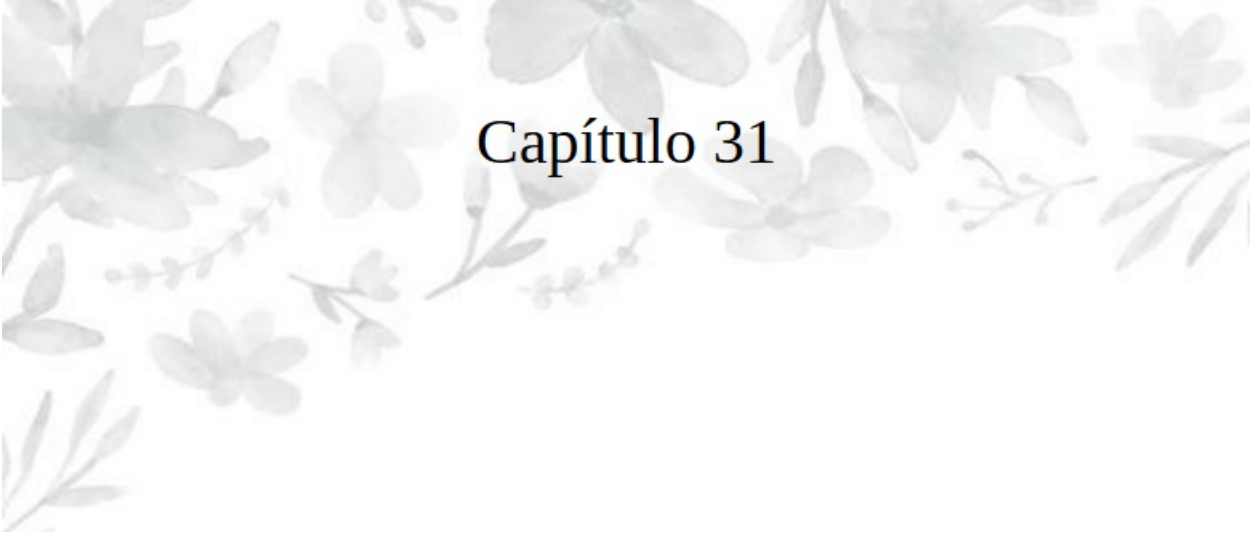
Por el breve tiempo que estuve en su compañía, así como por lo que me has contado durante nuestra correspondencia, creo que es un caballero muy comprensivo. Verá tu lado de la situación y quizás pueda ayudarte.

Sé que hablas como si las cartas y las amenazas no te afectaran, pero conozco tu corazón tierno. Ser objeto de cosas tan horribles, ser acusada falsamente, soportar tal duelo sería difícil para cualquiera.

Te ruego que te liberes de la carga que has llevado sola. Busca consuelo en la amistad de quienes te rodean. Aguanta hasta que Lady Lydia sea alejada de tu presencia. Sobre todo, sabe que pienso en ti y rezo por tu bienestar cada noche.

Deseándote seguridad y amor,

Louisa



Capítulo 31

Isabella consideró el consejo de su amiga. Ciertamente, si esta situación hubiera ocurrido en Rosewater House, habría acudido directamente a Louisa en busca de ayuda. Aunque encontraba sentido en lo que Louisa sugería, tampoco podía superar su temor a disminuir su carácter ante los ojos de cualquiera de los miembros de la casa.

Y aun así, si acudía al marqués ahora, Lady Lydia seguramente se enteraría. Solo lo usaría para alimentar la malicia y el desagrado de la duquesa y quizás incluso de Lady Abigail.

Isabella no podía arriesgarse a esa posibilidad. Apreciaba demasiado a ambas damas como para perder su amistad. Una vez que Lady Lydia se fuera de Wintercrest Manor, acudiría a Lord Bellfourn y pondría todos sus sucesos pasados y sus repercusiones a sus pies para que los juzgara.

Todos los pensamientos sobre sí misma y sus propios problemas se desvanecieron cuando la salud del duque empeoró drásticamente con la llegada del clima invernal. Apenas dos semanas después de que Isabella recibiera su primera carta amenazante, el médico vino a visitar por última vez.

Aunque el doctor había intentado todos los tratamientos a su alcance, temía que la enfermedad junto con un posible pulmón perforado hubieran sido demasiado para que el duque se recuperara. Con mucho pesar, informó a la familia que el duque probablemente no sobreviviría la noche. La familia se reunió en la biblioteca esa noche, a solo una puerta de distancia de su patriarca.

La habitación estaba envuelta en velos oscuros y pesares silenciosos no expresados. Isabella estaba presente al lado de Jackie. Cada miembro de la familia esperaba la oportunidad de decir su último adiós.

El duque luchaba por respirar, apenas podía comer nada y apenas podía pronunciar unas pocas palabras. No obstante, deseaba dar a los miembros de su familia unas últimas palabras de

sabiduría.

Lady Wintercrest permaneció al lado de su esposo durante todo el tiempo, sosteniendo suavemente su débil mano. Todos los demás miembros de la familia e invitados esperaban en el salón para ser llamados uno por uno.

Primero fue Lady Abigail. Pasó media hora con su padre antes de regresar a la biblioteca muy alterada. Lady Cunningham, con su sabiduría maternal, abrazó a Lady Abigail y la dejó llorar.

Lord Bellfourn fue el siguiente. Isabella estaba segura de que volvería de la habitación no como el heredero afligido y confundido sin deseo por su título, sino como el hombre que ella sabía que podía ser.

Pasó varias horas al lado de su padre antes de regresar a la biblioteca. Todo el grupo esperaba en silencio, aunque la pequeña Jackie se había quedado dormida en el regazo de su institutriz debido a lo avanzado de la hora. Lord Bellfourn salió de la habitación, con los ojos hinchados y rojos, y se dirigió directamente hacia Isabella.

Se inclinó y levantó a Jacqueline en sus brazos. Ella apenas se despertó al contacto. Él fácilmente alzó el cuerpo lánguido sobre su hombro y extendió su mano para tomar la de Isabella.

Ella la tomó inmediatamente, sin pensarlo, y se puso de pie a su lado, sin estar segura de lo que él quería de ella.

—Se está acercando al final ahora —dijo Lord Bellfourn—. Quiero que se despidas de Jacqueline.

Llevó a las dos chicas a la habitación, mirando por encima del hombro solo una vez para asegurarse de que Lady Abigail también los seguía. Ella ya se había levantado y se había puesto a su lado.

Isabella notó las palabras específicas que usó. Lord Bellfourn quería que el duque se despidiera. Presumiblemente, eso significaba que el duque no tenía deseos de ver a su única nieta, incluso a las puertas de la muerte.

—¿Puedo ser de ayuda? —dijo Lady Lydia, poniéndose de pie.

—No, gracias, mi padre desea estar rodeado solo de familia —respondió Lord Bellfourn antes de tomar a la adormilada Jackie en sus brazos y con las dos damas siguiéndolo detrás.

Isabella hizo todo lo posible por ignorar los ojos de Lady Lydia que caían sobre ella con malicia. Estaba casi segura de que habría repercusiones por este momento, pero no le importaba en absoluto.

Cuando entraron en la habitación, era difícil ver. Solo el resplandor del fuego iluminaba la estancia. Lady Wintercrest estaba sentada en una silla, secándose continuamente las lágrimas con un pañuelo.

La duquesa estaba exhausta por las horas al lado de su esposo. Mechones de su cabello habían caído en todas direcciones, algunos brillando plateados a la luz del fuego. Aunque estaba envejecida y con hijos adultos, aún se sentía demasiado joven para quedarse viuda.

El duque estaba sentado en su cama con varias almohadas. Incluso en las pocas y cortas semanas desde la última vez que Isabella lo había visto, había envejecido y se había consumido drásticamente. Parecía que los cojines a su alrededor estaban más para mantenerlo en su lugar que para simplemente apoyarlo en una posición sentada. Isabella temía que en cualquier momento su frágil cuerpo pudiera desplomarse.

Cada respiración era una lucha para él. Incluso desde el otro lado de la habitación, Isabella podía escuchar el sonido gorgoteante del líquido mientras luchaba por inhalar más aire. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas. Las antes solemnes arrugas de su cara ahora colgaban sin la carne debajo. Incluso su rostro parecía estar luchando por mantenerse erguido.

Jackie finalmente se incorporó en los brazos de su tío, frotándose los ojos. Isabella se acercó y tomó a la niña en sus propios brazos. Lord Bellfourn y Lady Abigail se pararon en el lado opuesto de la cama al de su madre. Isabella se quedó atrás con Jackie en sus brazos y le dio privacidad a la familia.

El duque no podía hacer nada más que mover los ojos y observar a su familia reunirse a su alrededor. Peor aún, Isabella podía ver su mente trabajando y, sin duda, los deseos de su corazón luchaban por liberarse. Era más de lo que podía manejar en su estado debilitado. No le quedaba más remedio que mirar mientras su familia lloraba ante él.

Lord Bellfourn se dio la vuelta y buscó por la habitación a Isabella y Jackie. —Vengan aquí —llamó suavemente—. Traigan a Jackie ante él.

Isabella hizo lo que se le ordenó y trajo a la niña. Lord Bellfourn se hizo a un lado, cediendo su lugar a la derecha de su padre para ser reemplazado por su sobrina.

Isabella se paró detrás de su pupila, lista para ayudar de cualquier manera posible. Solo podía imaginar cuán confusa y aterradora debía haber sido esta noche para una niña tan pequeña. Jacqueline agarraba firmemente ambas manos de su institutriz, un poco desconcertada por el estado de su abuelo.

Isabella se arrodilló, aún sosteniendo firmemente cada una de las manos de Jackie y le susurró al oído en francés:

—Está bien, pequeña. Dile a tu abuelo cuánto lo amas.

Grandes gotas de lágrimas se acumularon en los ojos de Jacqueline. No entendía mucho sobre lo que significaba la muerte, pero sí sabía que era una especie de partida, y una muy triste además.

—Recé el Padrenuestro solo por ti, Grandpère —dijo Jacqueline, apenas por encima de un susurro.

Aunque estaba demasiado débil para moverse o hablar, los ojos del duque se posaron en el rostro de su nieta. Sus labios, ligeramente teñidos de azul, se curvaron en una sonrisa temblorosa y una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

Se esforzó por mover su única mano libre. El marqués se adelantó, ayudando a su padre a colocar su mano en la de Jacqueline.

Isabella hizo todo lo posible por contener sus propias lágrimas. Incluso si esta unión entre abuelo y nieta era obra del marqués, el duque se alegraba de ello. A través del resplandor del fuego, Isabella podía ver fácilmente el amor y las palabras nunca dichas en el brillo de los ojos del duque.

—¿Por qué está tan frío? —susurró a su institutriz en francés.

—Quizás necesite que tú lo calientes —le susurró Isabella de vuelta, sin querer decirle a la niña la verdadera razón.

—Calentaré tu mano por ti, Grandpère —dijo Jacqueline, frotando sus dos pequeñas manos sobre la más grande y fría.

Toda la familia observó cómo las dos pequeñas palmas, aún ligeramente regordetas por la infancia, frotaban suavemente los largos dedos arrugados que ya empezaban a ponerse grises.

—Jackie —la voz de Lady Wintercrest sonó ronca desde el otro lado de la cama—. Canta para tu abuelo, para que pueda dormirse en paz. —Hizo todo lo posible por sonreír a la niña, a pesar de sus lágrimas.

Era evidente para todos en la habitación que el final se acercaba. El cuerpo del duque no podía resistir más con la fragilidad de sus pulmones. Isabella temía enormemente una despedida dramática que pudiera traumatizar a la niña. Esperaba que con la sensación de amor y la liberación del dolor por su hijo mayor, Lord James, el duque pudiera pasar a la otra vida en paz.

—Oui, Grandmère —dijo ella.

Observó la mano de su abuelo entre las suyas, continuando con el suave roce para transmitirle su calor, mientras cantaba su nana.

—Bajo la luz de la luna
Mi buen amigo Pierrot
Por favor préstame una pluma
Para escribir una nota
Mi pequeña vela se apaga
Ya no queda luz
Abre tu puerta, por favor
Ten piedad de mí esta noche.

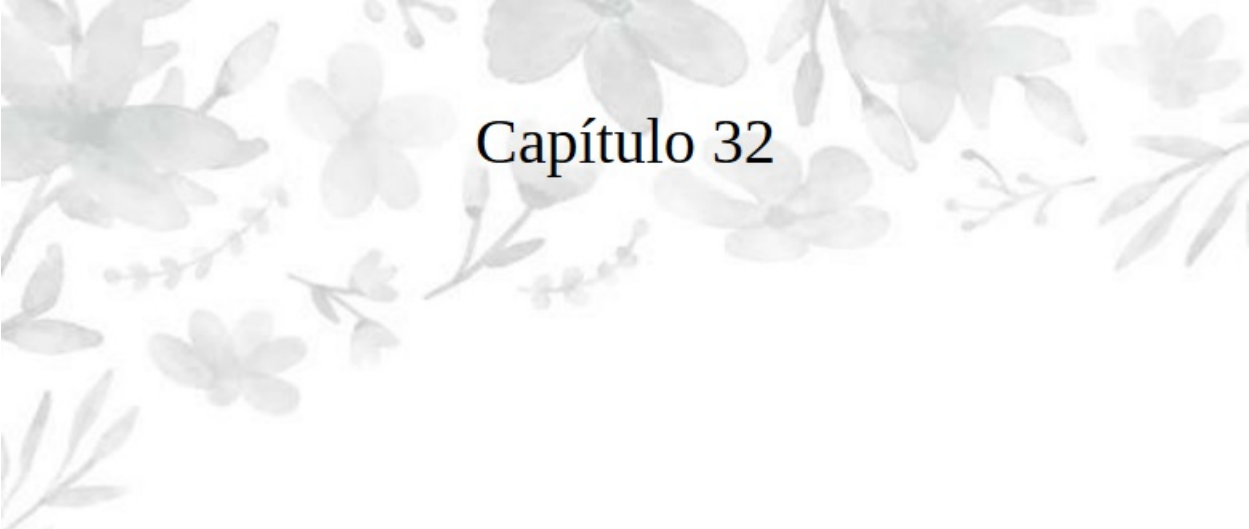
Mientras Jacqueline continuaba su canción, los ojos del duque se cerraron suavemente y, con el escape de una última lágrima, su respiración se aquietó y se fue apagando pacíficamente.

Isabella no necesitó escuchar el sollozo ahogado de Lady Wintercrest, que sostenía su otra mano, para saber que su tiempo había pasado. Esperó hasta que la niña terminó antes de tomarla de nuevo en sus brazos.

—¿Está dormido Grandpère ahora? —preguntó Jacqueline a su institutriz.

—Sí, lo has hecho muy bien, mi pequeño querubín. Vamos a buscar tu propia cama ahora.

Se detuvo para sostener la mano de Lady Abigail por un segundo antes de salir silenciosamente de la habitación.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 32

Las semanas después de la muerte del duque pasaron en un tranquilo borrón. Lady Cunningham, al final, decidió quedarse todo el año para ayudar a su amiga a sobrellevar su duelo. Isabella comprendía que Lady Cunningham quisiera estar junto a una amiga cercana en su momento de necesidad, pero no podía evitar lamentar que la alegre temporada festiva ahora se pasaría en presencia de Lady Lydia.

Lady Wintercrest estaba desconsolada por la muerte de su marido. Aunque Isabella nunca había pensado que su matrimonio fuera uno de romance, era evidente que Lady Wintercrest sentía una profunda admiración por su esposo y extrañaría enormemente su compañía.

Poco después de su fallecimiento, el duque fue enterrado en el cementerio familiar junto a su hijo, Lord James. Fue en este momento cuando Lord Bellfourn se vio obligado a asumir las tierras, el título y el asiento de su padre.

Al principio dudó, a menudo sin salir de su habitación durante todo el día, tan profundamente agobiado estaba por la perspectiva que tenía ante sí.

Aunque sabía que, con el fallecimiento de su hermano mayor, este día llegaría eventualmente, no esperaba que fuera tan pronto. Incluso mientras la salud del difunto duque continuaba deteriorándose, Lord Bellfourn estaba seguro de que al final se recuperaría.

Ahora, el capitán Christian Grant era el Duque de Wintercrest. Era un peso y una responsabilidad para la que no se sentía preparado ni adecuado, pero era suya, sin embargo, y así la asumió.

Desafortunadamente, incluso con el estado sombrío de la casa, la vida parecía continuar en otros lugares. Esto lamentablemente incluía la correspondencia continua del señor Smith. Isabella, aunque ciertamente no disfrutaba de sus cartas, estaba resignada al hecho de que, al menos, solo le escribía a ella y, hasta ahora, no había enviado ninguna palabra a la familia.

—¿Qué están haciendo hoy, señoras? —una voz masculina llegó a través de la puerta del aula justo después de la temporada festiva.

El recién nombrado Duque de Wintercrest por la Cámara de los Lores no había visitado mucho a su sobrina en los últimos meses. El rostro de Isabella se iluminó de alegría al verlo allí ahora y notar algo del viejo brillo en sus ojos.

—Estábamos examinando nuestras orugas para ver si se retorcían. Niñera dijo que las vio bailar, pero no le creo —dijo Jackie, poniéndose frente a su tío.

—¿Crees que podrías vigilar a tu pequeña amiga mientras hablo con la señorita Watts?

—Está bien, te la prestaré si debes —dijo la niña, mostrando su personalidad infantil—, pero debes prometer devolverla.

—Por mi honor —dijo el Duque de Wintercrest, con la mano en el corazón—. Si no le importa demasiado, por supuesto, señorita Watts.

—Por supuesto que no —Isabella se levantó de su asiento agachado junto al pequeño frasco de criaturas.

Él le ofreció su brazo y ella deslizó su mano felizmente. Caminaron en un cómodo silencio mientras se dirigían al despacho del duque. Había sido trasladado, una vez más, a su habitación original después de retirar los objetos del dormitorio.

El duque escoltó a Isabella adentro y cerró las puertas dobles tras ellos. En lugar de ir a su escritorio, caminó hacia los dos sillones frente a un cálido fuego.

Más que sentarse, se desplomó en su asiento. Cubriéndose el rostro con la mano, expuso sus verdaderos sentimientos que aún no había compartido con nadie más.

—Oh, Christian —dijo Isabella tomando asiento frente a él—. Te has visto tan cansado últimamente. He estado tan preocupada por ti. Por favor, dime qué puedo hacer para ayudarte.

Él levantó la cabeza de su mano, despeinándose el cabello en el proceso, y se relajó en una suave sonrisa.

—Ya no estoy seguro de qué se puede hacer.

—Al menos podría pedir algo de té —sugirió ella—. ¿Quizás calmaría tu espíritu?

—No, pero gracias.

—¿Tal vez solo un amigo con quien hablar, entonces? —preguntó Isabella con un tono esperanzado.

—Eso sí lo aceptaría con gusto. En realidad, te llamé aquí por esto —sacó una carta de su bolsillo.

El corazón de Isabella se le atascó en la garganta. ¿Acaso el señor Smith le había escrito al duque después de todo?

—Es de un tal señor Jenkins —dijo, abriéndola, e Isabella se relajó en el respaldo de su silla—. Me dice que es el abogado de tu padre.

—Bueno, lo era. Ahora supongo que es solo un buen amigo.

Christian asintió en comprensión.

—Me explicó que se le encargó enviar tus asignaciones trimestrales del socio comercial de tu padre y asegurarse de que te fueran entregadas.

—Sí, se me concedió una pequeña suma anual tras la muerte de mi padre.

—Me informa que está muy preocupado por tu bienestar porque no ha podido entregarte estas sumas, según lo acordado. Aparentemente, el señor Smith se niega a pagar la cantidad acordada. Estaba preocupado de que sin ella podrías no estar viviendo tan cómodamente como deberías. ¿Estabas al tanto de este asunto? —preguntó, conociendo ya la respuesta.

—Bueno, era consciente de que ya no recibía dinero del señor Jenkins después de la primera cantidad trimestral. Sin embargo, sé que es un hombre confiable y creí que me los enviaría cuando los recibiera, si es que alguna vez los recibía.

—Si hubiera sabido que estabas necesitada...

—No lo estoy. Te lo prometo, Christian —respondió Isabella rápidamente—. Tengo más que suficiente para mis necesidades.

—Supongo que solo deseaba que me hubieras dicho cuando este señor Smith comenzó a tratarte mal de nuevo.

Isabella pensó por un momento en contarle sobre el constante acoso que seguía recibiendo, pero no pudo hacerlo. —Has pasado por un momento muy difícil en tu vida. No quería agobiarte con nada más.

—Pareces ser la única que siente eso en este momento —dijo el duque con desprecio mientras miraba el fuego.

—Por favor, dímelo. Quizás pueda ayudarte.

—Supongo que esa es la verdadera razón por la que te pedí que hablaras conmigo hoy. Espero que puedas ayudarme.

—Mi madre —dijo con un bufido— es de la opinión de que, con mi padre fallecido, es de suma importancia que busque una esposa y asegure el apellido familiar, por así decirlo.

—Es una sugerencia muy práctica de su parte —dijo Isabella, con el corazón palpitando de pánico.

—Estoy seguro de que podrías adivinar que tiene una dama muy particular en mente.

—Supongo que la tendría —dijo Isabella, haciendo lo posible por ocultar su pena.

—Le dije a mi madre que no soporto la idea de casarme con Lady Lydia —estalló el duque, de pie frente a la chimenea—. Es completamente opuesta a mí en todos los sentidos. En mi opinión, tal situación solo tendría un final desastroso.

—Tu madre tiene mucho afecto por su amiga Lady Cunningham, y naturalmente ve el matrimonio como una buena oportunidad para fortalecer el vínculo entre las dos familias. ¿No entendería si compartieras tus sentimientos con ella?

—Ya lo he hecho —respondió, mirando fijamente el fuego—. Mi madre piensa que mi preocupación es precisamente la razón por la que haríamos tan buena pareja. Verás —dijo el duque, volviéndose hacia Isabella para explicar—, ella y mi padre no estaban enamorados. Ni siquiera estoy seguro de cuánto afecto hubo entre ellos. Fue un arreglo muy conveniente para ambas familias. Así como yo soy opuesto a Lady Lydia, mi madre era lo opuesto a mi padre.

—Ella cree que tener una relación así puede moderar los vicios de cada uno y proporcionar estabilidad. En su mente, el éxito del matrimonio no se basa en cuestiones de compatibilidad, sino en las restricciones de la sociedad.

—Seguramente las restricciones de la ciudad no te limitan a una sola dama. Estoy segura de que Lady Wintercrest estará feliz de que encuentres afecto por alguien más que esté de acuerdo.

El duque volvió a sentarse. Había algo en su mente, quizás la raíz de toda la conversación, para lo que estaba tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Y si ya hubiera elegido a otra? —preguntó, mirándola con una mirada profunda. Se llevó la mano a la barbilla mientras estudiaba a Isabella procesando la nueva información.

—Entonces no veo razón por la que tu madre no aceptaría tu elección. Es una mujer muy razonable. Si eliges a una dama de buena cuna, estaría encantada con tu decisión.

—¿Y si la mujer que elegí no fuera de una familia adecuada? ¿Y si supiera que, aunque mi familia piensa bien de la dama en cuestión, podrían no estar de acuerdo con la elección poco convencional que estoy haciendo?

El corazón de Isabella estaba en su garganta mientras el duque hablaba con ojos suplicantes. Esperaba en lo más profundo de su alma que estuviera hablando de ella, que el Duque de Wintercrest desafiara las convenciones y los deseos de su familia para confesarle su amor.

Sin embargo, se detuvo en sus pensamientos. Nunca podría pedirle a Christian que lastimara a su familia por su causa, ni debería desear añadir más a la tristeza actual de Lady Wintercrest.

Tragó con fuerza para contener la emoción que estaba reprimiendo.

—Creo... —dijo Isabella, luchando contra las lágrimas que comenzaban a acumularse— creo que deberías hacer lo que sea mejor para tu familia.

Él dejó caer su mano, conmovido. No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Sabes de quién hablo, verdad? —preguntó.

—Sí —apenas logró decir Isabella con los ojos fijos en la alfombra.

—¿Y honestamente me dirás que no sientes por mí lo mismo que yo siento por ti?

—No, no te diré eso. No te mentaré. Me importas profundamente.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Christian desconcertado.

—Porque también me importan mucho tu hermana, tu madre, tu sobrina. No les causaré más dolor. Ya hay suficiente tristeza en este momento.

—¿Por ahora, o para siempre? —cuestionó el duque.

Se arrodilló frente a Isabella y tomó su mano entre las suyas. Levantó la mirada hacia sus ojos esmeralda, una dirección a la que no estaba acostumbrado.

—Conozco los deberes que tengo ante mí. Me he resignado a la tarea. Sin embargo, sé que no puedo cumplirlos sin tenerte a mi lado.

—Has sido la amiga que me ha consolado, que me ha escuchado mientras luchaba por aceptar la realidad. Has traído luz a la vida de cada persona que has conocido. Sé que contigo, tendré el coraje para superar cualquier cosa que se interponga en mi camino.

—Christian —dijo Isabella suavemente, tomándose un momento para alcanzar y sentir la suavidad de su mejilla.

El duque cerró los ojos y disfrutó de su suave toque.

—No podría soportar lastimarlos —repitió ella en voz baja.

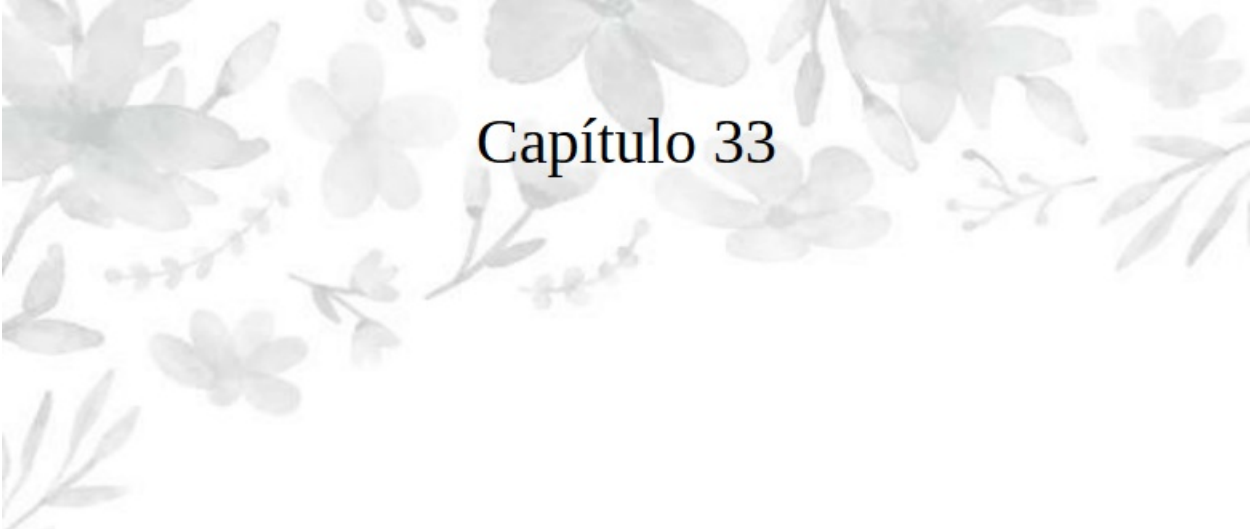
Él abrió los ojos para mirarla —Entonces esperaremos. Podría esperar todo el tiempo necesario, si solo supiera que tú también sientes lo mismo por mí que yo por ti.

Isabella sonrió al hombre arrodillado ante ella. Si él supiera cuánto tiempo lo había guardado en secreto en su corazón, se reiría al hacer tal pregunta.

—Siento lo mismo por ti —respondió suavemente.

Él le sonrió, eufórico. Se inclinó y besó suavemente la delicada mano que sostenía entre las suyas. Poniéndose de pie, la levantó también.

—Entonces esperaré. Todo el tiempo que sea necesario. Cuando pase este tiempo de tristeza, tendremos nuestro día de boda —dijo, mirando hacia abajo al rostro radiante de Isabella con esperanza en sus ojos cristalinos.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a daisy and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 33

Isabella aún guardaba el recuerdo de la mano de Christian en la suya mientras yacía en la cama. Todavía no había abierto los ojos, pero sabía que el amanecer se acercaba. La repetición de sus palabras en su mente parecía derretir todos sus temores.

El montón de cartas que guardaba escondido en el cajón inferior de su cómoda ya no tenía importancia. Ya no le asustaba. Una parte de ella consideraba escribir de vuelta al señor Smith. Quería decirle que había sido bendecida con el afecto del duque y que él ya no tenía poder sobre ella. Se sentía orgullosa.

Con Lady Lydia fuera de la casa y la familia comenzando a sanar sus heridas, era solo cuestión de tiempo antes de que toda la felicidad de Isabella fuera completa.

Solo se atrevía a compartir su alegría con Lady Louisa a través de correspondencia. Era un asunto demasiado delicado —algo aún incierto— como para contárselo a alguien más. Era una carga terrible ocultar su emoción a los demás, especialmente porque se había vuelto tan cercana a Betsy y Lady Abigail.

Con el inicio de la primavera, Isabella estaba a punto de completar su primer año como institutriz. Se alegraba de decir que su alumna había cambiado y crecido mucho durante el último año. Lo más significativo era, por supuesto, su uso del idioma inglés.

Isabella disfrutaba particularmente de esta mejora porque creaba un vínculo profundo entre la niña y su niñera. Algo que Isabella temía enormemente era que Jacqueline extrañara el cuidado maternal que la mayoría de las niñas pequeñas recibían.

Con la señora Murray para cuidarla, Isabella tenía la seguridad de que Jacqueline, aunque por supuesto nunca podría reemplazar a su propia madre, tenía una sustituta adecuada. Ahora era

capaz de escribir mucho por su cuenta a su madre en Francia.

Isabella se alegraba de que, incluso con el Canal de la Mancha entre ellas, Jacqueline pudiera tener una relación con uno de sus padres. Por supuesto, nunca había conocido a su padre, pero Isabella había hecho una prioridad, durante el último año, que la niña fuera consciente de él, e incluso alentaba a la familia a hablarle de él a Jacqueline.

Isabella entendía por qué, hasta su llegada, la familia rara vez hablaba de su miembro fallecido. Era algo doloroso, incluso hablar de recuerdos felices, porque también traía consigo tristes recordatorios de la partida.

No era un obstáculo fácil de superar, como Isabella había aprendido de niña. De hecho, suponía que fue la temprana partida de su propia madre, y aprender a vivir con un padre afligido por el dolor, lo que le dio las herramientas necesarias para ayudar a la familia Wintercrest a superar sus propios sentimientos dolorosos al compartir recuerdos.

—¡Señorita Watts! —llamó Jacqueline emocionada cuando Isabella entró en el aula—. ¡Está pasando! ¡Está pasando!

—¿Qué está pasando, querida?

—¡Las orugas, están saliendo de sus capullos!

Jackie daba saltos de alegría, sus rizos dorados flotando libremente a su alrededor mientras tiraba del brazo de su institutriz.

—La pequeña ha estado llena de emoción toda la mañana —dijo la señora Murray, entrando en la habitación desde el cuarto de los niños—. Apenas pude ponerle la ropa esta mañana. No ha parado de moverse.

La señora Murray tenía una cinta de seda rosa en la mano que aún esperaba poder poner en el cabello de la niña. De ninguna manera estaba irritada por el comportamiento inquieto de la niña esta mañana. De hecho, parecía que la emoción de Jackie se había contagiado a su niñera: se movía con ligereza en sus pasos. Ciertamente había más brío en sus movimientos de lo habitual.

—La única forma en que logré que la niña comiera esta mañana fue moviendo su pequeña criatura justo a la mesa para que pudiera seguir observando.

—Aquí, señora Murray —dijo Isabella, extendiendo la mano hacia la cinta—. Yo le pondré la cinta con gusto. Sospecho que no habrá punto en hacer aritmética esta mañana, ya que parece que la Madre Naturaleza ha hecho otros planes hoy.

Isabella tomó la cinta y la ató para recoger una parte del cabello de Jackie lejos de su rostro. Jackie estaba saltando en su lugar con la cabeza cerca del frasco. Isabella sospechaba que era lo mejor que se podía hacer.

Pasaron la mañana observando cómo su pequeño amigo salía lentamente de su capullo y estiraba sus alas. Jackie estaba tan fascinada que Isabella acertó al estimar que no se haría ningún otro trabajo escolar ese día.

Cuando Betsy llegó al aula con la comida del mediodía, el amigo recién emergido estaba empezando a agitar sus alas con ganas.

—Oh, señorita Watts, ¿no podemos llevarlo afuera ahora? —preguntó Jackie, demasiado interesada para comer.

—Comamos primero. Luego, después, lo llevaremos afuera y veremos si está listo para usar sus alas.

Jackie no estaba contenta con tener que esperar, pero era una niña obediente y fue a buscar a su niñera para el almuerzo.

Isabella no estaba completamente segura de si Jackie había comido algo en realidad. Pasó toda la comida contándole a la señora Murray un relato momento a momento de lo que había estado sucediendo en el frasco, desde el segundo en que la señora Murray había dejado la habitación por la mañana hasta el segundo en que se sentaron para almorzar.

—Señorita Watts, ¿podemos llevar el frasco afuera ahora? —preguntó Jackie mientras los platos y tazas de té eran devueltos a la bandeja para ser recogidos.

—Miremos por la ventana primero para asegurarnos de que el clima es lo suficientemente bueno para él. No me gustaría dejarlo ir si todavía hace frío.

—¿Por qué no?

—Bueno, ha estado cálido y cómodo aquí en tu aula. El fuego lo ha mantenido calentito y acogedor aquí dentro, mientras que afuera hacía frío y nevaba. Sus delicadas alas no pueden soportar el frío extremo.

Isabella llevó a su pupila hacia las grandes ventanas cubiertas por cortinas. Las abrió y echó un vistazo a los jardines cuidados debajo y al cielo arriba.

Había un brillo verde oscuro de humedad. Eso parecía ser casi siempre el caso, así que no era una gran preocupación. Isabella, en cambio, estudió las nubes.

Había aprendido una vez, por las malas, lo que sucedía cuando una tormenta llegaba repentinamente y no iba a cometer ese error de nuevo si podía evitarlo. Isabella estudió las nubes cuidadosamente y determinó que no eran amenazantes.

—Supongo que es lo suficientemente seguro para que hagamos nuestro ejercicio de la tarde ahora —dijo Isabella ante los chillidos y el deleite de su alumna.

Isabella ayudó a Jackie a ponerse su abrigo largo, guantes y manguito de piel. Aunque ya era primavera y las flores florecían con más frecuencia, el viento aún podía tener un frío mordaz.

—He oído que algo emocionante ha estado pasando aquí —llamó una voz profunda desde la puerta.

Isabella desvió su atención de su alumna hacia el caballero que ocupaba casi todo el umbral. Su rostro se iluminó instantáneamente con una sonrisa, como solía suceder con su presencia.

El Duque de Wintercrest agachó la cabeza por costumbre al cruzar el umbral. Aunque las puertas de la mansión eran lo suficientemente altas, incluso para su estatura, Isabella sospechaba que ese no era el caso en el barco, obligándolo a bajar su cabeza rojiza por debajo de su nivel inferior.

—Oh, tío Christian, la oruga ahora es una mariposa. Vamos a salir para dejarla volar —dijo Jackie, aún llena de energía.

—Qué aventura tan divertida. Debes tener la mejor institutriz de todo el país —dijo el duque, agachándose frente a su sobrina pero guiñándole un ojo a Isabella.

Isabella se sonrojó y apartó la mirada. Aunque habían acordado mantener su compromiso en secreto, Isabella no podía evitar pensar que probablemente no eran muy buenos en ello. Especialmente Christian, quien parecía encontrar cualquier excusa para pasar tiempo con ella.

—¿Espero que no os importe terriblemente si os acompaño? —preguntó el duque, sabiendo ya la respuesta.

Cuando su sobrina asintió afirmativamente, el duque se levantó para tomar el brazo de su dama. Jackie cogió el frasco de la pequeña mesa donde había residido durante las estaciones más frías, y juntos salieron al exterior.

Caminaron en silencio por un tiempo, mientras Jackie buscaba el lugar perfecto para liberar a la criatura.

Aunque Isabella llevaba su chal de lana más grueso, aún sentía el mordisco del frío cada vez que soplaba el viento. Se acercó más al duque en busca de calor. Él le sonrió mientras cubría su mano enguantada con la suya, enfundada en cuero, dentro del hueco de su brazo.

Sin embargo, Isabella no pasó por alto que la sonrisa no llegaba del todo a sus ojos azules. Lo observó atentamente mientras seguían caminando. Podía ver que había un gran peso sobre sus hombros.

Finalmente, Jackie decidió un pequeño rincón del jardín con brotes tempranos de bulbos para el nuevo hogar de la mariposa. Quitó la tapa del frasco y observó cómo revoloteaba hacia fuera. Jackie la persiguió por el jardín mientras se sumergía de una flor fresca a otra.

Isabella aprovechó el momento, cuando Jackie estaba completamente distraída, para abordar sus preocupaciones sobre el semblante actual del duque. Estaban caminando por un pequeño sendero de grava que mantenía el jardín separado de cualquier otro.

—Hay algo que os preocupa, Excelencia —afirmó Isabella—. Si necesitáis alguien con quien hablar, estaré encantada de escucharos.

El duque le sonrió, disfrutando del hecho de que lo conociera lo suficientemente bien como para notar su angustia.

—Bueno, mi querida Isabella, mi madre me informó esta mañana que ha decidido organizar un baile muy grande.

—¿Un baile? —preguntó Isabella, un poco sorprendida—. No habría pensado que estuviera en condiciones para semejante tarea.

—Bueno, fue después de recibir el aliento de Lady Cunningham que madre decidió este curso de acción. Según el consejo de Lady Cunningham, la distracción le beneficiará enormemente, además de darme la oportunidad de ser presentado oficialmente como Duque de Wintercrest.

Añadió esto último como si aún no estuviera seguro de cómo le sentaba el nombre. Había cambiado de nombre, y con ello, parte de su identidad, demasiadas veces en los últimos años.

—Supongo que, por esas razones, parece lógico —dijo Isabella, aún tratando de entender por qué la duquesa querría asumir semejante responsabilidad mientras aún se recuperaba.

—Todo es una artimaña —dijo el duque, acalorado por la irritación—. Lady Cunningham, e incluso mi madre, solo están buscando otra forma de empujarme hacia Lady Lydia.

Aunque Isabella estaba segura de su fe en que el duque había sido sincero cuando confesó su amor, aún no podía evitar sentir una punzada de celos.

El duque se detuvo abruptamente en el camino y se volvió hacia Isabella. Levantó las manos y acunó su rostro. Isabella cerró los ojos y se inclinó hacia el contacto. Estaban tan completamente aislados como nunca lo estarían, y el duque quería aprovechar el momento.

Inclinó la cabeza hasta que sus frentes se tocaron. El duque absorbió la electricidad que se acumulaba por su cercanía. Isabella, también, se sintió derretir ante su contacto.

—Anunciemos nuestro compromiso ahora —susurró suavemente.

Isabella abrió los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Isabella estaba segura de que estaba bromeando. Aún era demasiado pronto después de la muerte de su padre para algo así. Él la miró, lleno de amor y honestidad.

—Christian, decirle a tu madre que estamos comprometidos no impedirá que se celebre el baile —dijo Isabella, tratando de aligerar el ambiente.

El duque le dedicó una media sonrisa. Rodeó su cintura con un brazo y sostuvo su mejilla con el otro.

—No me importa el baile. Sí, por supuesto que lo estoy temiendo. Odio los bailes —respondió a su ceja levantada—. Pero, más que eso, no quiero que esto sea un secreto más. Quiero que estés a mi lado esa noche.

—Creo que es demasiado pronto —dijo Isabella. La emoción se atascó en su garganta mientras expresaba su verdadero temor—: Creo que sería mejor que os tomarais más tiempo, Excelencia. —Dio un paso atrás de su abrazo. El mundo parecía mucho más frío.

—¿Más tiempo para qué? —preguntó él, claramente herido por sus acciones.

—Tiempo para pensar las cosas con la cabeza despejada. Tu madre no es la única que está asumiendo una enorme cantidad en este momento. Podrías ver las cosas de manera diferente en el futuro. No quiero que te sientas atado si cambias de opinión.

—¿Cambiar de opinión? —cuestionó el duque con incredulidad. Dio otro paso hacia ella y tomó ambas manos entre las suyas—. Isabella, no me preocupa que mis sentimientos por ti se desvanezcan o se aclaren. Cabalgaría contigo hasta Gretna Green si me lo permitieras.

Isabella lo miró, llena de su propia preocupación. —¿Y tu madre? No soy una dama apropiada.

—Si hubiera sido solo el Capitán Grant en lugar del Duque de Wintercrest, ¿cambiarían tus sentimientos por mí?

—Por supuesto que no —respondió Isabella rápidamente.

—Por eso te amo, por eso quiero que estés a mi lado en la vida. No pienso menos de ti sin el título de tu padre. Mi convicción no vacilará. Ni hoy, ni mañana, ni siquiera dentro de un año. Aunque, Dios no lo quiera, me hagas esperar tanto tiempo —añadió con una sonrisa pícara.

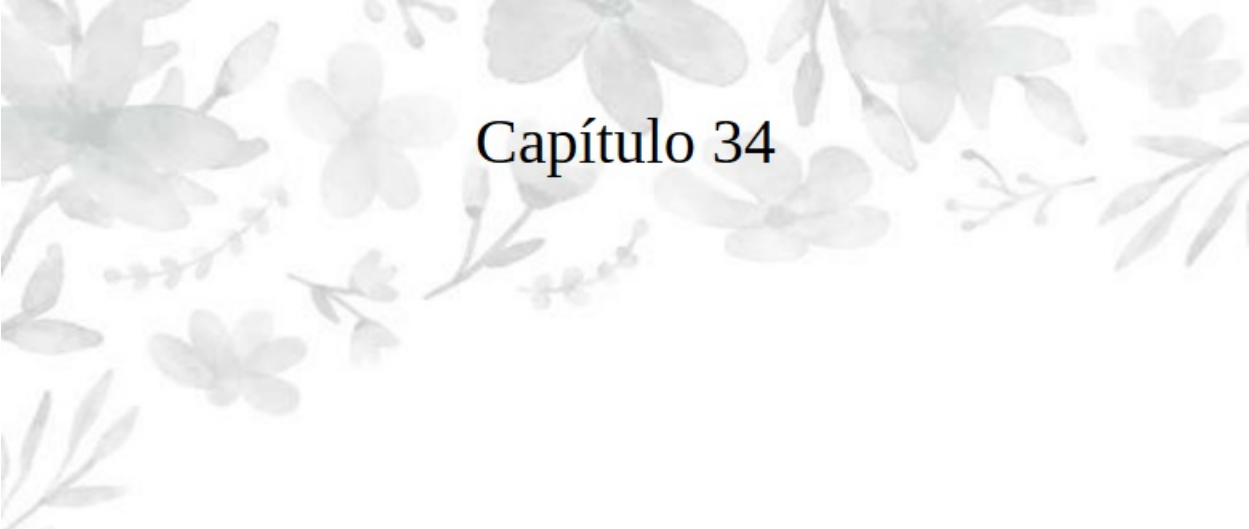
Ella también se ablandó con sus palabras alentadoras. Tomó sus manos suavemente con las suyas. Isabella lo miró tímidamente y él se relajó, sabiendo que la había convencido de disipar cualquier preocupación.

—¿Tío Christian? —llamó una vocecita un poco más allá en el sendero—. ¿Estás enamorado de la señorita Watts? —preguntó Jackie con un romanticismo inocente al observar sus manos entrelazadas. Sus mejillas estaban sonrosadas por el viento azotador y por perseguir a la mariposa.

—Me temo que estoy irremediablemente enamorado —dijo Su Gracia, poniéndose a la altura de la niña—. Pero necesitamos mantenerlo en secreto solo un poco más.

—Hasta el baile —continuó, mirando de nuevo a Isabella—, cuando anunciaré nuestro compromiso a todos.

Isabella sonrió a su futuro esposo mientras compartía su secreto con su sobrina. Asintió en señal de acuerdo. Le pareció un compromiso suficiente. Isabella quería que él tuviera tiempo para adaptarse a su nueva forma de vida antes de añadir más. Esperar hasta el baile le parecía la decisión correcta.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the width of the page.

Capítulo 34

Los oídos de Isabella se aguzaron al escuchar las palabras del duque. Todos estaban sentados alrededor del fuego en la sala de estar una noche. Lady Abigail le estaba enseñando a Jackie un juego de cartas infantil, Lady Wintercrest estaba absorta trabajando en un pequeño escritorio, haciendo una lista de invitaciones, y el duque estaba leyendo correspondencia que no había podido atender antes en el día.

Isabella continuó con su muestra de bordado, pero mantuvo sus oídos atentos a la conversación. Sus ojos solo se encontraron una vez con los de Christian, quien le guiñó un ojo furtivamente.

—No sé si conozco a Lady Gilcrest. El nombre me suena familiar, pero no puedo decir que recuerde haber entablado relación con la familia. ¿Cómo los conoces tú, Christian?

—Cuando estuve en Londres la última vez, conocí tanto a Lady Louisa como a Lord Colton durante el evento del Conde de Cunningham.

Lady Abigail hizo una pausa en su juego. Sabía quién era Lady Louisa en relación con Isabella.

—Oh, sí, madre. Lady Louisa es una muy querida amiga de Isabella. Debemos invitarla. He deseado tanto conocerla.

Isabella notó que Lady Wintercrest vaciló por un segundo antes de asentir y añadir el nombre. Aunque pensaba que Su Gracia y ella habían sido muy discretos, percibió que no había pasado desapercibido para Lady Wintercrest.

Lady Wintercrest ciertamente había sido amable con Isabella, pero ahora parecía haber siempre una vacilación en sus modales. Isabella se preguntaba si estaba decepcionada de que su intento de emparejamiento con Lady Cunningham no hubiera funcionado. Isabella temía que fuera algo mucho más profundo que un simple intento fallido de encontrar pareja para su hijo.

A medida que avanzaba la noche, Jackie comenzó a sentirse cansada. Isabella supuso que era hora de llevar a su pupila a la cama. —Ven, Jackie. Vamos a decir buenas noches.

Jackie asintió con su cabeza dorada en somnoliento acuerdo antes de dar una vuelta por la habitación para despedirse.

Mientras le daba un abrazo a su abuela, Lady Wintercrest se dirigió a Isabella:

—Me preguntaba si podrías volver después de dejar a Jacqueline con su niñera. Hay algo de lo que he querido hablar contigo.

—Por supuesto, Su Gracia —dijo Isabella, un poco sorprendida.

—Maravilloso. ¿Nos encontramos en la biblioteca, entonces? —continuó Lady Wintercrest.

—Sí, Su Gracia —Isabella asintió antes de sacar a la niña de la habitación. Hizo lo posible por ignorar la creciente preocupación en su interior. No era del todo habitual que Lady Wintercrest quisiera una audiencia con Isabella, especialmente una privada.

Isabella se apresuró a llevar a Jackie a la cama y regresar a la biblioteca. La incertidumbre era suficiente para volverla loca. Encontró a Lady Wintercrest sentada en una silla junto a un fuego recién encendido. También se habían encendido varias velas en la habitación para producir suficiente luz. Estaba profundamente absorta, como lo estaba tan a menudo estos días, en su planificación.

—Por favor, ven y toma asiento —dijo Lady Wintercrest, dejando sus notas a un lado. Aunque todavía era joven para ser viuda, los últimos meses la habían envejecido significativamente alrededor de los ojos.

—¿En qué puedo ayudarla, Su Gracia? —Isabella tomó asiento frente a ella. No pudo evitar recordar la última vez que se había sentado en estas sillas. En aquella ocasión, fue frente a Christian, quien le había confesado sus sentimientos.

—Señorita Watts, primero quiero decir que he estado muy contenta de tenerte aquí como parte de nuestra familia.

Isabella estaba segura de que este no era un buen comienzo.

—Has traído tanta alegría no solo a la pequeña Jacqueline, sino a todos nosotros. De hecho, estoy bastante segura de que sin tu presencia, mi esposo nunca habría... —hizo una pausa cuando la emoción pura pudo más que ella por un momento—. Estoy segura de que no se habría ido tan en paz. Estaba tan herido por lo que había sucedido con la madre de la niña y James que mantenía su corazón muy duro hacia Jacqueline.

—Me alegra haber podido ser de ayuda —dijo Isabella, retorciéndose las manos en su regazo.

—No he sido ciega al afecto que mi hijo siente por ti —afirmó con una suave sonrisa en los labios—. Naturalmente, no sería mi primera elección que mi hijo se comprometiera con la institutriz. Has sido más que eso y al principio estaba muy dispuesta a aceptar la unión. Te aprecio mucho, Isabella, y me habría alegrado llamarte mi nuera.

Isabella esperaba el final de sus comentarios que seguramente llegaría y no sería bueno.

—Lady Cunningham no es de las que chismorrear, pero sintió que debía llamar mi atención sobre algo —continuó Lady Wintercrest con considerable nerviosismo.

—Me dijo que se publicó un artículo en Londres que sugería que podría haber habido cierta confusión con un robo antes de que vinieras a quedarte con nosotros. Parece que el caballero encargado de las propiedades de tu padre encontró algunos artículos faltantes cuando te fuiste de Londres.

—Puedo asegurarle, Lady Wintercrest, que nunca tuve la intención de que sucediera. Verá, era un medallón que contenía un mechón de cabello de mi madre. El señor Smith insistió en que le entregara todas mis posesiones, lo cual hice. No pude obligarme a entregarle ese amuleto. Tenía un lugar tan querido en mi corazón.

—Aunque no puedo decir que considere correcto que este señor Smith te exigiera tal cosa, aun así estuvo mal tomar las cosas que robaste.

—Le juro, Su Gracia, que solo fue ese collar. Cuando me enteré de que el señor Smith había puesto el anuncio, se lo devolví de inmediato.

Lady Wintercrest sacó una carta de su pila de papeles con pesar.

—Parece que el señor Smith afirma que se llevaron muchas propiedades —dijo, mirando la carta—. Lady Cunningham solo me informó porque estaba preocupada no solo por nuestra asociación, sino también por ti.

—Parece que el señor Smith afirma que le robaste propiedades por un valor de hasta cien libras.

La boca de Isabella se abrió de la impresión. Habría tenido que llevarse la totalidad de Rosewater y coserla en el dobladillo de su vestido para que eso fuera cierto.

—Afirma que no pudo pagar las deudas que se le habían entregado tras el fallecimiento de tu padre debido a este robo. Desafortunadamente, testificó sobre este asunto ante un juez cuando fue llevado a los tribunales por aquellos que cobraban las deudas en cuestión.

—No hice tal cosa. Es cierto que tomé el medallón, pero nada más. Se le entregó la totalidad de las propiedades de mi padre, incluida nuestra casa en Londres —Isabella hacía todo lo posible por controlar su ira.

Parecía que el señor Smith no tenía límites cuando se trataba de destruir su reputación. Había recibido todo lo que su padre poseía, así como el control total del negocio que su padre había construido, y aun así buscaba destruirla.

—Desafortunadamente —continuó Lady Wintercrest—, las autoridades fueron llamadas para resolver el asunto. Según su investigación, no pueden dar cuenta de los bienes dentro de su antigua residencia que ahora parecen haber desaparecido.

—Ciertamente, podrían interrogar a los sirvientes anteriores. Dejé Rosewater mucho antes de que él tomara posesión del lugar y ellos podrían confirmar que dejé todas mis pertenencias atrás, excepto lo que estaba en mi baúl.

—Los sirvientes confirmaron tal hecho. Sin embargo, la semana después de que te fuiste para unirme a nosotros aquí, aparentemente, un abogado que decía trabajar para el señor Smith vació la casa para vender las posesiones. El señor Smith afirma que tal persona no fue empleada por él, ni ha visto las posesiones desde entonces. Afirma que era un abogado que tú habías contratado.

—¡No es cierto! —dijo Isabella un poco demasiado alto—. Lo siento —dijo recuperando la compostura—. ¿Qué debo hacer, Su Gracia? Todo son falsedades. ¿Cómo puedo probar mi inocencia?

—Bueno, no estoy muy versada en qué hacer en este tipo de situación. Supongo que conseguir un abogado podría ser el primer paso inicial.

—Conozco a uno muy bueno. El señor Jenkins. Trabajó para mi padre. Él me ayudará a resolver esto.

Lady Wintercrest dio un suspiro de alivio.

—Me alegro mucho de oír eso por tu bien —su semblante volvió a decaer—, sin embargo... —Lady Wintercrest dudó, sin saber cómo encontrar las palabras.

Isabella tragó saliva sabiendo lo que debía venir a continuación.

—Sin embargo, no puedo comprometerme con el duque en este momento. En realidad, nunca. Mi reputación está arruinada. Incluso si limpio mi nombre, no hay vuelta atrás de lo que ahora se dice de mí. No puedo traer esa vergüenza al duque, a ninguno de ustedes.

Isabella miró a Lady Wintercrest con lágrimas en los ojos. La duquesa se secaba los ojos con un pañuelo de seda.

—Desearía que hubiera otra manera, querida.

—Pero no la hay —respondió Isabella con firmeza. Su corazón se convirtió en piedra y se hundió en su interior—. Me iré de inmediato —dijo Isabella, poniéndose de pie.

Lady Wintercrest también se levantó.

—Creo que podría ser lo mejor. Temo que cualquier retraso y mi hijo querrá involucrarse. Sería mejor irse ahora antes de que las cosas lleguen demasiado lejos. Puedo hacer que el carruaje te lleve esta noche.

—Sí, por supuesto —dijo Isabella, desanimada por la rapidez de la duquesa y los planes ya en marcha.

Lady Wintercrest se acercó y envolvió a Isabella en un abrazo. No estaba haciendo esto por su propio deseo, sino por el bien de sus hijos. No solo mancharía al duque sino a toda la familia. ¿Quién buscaría la mano de Lady Abigail si se pensaba que su cuñada era deshonesto? ¿Y qué hay de la pobre Jackie? Isabella nunca podría hacer algo que pudiera tener un efecto negativo en la niña más adelante.

Sí, Isabella empacaría rápidamente y se iría esa noche. Odiaba que incluso tan lejos de Londres, todavía no hubiera escapado del odio del señor Smith. No permitiría que su maldad se extendiera a una familia tan inocente, una familia que ya había experimentado suficientes problemas por su cuenta.

Devolvió el abrazo de la duquesa antes de salir apresuradamente de la habitación. Isabella hizo todo lo posible para contener el torrente de lágrimas que amenazaba con caer mientras se dirigía rápidamente al ala oeste de la casa.

Isabella empacó rápidamente algunas de sus pertenencias. Tendría que dejar atrás la mayoría de lo que tenía. Le importaban menos los vestidos y libros que una vez había apreciado y más las personas que tendría que dejar.

Era más de lo que podía soportar pensar en todos los amigos que había hecho y no poder despedirse de ninguno de ellos.

Rápidamente, se le ocurrió una idea. Escribiría una nota para cada uno de ellos. Trató de no detenerse en sus sentimientos mientras escribía su amor y aprecio por cada miembro de la casa que había tocado su corazón en el último año.

Isabella dejó la carta para el duque para el final. Parte de ella esperaba que si nunca llegaba a la carta, nunca tendría que despedirse realmente de él. Un suave golpe en su puerta le indicó lo contrario.

Abrió una rendija para ver a Samuel, el cochero, parado un poco incómodo en su puerta.

—Perdone la intrusión, señorita Watts. Su Gracia me dijo que necesitaría un viaje al pueblo para tomar el primer coche de vuelta a Londres.

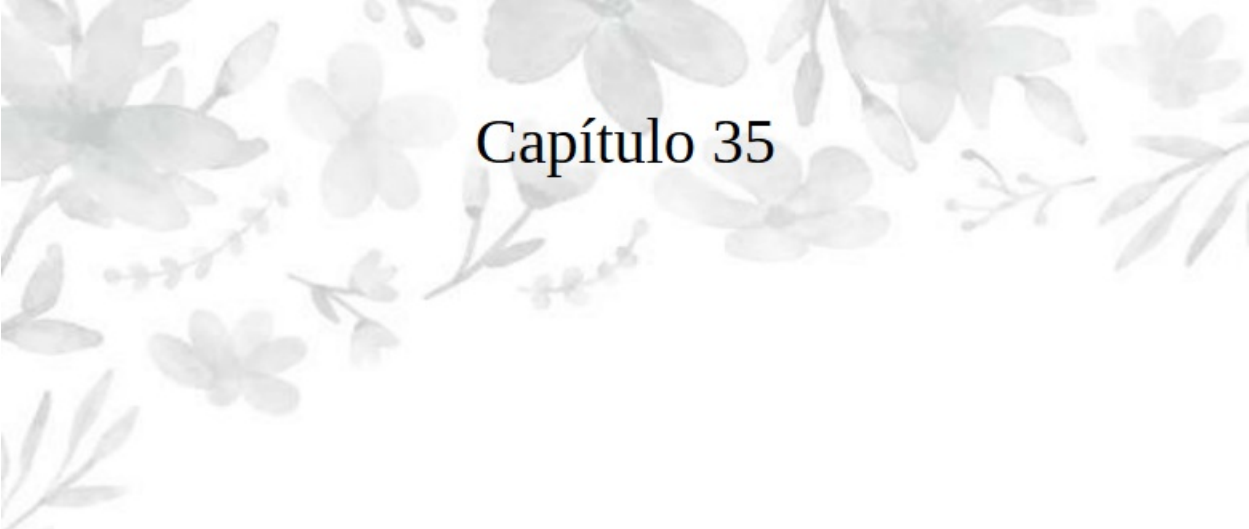
—Sí, gracias, Samuel. Ya casi termino aquí.

—La esperaré afuera, entonces —agregó, claramente incómodo por venir a la habitación de una mujer por la noche.

Isabella cerró la puerta tras el joven que se escabullía y se sentó en su escritorio para escribir su última y más difícil carta. Al terminar, apenas podía ver si era, de hecho, legible, tantas lágrimas caían por sus mejillas.

Isabella, con una pequeña bolsa en la mano, dejó las cartas sobre su almohada con el nombre de Betsy en la parte superior. Sabía que la doncella sería la primera en notar que se había ido por la mañana y le haría el favor de distribuir el resto.

Salió de su habitación y se dirigió fuera de la casa tan silenciosamente como fue posible. Al entrar en el carruaje de los Wintercrest, echó una última mirada a la mansión antes de girar por el oscuro camino que la alejaba.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray floral pattern with various leaves and flowers on a white background.

Capítulo 35

A la mañana siguiente durante el desayuno, la comida familiar fue interrumpida por una doncella muy angustiada.

—Betsy, ¿qué sucede? —preguntó Lady Abigail, la primera en notar a la sirvienta llorosa que entró.

—Ruego me perdonen por la intrusión —dijo con una reverencia entre sollozos—, pero tengo unas cartas aquí para todos ustedes, Su Excelencia.

—Dámelas todas a mí —dijo Lady Wintercrest, extendiendo fríamente la mano.

Betsy hizo lo que se le ordenó.

—¿De qué se trata esto, madre? —preguntó el duque, viendo que Lady Wintercrest tenía conocimiento de lo que había alterado a la doncella.

—Desafortunadamente, la señorita Watts tuvo que marcharse con bastante prisa anoche —dijo Lady Wintercrest tan suavemente como pudo.

—¿Marcharse? —prácticamente gritó el duque, poniéndose de pie. Se inclinó hacia adelante, con ambas manos largas sobre la mesa—. ¿Qué quiere decir con que tuvo que marcharse? ¿Qué sucedió? ¿Dónde está?

El Duque de Wintercrest poco se preocupó por ocultar sus sentimientos hacia Isabella ante tan horrible noticia. No podía imaginar qué la habría hecho huir de la casa durante la noche.

—Ha regresado a Londres. Ya no estará en nuestro empleo.

—¿Qué le dijo anoche? ¿La obligó a irse? —acusó el duque.

—Ella eligió irse por su cuenta. Llegó a mi conocimiento que había algunos problemas relacionados con su carácter. Ahora, sé que todos la apreciábamos profundamente. Ella sentía lo mismo y decidió marcharse. Espera rectificar la situación y sinceramente espero que lo logre.

—¿Esto es sobre ese horrible señor Smith otra vez? —replicó el duque.

Su madre se sorprendió al ver que conocía el nombre.

—Recibí una carta de su abogado, no hace mucho, que indicaba que se suponía que debía recibir una pequeña pensión del negocio de su padre y que el señor Smith la estaba reteniendo.

—No voy a admitir que lo sé todo sobre el asunto —respondió Lady Wintercrest—, pero tendría sentido que él retirara la pensión si sus alegaciones son ciertas.

—¿Y cuál es esa alegación?

—Él afirma que la señorita Watts sustrajo objetos de la casa que heredó por un valor de cien libras.

—Eso es absurdo. ¿No creerá realmente esto?

—Me gustaría pensar que no, pero ella admitió haber tomado al menos un objeto. Un amuleto, de algún tipo —dijo Lady Wintercrest, tratando de recordar lo mejor posible la noche.

—¿Un medallón? —preguntó el duque, volviendo a sentarse en su silla. Se dio cuenta de que no solo la había visto usar ese medallón casi todos los días, sino que también había llegado de la manera más extraña. ¿Acaso Isabella había cosido el collar en el dobladillo porque estaba ocultando su crimen?

—Todos la vimos usar algo así —dijo el duque, incrédulo de que ella pudiera cometer un acto criminal—. Me lo admitió y me dijo que lo había devuelto.

—Como me dijo anoche. Sin embargo, el señor Smith afirma que hay mucho más. Ninguno de nosotros está de acuerdo en que pueda ser el caso, pero hay eventos pasados en su contra.

—Ella tenía todos esos libros en su habitación —intervino Lady Abigail, también incrédula—. Me dijo que los había tomado de la biblioteca de su padre antes de venir aquí. Eran sus libros favoritos y no pensé nada al respecto.

—¿Está mal que tenga pertenencias de su hogar? ¿Pueden imaginar que les dijeran que abandonen esta casa y no se lleven nada con ustedes? Es más de lo que cualquiera podría soportar. Me niego a creer estos cargos —resolvió el duque.

—En nuestros corazones, ninguno de nosotros lo hará —dijo Lady Wintercrest, extendiendo la mano hacia su hijo a través de la mesa—. Pero el hecho es que ella sabía que no sería bueno para ti si se hubiera quedado y se hubiera anunciado vuestro compromiso.

Los ojos del duque se abrieron de par en par, sorprendido de que su madre supiera sobre su compromiso secreto.

—No seas tonto, Christian —dijo Lady Abigail, quitándole importancia—. Todos lo sabíamos. Puede que hayas mantenido las palabras en silencio, pero no podías ocultar la forma en que se miraban el uno al otro.

—Bien —dijo, comprendiendo que todos conocían su secreto—, entonces entenderán por qué partiré hacia Londres de inmediato para traerla de vuelta.

—Christian —dijo Lady Wintercrest suavemente—. Piénsalo bien. Ella no quería irse más de lo que nosotros queríamos que se fuera. Si se hubiera quedado y hubieras anunciado vuestro compromiso ante toda la ciudad, habría tenido un efecto devastador.

—No me importa un bledo lo que piense la ciudad de mí —escupió, enfurecido.

El duque retiró su mano de la de su madre y se recostó en su silla, frotándose la barbilla. Todavía estaba tratando de procesar todo esto. ¿Cómo pudo haber pensado que él no la apoyaría?

—No era solo por tu bien. Piensa en Abigail, incluso en Jacqueline. Esto las afectaría también.

Lady Abigail abrió la boca para protestar. Sin embargo, la cerró rápidamente. Su madre tenía razón. Acabaría con cualquier posibilidad de que Lady Abigail alguna vez consiguiera un matrimonio por sí misma. Se hundió en la culpa al darse cuenta de que estaba agradecida de que Isabella no la arruinara de esa manera.

—El mundo no siempre es justo —dijo ahora Lady Wintercrest, a ambos hijos—. No puedo decir que crea completamente en este señor Smith por encima de alguien con quien he estado en asociación este último año. Le deseo lo mejor, que pueda tener éxito en limpiar su nombre. Pero ha hecho lo que ha podido para proteger a aquellos que ama y debemos respetar esa decisión.

El duque no miraría a su madre a los ojos. Simplemente negó con la cabeza, negándose a creer que pudiera dejarla hacer tal cosa. Ella no tenía a nadie ni medios para ayudarse a sí misma, salvo el abogado. ¿Seguiría ayudándola ahora que no tenía los medios para pagar?

Lady Wintercrest deslizó el pequeño pergamino dirigido a cada uno de ellos respectivamente. Lady Abigail lo tomó y salió de la habitación sin decir una palabra. Christian miró su carta. Incluso en su estado doblado y sellado, podía ver el daño de las lágrimas.

—Te daré algo de privacidad —dijo Lady Wintercrest, poniéndose de pie—. Supongo que Jackie necesitará algo de consuelo también, de lo cual me encargaré.

El duque esperó hasta que la habitación estuviera completamente vacía y las puertas cerradas antes de permitirse recoger el pergamino. Esperaba que si no lo leía, Isabella aparecería mágicamente ante él y diría que todo era una broma cruel.

Mi queridísimo Christian:

Es con el más profundo dolor de mi corazón que me obligo a escribirte. Sé que debes estar indignado en este momento. Por favor, comprende que esto no es culpa de Lady Wintercrest.

Es mejor que ella me haya informado de las acusaciones en mi contra antes de que fuera demasiado tarde para ti y para el resto de tu familia.

Lamento tanto el dolor y la vergüenza que he traído a tu hogar. Quisiera poder decir que nunca debí haber venido a Wintercrest. Sin embargo, soy demasiado egoísta.

Nunca me arrepentiré del tiempo que pasé con tu familia, y especialmente contigo, Christian. Solo lamento que tu asociación conmigo pueda haber manchado ya las perspectivas para ti o tu hermana.

Siempre te llevaré en mi corazón, pero debo suplicarte que no hagas lo mismo. Deja que esto sea solo un momento pasajero para ti. Encuentra la felicidad.

Con todo mi amor,

Isabella

El duque sostenía la nota en su mano y la leyó de nuevo. Le habría gustado arrugarla en una bola. Si hubiera podido salirse con la suya, habría salido disparado en ese mismo momento en su caballo más veloz y no se habría detenido hasta encontrarla.

No le importaba lo que dijeran los demás. De hecho, si ella hubiera acudido a él, se habría casado con ella en el acto, brindándole la protección que tan desesperadamente necesitaba.

Entendía que era por el bien de Abigail que ella se había marchado. Amaba profundamente a su hermana y nunca querría que sus acciones resultaran en su perjuicio. Pero no importaba.

Amaba a Isabella y no la dejaría sola ante los lobos para ser devorada. Quizás podría encontrar una manera de ayudar a Isabella a limpiar su nombre. Luego, con eso resuelto, iría por ella. No le importaría ni un ápice el chismorreó después del hecho.

Una vez que las cosas se arreglaran y el señor Smith pagara por sus acciones, el duque la encontraría. Le daría la familia y la protección que merecía.

Se levantó de su silla. Solo se podía escuchar el sonido de sus altas botas de cuero mientras caminaba por el suelo de la sala de desayuno. Primero escribiría a su abogado. Pagaría el costo, ninguna cantidad sería demasiado, para asegurarse de que estuviera debidamente representada.

También le daría la oportunidad de mantenerse en contacto con alguien relacionado con Isabella. El duque rechazó la idea de cortar todos los lazos con ella. Le había dado su palabra a

Isabella de que la amaría, apoyaría y protegería todos los días de sus vidas.

No importaba si no era oficial. Ciertamente no importaba que ella lo hubiera liberado de tal compromiso. Él permanecería junto a Isabella como pudiera mientras viviera.

Después de escribir primero al abogado, para insistir en que todas las facturas relacionadas con su caso le fueran llevadas, el duque escribió a continuación al conde y la condesa de Gilcrest.

El duque sabía que tomaría al menos tres días para que su carta llegara a los destinatarios. Isabella les llevaba al menos medio día de ventaja. Rezó para que, incluso sin sus recomendaciones y alientos, el conde de Gilcrest acogiera a Isabella.

El duque salió de su despacho al terminar las cartas y se propuso ver a su sobrina. Sin embargo, en lugar de ir a la guardería, donde podía oír las voces de la señora Murray, Jackie y su madre, caminó hacia lo que una vez fue el espacio de Isabella.

Se sorprendió al ver la puerta parcialmente abierta. La abrió completamente para ver a la misma doncella llorosa recogiendo objetos de los estantes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó sobresaltando a la chica.

—Perdone, su gracia. La señora Peterson me dijo que viniera a limpiar la habitación.

El duque miró a su alrededor. Parecía que Isabella apenas se había llevado más que la ropa que llevaba puesta.

Pensó de nuevo cuán absolutamente ridículo era acusarla de ladrona, esta pobre dama a quien le habían quitado hasta el último artículo, salvo algunas prendas de vestir y libros. Luego, incluso esos, tuvo que dejarlos atrás.

—Déjalo todo —dijo el duque suavemente—. Si la señora Peterson te causa problemas, dile que es mi deseo que esta habitación permanezca intacta por ahora.

Betsy hizo una reverencia, con los ojos aún hinchados de tanto llorar. Se detuvo antes de salir de la habitación y se volvió hacia el duque.

—No quiero ser impertinente, Su Gracia, pero ¿la ayudará? Ella me contó lo terrible que fue ese hombre con ella. Nunca lo dijo directamente, pero sospecho que continuó acosándola incluso aquí.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó el duque.

Ella nunca le había hablado de tal acoso. Esperaba que no hubiera sentido la necesidad de ocultárselo.

—Como dije, no lo sé con certeza. Fue solo que, alrededor de la época en que falleció el padre de Su Gracia, ella comenzó a recibir estas cartas. Tantas de ellas, a veces tres por semana. Nunca decían de quién eran. Isabella siempre se ponía tan abatida cuando llegaban.

—Gracias, Betsy —dijo el duque, despidiendo a la doncella.

Escaneó la habitación. Si existían tales cartas, el duque podría usarlas para demostrar que el carácter del señor Smith, y a su vez su reclamo, era fraudulento.

Se levantó e hizo una rápida búsqueda en el escritorio. No encontró nada. Sospechaba que si tales cartas fueron escritas, Isabella no las habría guardado. Su única esperanza sería que llegara una nueva carta en los próximos días, antes de que se supiera que Isabella había partido hacia Londres.

Sin dudar, se apresuró a bajar a los cuartos de servicio. Fue primero a donde se guardaba el correo y revisó la correspondencia. Se decepcionó al no encontrar cartas para Isabella.

—Su Gracia —vino una voz solemne desde atrás—. ¿Puedo ayudarle a encontrar algo?

El duque se volvió y se enfrentó a la señora Peterson. —No debe tocar nada en la habitación de la señorita Watts, ¿está claro?

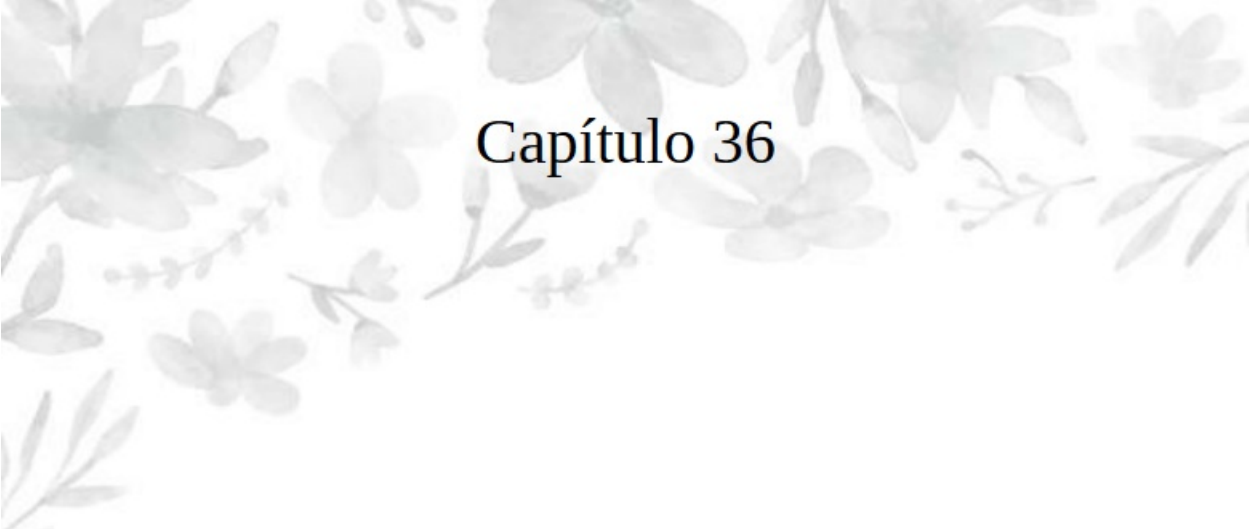
—Por supuesto, Su Gracia. Asumí que, ya que se había marchado, necesitábamos despejar el espacio para una nueva institutriz.

—No hay planes para una nueva institutriz en este momento —dijo el duque con firmeza—. Además, cualquier correspondencia dirigida a la señorita Watts debe venir directamente a mí. ¿Está claro?

El duque de Wintercrest se irguió en toda su estatura y usó la voz de mando que tan a menudo escuchaba de los lores a sus sirvientes. Nunca esperó hacerlo él mismo, pero en ese momento, su dolor y enojo guiaban sus palabras.

—Sí, por supuesto, Su Gracia —dijo la señora Peterson con una humilde reverencia.

El duque regresó arriba, a su despacho. No tenía ánimo para su trabajo ese día. De hecho, lo único que parecía ocupar por completo su mente era el deseo de que el tiempo pasara más rápido para que Isabella pudiera regresar a salvo junto a él.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a large five-petaled flower and several smaller blossoms and sprigs of foliage.

Capítulo 36

Isabella encontró que su segundo viaje en carruaje por el campo de vuelta a Londres fue mucho más largo y triste que su equivalente de hace un año.

Incluso entrar en la ciudad que tanto había amado y recordaba con cariño no le produjo alegría alguna. Salió de la diligencia y fue directamente a buscar un coche que pudiera llevarla a la casa londinense del conde de Gilcrest.

A Isabella no le llevó mucho tiempo encontrar el coche amarillo de dos plazas y darle indicaciones al cochero.

Solo esperaba que su amiga y corresponsal se alegrara de verla. O, al menos, le permitiera refugiarse por la noche. Isabella era plenamente consciente de lo rápido que viajaban las noticias en Londres y estaba segura de que, a estas alturas, los detalles de su supuesto robo eran el tema de conversación en la mayoría de las reuniones de damas.

Isabella hizo todo lo posible por calmar sus nervios mientras permanecía de pie en los escalones de la residencia de los Gilcrest en la ciudad. Por suerte, sabía que Lady Louisa estaría allí. En una correspondencia de hacía unas semanas, Lady Louisa le había informado que dejarían su residencia de campo para pasar la temporada en Londres, lo cual la emocionaba mucho.

Reuniendo todo su valor, Isabella llamó suavemente a la puerta. Hizo lo posible por alisar las faldas de viaje sobre las que había estado sentada durante los últimos tres días.

Un mayordomo le abrió la puerta.

—¿La esperan, señora?

—Me temo que no. Soy la señorita Isabella Watts. Si pudiera informar a Lady Louisa de que he venido a visitarla, estoy segura de que me recibirá.

—Como desee —dijo el mayordomo, haciendo pasar a Isabella al recibidor para que esperara.

Isabella no esperó más de dos minutos en el pequeño vestíbulo que conocía tan bien, antes de oír los pasos apresurados de unos pies resbaladizos.

—Oh, Isabella —dijo Lady Louisa, entrando en la habitación y abrazando a su amiga—. He estado tan preocupada por ti.

—¿Lo has estado? ¿No te sorprende que esté aquí? —dijo Isabella, confundida.

—No, no. En absoluto. —Lady Louisa tomó la mano de su amiga y la llevó al pequeño salón donde su madre la esperaba.

Lady Gilcrest se levantó al ver a Isabella y también la abrazó.

—Oh, querida, todos hemos estado tan preocupados por ti. Me alegro tanto de que hayas venido a nosotros.

—¿Cómo es posible que supierais de mi llegada? —preguntó Isabella.

Estaba realmente agradecida de que la familia la hubiera acogido con tanta hospitalidad. De hecho, durante todo el viaje en carruaje, había imaginado un escenario tras otro en el que la echaban allí mismo, en los escalones de la entrada.

—Lady Abigail Grant envió una carta la mañana después de tu partida —explicó Lady Louisa—. Envío a su propio hombre a caballo. Cabalgó día y noche, apenas parando, y llegó aquí ayer por la mañana.

—Ven, siéntate y toma un poco de té —añadió Lady Gilcrest a las palabras de su hija.

—Fue muy amable por parte de Lady Abigail —dijo Isabella, tomando asiento—. No tenía por qué tomarse tantas molestias.

—Bueno, creo que estaba un poco preocupada de que pudieras volver a Londres como Daniel entrando en la guarida de los leones —respondió Lady Louisa.

—Debo admitir —dijo Isabella tímidamente— que estaba un poco preocupada de que no me recibierais.

—Esa es una idea ridícula —dijo Lady Gilcrest—. Por supuesto, oímos los rumores y me encargué de desmentirlos en cada ocasión.

—Sí, ese tal señor Smith es un hombre de lo más vil —coincidió Lady Louisa—. Pensar que llegaría a tales extremos para manchar tu reputación.

—He reflexionado mucho sobre este hecho durante estos tres últimos días de viaje —dijo Isabella, sintiéndose ahora cómoda en la seguridad de sus amigas.

—Bueno, querida, empieza desde el principio y resolveremos esto, como siempre hacemos —dijo Lady Louisa, dando unas palmaditas en la mano de su amiga.

Media hora después, Isabella había contado a su amiga y a Lady Gilcrest toda la situación. Empezó con el collar en el dobladillo, y continuó relatando todo lo que Lady Cunningham había escrito a la duquesa.

—No es muy diferente de la versión de los hechos que yo también he oído —dijo Lady Gilcrest con calma. Era mayor de edad, pero tenía la gracia y la agilidad de alguien mucho más joven.

Ambas damas Gilcrest eran idénticas, solo que una era mayor. Lady Gilcrest compartía el cabello castaño ratón de su hija, aunque el suyo tenía ahora mucha más plata, y los mismos rasgos delgados, tímidos y recatados en el rostro.

—¿Por qué no hacemos que se presente el procurador que retiró las pertenencias de Rosewater? Podría decir fácilmente que fue, de hecho, el señor Smith quien lo contrató.

—Supuse que ese sería mi primer curso de acción. El señor Smith recorrió Rosewater con un procurador antes de mi partida. Sospecho que fue el hombre que retiró las pertenencias. El único problema es que no recuerdo su nombre.

—Bueno, este es solo tu primer día de vuelta, así que no te desanimes. Encontraremos la manera de desenredar este lío que ha causado —dijo Lady Louisa—. Hablando de un largo día de viaje, debes de estar agotada. Ven, te ayudaré a subir para que puedas refrescarte antes de la cena.

Isabella siguió a su amiga escaleras arriba hasta la habitación que compartirían durante la visita.

—Desgraciadamente, no pude traer mucho conmigo. Solo tengo el vestido que llevo puesto y un vestido de mañana de algodón —dijo Isabella, un poco avergonzada ahora que estaban a solas en la habitación.

—No te preocupes. Tengo más que suficiente para las dos. Será como cuando éramos jóvenes y compartíamos ropa en el colegio —añadió Lady Louisa con una sonrisa.

—Has sido muy amable conmigo a pesar de... —Isabella luchó por terminar la frase. Se sentó en la suave cama.

Lady Louisa se sentó a su lado y consoló a su amiga. Rodeándola con un brazo cálido, esperó a hablar hasta que Isabella se recuperó de sus emociones.

—Supongo que no necesito preguntar cómo está tu corazón, ¿verdad? —dijo finalmente Lady Louisa.

Antes de que Isabella pudiera responder, se oyó un suave golpe en la puerta. Entró una criada con agua fresca y caliente para Isabella. Ambas chicas esperaron a que la criada se fuera antes de

continuar su conversación.

—Tuve que irme —dijo Isabella finalmente, en voz baja—. Y para empeorar las cosas, nunca importará si limpio mi nombre. El daño es irreversible. Siempre seré una paria de la sociedad. No podía traer esa desgracia al duque o a Lady Abigail.

—Supongo que esa fue la intención del señor Smith desde el principio —continuó—. Si no lo aceptaba, encontraría la manera de asegurarse de que nadie me considerara jamás.

—Estoy segura de que al duque no le importan las manchas en la reputación. Especialmente cuando sabe que son infundadas —dijo Lady Louisa mientras acomodaba un mechón oscuro suelto que caía sobre el rostro de Isabella.

—Sé que a él no le importa. Sé que cumpliría su palabra sin importar qué. No podía permitírselo. Lo aprecio demasiado como para hacerle algo así.

Lady Louisa asintió, comprendiendo el razonamiento de Isabella para cortar ese vínculo.

—Te dejaré que te asees y descanses un rato antes de la cena. Sé que debes estar agotada. A veces, todo lo que se necesita para encontrar la manera de corregir un error es un poco de sueño.

Lady Louisa salió de la habitación después de exponer sus palabras de sabiduría. Isabella disfrutó el momento para refrescarse y quitarse el polvo que parecía pegarse a la piel durante el viaje.

Una vez refrescada, se metió entre las sábanas. Al principio, Isabella no pensó que dormiría en absoluto. El estrés de los últimos días la había mantenido tan despierta que no sabía si volvería a descansar de verdad. Ahora que estaba de nuevo en la seguridad de sus amigos y renovada después de sus viajes, sin embargo, Isabella se quedó dormida rápidamente.

Parecía que solo habían pasado unos momentos cuando Lady Louisa volvió a la habitación. La ventana ya se oscurecía con el anochecer.

—Esperé todo lo posible, pero realmente debemos vestirnos para la cena ahora. Si quieres, puedo disculparte y hacer que te suban una bandeja —dijo Lady Louisa, apenas por encima de un susurro, mientras Isabella recuperaba el sentido.

—No, no. Quiero bajar. Debo haber estado más agotada de lo que pensaba. Pero ahora estoy bastante renovada, te lo aseguro.

Isabella se levantó de la cama y juntas, con la ayuda de una doncella, ambas chicas se prepararon para la cena. A Isabella le resultaba gracioso que alguien la ayudara a vestirse y peinarse de nuevo. Le parecía que llevaba una cantidad exorbitante de tiempo en lugar de vestirse sola.

Sonrió para sí misma por primera vez en tres días. Parecía una tontería que algo a lo que una persona estaba tan acostumbrada que no podía vivir sin ello, ahora, habiendo vivido sin ello, pareciera una tontería tenerlo en absoluto.

Isabella bajó las escaleras al lado de su amiga. Estaba tratando de recordar cómo encajar en la persona que una vez había sido. En un tiempo, todo esto le había parecido tan normal, pero ahora, sin una pupila que guiar, a Isabella le resultaba extraño unirse a la familia para una comida.

Los pensamientos de Jackie le provocaron un profundo dolor en el corazón. Aunque no podía soportar la idea de estar ahora sin la compañía de todo Wintercrest, la pequeña Jackie le traía la peor culpa de todas.

Una niña de solo siete años, no entendería ni siquiera una parte de las complejidades que habían llevado a su partida. Aunque Isabella había escrito en la carta que siempre apreciaría y amaría a Jackie, no podía evitar sentir que la había abandonado.

—Ah, Izzy, ¿cómo estás, vieja amiga? —dijo el vizconde Dunthorpe cuando las dos damas entraron en el salón.

—Si yo soy una vieja amiga, Lord Colton, entonces, ¿qué te hace alguien tres años mayor que yo? —respondió Isabella con una broma recordada.

—Deslumbrantemente apuesto, supongo —respondió él, levantando una ceja rubia oscura.

A diferencia de su madre y su hermana, el vizconde Dunthorpe Colton Frasier tenía los rasgos cuadrados más fuertes y la personalidad juguetona de su padre.

—Dale a la pobre chica la oportunidad de instalarse antes de que empieces a acosarla —llamó el conde de Gilcrest desde su rincón del salón con un guiño a Isabella.

Estaba de pie, sumido en una conversación con un caballero que Isabella no conocía. Se lo presentaron como el coronel Macintyre. Era un hombre corpulento con un bigote muy distinguido que parecía hipnotizar cuando hablaba.

—Espero que no te importe —dijo Lord Dunthorpe después de que Isabella se sentara—, he invitado a tu amigo, el señor Jenkins, y a su esposa a unirse a nuestra pequeña reunión esta noche.

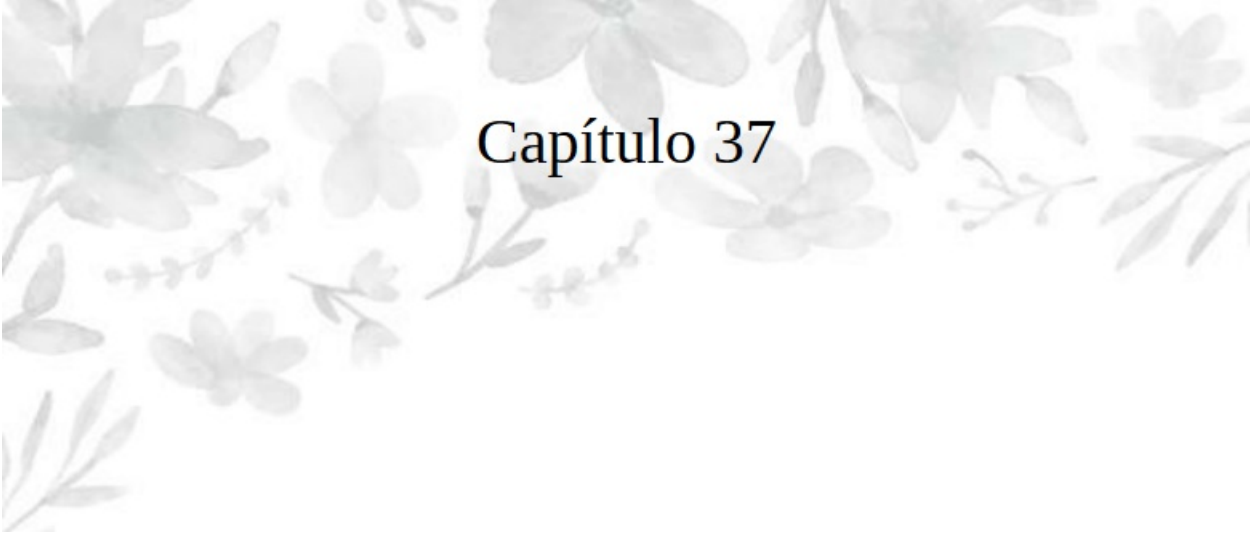
—Oh, eso es en realidad perfecto —dijo Isabella emocionada.

Había planeado enviar una nota al señor Jenkins y visitarlo mañana. Sabía que si alguien podía ayudarla a salir de esta situación, sería el abogado de su difunto padre.

—Pensé que querías hablar con él de inmediato —dijo Lord Dunthorpe con un guiño—. Tan pronto como me enteré de tu llegada, le envié una invitación.

—Lo aprecio mucho. Gracias —dijo Isabella sinceramente.

Tuvo que controlar sus emociones una vez más. Nunca había sido muy propensa a llorar, pero en los últimos días había sido algo común. Y esta vez, Isabella estaba feliz de decir que eran lágrimas de gratitud por la amabilidad de toda la familia Frasier.



Capítulo 37

El Duque de Wintercrest caminaba sin cesar por su despacho. Últimamente se había vuelto cada vez más irritable, y el ajeteo en la casa esa mañana solo parecía agriar aún más su humor. Él era la razón de toda la emoción en la mansión y probablemente debería haberse alegrado por ello. Sin embargo, ciertamente no lo estaba.

Ya habían pasado dos semanas desde la partida de Isabella y sentía que se había hecho poco en ese tiempo.

Un pequeño logro para el duque había sido convencer a su madre de ir a Londres para la temporada y organizar su fastuoso baile allí, en la residencia de la ciudad. Ella se había resistido al principio, sabiendo perfectamente que su razonamiento se debía a Isabella.

Con el cambio de lugar, todo el evento tendría que posponerse de su calendario previo a la temporada. Esto le daría al duque más tiempo y proximidad para recuperar el contacto con Isabella y limpiar su nombre.

Ahora, la casa bullía con los preparativos para su partida esa mañana. Sin embargo, el duque se negaba a marcharse sin ver el correo matutino. Esperaba una carta importante que confiaba cambiaría todo para él.

Durante las últimas cuatro semanas, el duque había estado intercambiando correspondencia con el señor Jenkins, sin que lo supieran ni su familia ni Isabella.

El señor Jenkins había esperado inicialmente encontrar un abogado que hubiera trabajado para el señor Smith para destruir su acusación. Tal hombre no se encontraba por ninguna parte. Aunque su repentina desaparición era cuestionable, no era suficiente para probar un juego sucio.

Unos días después de que Isabella huyera, la señora Peterson le entregó al duque una carta dirigida a ella. Quedó horrorizado por las palabras escritas en ella y no podía creer que, durante los últimos meses, Isabella hubiera sido objeto de escritos tan viles.

Inmediatamente envió la carta al señor Jenkins. Claramente demostraba que el canalla albergaba malas intenciones hacia Isabella. Al duque le preocupaba que la carta no estuviera firmada, pero esperaba que al menos mediante algún tipo de comparación de escritura, el señor Jenkins pudiera probar el mal carácter del hombre y su clara intención de dañar a Isabella.

—Su Excelencia, acaba de llegar una carta, como esperaba —dijo el señor Larson, sosteniendo un pergamino en una bandeja de plata.

—Gracias —dijo mientras tomaba la carta con avidez.

Al Duque de Wintercrest

Su Excelencia,

Espero que esta carta le encuentre con buena salud. ¿He de entender que pronto se unirá a las filas de este humilde servidor aquí en Londres?

Me alegraré mucho por la distancia mucho más corta que nuestra correspondencia tendrá que recorrer. Puedo decir honestamente que sus contribuciones en este delicado empeño han marcado una diferencia significativa.

Me complace informarle que he comparado la carta dirigida a la señorita Watts con escritos que ya tenía en mi poder del caballero ofensor. Yo mismo lo veo como una clara coincidencia.

Para solidificar este caso, he obtenido la palabra escrita de otros tres para confirmar que las caligrafías coinciden. Sin un nombre al final, sin embargo, no podemos más que esperar que esto demuestre nuestro caso.

También me complace informarle que hemos encontrado un segundo fallo en las afirmaciones del señor Smith. Ha llegado a mi conocimiento que, justo después de adquirir la propiedad total de la compañía naviera del Barón Leinster y toda su propiedad con ella, el señor Smith hizo una gran inversión.

Realizó esta inversión a través de la compañía mercantil para el envío de mercancías desde las colonias recientemente perdidas. Tontamente pensó que podría invertir en un gran envío de textiles desde el país y crear un mercado con ello, mientras que otros aún no estaban dispuestos a hacerlo en la todavía hostil atmósfera política.

Al final, los barcos que envió nunca regresaron, sin duda ahora viviendo sus vidas en las Virginias. Perdió una gran cantidad de dinero, no solo lo que invirtió en la empresa, sino también lo que esperaba ganar con ella.

Según mis fuentes, el señor Smith no tenía medios, dentro de la compañía, para financiar una empresa tan mal planificada. Calculo que utilizó la venta de los bienes y la casa del

difunto Barón para financiar su expedición.

Sin duda, pensó que vería un retorno de su inversión antes de necesitar usar el dinero para su propósito real.

Sin forma de pagar a los acreedores que ahora le reclaman, el señor Smith recurrió a la afirmación de que la señorita Watts le había robado, dejándolo incapaz de pagar cualquier deuda.

Aunque tiene que probar que la señorita Watts tomó el medallón después de instrucciones estrictas de no hacerlo, confío en que no será suficiente para probar su culpabilidad, como espera el señor Smith.

Tengo esperanzas, mientras presento nuestro caso ante un tribunal más adelante esta semana, de que a su debido tiempo, se hará justicia. Tengo pocas dudas de que la señorita Watts será exonerada de todos los cargos en no más de un año.

Su Humilde Servidor,

Sr. Abram Jenkins

El duque se sentó en su silla mientras leía la carta por segunda vez.

—Un año —exhaló en voz alta, dejando la carta sobre el escritorio.

Ciertamente, el duque podía esperar todo el tiempo que fuera necesario antes de volver a comprometerse con Isabella, pero no podía imaginarla sufriendo un año entero, viviendo como lo hacía ahora.

Aunque el duque estaba seguro de que el Conde y Lady Gilcrest la estaban cuidando bien, sin duda estaba confinada a las cuatro paredes de su casa. No habría fiesta ni reunión en la que fuera aceptada. Cuanto más tiempo mantuviera el vil señor Smith sus acusaciones, más irreversible se volvería la situación para ella.

El Duque de Wintercrest no se quedaría de brazos cruzados durante un año entero, mientras Isabella esperaba en arresto domiciliario a que se limpiara su nombre. No estaba seguro de cómo lo haría, pero encontraría la manera de rectificar la situación mientras estuviera en Londres.

También estaba decidido a hacerlo antes del gran evento de su madre, para que Isabella estuviera a su lado cuando finalmente llegara el momento.

El viaje a Londres fue largo y laborioso para el duque, que no parecía encontrar más paciencia para toda la situación. Se sentó junto a su madre, que estaba profundamente absorta en su bordado, mientras su hermana y su sobrina se sentaban frente a él, pasando el tiempo con libros y juegos de cartas.

Lady Abigail se había hecho cargo de gran parte de la educación de Jacqueline en ausencia de su institutriz. Aunque no estaba muy bien entrenada en el arte de la enseñanza, pasaba felizmente la mayoría de sus mañanas y tardes en la sala de estudios con Jackie, haciendo lo mejor posible para continuar donde Isabella lo había dejado.

—¿Podré ver a la señorita Watts? —preguntó Jacqueline la tarde que llegaron a la ciudad—. En su carta decía que me quería mucho. ¿No significa eso que querrá verme mientras esté aquí?

Lady Abigail miró a su madre y a su hermano al otro lado del carruaje. Aunque todos los presentes sabían de la presencia de la señorita Isabella Watts en Londres, también era un hecho tácito que no podrían verla.

—Estoy segura de que la señorita Watts querría verte. Me temo, sin embargo, que simplemente podría no ser posible —dijo Lady Abigail, con toda la delicadeza posible.

Volvió a mirar a su hermano, que ahora miraba severamente por la ventanilla del carruaje. Observó los músculos de su mandíbula mientras los apretaba.

—¿Y por qué no? —preguntó Jacqueline.

—Porque —dijo Lady Abigail, volviéndose hacia la niña—, estarás tan ocupada con todas las cosas maravillosas que hay que ver y los bonitos vestidos que comprar, que supongo que no tendrás ni un momento libre.

—Siempre encontraría un momento para la señorita Watts —dijo Jacqueline. Sabía que la respuesta a su pregunta no cambiaría por mucho que dijera. Apoyó su cabeza dorada en el hombro de su tía—. La echo mucho de menos. Es como si hubiera dejado a mi madre otra vez.

Lady Abigail rodeó a la niña con el brazo e hizo todo lo posible por consolarla. El silencio en el carruaje a partir de ese momento fue ensordecedor.

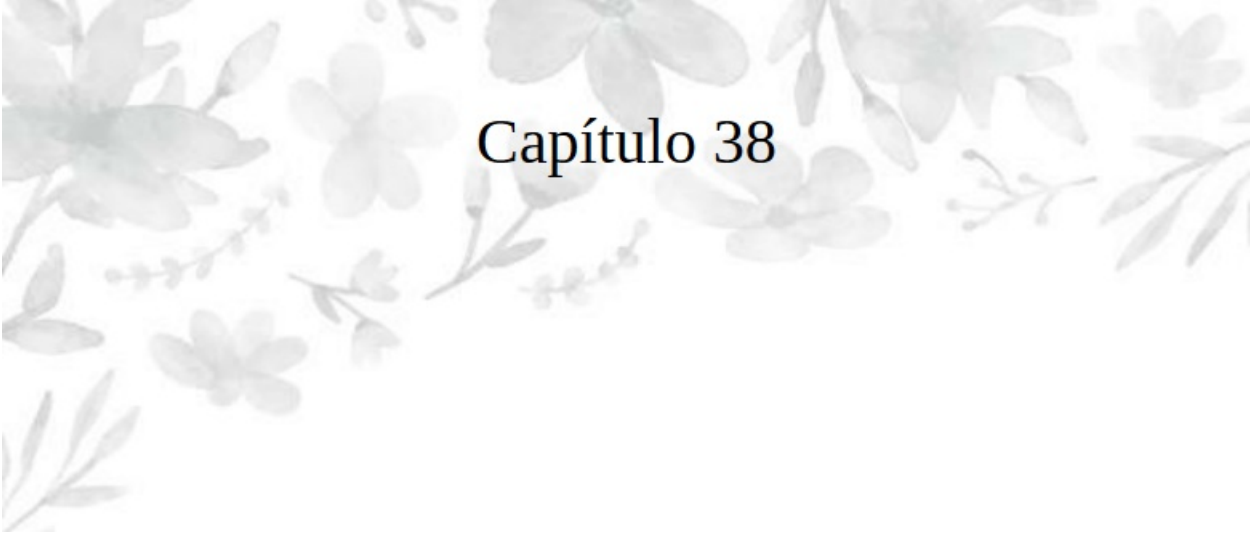
Tan pronto como el carruaje llegó a la residencia, el duque se dirigió directamente a su despacho para escribir una carta. Quería informar al señor Jenkins de que había llegado a Londres y que debía esperar su visita por la mañana.

El duque permaneció en su despacho el resto de la noche, sin unirse siquiera a la familia para la cena. Podía sentir la cercanía de Isabella y sus manos anhelaban acariciar su mejilla de nuevo.

Se encerró en el despacho por temor a que, si salía, continuaría caminando hasta encontrarse frente a la residencia del conde de Gilcrest. Sabía que debía esperar y contener su impaciencia.

Primero, se reuniría con el señor Jenkins, luego pondría en práctica el plan que había desarrollado durante el largo viaje.

No era un plan para ver al señor Smith entre rejas, algo que le gustaría mucho hacer, sino una forma de acabar con todo y volver a tener a Isabella como su futura esposa.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a large rose and several smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 38

Isabella empezaba a sentir que su mente se desvanecía mientras daba vueltas por el pequeño jardín en la parte trasera de la casa por lo que debía ser la centésima vez.

Con la temporada comenzando en serio ahora, Lady Gilcrest y Lady Louisa estaban ocupadas la mayoría de las tardes y noches. Aunque ambas damas habían insistido en que Isabella las acompañara, ella se había negado firmemente.

Habían sido lo suficientemente amables como para darle refugio durante el último mes. No necesitaban la carga adicional en su reputación de ser vistas con ella frente a la ciudad.

En cambio, Isabella se quedaba sola en la casa la mayoría de los días. Intentaba quedarse en la pequeña sala de estar bordando o leyendo, pero con el glorioso sol brillando casi todos los días, no podía evitar querer estar afuera en su calidez.

Pensó por un momento en cuando ella y el duque se habían sentado en un banco de piedra frío en la oscuridad. Isabella había confesado que nunca podría acostumbrarse al clima frío tan al norte.

Cuando la perspectiva de su unión estaba tan cerca, Isabella no había considerado ni una vez vivir toda su vida en Wintercrest Manor. Ahora que había regresado a Londres, aún extrañaba Wintercrest y sus habitantes, pero no podía evitar disfrutar del sol.

—Pequeña pícara —llamó una voz en el jardín—, aquí afuera dando vueltas con tu sombrero en la mano. —El vizconde Dunthorpe le dijo a Isabella mientras se acercaba a ella de manera burlona—. ¿Qué dirán las otras damas?

—No dirán ni una palabra —dijo Isabella, colocándose de nuevo el condenado sombrero antes de tomar el brazo del vizconde—. No soy aceptable para la sociedad respetable. Bien podría aparentarlo.

En realidad, Isabella había aprendido a despreciar sus sombreros de ala ancha, como lo había hecho Lady Abigail. Pero se recordó a sí misma que Londres era diferente y el sol podía ser más duro.

—No te desanimes, Izzy —dijo él afectuosamente, mientras la llevaba a dar otra vuelta—. Es realmente terrible fuera de estos muros. Me temo que la ciudad se ha vuelto aún más chismosa desde que te fuiste. No le sentaría nada bien a tu lengua a menudo suelta.

Isabella le pellizcó el codo en un gesto fraternal. Colton siempre había incluido a Isabella en sus deberes de hermano mayor.

—En realidad, he aprendido muy bien a controlar mi lengua —dijo Isabella, levantando su barbilla calentada por el sol.

Lord Dunthorpe la miró con sus ojos marrones incrédulos.

—Es cierto —continuó ella—. El ama de llaves en Wintercrest, la señora Peterson, era probablemente la mujer más horrible que he conocido. Era tan cruel y cortante con todos. Muy a menudo, era brusca conmigo. Hice un muy buen trabajo manteniendo mi boca cerrada en esas situaciones.

Lord Dunthorpe levantó una ceja rubia de nuevo con incredulidad.

—Lo hice. Bueno, al menos lo hice mientras ella estaba al alcance del oído —añadió Isabella con una risita.

—Como sospechaba. Supongo que es mejor que la institutriz regañe al ama de llaves principal. Debo admitir, sin embargo, que me habría entristecido mucho si hubieras dicho que habías curado tu lengua por completo. Su mordacidad ha sido bastante entretenida para mí. —Pensó por un momento—. Bueno, al menos cuando no soy yo el objetivo.

—Está a punto de dirigirse a ti ahora mismo si no dejas de hacer esas bromas irritantes —respondió Isabella, mirando al hermano mayor de su querida amiga.

—Ven entonces, tomemos un poco de té. Quizás el refrigerio me proteja de tu ira o, al menos, de tus pellizcos —añadió juguetonamente, llevándola de vuelta a la casa.

Entraron en la sala de estar y cada uno tomó asiento en sofás opuestos. Isabella comenzó a servir cuando les trajeron el té.

—Cuéntame qué has estado haciendo durante el último año. ¿Has encontrado finalmente a una joven que dome tu naturaleza salvaje?

—No —dijo él, reclinándose en su asiento y dejando caer un brazo sobre el respaldo—, me temo que ofendo y aterrizo a todas las que conozco.

—Eso no puede ser cierto. Eres encantador.

—Sí, pero luego abro la boca —dijo Lord Dunthorpe con una amplia sonrisa—. La mayoría de las damas no aprueban mis carreras u otros hábitos excéntricos.

—Supongo que serías bastante difícil de manejar. No te preocupes; estoy segura de que debe haber una señorita a la altura de la tarea de domar tus costumbres salvajes.

—Sí, bueno, madre y padre esperan que así sea. Creo que temen que nunca me case. Supongo —dijo arrugando la frente pensativo— que he encontrado muchas señoritas, como has mencionado, que quieren cambiarme, pero me gustaría más una que se uniera a mí, en su lugar.

—Bueno, entonces, no dejes que vea tus trampas antes de casarte con ella. Una mirada a tu velocidad vertiginosa y apenas creo que volviera a subirse a un carruaje contigo.

—Tú me has visto, y aún te subes a los carruajes conmigo.

—Y digo una pequeña oración cada vez —replicó Isabella con una sonrisa.

—Tengo noticias para ti, Izzy —dijo Lord Dunthorpe después de una pequeña pausa en la conversación—. He debatido si decírtelo durante estos últimos días, pero creo que debería hacerlo.

—Bueno, ¿qué es?

—El duque de Wintercrest y su familia se han instalado recientemente en su casa de Londres.

Isabella hizo todo lo posible por no mostrar ninguna reacción ante la noticia, aunque su corazón dio un salto instantáneo en su pecho. —Oh —fue todo lo que pudo salir de sus labios.

—Me enteré de esto cuando recibimos una invitación a un baile que están organizando para presentar oficialmente al duque. Es dentro de quince días.

—Debo admitir que estoy un poco sorprendida de que te enviaran esa invitación. El duque pensó que sería un bonito detalle para mí que Louisa estuviera presente. No pensé que después de... bueno, supongo que solo demuestra lo amables que son.

—La invitación te incluía a ti también —dijo él suavemente—. ¿Crees que irás?

—No puedo imaginar que pudiera soportar hacerlo.

—Debido a tus sentimientos por el duque —Lord Dunthorpe dijo esto más como un hecho que como una pregunta.

—¿Cómo...? ¿Te lo dijo Louisa?

—No. Simplemente era bastante fácil ver que estabas con el corazón roto. Sin mencionar el hecho de que has hablado sin parar sobre cada miembro de esa casa excepto el duque.

Isabella bajó la mirada a su taza de té, avergonzada de haberse delatado. Sabía que nunca superaría sus sentimientos por el duque, pero esperaba ser mejor ocultándolos.

—Supongo que la única razón por la que menciono todo esto es que creo que deberías ir. Sé que no es algo que vayas a decidir a la ligera, así que pensé en darte tiempo suficiente para pensarlo.

—Oh, realmente no podría. El señor Jenkins tiene grandes esperanzas para nuestro caso, pero no puedo imaginar que todo se resuelva a tiempo. No permitiría que su familia fuera vista en público conmigo, ni que avergonzara a los Wintercrest de esa manera.

—Nunca serás una vergüenza para esta familia, así que ni se te ocurra pensarlo —intervino Lord Dunthorpe—. Como dije, solo te lo estoy diciendo ahora para que puedas considerar ir durante las próximas semanas.

Isabella estaba sentada en su habitación compartida, más tarde esa noche, leyendo un libro. Los Gilcrest estaban actualmente en una cena a la que habían sido invitados, así que Isabella tenía toda la casa para ella sola. Un suave golpe interrumpió su lectura.

—Disculpe, señorita, pero ha llegado un visitante a la puerta —dijo suavemente la voz de la criada.

—¿Un visitante? ¿A una hora tan tardía? Por favor, simplemente díles que los Gilcrest están fuera por la noche.

—Eso hice, señorita. Dijo que ha venido a verla a usted.

—Oh, está bien entonces —dijo Isabella, tomándose un momento para arreglarse el cabello y alisar su vestido de algodón.

No pudo evitar sentir mariposas mientras bajaba las escaleras y entraba en la sala de estar. Solo habían pasado unas horas desde que Lord Dunthorpe le había revelado que el Duque de Wintercrest estaba en Londres. No había pensado en otra cosa desde ese momento. Por mucho que se hubiera dicho a sí misma que esperaba que el duque la superara, también esperaba secretamente que fuera él quien había venido a visitarla.

Sin embargo, cuando entró en la habitación, no vio la figura alta y de hombros anchos del duque, sino el rostro amistoso del señor Jenkins. Isabella hizo todo lo posible por ocultar su decepción tanto interna como externamente.

—¡Señor Jenkins! Qué amable de su parte pasar por aquí —dijo Isabella, sentándose.

El señor Jenkins parecía tan nervioso como en aquella primera reunión en su oficina hace más de un año.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Isabella.

Él se movió de manera entrecortada mientras se sentaba.

—Lamento venir a verla a una hora tan tardía, pero pensé que no querría que esperara ni un momento antes de decírselo.

—Sí, por favor, dígamelo. Me está asustando un poco —dijo Isabella mientras jugueteaba con sus propias manos en su regazo.

Hizo todo lo posible por parecer tranquila y serena. Interiormente, había sido un torbellino de emociones desde que dejó Wintercrest. No estaba segura de poder soportar más malas noticias si eso era lo que el señor Jenkins venía a comunicar.

—Hablé con varios de mis colegas. Como sabe, me estoy preparando para presentar su caso ante un juez local y solicitar una revocación pública de las afirmaciones del señor Smith. Lamento decir que, después de explicarles toda la situación, no la encontraron muy favorable para nosotros. De hecho, un temor que me plantearon es que si llevamos nuestro caso actual ante los tribunales y los jueces no se ponen de nuestro lado, el señor Smith podría llevar su causa con una intención más malévola.

—No puedo imaginar cómo podría empeorar las cosas más de lo que ya están. —Isabella hizo todo lo posible por controlar la tristeza y la rabia que competían por su atención.

—Bueno, podría llevarla a los tribunales de deudores y exigirle el dinero. Por ahora, simplemente está utilizando sus falsas afirmaciones para posponer sus propias deudas. Sin embargo, podría llevar las cosas más lejos. Si lo hace, podría encontrarse en la prisión de deudores.

Isabella ahogó un grito. Ni siquiera podía empezar a entender cómo su vida había dado un giro tan grande desde la muerte de su padre. ¿Cómo había pasado de ser una joven respetada a una posible criminal encarcelada?

—Sé que todo esto suena muy terrible ahora. Por favor, permítame asegurarle que aún queda una última esperanza.

—Bueno, por favor, dígamelo rápidamente.

—¿Recuerda que, en nuestra primera reunión tras su regreso a Londres, le aseguré que todos los pagos se aplazarían hasta que ganáramos nuestro caso?

—Sí —animó Isabella, sin ver cómo esto podía ser el comienzo de buenas noticias.

—En realidad, mentí un poco. No es el caso. De hecho, el Duque de Wintercrest ha pedido que se le envíen todas las facturas relacionadas con su asesoría legal y, a cambio, me ha pedido que lo mantenga informado sobre todos los asuntos relacionados con su caso.

—¿Él hizo qué? —tartamudeó Isabella con incredulidad.

—También he estado en conferencia con él mucho durante los últimos días —continuó el señor Jenkins—. Me ha proporcionado todos los recursos disponibles. Me reuní con él justo antes de venir aquí y le informé tal como se lo he dicho a usted.

—¿Y cómo es esto un rayo de esperanza para mí? En este momento, solo siento vergüenza y culpa de que mi antiguo empleador se tome tantas molestias.

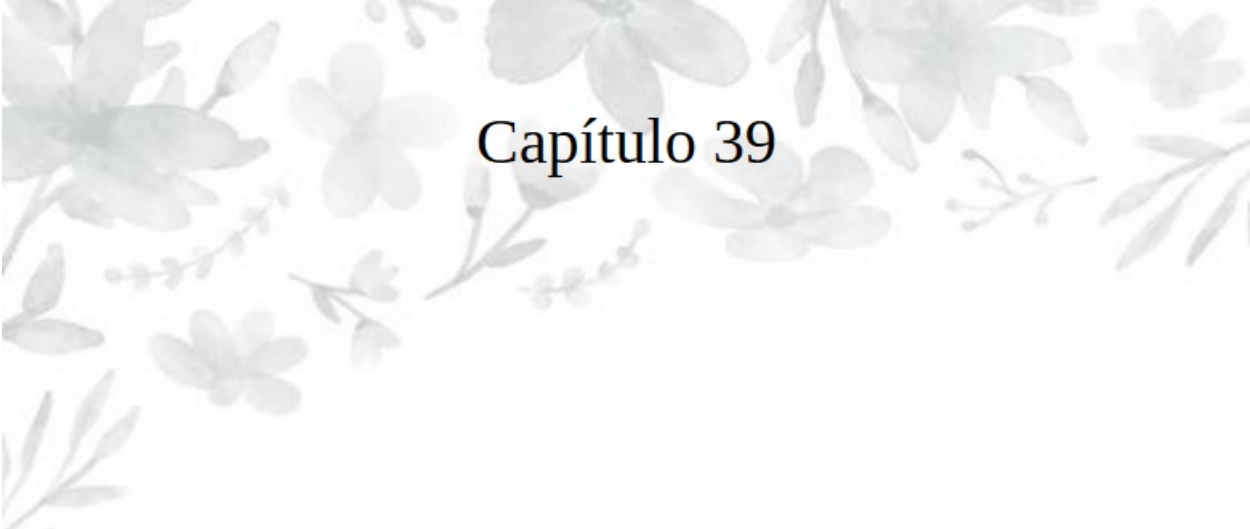
—Después de informar a Su Gracia de las circunstancias actuales, se levantó de inmediato y anunció que ahora se ocuparía él mismo del asunto.

—¿Qué significa eso? —preguntó Isabella, sus ojos esmeralda llenándose de miedo por la reputación de él.

—No puedo decirlo con total certeza. Sin embargo, supongo que el duque tiene la intención de reunirse con el señor Smith y resolver el asunto. Se ha hecho antes con caballeros de los medios del duque.

—¿Quiere decir que cree que le pagará al señor Smith para que deje de acosarme? Nunca podría permitir tal cosa. Debe haber una manera que no involucre al duque. No veré su reputación, ni la de su familia, por cierto, arruinada por mi culpa.

—Lo siento mucho, señorita Watts, pero en este momento, me temo que esta puede ser la única forma de que escape de un hombre tan malvado. No estoy de acuerdo con el hecho de que el señor Smith obtenga lo que quería y que la justicia no haya podido probar lo correcto. La ley es un asunto delicado, y a veces el único medio de justicia para los acusados injustamente, como usted, está fuera de mis manos.



Capítulo 39

El duque de Wintercrest hizo todo lo posible por calmar sus nervios. Caminó de un lado a otro por la calle de su casa de la ciudad durante varias horas antes de finalmente entrar. No podía creer que, después de todo lo que se había hecho para proteger a Isabella, ese sinvergüenza aún fuera a salirse con la suya.

Si el duque hubiera seguido siendo un hombre de mar, habría considerado resolver este asunto como lo hacían la mayoría de los hombres en el barco, dentro de un cuadrilátero de boxeo. El duque volvió a flexionar las manos. Cuánto no daría por batirse en duelo con ese hombre.

Sin embargo, no era así como se resolvían las cosas aquí en la ciudad. El duque detestaba el hecho de que a este villano ahora se le daría todo lo que quería, solo para enmendar el error que había creado intencionadamente.

Al duque no le importaba mucho el asunto del coste. Con gusto pagaría cualquier cantidad para buscar justicia por la mujer que le importaba. De hecho, le agradaba que esto le diera el final acelerado que sabía que era necesario, incluso antes de dejar su residencia en el campo.

Sin embargo, odiaba lo engreído que sabía que estaría su desconocido villano al día siguiente, cuando el duque propusiera cualquier medio necesario para que retractara sus palabras.

Debía haber sido el fin que este señor Smith buscaba después de todo. Sabía que el señor Smith no tenía otros medios para pagar la cantidad adeudada, después de una empresa tan fallida. En el momento en que el señor Smith se enteró de que Isabella vivía en la casa del duque, sin duda, ideó este plan como un medio para que alguien más pagara sus propias deudas.

Peor aún, el duque sabía que una vez que el señor Smith viera que estaba obteniendo todo lo que quería, nunca sería suficiente. Tenía que pensar en algún medio para asegurarse de que el señor Smith se conformara con la cantidad acordada y nunca más volviera a perseguir a Isabella, ni siquiera a pensar en su nombre.

El duque repasó todo lo que sabía del bribón durante el resto de la noche, incluidos la mayoría de los documentos personales y corporativos que había comprado a un empleado descontento.

No fue hasta la luz del amanecer que el duque finalmente vio la respuesta que había estado mirándolo fijamente toda la noche. Sonrió emocionado mientras rebuscaba entre su copia de documentos, comprobando que lo que estaba viendo era, de hecho, cierto.

Sonrió para sí mismo mientras se recostaba en su silla por primera vez desde que dejó la oficina del señor Jenkins. Tenía los medios para asegurarse de que el señor Smith nunca más molestara a Isabella.

El duque rápidamente se cambió por una corbata y un abrigo frescos y se dirigió de nuevo escaleras abajo de la casa de la ciudad para salir de inmediato. Sabía que el señor Smith, un hombre de negocios, estaría en los muelles a esta hora temprana. El duque no perdería ni un minuto en finalmente poner todo en orden.

—Christian —llamó la voz de su madre desde su habitación antes de que él bajara completamente las escaleras.

—¿Vas a algún lado tan temprano por la mañana? —preguntó mientras se envolvía en una bata.

—Sí, tengo algunos asuntos que atender. No me llevará más de unas pocas horas. Incluso debería estar en casa a tiempo para el desayuno.

—¿Esto es sobre Isabella? —preguntó su madre, poniéndose de pie en lo alto de las escaleras—. No creas que fui ciega a la verdadera razón por la que insististe en que todos viniéramos a Londres. Soy muy consciente de las diversas empresas comerciales que has estado realizando en su nombre, mientras hemos estado aquí en la ciudad.

—Solo —Lady Wintercrest hizo una pausa para asegurarse de expresar correctamente sus palabras—. Solo quiero que te detengas y pienses en tus acciones primero. ¿Y si esto arruina las oportunidades de Abigail o tal vez incluso las de Jacqueline?

—No te preocupes por mí —llamó otra voz desde detrás de la madre del duque.

Lady Abigail también salió de su habitación. Ella también se había despertado y había estado escuchando toda la conversación mantenida en la escalera.

—No te pediré que renuncies a tu felicidad por la posibilidad futura de la mía. Te quiero mucho, hermano, y a Isabella también. No os robaré. Si no puedo encontrar a un caballero que pase por alto los errores cometidos contra mi familia, entonces me atrevo a decir que no querría tenerlo de todos modos. —Lady Abigail habló con un fuego que hacía juego con su cabello rojo, que actualmente fluía a su alrededor en un desorden salvaje de primera hora de la mañana.

El duque subió de nuevo las escaleras para pararse junto a dos de las mujeres más importantes de su vida.

—Madre, tengo la intención de corregir el error que se ha cometido contra Isabella. Tienes razón al pensar esto. También tengo la intención de ir directo a Isabella en el momento en que termine con el asunto. Tengo la intención de casarme con ella.

El duque pronunció las palabras con un tono tierno pero definitivo. Quería la bendición de su madre en el asunto, pero también sabía que podía vivir sin ella más de lo que podía vivir sin Isabella.

—Yo también quiero mucho a Isabella —respondió su madre—, pero ¿estás seguro de que este es el curso que quieres tomar? No será fácil para ninguno de los dos. —Dirigió las palabras a ambos hijos. Miró entre ellos, asegurándose de que entendieran la gravedad de la situación.

El duque mantuvo sus ojos en su hermana para ver que ella estaba completamente consciente de las consecuencias de lo que estaba a punto de aceptar. Ella lo miró y le dio un gesto de aprobación.

El duque esbozó una cálida sonrisa y besó a su hermana en la mejilla.

—Guarda tus besos para tu novia —bromeó Lady Abigail, dándole un empujón fraternal.

—Supongo que, si este es el curso que deseas tomar, lo aceptaré. Tu pobre padre se revolvería en su tumba si supiera que tienes la intención de casarte con la institutriz. Yo, por otro lado —dijo Lady Wintercrest con una sonrisa maliciosa muy parecida a la que su hijo solía dar—, estoy feliz de que hayas encontrado a alguien a quien amar verdaderamente.

El duque agradeció a su madre antes de bajar las escaleras y salir por la puerta. Ambas damas regresaron a sus propias habitaciones, aunque estaban demasiado despiertas para volver a dormir.

El duque reflexionó sobre las palabras de su madre mientras viajaba en su carruaje hacia los muelles. Su madre había elegido la propiedad en su unión por encima del amor. Quizás había dudado porque al final le había ido bien.

El duque no podía decir con certeza si sus padres se amaron alguna vez, pero sí tenían un afecto mutuo. Sabía que su madre apreciaba profundamente a Isabella y no deseaba nada más que la felicidad de sus hijos, pero tal vez le preocupaba que elegir el amor pudiera perder su brillo con el tiempo.

Como una mujer que nunca había tenido la oportunidad de experimentar tales emociones por sí misma, no era de extrañar que no pudiera ver que tal cosa no era posible. El duque estaba seguro de que movería cielo y tierra por el bienestar y la felicidad de Isabella. Eso nunca cambiaría con el tiempo, excepto para aumentar.

Cuando el duque llegó al frente del comercio, volvió sus pensamientos al problema en cuestión. No pudo evitar notar el letrero recién pintado que colgaba sobre la entrada. Decía "Compañía de Envíos Baron y Smith". El 'y' era extremadamente pequeño, haciendo que pareciera Baron Smith.

Solo alimentó aún más la ira del duque ver que este hombre tenía la audacia de quitarle a su socio comercial todo lo que el Barón Leinster tenía, incluyendo la reputación de su propia hija, y luego intentar robarle también su nombre.

Este señor Smith parecía no tener honor ni compasión alguna por los muertos. El duque se preguntaba cómo el padre de Isabella podía haber sido amigo de un personaje tan desagradable.

Sabía, por supuesto, por su tiempo en el mar, que la mayoría de los hombres que se empleaban en el océano tenían una moral menos que sobresaliente. Dicho esto, usualmente solo aquellos de buen carácter eran promovidos hasta llegar a ser socios en una prestigiosa compañía naviera.

El duque entró en el edificio con la cabeza en alto y los hombros erguidos. Incluso para ser tan temprano, las oficinas ya estaban llenas y ocupadas con el trabajo. Se detuvo frente a un caballero que escribía afanosamente en un pergamino.

—He venido a hablar con el propietario del negocio, un tal señor Smith.

El hombre miró al duque de arriba a abajo. Podía notar fácilmente por su fino abrigo y el nudo exquisitamente colocado que era un caballero de medios.

—Sí, milord. ¿Y a quién debo decirle al señor Smith que lo busca?

—El Duque de Wintercrest —dijo el duque, entregándole su tarjeta—. Aunque el señor Smith no me espera, apuesto a que estará muy ansioso por conocerme.

—De inmediato, Su Gracia —dijo el secretario con los ojos más abiertos ahora y una inclinación de cabeza.

El hombre se apresuró por el pasillo y subió un tramo de escaleras hacia la oficina principal donde estaba el señor Smith. El duque paseó por la habitación unas cuantas veces más, asegurándose de controlar su ira. No le serviría de nada estallar en cólera contra el hombre.

Lo mejor era enfrentarse al villano con una naturaleza tranquila y serena. Escuchó pasos que regresaban y se recordó a sí mismo tomar otra respiración para calmarse.

—Lo recibirá de inmediato, Su Gracia —dijo el hombre, indicándole al duque que lo siguiera.

—Se lo agradezco mucho —dijo el duque, caminando delante del hombre.

La oficina en sí estaba en un estado lamentable. No era raro que el exterior de estas oficinas del muelle pareciera bastante gris por el hollín y el aire salado. El interior de la oficina solía estar en

mucho mejor estado. Este no era el caso del espacio de trabajo del señor Smith. Era un gran desastre con suciedad y moho que parecían llenar cada rincón.

El propio señor Smith estaba sentado detrás de un gran escritorio de roble también muy desordenado con papeles. Aparentemente, no era un hombre muy organizado. No solo su escritorio estaba desordenado, sino también su persona.

Su chaqueta parecía no haber sido cepillada nunca y el borde de su nudo y los puños estaban manchados con un tinte amarillento. La habitación apestaba a hombre sin lavar y a tabaco.

—Por favor, tome asiento, Su Gracia —dijo el señor Smith con una sonrisa ennegrecida.

Era muy alegre ver al duque de pie en su puerta. Sabía que de una manera u otra la señorita Watts habría usado su conexión con otros para pagar por su silencio. No esperaba que llegara tan alto como a un duque. Era más de lo que podría haber esperado. Esperaba terminar el día con una suma anual, a modo de patrocinio, del duque.

El duque miró la silla destartada y sucia al otro lado del escritorio del propietario y dudó en sentarse en ella. En su lugar, miró alrededor de la habitación y encontró una silla de madera con respaldo duro contra una pared. Esperaba que esta, al menos, no ensuciara sus pantalones.

En toda honestidad, no podía importarle menos su ropa, pero quería mostrarle al señor Smith que lo detestaba a él y al estado de su oficina. Sería un insulto para el señor Smith y uno muy sutil, además. Sería el comienzo del juego que el duque estaba a punto de jugar.

Caminó hacia la silla y la acercó. Tomándose un momento para sacar un pañuelo de seda, limpió el asiento antes de sentarse. El señor Smith apretó la mandíbula en respuesta a las acciones del duque y pareció mirar alrededor de la habitación por primera vez.

—Supongo que sabe por qué he venido —el duque tomó el control de la conversación.

—Nunca presumiría saber, Su Gracia —replicó el señor Smith.

—Sea como fuere, estoy seguro de que es consciente de que la señorita Watts ha estado bajo mi empleo durante el último año.

—No estaba al tanto en absoluto de dónde la niña había tomado su vocación.

—Extraño, porque parece que ha estado enviando un número exorbitante de cartas a ella en mi casa.

El rostro del señor Smith se tornó un poco pálido al mencionar su correspondencia amenazante. Pasó una mano sucia por el grasiento mechón de pelo en la parte superior de su cabeza. El hombre ni siquiera tenía la decencia de recogerse el pelo negro y gris con una cinta.

—No estoy seguro de saber de qué está hablando —dijo finalmente el señor Smith, controlando su miedo.

—Puedo sentarme aquí y discutir el asunto con usted todo el día hasta que quede probado en sus mentiras, señor Smith, pero francamente preferiría no pasar ni un momento más del necesario en este lugar asqueroso.

—He venido a informarle que retractaré públicamente las acusaciones que ha hecho contra la señorita Watts y a informarle que nunca más volverá siquiera a mencionar su nombre.

—¿Y por qué haría tal cosa? Ella me ha robado, y solo busco justicia en el asunto.

El duque se levantó de su asiento en un instante. Alzándose en toda su estatura, se cernió sobre la inmundicia frente a él. —Nunca más volverá a pronunciar tales mentiras asquerosas en mi presencia, o haré que lo arresten.

El señor Smith se encogió ante el poder del duque.

—Le ruego me disculpe, Su Gracia, por la ofensa. Solo quiero decir que hay cantidades que deben ser pagadas y solo pueden hacerse si se me entrega la suma.

—Sospechaba que esperabas que ese fuera el caso en la reunión de hoy. Estoy bien al tanto de lo que hiciste con la suma tomada de la herencia del difunto barón Leinster. Qué apuesta tan desafortunada hiciste —añadió con un chasquido de lengua—. Estoy dispuesto a darte la cantidad de cincuenta libras para que retractes públicamente tu declaración contra la señorita Watts.

—Cincuenta libras ni siquiera es la mitad de lo que debo —soltó el señor Smith, claramente decepcionado con la propuesta.

—Sin embargo, es todo lo que obtendrás, y es una oferta muy generosa. No debería darte ni un solo centavo, pero lo haré, porque soy un caballero.

—¿Y si rechazo tal oferta, Su Gracia? ¿Y si elijo que arrojen a la señorita Watts a la prisión de deudores en su lugar?

—Entonces no tendrías medios para pagar ni siquiera una porción de tu deuda.

—Sí, pero obtendría la satisfacción de ver a esa chica en harapos tras las rejas.

El señor Smith estaba jugando su única carta. También sabía que era una buena y que el duque no tendría más remedio que someterse a cualquier condición que considerara apropiada para silenciarlo.

El duque hizo una pausa por un momento y pareció considerar el asunto como si nunca se le hubiera ocurrido antes. —Supongo que podrías hacer eso. No tendría forma de detenerte.

—Podría pagarme más, Su Gracia —soltó el señor Smith, tan hambriento de dinero.

—Podría, pero no lo haré —declaró el duque sin rodeos—. Por favor, permíteme aclarar por qué aceptarás mi oferta y, de hecho, me lo agradecerás.

—Puede que no estés al tanto, pero antes de heredar el título de mi padre, fui Capitán en la Marina Real. No pude evitar notar que una parte muy significativa de tus exportaciones del año pasado se relacionaban con contratos navales, exportando bienes por todo el Imperio Británico.

—No sé cómo sabe usted toda esa información, Su Gracia, pero no veo cómo servirá a su propuesta para mí.

El duque sonrió ante esto. Era un simple juego del gato y el ratón, y acababa de acorralar al señor Smith. —Vi que la mayoría de estos contratos fueron producidos por el Almirante Brown. Sin duda, ¿era un buen amigo del barón Leinster?

—Eso es correcto —dijo el señor Smith, mientras trataba desesperadamente de encontrar el final de esta conversación.

—Conozco bien al caballero. Capitaneó mi primer barco. De hecho, también era muy amigo de mi padre y venía a visitarnos a menudo cuando yo era niño. Se podría decir que fue quien me inspiró a unirme al servicio naval en primer lugar.

El señor Smith entrecerró los ojos ante el duque.

—Asumiría que, dado que la mayoría de tus ganancias a lo largo de los años provinieron de tales acuerdos con el Almirante Brown, sería devastador si él decidiera llevar su negocio a otra parte.

—¿Y está tratando de decirme, Su Gracia, que si no acepto su cantidad y retracto mi declaración, usted eliminará dicho cliente de mi negocio?

—Todo lo que se necesitaría es una simple carta —concluyó el duque. Cruzó las manos frente a él y suspiró como si esta reunión se estuviera volviendo demasiado aburrida para él.

—¿Cómo sé que no se está inventando todo esto?

—Bueno, está el pequeño hecho de que, a diferencia de ti, yo soy un hombre de palabra. Pero si eso no es suficiente prueba para ti, te sugiero que pongas a prueba mi palabra. Claro, puedes hacer que la señorita Watts vaya a prisión, pero tú también la seguirás poco después, cuando no puedas pagar ninguna de tus deudas, y perderás tu negocio.

—Te estoy ofreciendo algo mucho más generoso de lo que debería —continuó el duque con otro suspiro—. No tengo que ofrecerte una suma de ningún monto. Simplemente podría informarte que si no retractas tu declaración, te encontrarás sin negocio para fin de año.

Los ojos del señor Smith se agrandaron mientras consideraba este hecho internamente.

—Soy un hombre muy generoso al darte algo en absoluto. Así que te sugiero que tomes mi oferta antes de que cambie de opinión —añadió el duque en tono de advertencia.

—Supongo que no tengo más remedio que aceptar su trato entonces —refunfuñó finalmente el señor Smith después de pensarlo por un tiempo.

—Maravilloso, los fondos te serán entregados tan pronto como firmes esta carta declarando que te inventaste todo para manchar el nombre de la señorita Watts y que tú mismo tomaste posesión de toda la herencia del barón Leinster.

El duque puso el pergamino encima de la pila que cubría el escritorio. Se irguió alto sobre el hombre mientras esperaba la firma.

—Para tu información, esta carta también será publicada en The Morning Chronicle —añadió el duque, recuperando la carta—. He oído que eres bastante aficionado a ese periódico en particular, ¿no es así?

—Sí, supongo que sí, Su Gracia —murmuró el hombre en respuesta.

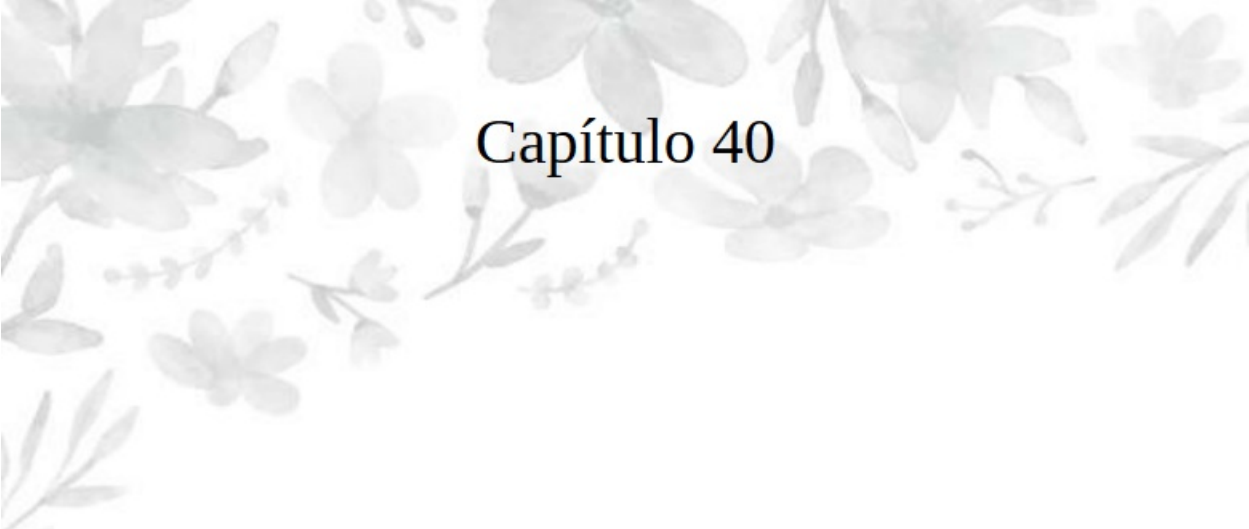
—Ahora, creo que no es necesario decirlo, pero solo para estar seguro, si alguna vez vuelves a pronunciar el nombre de la señorita Watts, incluso en la privacidad de tu propia casa, cumpliré mi promesa de eliminar todo negocio asociado con todos y cada uno de los colegas a mi disposición. Puedo prometerte que mi influencia se extiende mucho más allá del Almirante.

El señor Smith asintió con tristeza. La reunión no había ido en absoluto como esperaba. El duque, por otro lado, sentía que se le quitaba un gran peso de encima después de tener la carta firmada de vuelta en el bolsillo de su abrigo.

El duque depositó la cantidad acordada en una bolsa de cuero sobre el escritorio.

—Intenta ser un poco más sabio con tu dinero —dijo antes de ponerse el sombrero y salir de la habitación.

Se detuvo en la puerta y se dio la vuelta, —Hay una cosa más que necesito de ti antes de irme.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a rose and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 40

Isabella pasó la mayor parte de la noche, después de la visita del señor Jenkins, haciendo todo lo posible por encontrar una manera de evitar sus propios problemas con el señor Smith antes de que el duque de Wintercrest pudiera involucrarse. Solo había una respuesta que veía en su mente y temía la idea.

La única forma de apaciguar al canalla y salvar la reputación del duque y su familia de tener más participación en el asunto era ir al hombre mismo y darle lo que quería.

Se pararía frente al horrible hombre y le suplicaría misericordia. Finalmente se resignó a ello. Lo más probable es que no lo hiciera retractarse de sus palabras, pero satisfecho de haberla arruinado por completo, quizás la dejaría en paz.

Solo entonces podría finalmente recoger los restos destrozados de su vida. Tal vez podría conseguir un nuevo trabajo como institutriz o maestra en algún lugar lejano en el campo, donde tales cosas sobre ella no fueran conocidas.

Cuando Lady Louisa llegó a casa esa noche, le contó todo lo que había sucedido, así como su plan de acción. Lady Louisa no apoyaba que Isabella tomara medidas tan drásticas, pero no pudo proponer una solución alternativa.

—Durmamos sobre ello esta noche —había dicho Lady Louisa—, y quizás, por la mañana, surja algo mejor.

Tal vez fue el poco sueño que Isabella logró conciliar esa noche, pero no se le presentó ninguna otra solución. Por la mañana durante el desayuno, estaba decidida a seguir su plan. Iría a los muelles, confrontaría al sinvergüenza y detendría todo esto antes de que empeorara para la familia Wintercrest.

—¿Crees que más tarde esta mañana podría pedir prestado un carruaje? —preguntó Isabella a Lady Gilcrest mientras tomaban tostadas con mermelada.

—Por supuesto, querida. ¿Tienes planes de ir a algún lado?

—Bueno, debo hacer un recado de cierta índole. —Isabella no estaba segura de si quería compartir su plan con el resto de la familia. Una joven respetable postrándose ante su villano no era algo que supusiera que los Gilcrest aprobarían.

—Espero que sea para comprar un bonito sombrero nuevo que realmente uses —dijo Lord Dunthorpe con un guiño.

Isabella rio nerviosamente ante la broma. Miró a Lady Louisa desde el otro lado de la mesa. Lady Louisa le suplicaba con los ojos que cambiara de opinión.

—Me temo que no es un sombrero —dijo finalmente Isabella, más hacia su amiga que hacia Lord Dunthorpe—. Debo hacer algo, y si no lo hago de inmediato, perderé por completo el valor para hacerlo.

Toda la familia miró a Isabella con curiosidad. Incluso el conde bajó la esquina del periódico que había comenzado a leer para examinarla. Para los demás, probablemente sonaba como una loca, divagando de esa manera. Sabía que su querida amiga, a quien iban dirigidas las palabras, había entendido.

Cuando la familia estaba terminando su comida y preparándose para seguir sus caminos separados durante el día, un mozo de cuadra entró en la habitación.

—Disculpe, mi lord —le dijo al conde—. Hay un caballero que ha venido a ver a la señorita Watts.

—¿Tan temprano por la mañana? —respondió Lady Gilcrest un poco sorprendida.

—Estoy segura de que es el señor Jenkins de nuevo —explicó Isabella—. Ha estado dándome noticias vitales, relacionadas con mi situación, tan pronto como las recibe. Me disculpo por la hora temprana, pero ¿estaría bien si lo recibiera en el saloncito?

Los tristes ojos marrones de Lady Louisa ahora se iluminaron con esperanza. Si el abogado estaba aquí de nuevo, tal vez hubiera nueva información que pudiera evitar que su amiga siguiera su actual curso desastroso.

—Por supuesto, querida —dijo Lady Gilcrest, comprendiendo la necesidad de urgencia—. Si el señor Jenkins necesita desayunar, pide a Julia que le envíe una bandeja —añadió como una ocurrencia tardía.

Isabella caminó por el pasillo hacia el saloncito donde se le había dicho al abogado que la esperara. Se encontró pensando en la bondad de los Gilcrest. Incluso Lady Gilcrest, presentada con un invitado inesperadamente temprano, solo pensó en el bienestar y la comodidad de su invitado, lo suficiente como para ofrecerle un plato de desayuno.

Sabía que estaba verdaderamente bendecida por haber encontrado una amiga tan buena como Lady Louisa. Más aún, por haber sido adoptada como parte de la familia Gilcrest desde su regreso a Londres.

Alisó los pliegues de su suave vestido blanco de algodón para la mañana y arregló un rizo suelto al lado de su cabello. Era más por costumbre que por otra cosa. La señora Mason había inculcado en las damas de su escuela el hábito de asegurarse siempre de lucir lo mejor posible al recibir a un invitado.

Isabella abrió la puerta y solo dio dos pasos dentro de la habitación antes de congelarse por la sorpresa. Una figura masculina estaba frente a ella, de espaldas. Estaba apoyado contra una ventana y mirando la calle de abajo mientras esperaba su llegada. Sin embargo, no era la silueta delgada y desgarrada del señor Jenkins.

—¿Christian? —soltó Isabella sin siquiera pensarlo.

Como en un sueño, el duque se dio la vuelta, notando que ya no estaba solo en la habitación. Miró a Isabella una vez como si la estuviera bebiendo con la mirada por primera vez de nuevo. Isabella no pudo evitar sentir el nudo en su garganta, mientras hacía lo mismo a cambio.

—No entiendo, Su Gracia —dijo Isabella, finalmente recuperando el sentido—. El mozo dijo...

—Sí, me disculpo por la pequeña mentira. Temía que si te decía que había venido a hablar contigo... bueno, que no me recibirías.

—No porque no quisiera —dijo Isabella, admitiendo la verdad—, sino por tu propio bien.

El duque cruzó la habitación en tres pasos fáciles y tomó ambas manos de Isabella entre las suyas. Disfrutó, por un momento, de la cercanía que tanto había extrañado durante el último mes. Abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz apresurada llamó desde justo fuera de la puerta aún abierta del saloncito.

—Isabella, mira lo que ha visto Padre —dijo Lady Louisa mientras entraba apresuradamente en la habitación.

Lady Louisa se detuvo, congelada en su lugar, reconociendo al duque de inmediato.

—Su Gracia —dijo con una pequeña reverencia.

—Bueno, iba a darle la noticia a Isabella yo mismo, pero supongo que debería concederle el honor a usted, Lady Louisa, ya que parece tener el artículo en la mano.

—¿Qué artículo es ese? —dijo Isabella, mirando a ambos.

El duque le tiró suavemente de las manos y la guio hasta el sofá. Se aseguró de sentarse justo a su lado. Lady Louisa también entró en la habitación y se sentó en una silla frente a ellos.

—Mientras padre leía el periódico, encontró esto —Lady Louisa le entregó el diario a Isabella.

Isabella miró al duque, quien se recostó en su asiento mientras esperaba que ella observara el papel frente a ella.

Para su sorpresa, una página entera estaba completamente vacía de noticias excepto por una sola información. Era una carta escrita, firmada y jurada como auténtica nada menos que por el Duque de Wintercrest. Se trataba de una misiva del Sr. Smith en la que afirmaba que todos sus cargos contra la Srta. Watts eran, de hecho, falsos. Incluso explicaba el fallido negocio del Sr. Smith y sus motivos para toda esta farsa.

Isabella no podía creer lo que veían sus ojos mientras releía las palabras. No solo se había limpiado su nombre, sino que se había impreso de tal manera que cada miembro del pueblo lo vería de forma muy evidente.

—¿Cuándo hiciste esto? —preguntó Isabella, confundida y con dificultad para hablar.

—Esta misma mañana. Vi al Sr. Smith poco después del amanecer. De ahí fui directamente a los periódicos y luego a esta casa.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué? —Isabella continuó balbuceando.

Aunque esto no borraba por completo lo que se había dicho de ella en el pasado, era lo más cerca que podía esperar llegar. Una retractación pública de este nivel sería la comidilla del pueblo y, por una vez, de manera favorable para Isabella.

Cuando le hizo estas preguntas desconcertadas al duque, él se incorporó de su sitio. La miró fijamente con sus deslumbrantes ojos azules.

—Creo que sabes por qué —dijo con voz profunda y ronca.

La habitación quedó en silencio por un momento mientras los dos intercambiaban una mirada.

—Su Gracia —dijo Lady Louisa, distrayendo su atención—, debe estar hambriento. Iré a ver que le traigan algunos refrigerios apropiados.

—Gracias, Lady Louisa —dijo el duque, sabiendo que ella aprovechaba la oportunidad para darles privacidad.

Ambos esperaron hasta que Lady Louisa hubiera salido de la habitación antes de mirarse de nuevo. El duque tomó ambas manos de Isabella entre las suyas y acarició suavemente la piel desnuda.

—Christian —dijo ella suavemente, mirando sus manos unidas—. Aprecio todo lo que has hecho por mí, de verdad. Por mucho que desee esto, nunca podría pedírtelo a ti o a tu familia.

—No pienses en ellos —dijo él, acunando su rostro y levantándolo para que lo mirara—. Tanto Abigail como madre han dicho que apoyarían cualquier decisión que tome.

—¿Y me aceptarías ahora, en este estado? —preguntó Isabella mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Supe, en el momento en que caminé contigo por el sendero en la oscuridad aquella primera noche, que eras diferente a todas las demás. Tu bondad, tu amor por mi familia, tu capacidad para pensar y actuar considerando a los demás, todas estas son cosas que amo de ti —dijo el duque, lleno de sinceridad, mientras acariciaba suavemente su mejilla.

—No me importan los títulos ni lo que otros puedan pensar de nosotros. Tú eres a quien he elegido. Quiero estar a tu lado, y tenerte al mío, durante el resto de mi vida. Eso es, si me aceptas —El duque arqueó una ceja hacia Isabella. Ella sabía que la estaba provocando.

—Sí —dijo mientras una lágrima solitaria escapaba por su mejilla—. Te acepto.

El duque se inclinó, levantando ligeramente su barbilla, y se detuvo justo antes de sus labios.

—Espero que eso signifique que me permitirás besarte ahora —suspiró contra sus labios.

Isabella le sonrió y levantó la cabeza un poco para animarlo a completar el movimiento. Él sonrió ampliamente antes de permitir que un beso suave y tierno pasara entre ellos.

El duque mantuvo una mano en su rostro mientras deslizaba la otra alrededor de su cintura, acercándola más a él. Mirándola, la besó una y otra vez. Finalmente, ella apoyó la cabeza en su pecho, sin aliento.

—¿Qué te parece ir a Gretna Green esta noche? —preguntó él con una sonrisa pícaro mientras su barbilla descansaba sobre sus oscuros cabellos.

Isabella respondió a su broma con un chasquido de lengua. —Sospecho que ya hemos generado suficientes chismes por hoy.

—Bueno, entonces supongo que debo esperar una boda apropiada. Oh —dijo, apartándose de ella y metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta—, casi lo olvido.

Isabella observó cómo rebuscaba en varios bolsillos antes de encontrar lo que buscaba. Sacó su mano cerrada. Tomando la de Isabella, depositó en ella un objeto metálico frío. Al retirar su mano, Isabella vio que era su medallón.

—¿Cómo lo conseguiste? Estaba segura de que el Sr. Smith lo habría vendido en cuanto puso sus manos en él.

—Resulta que le gustaba conservarlo como trofeo.

Isabella notó que había un objeto adicional en la cadena escondido detrás del medallón. Lo dio vuelta para revelar un delicado anillo de oro con una simple esmeralda en el centro.

—Oh, es hermoso.

—Era de mi madre. Me lo dio esta mañana antes de que me fuera.

—¿Y ella sabía para quién lo destinabas? —dijo Isabella, un poco insegura de si debería tenerlo.

—Por supuesto que lo sabía —dijo el duque con una risa profunda—. Tanto madre como Abigail están esperando ansiosamente que regrese a casa contigo del brazo.

—¿Lo están? —dijo Isabella, nuevamente sorprendida.

—Y Jackie —añadió.

El rostro de Isabella se iluminó y se puso de pie en un instante.

—Vayamos ahora —dijo apresuradamente mientras tiraba de la mano del duque—. Me gustaría ver a Jackie de inmediato.

El duque rió antes de levantarse. Rodeó a Isabella con sus brazos y la besó suavemente en los labios otra vez.

—Supongo que mi desayuno tendrá que esperar, entonces. He sido hechizado por tu canto de sirena y estoy dispuesto a seguirte a donde me lleves. A la casa de mi familia o a rocosos escollos, no me importa. Mientras esté contigo.

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

Epílogo

Isabella jugueteaba con los pliegues de su vestido de seda azul oscuro. Iba en el carruaje junto con la familia Gilcrest hacia el baile de Wintercrest. Había sido el tema de conversación de toda la temporada y, con lo que Isabella sabía de los preparativos, estaba destinado a ser comentado durante muchos meses después.

El vestido que llevaba; el duque había insistido en que se lo hicieran para esta noche. Era de seda azul marino con un brillo tornasolado en la tela. El dobladillo estaba adornado con el encaje blanco más fino que Isabella había visto jamás y estaba rematado con una gruesa cinta blanca en la cintura y en su cabello oscuro.

—Te ves maravillosa, Izzy —dijo Lady Louisa, percibiendo la preocupación de su amiga—. Entrarás al baile esta noche como una princesa.

—Mm, no sé si serías exactamente una princesa —bromeó Lord Dunthorpe desde el otro lado del carruaje—, pero supongo que servirás como futura duquesa.

Isabella arrugó la nariz juguetonamente al vizconde mientras su carruaje se detenía. Tomó otra respiración para calmarse antes de permitir que el vizconde la ayudara a salir.

El conde y Lady Gilcrest llegaron en su propio carruaje justo delante de ellos y junto con los dos hermanos, se alinearon para ser presentados en la lujosa casa de la ciudad.

Isabella no pudo evitar notar que detrás de ellos venían el conde y Lady Cunningham con Lady Lydia. Su estómago dio un vuelco. Le preocupaba que pudieran armar una escena. En cambio, Lady Cunningham la llamó mientras todos se alineaban en la entrada principal de la exquisita casa.

—Oh, señorita Watts, estoy tan feliz de verla aquí esta noche —dijo Lady Cunningham con gracia—. Estaba tan preocupada por su bienestar cuando escuché las terribles noticias. Espero no haberla perjudicado al escribirle a Lady Wintercrest al respecto.

—Al principio fue sorprendente —dijo Isabella amablemente—, escuchar cosas tan horribles sobre mí. Pero también me dio la oportunidad de corregirlas, así que creo que, al final, hizo algo bueno.

—Oh, me alegra oírlo —dijo Lady Cunningham con un suspiro—. He estado tan preocupada de que pudiera odiarme por ello.

Isabella podía notar que la mujer no había tenido mala intención en sus acciones. Había causado algunos de los dolores más considerables que Isabella había experimentado jamás. Quizás, en ese momento, no podría haberlo dicho, pero ahora sabía que podía decir sinceramente que perdonaba a Lady Cunningham por todo lo ocurrido.

Lady Lydia, que estaba de pie justo detrás de su madre, parecía completamente disgustada con Isabella. Aunque el anuncio oficial de su compromiso no sería hasta esta noche, Isabella sospechaba que, con la estrecha amistad de las dos madres, Lady Lydia ya sabía de su acuerdo.

—Ese vestido te queda divinamente hermoso esta noche —elogió Lady Cunningham a Isabella, ahora segura de que no había animosidad guardada.

Isabella agradeció a la dama con gracia y fue a reunirse con su propio grupo mientras se dirigían al interior de la casa.

La casa de Londres que el duque había heredado no era del tipo normal en Londres. Era mucho más extravagante e incluso se jactaba de tener su propio gran salón para bailar.

Isabella se alineó detrás de los Gilcrest mientras todos eran presentados a lo largo de la línea de la familia anfitriona. Los ojos de Isabella se posaron inmediatamente en su prometido.

Se veía aún más apuesto que de costumbre. Llevaba una chaqueta de terciopelo azul marino similar con pantalones negros y botas altas. Su corbata estaba atada en un nudo Windsor impecable y su cabello brillaba de un rojo radiante contra la cinta azul marino a juego que lo sostenía.

Cuando Isabella se paró frente a él e hizo una reverencia, él levantó su mano enguantada de blanco hasta sus labios. La observó con sus ojos cristalinos mientras se inclinaba sobre su mano, con una sonrisa traviesa siempre presente en sus labios.

—¿Y cómo estás esta noche, mi amor? —preguntó lo suficientemente alto como para que los Cunningham, de pie justo detrás, lo escucharan.

Isabella sospechaba que la mirada de asombro en el rostro de Lady Lydia era la razón principal de su extravagante saludo romántico. Sus ojos se posaron en el medallón que volvía a ser una pieza permanente alrededor del cuello de Isabella. Junto al colgante aún estaba el hermoso anillo de esmeralda que el duque le había regalado.

—¿Estás lista para esta noche? —preguntó. Aunque bajó su mano, aún la sostenía con firmeza.

—Eso espero —dijo Isabella nerviosamente—. ¿Me veo bien?

—Te ves tan perfecta como el día que te conocí. Pero si estás nerviosa, aún no es tarde para escaparnos y fugarnos.

—Buen intento, Su Gracia, pero no puedes librarte de un baile tan fácilmente.

—Muy cierto —dijo su madre a su lado—. Tienes muchos más invitados que recibir. Deja de avergonzar a tu pobre novia y entrégamela para que pueda dar la bienvenida a mi futura nuera.

El duque le dio un último guiño a Isabella, encendiendo sus mejillas con un rubor rosado, para su deleite, antes de finalmente entregarla a su madre.

La velada continuó con gran éxito. Todo el arduo trabajo de Lady Wintercrest durante meses era evidente en las lujosas decoraciones y la deliciosa comida proporcionada. Cuando llegó el momento de bailar, el duque primero se paró sobre el pequeño escenario frente a la multitud para hacer su anuncio.

Isabella aún temía que, con todo lo que la había rodeado estos últimos meses, la reacción a su compromiso fuera de disgusto o, al menos, murmullos silenciosos. Se sorprendió gratamente al ver que, en cambio, toda la casa estalló en vítores estruendosos.

Pasó el resto de la velada al lado del duque mientras una persona tras otra se acercaba a ellos para felicitarlos.

—Creo que es hora de tomar un poco de aire fresco —dijo el duque, después de una larga felicitación del conde y Lady Cunningham.

—¿Me acompañarías afuera? —le preguntó a su futura esposa.

—Sospecho que tienes una intención muy traviesa en mente —dijo Isabella, mientras entrelazaba su brazo con el de él.

—Estoy bastante seguro de que así es —dijo él con una suave risa.

Se abrieron paso a través de las salas llenas de invitados y alrededor del grupo de bailarines en el gran salón hasta las grandes puertas que daban a los jardines detrás de la casa. A diferencia de la mayoría de las propiedades de Londres, esta presumía de un gran terreno con una larga veranda que se extendía a lo largo de todo el salón de baile.

El duque caminó con ella del brazo hasta el extremo más alejado de la veranda, en la intimidad de la escasa luz que provenía de las ventanas.

—Siempre parece encontrar formas de sacarme fuera, a solas y en la oscuridad —dijo Isabella en tono burlón.

—Bueno —dijo el duque, rodeando su cintura con los brazos y acercándola a él—, ¿de qué otra manera podría robarte un beso sino en estas circunstancias?

—Supongo que tienes razón —dijo Isabella, mirando su rostro que brillaba en la tenue luz del interior—. Aunque, no puedo decir que sea robar cuando parece que te los doy tan libremente. Quizás debería esforzarme más en resistirme a tu encanto.

Él hizo una pausa por un momento y pareció considerar su oferta. —Oh, no —dijo finalmente, inclinando su cabeza hacia ella—, no creo que me guste esa idea en absoluto.

Ahogó sus risitas con un suave beso.

El próximo libro está disponible en nuestro sitio web y en Amazon!

¡Lea el Próximo Libro Ahora! Haga clic en la imagen o escanee el código QR



Bonus Escena



Gracias por comprar y leer mi libro. ¡Significa mucho para mí y para Starfall Publications!

Como muestra de agradecimiento, nos gustaría ofrecerte un 20% de Descuento en tu primer pedido en la EShop de Starfall www.starfallpublicationsbooks.com usando el código SFKU20 ¡y un Bonus Scene de este libro!

¡Haz clic aquí o en la imagen o escanea el código QR para leerlo 100% gratis!

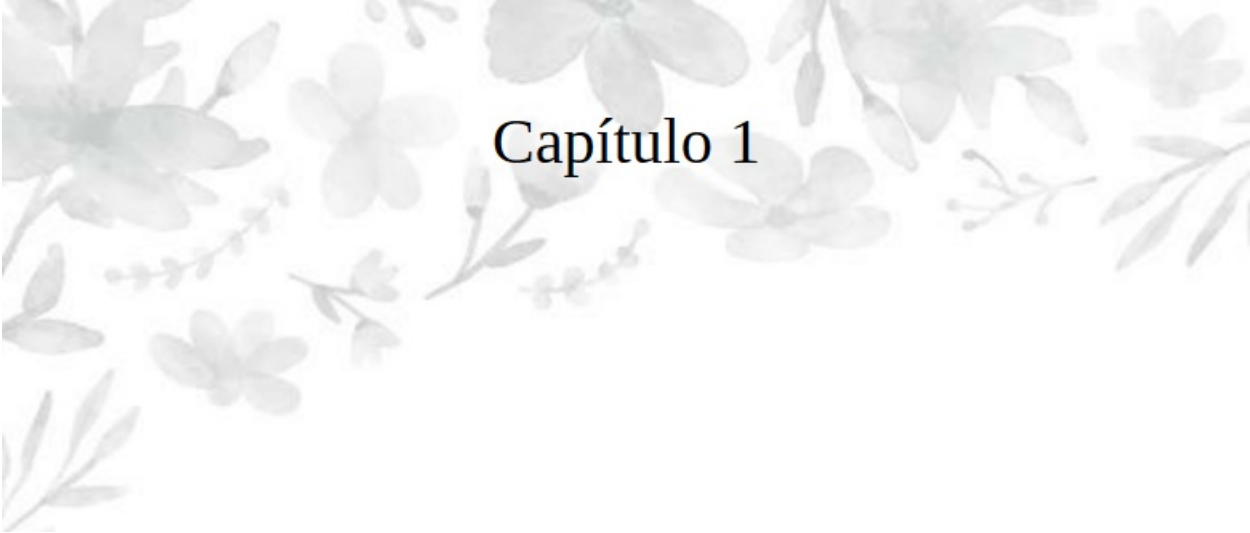
Por favor, por favor, por favor, por favor publica tu reseña en Amazon, ¡ayuda más de lo que crees!

Lea el Siguiente Libro de la Serie!

¡Lea el Próximo Libro Ahora!

Haga clic en la imagen o escanee el código QR



A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

Capítulo 1

Lady Alexandra Woodley rebuscaba febrilmente en la cesta de ropa recién lavada. Sabía que estaba arrugando las suaves telas de algodón, pero tenía poco tiempo para preocuparse por ello.

Se hizo una nota mental para disculparse más tarde con Polly, la doncella, por hacer que su tarea de planchado fuera el doble de difícil esta semana, a pesar de su frenética prisa.

Si los guantes blancos de noche de su hermana no estaban entre el resto de la tela blanca recién quitada del tendedero esta mañana, Lady Alexandra estaba segura de que no tenía idea de dónde más buscar.

Frustrada, revolvió entre camisones, pañuelos y enaguas color crema, solo para terminar con las manos vacías.

Resopló, sentándose sobre sus talones. La bocanada de aire levantó un mechón castaño que había caído sobre su rostro.

—¡Los encontré, señorita! —exclamó Polly, irrumpiendo en el salón.

—Oh, gracias al cielo, Polly. Eres un ángel —dijo Lady Alexandra, tomando los largos guantes de noche de las manos de la joven doncella.

—¿Dónde los encontraste? —continuó Lady Alexandra, levantándose del suelo de madera recién pulido para ponerse frente a la muchacha.

—Estaban bajo la almohada de la joven Lady Sophia —dijo Polly con una ceja arqueada—. Tomarse tantas molestias para causar problemas no está bien, si me pregunta.

Alexandra no podría haber estado más de acuerdo con la doncella en ese momento. Sophia Woodley era la menor de las hermanas Woodley, cuatro en total, y sin duda la más difícil.

—Me aseguraré de hablar seriamente con ella y con Padre sobre este asunto más tarde esta noche —informó Alexandra a Polly.

Era muy consciente de que el pequeño intento de Sophia de retrasar la partida de las tres hermanas mayores esta noche no solo había causado más trabajo para Alexandra, sino para toda la casa en general.

El Conde de Grebs tenía poco a su nombre además de sus cuatro hijas. Esto hacía que la ayuda contratada fuera un bien limitado, obligando a sus dos doncellas, un mayordomo y un cocinero a asumir la tarea de varios trabajos a lo largo del día. La travesura de Sophia había robado a Polly un tiempo precioso que se habría utilizado en otras tareas.

Alexandra se propuso hacer todo lo posible para expresar ese hecho a su hermana menor y más despreocupada. Tal vez incluso hacer que la niña escribiera una carta de disculpa a la doncella.

Ciertamente, no era un acto apropiado para una dama escribir una nota de arrepentimiento a un sirviente, pero Alexandra también sabía cuánto detestaba Sophia sus tareas escolares y el trabajo adicional parecía un castigo adecuado para el delito.

—Josephine —llamó Alexandra por el pasillo mientras salía de la única sala de estar y subía las escaleras hacia los dormitorios principales de la casa.

Encontró a su siguiente hermana mayor aún sentada frente al pequeño tocador en la habitación que compartían las cuatro chicas.

—Josephine —dijo Alexandra, un poco sin aliento por segunda vez debido a la apresurada caminata hasta el lado de su hermana—. Polly ha encontrado los guantes perdidos.

Alexandra los arrojó sobre una de las dos grandes camas que servían de dormitorio para las cuatro hermanas. Se sentó junto a ellos sintiendo cómo su cuerpo se hundía en la cama recién hecha.

—¿Dónde estaban? —preguntó Lady Josephine Woodley mientras intentaba colocar delicadamente uno de sus rizos castaño oscuro en su lugar.

Alexandra se movió en su sitio, incómoda por la restricción del corsé antes de levantarse para ayudar a su hermana con su cabello.

—Sophia los tenía bajo su almohada —dijo Alexandra, poniéndose manos a la obra.

—Esa niña está podrida hasta la médula —dijo Josephine, rascándose la nariz.

—Tonterías, solo está molesta porque todas vamos al baile esta noche y ella no puede.

Alexandra estaba acostumbrada a hacer de pacificadora entre estas dos hermanas. Josephine era solo un año menor que Alexandra, y ellas dos eran, con diferencia, las más cercanas de todas las chicas Woodley.

Williamina era tres años menor que Josephine, y Sophia cerraba la fila siendo cuatro años menor que Williamina.

—Todas tuvimos que esperar a alcanzar la mayoría de edad. Sophia piensa que solo porque es la más joven debería recibir algún tipo de trato especial —continuó Josephine.

—Tiene quince años. Está a solo un año de cuando el resto de nosotras debutamos. Quizás no sería demasiado permitirle que nos acompañe esta noche —dijo Williamina, entrando en la habitación y uniéndose a la conversación.

Honestamente, la hacienda no podía permitirse que las cuatro hermanas pasaran la temporada con la alta sociedad. Alexandra lo sabía bien, ya que se encargaba de todas las finanzas de la hacienda por sí misma. No era algo que hubiera compartido con sus hermanas menores todavía.

Sinceramente esperaba no tener que hacerlo. Ya tenía dos hermanas que habían pasado algunas temporadas en sociedad y estaban bien entradas en edad de casarse. Si pudiera encontrar un buen partido para Williamina o Josephine, no tendría que considerar tener a las cuatro hermanas debutando el próximo año.

No era la primera vez que Alexandra tenía que cargar con una carga secreta de la hacienda del Conde de Grebs. Después de la muerte de su madre al dar a luz a Sophia, su padre, el Conde de Grebs John Woodley, se había prácticamente alejado de la realidad. Eso la dejó a ella, a la mera edad de ocho años, con la pesada responsabilidad de asegurarse de que la casa fuera administrada y su familia atendida.

Al principio, habían sido solo pequeñas cosas como asegurarse de que sus hermanas tuvieran su mejor ropa de domingo para el servicio cuando su padre parecía no notarlo. Con el tiempo, aprendió a hacerse cargo de más y más cosas, y él nunca la detuvo, feliz de encontrar más tiempo de aislamiento en su biblioteca con sus preciosos libros y especímenes.

Alexandra nunca tuvo un debut formal como se aseguró de que tuvieran sus tres hermanas menores. En cambio, asistía a eventos sociales como las otras matronas de la alta sociedad, atendiendo las necesidades de los parientes jóvenes y solteros.

Era cierto que Sophia era en parte mimada, solo porque su padre hacía poco por interactuar con sus hijas, y Alexandra no tenía conocimiento de cómo ser una buena madre cuando aún era una niña ella misma.

Sophia había estado en una desventaja significativa en comparación con sus hermanas desde el momento en que nació; no tenía recuerdos de su querida madre, Lady Grebs. Todo había cambiado con la muerte de su señora madre. Esto dejó a todas las chicas Woodley con la necesidad de crecer más rápido que sus compañeras e incluso un poco resentidas.

Sophia era la más rebelde y resentida de todas. En respuesta, Josephine siempre estaba en desacuerdo con lo que consideraba un trato especial para la menor de las hermanas.

—Ciertamente es algo que estaría encantada de comentar con Padre —dijo Alexandra, terminando de colocar la última flor de paniculata en el cabello de Josephine—, pero es demasiado tarde para esta noche. El carruaje debería estar aquí en una hora.

—El baile de primavera de Sir Hamilton es el primer evento de la temporada —dijo Sophia, entrando pisando fuerte en la habitación todavía con su suave vestido azul de mañana—. Todo el mundo va a estar allí, y si yo no voy, bien podría quedarme encerrada todo el año.

Sophia terminó su perorata cruzando los brazos y sentándose en la cama que Josephine y Alexandra compartían.

—Aún eres demasiado joven —dijo Alexandra, tratando de calmar la tensión entre sus hermanas antes de que comenzara una pelea verbal completa entre ellas—. Ni siquiera sé si podría convencer a Padre para que te permita asistir a eventos esta temporada —continuó.

—Simplemente no es justo —dijo Sophia, con lágrimas acumulándose en sus grandes ojos marrones antes de salir pisando fuerte de la habitación.

Alexandra suspiró con decepción.

—No cedas ante su berrinche —dijo Josephine, notando que su hermana mayor flaqueaba en su resolución—. Recuerda que fue ella quien escondió tus guantes. Ahora tienes poco tiempo para arreglarte.

—Oh, de todos modos no planeaba hacer mucho para arreglarme.

Alexandra no solo había estado haciendo de madre de sus tres hermanas menores toda su vida; había asumido completamente el papel de madre. Eso incluía sacrificar cualquier tiempo personal que pudiera tener para el beneficio de las chicas Woodley más jóvenes.

—Alexandra, podrías brillar en ese salón esta noche. Déjanos ayudarte un poco —dijo Williamina para animarla.

—Oh, sí —añadió Josephine—. Sería tan divertido. Podríamos hacerte brillar como un diamante si nos dejaras. Entonces quizás podrías finalmente encontrar a tu pretendiente.

—No tengo tiempo para pretendientes ni diamantes, y os prometo que nada de lo que pudierais hacer ocultaría el hecho de que ya soy una solterona —reprendió Alexandra a sus hermanas—. Ni vosotras tampoco. Ya casi es la hora. Daos prisa y terminad de arreglaros. Debo asegurarme de que Polly le lleve la cena a Padre —añadió, saliendo apresuradamente de la habitación.

—Veintitrés años no es ni de lejos tan vieja —dijo Josephine a la figura que se alejaba de Alexandra—. Si acaso, muestra tu madurez al esperar para encontrar un buen partido.

Mantuvo la cabeza en alto mientras estudiaba su imagen en el espejo. De todas las hermanas Woodley, Josephine era, con diferencia, la más vanidosa. La defensa de la edad de Alexandra

tenía poco que ver con su hermana mayor y mucho más con su proximidad en edad.

Alexandra no prestó atención a los halagos de su hermana mientras daba una última vuelta por la casa. El carruaje de alquiler que las llevaría a la casa de Sir Hamilton en Londres estaba a punto de llegar.

Tendría que asegurarse de que su hermana menor se disculpara por la noche, que Polly no estuviera demasiado atrasada en sus tareas vespertinas para ayudar a la cocinera, y sobre todo, asegurarse de que su padre comiera algo.

Muy a menudo, John Woodley se sumergía en fantasías y se olvidaba por completo de las necesidades de la vida como comer o pagar los salarios mensuales a los sirvientes.

Actualmente se encontraba en ese mundo alterado. La semana pasada le habían regalado un nuevo espécimen del nuevo mundo al otro lado del mar. A Alexandra le parecía nada más que un alfiletero gigante y, por lo tanto, demasiado peligroso para tenerlo en una casa elegante, pero su padre nunca era alguien que viera la razón cuando se trataba de su pasatiempo.

El conde Grebs tenía pocos bienes cuando asumió el título de su padre, y muy poco en cuanto a aumento cuando se casó con la condesa. Se habían querido mucho, y el dinero había importado poco.

Sin embargo, el conde tenía un hábito muy culpable de compras y donaciones a una pasión de toda la vida. Era un naturalista obsesivo. Le encantaba coleccionar todos los volúmenes de libros sobre cualquier cosa, desde zoología hasta botánica. Lady Grebs lo había equilibrado un poco y moderado su pasión.

Con su muerte, Lord Grebs había olvidado el mundo en el que vivía y optó por encerrarse en el mundo natural imaginario de su biblioteca.

A pesar de todo su amor por el mundo exterior, tenía una constitución terriblemente frágil. Esto lo dejó explorando y descubriendo el mundo desde los confines de su única propiedad, 62 Garden Place, Londres, que estaba peligrosamente cerca del indeseable barrio del West End de Covent Garden.

El alfiletero lo mantendría encerrado durante al menos otras dos semanas mientras estudiaba su nuevo espécimen disecado. Luego, sería donado a su único y verdadero amor fuera de su esposa, el Museo de Maravillas Naturales de Londres.

Después de una rápida parada en la cocina para conseguir una bandeja de la cocinera, Alexandra se encontró de pie frente a la puerta de la biblioteca.

Aparte de la sala de estar, el comedor y la cocina, este era el único espacio en el primer nivel de la casa de la ciudad de Londres.

Era un apretón ajustado acomodar a cuatro chicas y a su padre en una casa tan pequeña durante la temporada, y mucho más durante todo el año, como era el caso de los Woodley.

—Padre —llamó Alexandra con un suave golpe antes de entrar con la bandeja de estofado de cordero con patata hervida en la mano.

Dejó la bandeja en el escritorio con la silla de respaldo alto girada de espaldas a ella. No necesitaba ver el otro lado de la silla para saber lo que estaba pasando allí. Sin duda, su padre estaba encorvado sobre la pequeña mesa contra la pared que mostraba su última en una serie de posesiones preciadas disecadas.

—Simplemente no puedo encontrar nada similar en ningún otro lugar —dijo suavemente el conde Grebs para sí mismo, y se levantó de su silla, libro en mano, para caminar por la pequeña habitación.

—Padre —repitió Alexandra.

Él parpadeó, levantando la vista de su trabajo. —Oh, querida Alexandra. No te oí entrar.

—Lo sé —dijo Alexandra con un suspiro.

Por mucho que quisiera estar insatisfecha con su padre, o incluso resentida con él, no podía. Era un hombre con el corazón roto, solo la mitad del todo que una vez fue.

Su cabello se había vuelto gris a lo largo de los años hasta alcanzar el blanco de una nube, con las puntas teñidas de amarillo por la falta de baños regulares y el tabaco de su pipa que habitualmente llenaba la habitación.

Su piel estaba tan tensa contra su rostro que era casi tan fina como el papel de los libros que tanto amaba. Había un suave brillo plateado que le picaba en la barbilla bajo el resplandor del fuego que casi se había apagado.

A Alexandra le hubiera gustado culpar a su padre por las dificultades en su vida, y ciertamente tenía derecho a hacerlo, pero no lo hizo. En cambio, solo deseaba poder cuidarlo mejor.

—Te he traído la cena, padre. Por favor, tómate un momento para comer.

Lord Grebs miró la bandeja de plata.

—Sí, por supuesto, gracias, querida —dijo, dejando su libro a un lado y girando su sillón de respaldo alto.

—Pronto partiremos al baile de Sir Hamilton.

—¿Ya es esa época? Siento como si acabáramos de celebrar la Navidad. ¿Cómo es posible que ya sea abril?

—La tierra gira alrededor del sol, los días se convierten en semanas, y las semanas en meses —dijo Alexandra con una suave sonrisa.

Él le devolvió una mirada chispeante a través de sus ojos grises. Era el mismo discurso que le había dado cuando era niña con el modelo del sistema solar que tenía en su estudio. Ella amaba ese modelo.

Lord Grebs estaba fascinado con el mundo y lo que crecía en él. Su hija mayor, sin embargo, había llevado su pasión a los cielos. Él había estado más que feliz de alentarla.

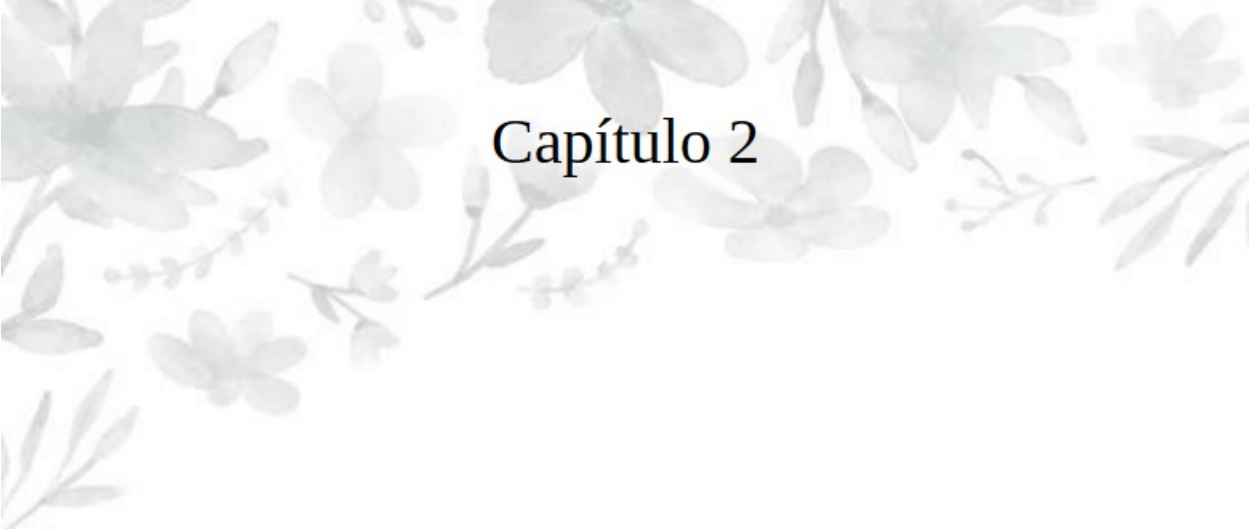
Lord Grebs había sido bendecido con cuatro hermosas hijas y ningún hijo. No era propio de él mantener una conversación sobre cintas o muñecas, y por lo tanto tenía poco con qué conectar con las mujeres de la casa. Su Alexandra, sin embargo, era muy parecida a él. Ella era apasionada por la exploración y valiente de maneras que él nunca podría ser.

—¿Qué haría yo sin ti, querida? —dijo con un brillo en sus ojos grises.

Sus palabras se extendían más allá de la simple bandeja de plata ante él.

Ella tocó suavemente su mano mientras él se sentaba para tomar su comida.

Lea el Siguiente Libro Haciendo Clic Aquí!

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 2

El carruaje del duque de Raven se detuvo frente a los escalones de la casa londinense de su tía Rebecca justo cuando el sol comenzaba a ocultarse detrás de los árboles de Hyde Park.

Había viajado lo más rápido posible para llegar a su lado después de la urgente súplica de su tía para que regresara a casa. Aun así, con el primer barco desde el nuevo mundo, los caballos más veloces que el dinero podía comprar y cabalgando sin parar desde Liverpool, le había llevado varios meses llegar a este lugar.

Estaba desesperado por saber qué había preocupado tanto a su querida tía, la única familia que le quedaba, como para solicitar su presencia inmediata.

A pesar de la urgencia, le hubiera gustado llegar a Londres en un momento menos ostentoso. Las calles estaban llenas de damas que paseaban tranquilamente después de su día de compras o vida social y caballeros que regresaban de sus clubes en preparación para las frivolidades nocturnas.

Theodore Hendricks, el duque de Raven, nunca fue realmente aficionado a las temporadas en Londres. Aunque todavía era principios de primavera, ya podía notar, mirando por la ventana del carruaje, que lores, damas y gente distinguida de todo el país ya habían acudido en masa a la ciudad para el inicio de los meses centrales de la temporada de este año.

Tomó un respiro para calmarse antes de abrir la puerta de su carruaje, que se había detenido bruscamente frente a la lujosa casa. No ayudaba que estuviera justo en la esquina de Park Lane, donde cualquier persona importante estaba caminando en ese preciso momento.

Aunque recorrió la corta distancia a través del jardín y subió los escalones con pasos largos y rápidos, aún captó muchas miradas y susurros de los grupos que pasaban.

Raven no podía decidir si los comentarios eran porque era un duque reclusivo que rara vez pisaba suelo inglés, o por su reciente estado de vestimenta.

Había permanecido con la misma ropa de viaje los últimos tres días al llegar al final de su travesía. No se había detenido ni una vez para refrescarse o siquiera afeitarse la oscura sombra que seguramente crecía a lo largo de su mandíbula.

Tenía un gran temor creciendo dentro de él. La tía Rebecca Sinclair era la hermana de su madre y prácticamente una madre para él después de que sus propios padres murieran en el mar. Al ser la hermana mayor de su madre, tenía muchos más años que la mayoría de las cuidadoras maternas.

Su mayor temor era que su tía hubiera enfermado o recibido malas noticias sobre su salud de un médico y le quedara poco tiempo de vida, o peor aún, nada de tiempo.

Se había reprendido a sí mismo todo el tiempo que estuvo en el barco cruzando el Atlántico, deseando que el viento lo empujara más rápido hacia casa.

Desde el momento en que cumplió dieciocho años y se le permitió determinar su propio destino por orden de su tía, había dejado la comodidad de su residencia rural para ver el mundo como lo hicieron sus padres.

La tía Rebecca no había estado contenta con su elección, ya que fue así como perdió a su querida hermana, pero no lo detendría. Él era técnicamente el dueño y propietario de todas las propiedades que ella usaba, y el benefactor de todo lo que necesitaba.

Raven había pensado que había hecho lo suficiente por su tía y la mujer que ayudó a criarlo y formarlo, dándole cualquier cosa material que su corazón deseara.

Al regresar a casa, se dio cuenta de que le había hecho un gran perjuicio a su querida tía al dejarla tan sola. La tía Rebecca nunca viajaría con él; de hecho, se negaba incluso a montar en transbordadores después de la muerte de su hermana, y Raven simplemente había optado por irse sin ella.

Le dolía mucho saber que había abandonado a su tía, posiblemente condenándola a una muerte solitaria, todo por sus deseos antinaturales de ver cada rincón de este hermoso mundo.

Rectificaría el asunto ahora. Se quedaría al lado de su tía, le daría todo lo que le pidiera y se aseguraría de que el final de sus días fueran los más felices de su vida.

—¿Tía Rebecca? —llamó Raven, irrumpiendo por la puerta.

Sabía que debería haber llamado, aunque técnicamente era su casa, y esperar a que el mayordomo lo dejara entrar. No tenía tiempo para eso, ni le importaba si entraba en la casa en un estado menos que perfecto. Necesitaba ver a su tía en ese mismo momento, antes de que la culpa lo consumiera vivo.

—¿Qué es todo este alboroto...? —oyó que su voz temblorosa llamaba desde la sala de estar vespertina.

No pudo evitar suspirar de alivio. Al menos todavía estaba en este mundo. Raven se quitó el sombrero y los guantes, entregando su chaqueta y bastón a un mayordomo que había acudido rápidamente en su ayuda.

—Buenas noches, Su Gracia. Permítame darle la bienvenida a casa —dijo el hombre estoico, tomando las prendas exteriores.

—Tía Rebecca, soy yo —llamó Raven a su tía, que se había levantado de su lugar. Podía oír el sonido de sus enaguas recién planchadas mientras se acercaba.

—Oh, Theodore, mi dulce niño. Por fin has vuelto a casa —dijo ella, extendiendo sus brazos hacia su sobrino.

Raven la abrazó felizmente antes de sostenerla a la distancia de un brazo para examinar a la anciana.

Parecía mucho más envejecida desde la última vez que la vio. Sus mejillas habían caído formando papadas muy parecidas a las de los pequeños perros bulldog que le gustaba tener de compañía. Su cabello se había vuelto completamente gris ahora, recogido en su apretado moño con una pequeña cofia de encaje encima.

Aunque se veía desgastada por los años, solo estaba a unos meses de cumplir setenta y un años; por lo demás, parecía gozar de perfecta salud. Sus ojos tenían una hermosa luz bajo su color marrón miel, sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas con buena salud, y su agarre parecía lo suficientemente firme.

De hecho, si Raven tuviera que adivinar, no parecía estar enferma en absoluto.

—Sabía que vendrías, pero aun así me alivia ver que lo has hecho —dijo ella, tocando su rostro con amor.

Tuvo que alzar la mano para hacerlo, ya que Raven era inusualmente alto incluso para un hombre. Sin mencionar el hecho de que su tía también debía de haberse encogido un poco en los tres años desde la última vez que la vio. Ahora la punta de su cabeza apenas llegaba a sus anchos hombros.

—Debo decir que tienes un aspecto espantoso —dijo tía Rebecca, tomándole del brazo y guiándole al salón—. Es solo por la Providencia que has llegado esta noche. Espero que no estés demasiado cansado para la tarea.

—¿Qué tarea, querida tía? Temí lo peor cuando recibí tu carta. Por favor, no me hagas esperar ni un momento más y dime qué sucede —dijo Raven, irritado de que su tía pareciera tan

tranquila.

—¿Temer lo peor? ¿A qué te refieres, hijo?

—A tu salud —explicó Raven.

Tía Rebecca tomó asiento en uno de los sofás cerca de la chimenea. Aunque aún era principios de primavera, hacía un calor inusual y no se necesitaba encender el fuego.

Tía Rebecca tocó la campanilla y pidió algunos refrigerios para el duque.

—Estoy en perfecta salud, ¿por qué habrías pensado lo contrario? —dijo tía Rebecca con sorpresa y confusión.

—En tu carta —intentó explicar Raven, aunque se negó a sentarse. La sacó del bolsillo donde la había leído una y otra vez estos últimos meses—. Decías: "Por favor, apresúrate a volver a casa. Antes de la primavera sería lo mejor. El tiempo es esencial". ¿Qué otra cosa podría pensar de esa declaración?

Tía Rebecca reflexionó sobre sus propias palabras y sus ojos se abrieron al darse cuenta de que él había interpretado su urgencia como una amenaza de muerte.

—Oh, hijo mío, por favor perdóname. Nunca quise que interpretaras mi carta de esa manera. Solo deseaba recalcar la urgencia del tiempo.

—¿Urgencia para qué? —intentó preguntar Raven de nuevo.

—Para la temporada, querido.

Raven se quedó inmóvil en su lugar. Tranquilamente guardó la carta en el bolsillo de su pecho y tomó asiento en el sofá frente a su tía. Rara vez se enojaba, y ciertamente nunca con su tía, hasta este momento. Tomó una larga y profunda respiración para calmar sus nervios.

—¿Me estás diciendo, tía Rebecca, que me hiciste venir apresuradamente desde el otro lado del mundo para que pudiera estar en Londres para la temporada?

—No es solo una temporada, es LA temporada —corrigió tía Rebecca.

—¿Y por qué es eso, mi querida tía? —dijo Raven tan amablemente como pudo, aunque no pudo evitar apretar los dientes.

Estaba seguro de que durante los últimos meses le habían salido algunas canas de tanto preocuparse por su tía y su salud. Había vuelto a casa como el viento para estar a su lado, solo para descubrir que ella había inventado una falsa emergencia por una temporada social.

—Pues, solo por tu futura felicidad, por supuesto. He asegurado el partido más prestigioso para ti. No fue fácil de lograr, como bien sabrás, ya que no has elegido estar presente en una sola temporada desde que tenías dieciocho años.

—Sí, bueno, no lo disfruté mucho entonces, y me atrevo a decir que no lo haré ahora. ¿Qué te hizo pensar que quería una esposa en primer lugar?

—Querido, tienes treinta y un años. Ya es hora de que encuentres una esposa y comiences tu propia familia. Entiendo que disfrutas la vida emocionante que fascinaba a tus padres, pero tienes responsabilidades que considerar. Incluso tu difunto padre vio la importancia del matrimonio, ya que se casó con mi hermana a los veinticinco años.

Raven se frotó los ojos, sin saber si se estaba obligando a mantenerse despierto o esperando poder borrar esto de su memoria.

—No tienes idea de los esfuerzos que hice para estar a tu lado lo antes posible.

—Lo siento terriblemente por eso —dijo tía Rebecca, pestañeando hacia él—. Nunca quise preocuparte tanto, pero si te hubiera dicho mis razones, no habrías venido.

—No, no habría venido —coincidió Raven.

—Por favor, querido, puede que esté en buen estado de salud ahora, pero nunca se sabe —dijo, alargando sus palabras y pareciendo más hundida de lo que había estado en mucho tiempo.

—Sí, ¿y casarme con una completa desconocida de tu elección será justo el elixir de juventud que necesitas para vivir muchas décadas más? —se burló Raven.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero le haría bien a mi corazón verte felizmente casado. Oh, y solo piensa si pudiera tener pequeñas sobrinas-nietas y sobrinos-nietos que abrazar antes de dejar este mundo.

—Puedo ser feliz sin una esposa, y estoy seguro de que dejarás este mundo con una sonrisa en tu rostro incluso si no hay un bebé que sostener en tus brazos —replicó Raven.

En ese momento, la sirvienta entró con una bandeja de té, vino y algunos pasteles fríos de la cena anterior. Raven no habló durante un tiempo mientras daba buena cuenta de la comida.

Apenas se había detenido para cambiar de caballos y en ese tiempo solo tomó la pequeña cantidad de comida que pudo comer rápidamente en el carruaje. Estaba hambriento, por decir lo menos.

—Sé que puedes ser feliz sin una esposa —dijo tía Rebecca una vez que su sobrino había comenzado a comer más despacio—.

Pero te aseguro que serás mucho más feliz con una. ¿No me harías este único favor? Después de todo, ya estás aquí —lo animó.

—El matrimonio no es exactamente un pequeño favor que pedir —se burló Raven.

—Entonces no el matrimonio, solo quédate aquí para la temporada. Haz un esfuerzo por interactuar con tus pares. Solo conoce a la chica. Eso es todo lo que te pido.

Raven ya sentía que su ira se derretía. Nunca le había negado nada a su querida tía. Después de todo, ¿no había pasado los últimos meses deseando haber hecho más por su tía y haber pasado más tiempo con ella? Acababa de jurar en su corazón que haría todo lo posible para hacer feliz a la mujer. ¿Estaba dispuesto a romper esa promesa tan pronto?

—Está bien, me quedaré para la temporada, si eso te hace feliz. Solo dime a quién quieres que conozca, y seré el duque encantador, pero solo porque tú me lo has pedido. No puedo prometer un matrimonio para el otoño, así que no te decepciones cuando no suceda.

Tía Rebecca aplaudió con alegría.

—Oh, por supuesto que no, querido Theodore —dijo ella aclarándose la garganta y volviendo en sí.

—Entonces, ¿cuándo conoceré a esa maravillosa dama tuya? —dijo Raven, desplomándose en su asiento como un niño rebelde que había sido vencido.

—Su nombre es Lady Charlotte Weiderhold. Su padre es el Conde Derber. Se rumorea que su hermana mayor, Lady Mary, es la favorita del Príncipe Federico. Podría haber una boda en su futuro.

—Dudo mucho que el Duque de York y Albany se case con una aristócrata —se burló Raven.

Rumores como estos eran comunes. La vida de cada miembro de la alta sociedad giraba en torno a la sociedad real. No era la primera vez que se rumoreaba que uno de los hijos del Rey Jorge III estaba vinculado a una aristócrata, elevando así el estatus social de ese miembro. Sin embargo, nunca llegaba a nada.

—Aun así —tía Rebecca descartó la idea con un gesto—, su familia ya es el tema de conversación de la temporada. Son una familia muy sensata y estable. Sería una pareja perfecta para ti.

—Creo que lo que quieres decir es que tienen dinero, así que no tengo que preocuparme por compartir el mío —corrigió Raven.

La tía Rebecca infló sus mejillas ante sus palabras ingeniosas antes de abrir su abanico y abanicarse.

—Debo admitir que no estaba totalmente en contra de que te fueras por un tiempo para mantenerte alejado de las llamadas damas de sociedad que solo lo eran de nombre. Tienes que entender cómo funcionan las mujeres. Las madres harían casi cualquier cosa para asegurar a un duque como tú para su hija, y por ende para su casa. Estaba bien con que viajaras por el mundo si eso significaba que no ibas a poner en peligro tu vida por una cara bonita.

—Espero que no estés diciendo que esta Lady Charlotte no es muy agraciada entonces —dijo Raven, tratando de contener la sonrisa que se formaba en sus labios.

—Ahora estás siendo un bromista —Rebecca cerró su abanico de golpe y le dio un golpe en la mano con él.

Raven fingió estar herido por la acción.

—Es muy hermosa a la vista. Solo quiero decir que esas no son todas sus cualidades. Sería la pareja perfecta para ti en mi opinión.

—¿Y el hecho de que elevaría tu popularidad entre las otras damas si, digamos, tu sobrino se casara con el tema de conversación de la temporada no tiene nada que ver?

Ella entrecerró sus ojos color miel y frunció los labios.

—Eres un chico malvado por burlarte así de mí —dijo con sentimiento, aunque una sonrisa también jugaba en sus labios—. ¿Lo harás entonces, por mí?

—La conoceré —accedió Raven—. Sí, haré eso por ti, mi querida tía.

—Bien, entonces debes ir a prepararte de inmediato, o llegaremos tarde.

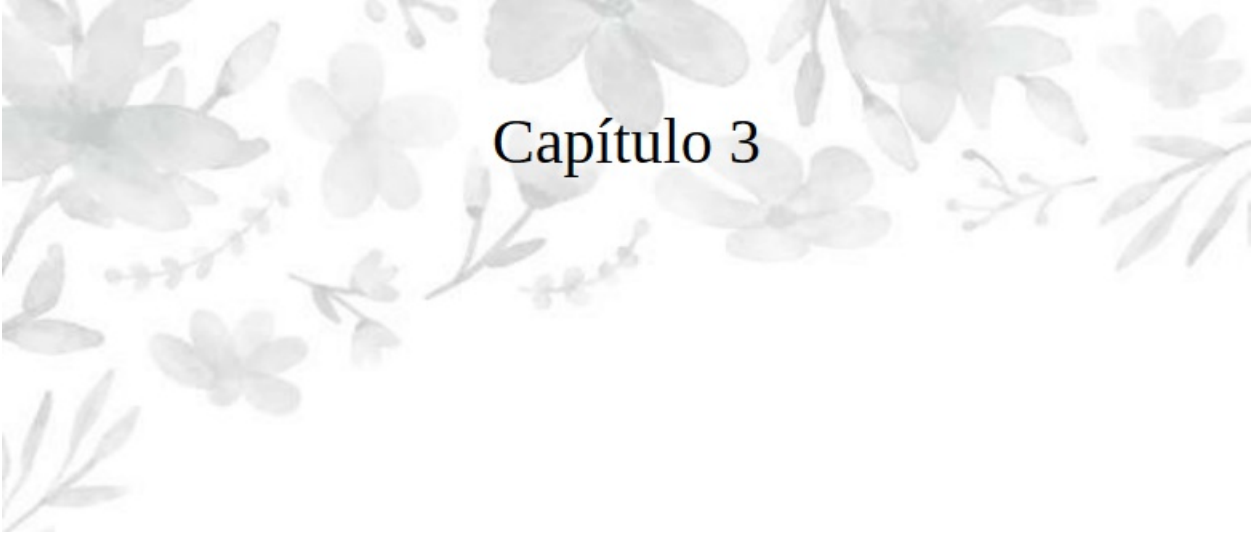
—No puedes referirte a ahora mismo, ¿verdad? —soltó Raven—. Acabo de llegar a casa y estoy más que fatigado.

—Esta noche es el baile inaugural de Sir Hamilton. Como dije, fue solo la Providencia la que te trajo aquí a tiempo, ya que acepté la invitación de Sir Hamilton en nombre de ambos —añadió, acelerando sus últimas palabras—. Ahora ve —agitó su abanico hacia él en un gesto de despedida.

—Haré que James traiga el carruaje; partiremos en una hora. Puede que sea un poco tarde, pero no de manera poco elegante —añadió, más como un pensamiento para sí misma.

—En qué lío me he metido —refunfuñó Raven mientras se levantaba del confort de la silla.

Lea el Siguiente Libro Haciendo Clic Aquí!

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 3

Por algún milagro, Lady Alexandra Woodley logró sacar a sus dos hermanas menores de la casa, hacer que su padre recordara cenar y que su hermana más pequeña se disculpara con Polly por el trabajo extra.

Mientras iban sentadas en el coche de alquiler por las calles empedradas de Londres, no pudo evitar soltar un suspiro de alivio. Se dio cuenta en ese momento de que ni siquiera había tenido tiempo de mirarse bien antes del baile.

A Alexandra no le importaba mucho su aspecto, excepto por dar una buena imagen por sus dos hermanas menores.

Miró al otro lado del carruaje a Josephine y Williamina, que estaban discutiendo algo entre ellas. Ambas lucían radiantes. Josephine llevaba un vestido de color verde pastel suave; entre eso y su cabello oscuro adornado con pequeñas flores blancas de gypsophila, sería la bella del baile.

Alexandra estaba segura de que este era el año de Williamina para brillar. Tenía la edad adecuada para establecerse, y ya había llamado la atención de algunos pretendientes en los últimos años. Si pudiera conseguir un buen partido para Williamina o Josephine este año y verlas establecidas, tendría una carga menos cuando llegara el momento del debut de Sophia dentro de doce meses.

Williamina se veía tan deslumbrante como su hermana mayor. Llevaba su único vestido de noche, un suave satén color rosa. Le quedaba muy bien con su piel pálida y el toque rojizo de su cabello dorado. Mientras que tres de las chicas Woodley habían heredado las raíces españolas de su madre, con piel olivácea y cabello oscuro, Williamina era clara y tan hermosa como una muñeca de porcelana, justo como el resto del lado Woodley de la familia.

Sin embargo, Williamina aún tenía solo diecinueve años, y era un poco joven para el matrimonio. Por supuesto, todavía era una posibilidad, ya que muchas damas se casaban a su

edad. La desventaja, sin embargo, era la innegable falta de fondos.

Williamina tenía la belleza y un carácter amable a su favor, pero todavía era demasiado joven para ver el sentido de usar esos rasgos en su beneficio. Aún tenía los pensamientos desesperanzados de una romántica como muchas chicas de su edad.

Aunque Alexandra lo había lamentado, ya había tenido que ahuyentar a un pretendiente el año pasado. Era un caballero fino, sin duda, pero sin título a su nombre y sin más fondos en sus arcas que los de su propia familia.

De ninguna manera proporcionaría la vida a la que Williamina estaba acostumbrada. Era responsabilidad de Alexandra ver a sus hermanas felizmente encaminadas en su vida adulta. Le debía a su madre al menos el sentido común para proteger a las chicas más jóvenes de un emparejamiento desastroso. Williamina podría haber tenido ojos para él en ese momento, pero el tiempo pasaría, y los enamoramientos se desvanecerían, y entonces se encontraría en una situación terrible. Alexandra no podía permitir que eso sucediera, no bajo su vigilancia.

Hurgó detrás de su propia capa verde bosque y en el bolsillo de la enagua de su vestido. No era tan elegante como el de las otras chicas, aunque aún había elegido usar azul pastel como símbolo de su virtud. No podía permitir que ningún rumor sobre su propia situación pusiera en peligro las oportunidades de sus hermanas.

Para una mujer soltera, usar algo más allá del pastel durante la temporada sugeriría que ya no se consideraba soltera. La razón natural sería la soltería, pero siempre existía el chisme de comportamiento adúltero si la chica aún era joven. Alexandra no podía arriesgarse a tal cosa, por más tonta que se sintiera desfilando con la suave seda azul.

Metió la mano en su bolsillo y sacó los ofensivos guantes blancos. No había tenido tiempo de ponérselos y en su lugar los había deslizado dentro de los pliegues de su vestido. Solo ahora, mientras se ponía el primero en su mano derecha y lo subía por la longitud de su brazo, se dio cuenta del problema.

Dos de los tres botones que aseguraban la prenda en su lugar, a solo unos centímetros por debajo de la manga de su vestido, faltaban. Sin ellos, no solo parecería aún más una pobre chica desaliñada entre la alta sociedad de lo que ya lo hacía su vestido pasado de moda, sino que también evitaría que se mantuviera en su lugar.

Dio un largo suspiro. Si Sophia no se hubiera empeñado en esconderlos como castigo, el arreglo podría haberse hecho fácilmente con tiempo de sobra. Ahora tendría que pasar toda la noche tirando de su guante y rezando para que nadie notara los botones faltantes.

—¿Qué sucede, Alexandra? —preguntó Williamina, notando el largo suspiro.

—Nada, nada en absoluto —dijo Alexandra, sin querer informar a sus hermanas.

Probablemente era un viaje más largo que el de la mayoría esa noche para viajar desde el lado menos elegante de Londres hasta la casa de Sir Hamilton que alquilaba por el año. Al no tener una sede propia con propiedades dotadas, su dirección estaba en constante cambio, pero aun así era significativamente más deseable que la finca otorgada al conde.

Alexandra siempre se había preguntado cómo sería dejar los confines y el humo de carbón de la ciudad en invierno para retirarse a una residencia en el campo. Desafortunadamente, su abuelo había caído en tiempos difíciles, perdiendo la finca y gran parte de su fortuna. Lo único que evitaba que el Conde Grebs fuera simplemente un Lord por título era la pequeña casa en Londres y una mínima pensión anual de inversiones.

Alexandra anhelaba ver algo más allá de las hileras de casas y las masas de gente que poblaban Londres. Incluso pasar un año en el campo en su propia tierra habría sido un sueño hecho realidad para ella.

Las perspectivas de tal cosa eran escasas, sin embargo. El único objetivo en la vida de Alexandra era encontrar un mejor resultado para sus hermanas menores que el que ella enfrentaba. Nunca tuvo tiempo en su juventud para disfrutar realmente de la alta sociedad. Socializaba poco más allá de los avances para el beneficio de sus hermanas. Entre eso y el hecho de que todas tenían casi ninguna dote de la que hablar, los caballeros no la buscaban precisamente.

Viviría en la pequeña casa de su padre en la ciudad todos los días de su vida. Tras su muerte, el título y la casa pasarían entonces al siguiente heredero varón: un primo de la hermana menor de su padre que actualmente estaba en la India con el rango de oficial.

Entonces su vida y existencia serían un misterio para ella. Estaría a merced de su primo para que la acogiera por caridad, o la dejara en las calles para que se las arreglara por sí misma.

Por esta razón había pasado toda su adolescencia y juventud esforzándose por encontrar mejores situaciones para sus hermanas menores.

No podía soportar la idea de defraudar a su madre y dejarlas tan indefensas como ella lo estaría algún día.

Esta noche era muy probablemente la primera noche de la última oportunidad de Josephine para encontrar pareja. No podía concentrarse en nada más excepto en este hecho. Incluso los botones perdidos tendrían que dejarse de lado por un objetivo tan importante.

Llegaron a la casa de Sir Hamilton justo cuando llegaba el grueso de la multitud. No era lo más ideal, ya que no quería que su hermana se perdiera en una gran multitud, pero era seguro. Llegar

demasiado temprano o demasiado tarde podría levantar cejas de forma negativa. Si Alexandra había aprendido algo de la historia de su familia, era que errar por el lado de la seguridad era mucho mejor que arriesgarse.

Tan pronto como Alexandra y sus hermanas hicieron sus presentaciones en la línea de bienvenida de Sir Hamilton y la señora Hamilton, se puso manos a la obra para explorar todos y cada uno de los prospectos presentes esa noche.

No había comodines de los que hablar, y parte de Alexandra se sintió aliviada por ello. Los caballeros solteros presentes esa noche eran los mismos que asistían a casi todas las temporadas. Eso significaba que sus hermanas tenían algunas conexiones con ellos.

Sin embargo, siempre existía esa preocupación por Josephine. Sin nuevos prospectos hasta el momento, le sería difícil encontrar pareja. Estos caballeros habían visto, bailado y conversado con Josephine durante los últimos tres años más o menos y, o bien no habían mostrado interés, o habían encontrado que su pobreza era un impedimento demasiado grande.

Después de dar una vuelta por la sala y ver que sus dos hermanas estaban instaladas en su propio grupo de amigos conocidos, Lady Alexandra fue a tomar su lugar con todas las demás figuras maternas.

Aunque Josephine y Lady Alexandra se llevaban solo un año, nunca se había sentido en el lugar correcto cuando se unía a Josephine y las otras damas de edad similar. Lady Alexandra tenía tantos problemas y obstáculos siempre frente a ella; a menudo buscaba el consejo de las damas mayores.

Esto hacía que toda la charla frívola de las amigas de Josephine pareciera tan insignificante en comparación con la preocupación que parecía agobiarla.

—Lady Alexandra —llamó una voz amable, agitando un abanico de encaje en el aire para llamar su atención.

Lady Alexandra atravesó la multitud que aún parecía seguir fluyendo para encontrar a la Condesa de Eagleton. Lady Eagleton era probablemente la más cercana a su edad de todas las damas casadas, con tan solo treinta y cuatro años.

Se había casado a la temprana edad de diecisiete años con el Conde de Eagleton. A diferencia de la mayoría de las mujeres que se dedicaban a tener hijos desde el principio de su matrimonio, excluyéndolas así de muchas temporadas en la ciudad, Lady Eagleton no había recibido esa bendición en su vida.

Esto siempre hacía que Lady Alexandra sintiera dolor por ella. Quería mucho a Regina y odiaba el dolor que sentía por no haber producido un heredero. Por supuesto, nunca se hablaba

de su fracaso en ese aspecto, pero aún era evidente para toda la sociedad que estaba decepcionando al condado.

Ambas damas se estrecharon las manos calurosamente cuando finalmente lograron navegar entre la multitud hasta encontrarse. Una vez que la soltó, Lady Eagleton inmediatamente abrió su abanico y comenzó a abanicarse. Lady Eagleton provenía de una buena familia con dinero bien establecido. Esto, junto con su deslumbrante belleza, la había llevado a un matrimonio temprano.

Lady Alexandra no tenía que preguntarse mucho sobre la relación entre la que consideraba su mejor amiga y el Conde que le doblaba la edad. Su matrimonio había sido fruto de negociaciones familiares y no un asunto del corazón. Aunque Eagleton era lo suficientemente amable con su joven esposa, era seguro decir que había poco en cuanto a pasión o amor entre ellos.

Incluso la incapacidad de Lady Eagleton para producir un hijo había sido de poca importancia para el Conde, ya que ya había engendrado dos hijos, ahora de la misma edad que Regina y con familias propias, con la difunta Lady Eagleton.

Aun así, la falta de un heredero ponía a Regina en una situación precaria. Una vez que su marido inevitablemente siguiera el camino de la tierra, ella también estaría a merced de un pariente lejano, si es que un hijastro podía llamarse así, para su manutención. Un hijo propio le garantizaría una parte del patrimonio del Conde para ayudar a mantener al niño y, en consecuencia, a ella también.

—Este lugar está ridículamente caluroso —dijo Regina, abanicándose rápidamente—. Me atrevo a decir que la primavera ha llegado y se ha ido en un abrir y cerrar de ojos y el verano ya está sobre nosotros.

—Espero que no sea así —respondió Lady Alexandra—. Me temo que si el calor empieza antes, solo conducirá a tiempos más calurosos por delante. Detesto el calor.

Había oído hablar de lores y damas que se retiraban al Distrito de los Lagos o incluso a la costa del mar en la frontera con Escocia cuando los veranos eran mucho más calurosos de lo habitual. Tal cosa sería un detrimento para sus hermanas. Incluso si Josephine no encontraba pareja esta temporada, estaba desesperada por que una de ellas lo hiciera, aunque solo fuera para poder costear el debut de Sophia dentro de doce meses.

Lea el Siguiente Libro Haciendo Clic Aquí!

¡Reunámonos!

Starfall Publications me ha ayudado a mí y a tantos otros a hacerles llegar mi pasión por la escritura.

El principal objetivo de esta empresa ha sido, y siempre será, la calidad, y me siento honrada de publicar mis libros bajo su nombre.

Me gustaría dar oficialmente las gracias a Starfall Publications por ofrecerme la oportunidad de formar parte de un equipo tan maravilloso y trabajador.

Gracias a ellos, mis sueños -y los vuestros- se han hecho realidad.

Sígalos en las redes sociales



¿Quieres influir en nuestras próximas historias y dar tu opinión antes incluso de que se publiquen?

¿Publicas tus reseñas en Amazon, Goodreads o Bookbub?

¿Compartes tus lecturas con tus amigos o seguidores en las redes sociales?

Únete a nuestro Grupo de Influenciadores y gana mientras lees.

👉 <https://starfallpublicationsbooks.com/pages/book-influencers> 👈

Free Book



¡Gracias por llegar al final!

Querido lector,

Espero que hayas disfrutado de cada giro, vuelta y momento emotivo de esta historia. Significa muchísimo para mí que me hayas acompañado en este viaje, y como muestra de agradecimiento, me encantaría ofrecerte un regalo especial: ¡uno de mis libros, gratis, escogido especialmente para ti!

Simplemente haz clic en el enlace de abajo y sigue las instrucciones. Tu libro gratuito estará listo para que lo descargues de inmediato, y espero que te traiga tanta alegría como este.

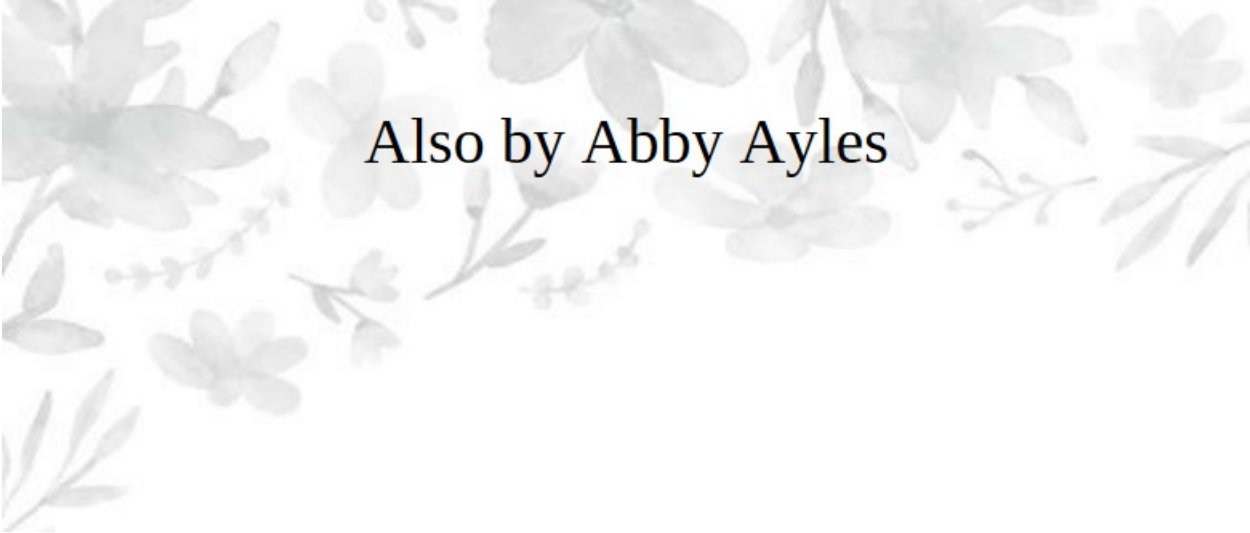
👉 Consigue tu libro gratis aquí 👉

A cambio, ¡me encantaría mantener el contacto! Cuando descargues tu libro, también te unirás a mi comunidad de lectores, así que serás el primero en enterarte de mis nuevas publicaciones, contenido exclusivo y vistas detrás de escena.

¡Gracias de nuevo por leer! Estoy deseando compartir más historias contigo.

Con sincera gratitud,

Starfall Publications y el autor

A decorative border at the top of the page featuring a light gray floral pattern with various flowers and leaves.

Also by Abby Ayles

Belles of The Ball

Vera At The Ballroom

Olive At The Ballroom

Giovanna At The Ballroom

Esther At The Ballroom

Agnes At The Ballroom

The Keys to a Lockridge Heart

Melting a Duke's Winter Heart

A Loving Duke for the Shy Duchess

Freed by the Love of an Earl

The Earl's Wager for a Lady's Heart

The Lady in the Gilded Cage

A Reluctant Bride for the Baron

A Christmas Worth Remembering

A Guiding Light for the Lost Earl

The Earl Behind the Mask

Tales of Magnificent Ladies

The Odd Mystery of the Cursed Duke

A Second Chance for the Tormented Lady

Capturing the Viscount's Heart
The Lady's Patient
A Broken Heart's Redemption
The Lady The Duke And the Gentleman
Desire and Fear
A Tale of Two Sisters
What the Governess is Hiding

Betrayal and Redemption

Inconveniently Betrothed to an Earl
A Muse for the Lonely Marquess
Reforming the Rigid Duke
Stealing Away the Governess
A Healer for the Marquess's Heart
How to Train a Duke in the Ways of Love
Betrayal and Redemption
The Secret of a Lady's Heart
The Lady's Right Option

Forbidden Loves and Dashing Lords

The Lady of the Lighthouse
A Forbidden Gamble for the Duke's Heart
A Forbidden Bid for a Lady's Heart
A Forbidden Love for the Rebellious Baron
Saving His Lady from Scandal
A Lady's Forgiveness
Viscount's Hidden Truths
A Poisonous Flower for the Lady

Marriages by Mistake

The Lady's Gamble

Engaging Love
Caught in the Storm of a Duke's Heart
Marriage by Mistake
The Language of a Lady's Heart
The Governess and the Duke
Saving the Imprisoned Earl
Portrait of Love
From Denial to Desire

The Dukes' Ladies

Entangled with the Duke
A Mysterious Governess for the Reluctant Earl
A Cinderella for the Duke
Falling for the Governess
Saving Lady Abigail
The Duke's Rebellious Daughter
The Duke's Juliet
Secret Dreams of a Fearless Governess
A Daring Captain for Her Loyal Heart
Loving A Lady
Unlocking the Secrets of a Duke's Heart

German Editions

Vera im Ballsaal
Olive im Ballsaal
Giovanna im Ballsaal
Esther im Ballsaal
Agnes im Ballsaal
Verstrickt mit dem Herzog
Der Earl Und Die Rätselhafte Erzieh
Ein Aschenputtel Für Den Herzog

French Editions

Vera Au Bal

Olive Au Bal

Giovanna Au Bal

Esther Au Bal

Agnes Au Bal

Emmêlée Avec Le Duc

Une Gouvernante Mystérieuse Pour Le Comte Réticent

Une Cendrillon pour le Duc

Italian Editions

Vera Nella Sala da Ballo

Olive Nella Sala da Ballo

Giovanna Nella Sala da Ballo

Esther Nella Sala da Ballo

Agnes Nella Sala da Ballo

Intrecciata con il Duca

Il Conte Reticente E L'Enigmatica Istitutrice

Una Cenerentola Per Il Duca

Spanish Editions

Enredada Con El Duque

El Conde Y La Enigmática Institutriz

Una Cenicienta Para El Duque